



# CON ESTO Y UN BIZCOCHO

Amara Castro Cid



Lectulandia

La joven Mariana regresa a su Vigo natal para recuperarse de las secuelas de un accidente. Su familia, su psicólogo, su fisioterapeuta y sus amigas intentan ayudarla a reconciliarse consigo misma pero una llamada inesperada lo complicará todo.

Los personajes secundarios, también con sus propios miedos e inseguridades, acompañarán a Mariana en este viaje de superación. Sus historias se van narrando en paralelo y vienen a reforzar la idea central de la novela: no podemos cambiar el pasado pero sí que podemos intentar verlo desde una perspectiva diferente.

Superación, amor, amistad y una pizca de intriga hacen que quieras saberlo todo sobre los Nogueira porque, poco a poco, te vas sintiendo como uno más de la familia.

**Lectulandia**

Amara Castro Cid

# **Con esto y un bizcocho**

ePub r1.0

Titivillus 11.06.2018

Título original: *Con esto y un bizcocho*  
Amara Castro Cid, 2017

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A quien sigue presente sin estar*

«Todo podía ser verdad o mentira,  
dependiendo de que uno se creyera las cosas verdaderamente o no».

*Como agua para chocolate*  
Laura Esquivel

# PARTE PRIMERA

Mariana estaba plantada en medio de la acera desierta, sentada encima de su maleta, cuando vio aproximarse el Golf de Samuel.

—Ya pensaba que me ibas a dejar tirada —dijo guiñándole un ojo.

—La verdad es que estuve a punto ¡Menudas horitas para volar un domingo!

Samuel se arrepintió de la frase en el mismo segundo en el que pronunciaba la última palabra. Ya la estaba pifiando otra vez. En momentos así pensaba que le habría gustado heredar el encanto de su padre. Intentó arreglarlo mientras guardaba el equipaje de Mariana en el maletero.

—Bueno, en realidad, lo que quería era que perdieses el avión.

—¿Perdona?! —se sorprendió Mariana.

—Sí, para que tuvieses que quedarte.

—¿Anda ya! Cuentista...

—Lo digo en serio, pensé que si no llegaba a tiempo de llevarte, podríamos pasar el domingo en una barquita del Retiro, como los guiris. —Intentó aclarar Samuel.

—¿Sí? Pues vaya planazo, ¿no?

Él se acordó de lo mucho que le gustaba a su padre pasear por el Retiro. ¡Quién le iba a decir que añoraría aquellos paseos domingueros que tanto detestaba cuando era adolescente! Mariana se dio cuenta enseguida de que le había cambiado el semblante.

—Venga, anda, sube, que si nos quedamos aquí de cháchara, aún pierdo el avión de verdad y mi jefe me mata.

Le faltaban unos días para terminar las prácticas en un prestigioso bufete de abogados en el que tenía grandes probabilidades de quedarse a trabajar. Suponía que eso de mandarla sola a una reunión con un cliente en Barcelona era la prueba definitiva. Pero no estaba nerviosa, tenía todo controlado, o eso creía.

Samuel encendió la radio. Pensó que la canción que sonaba en M80 no le podía pegar más a Mariana y sonrió cuando la escuchó tararear «We all live in a yellow submarine...».

—¿Te gusta?

—Sí, me encanta —respondió Mariana—. Mi padre es superfan de los Beattles, aunque hace unos años que no hay manera de hacerle cambiar el CD de Raphael en el coche.

—¡Buf! Menuda tortura...

—¡Ya ves! Aunque conste que ya hubo tiempos peores —añadió abrochándose el cinturón.

—¿En serio? —se interesó Samuel al tiempo que ponía el intermitente y la miraba de reojo.

—Una vez fuimos desde Vigo hasta Barcelona con la Jurado. Mi hermano Francisco y yo, llegamos mareaditos perdidos de tanta ola.

Él volvió a sonreír. Así era ella, fresquita fresquita como el olor de su colonia Álvarez Gómez que invadía todo el coche. Había amanecido hacía poco pero el sol ya empezaba a calentar. Samuel abrió ligeramente la ventanilla y los mechones que salían de la coleta de Mariana revolotearon rebeldes. Él hizo una foto mental. Quería guardar aquella imagen para siempre. ¡Qué pena no tener ahora la cámara en las manos!

—Perdona —dijo cerrando la ventanilla y puso el aire al mínimo para que no la molestase.

—Nada, nada, puedes abrir si quieres, no me importa, hace calor, ¿no? —Y siguió hablando de aquel viaje—. Y mira que le suplicamos ¡Por Dios, papá, cambia eso! Pero nada, el tío ahí encantado cantando «yo, te amo con la fuerza de los mares, yo...».

—¡Qué bueno!

—Y lo peor fue cuando entramos en Barcelona. Nosotros, ralladísimos ya, implorando que, por lo menos, pusiese Julio Iglesias, imagínate lo desesperados que estábamos...

—¡Joder! ¡Y tanto! ¡Julio Iglesias! —La interrumpió Samuel riendo.

—... pues va el tío y nos pone otra vez la de la ola a todo volumen, baja las ventanillas y se pone a gritar «como una ola, tu amor llegó a mi vida...».

Samuel se tronchaba con Mariana imitando a su padre. La vio bailar en el asiento simulando que conducía y le recordó a Silvia cuando salían de marcha. Se rio con ganas y pensó, algo desconcertado, que solo se reía así con sus amigos de toda la vida. Entonces, impulsado por tanta endorfina, en un arrebato de valentía, le preguntó:

—¿Cuándo volveremos a vernos?

Mariana paró de hacer el tonto.

—No sé... —le dijo ella encogiendo los hombros— yo soy muy amiga de Pati, de Vigo, de toda la vida, pero es que vivo en la otra punta de Madrid. No voy mucho por su casa. Normalmente quedamos por Malasaña y por ahí. Este finde, como la fiesta era en su casa, me quedé a dormir para ayudarla a preparar todo, a recoger,... ¡Que no veas cómo quedó aquello!

—¡Ya! Yo recuerdo haber guardado un botellín vacío en un mueble del salón porque llegar hasta la basura era misión imposible con tanta gente. Me puedo imaginar el resto.

—¡Así que fuiste tú! ¡No jodas! ¡Qué bueno!

Sacó su iPhone del bolso. *WhatsApp. Pati. «Misterio del botellín resuelto: Samuel. jejeje. me debes 5 pavos».* Emoticono de carita con ojo guiñado y lengua fuera.

—Es que te juro que no se podía entrar en la cocina con tanta gente... —se

explicó él— y Raúl me estaba esperando para acercarme a Leganés.

—Pues que sepas que aposté cinco pavos con Pati a que habías sido tú.

*WhatsApp. Pati. Emoticono coche. Emoticono aeropuerto. «X cierto, gracias x conseguirme chófer cañón. Fijo q no tiene novia?». Emoticono carita sonriente ruborizada.*

—¡Venga ya! ¿En serio? ¿Por qué pensaste que había sido yo? ¿¡Cinco pavos!? Me invitarás a una caña entonces, ¿no? —Samuel se preguntó si eso también habría parecido grosero e intentó ser más simpático—. Si es que Raúl y yo llevábamos toda la noche discutiendo porque él quería largarse, que si venga tronco vamos, y yo que si solo una más, que si yo me piro, y yo que si la última... y ya cuando dijo «O vienes ahora o ahí te quedas», pensé en los veinte pavos del taxi, miré en mi bolsillo y encontré unas tristes monedas, levanté la vista y Raúl ya no estaba. ¡El cabrón se había pirado! Así que no me quedó más remedio que salir cagando leches. Le di el último trago a la cerveza, eso sí. —Se rieron al unísono.

—Perder al chófer, pasa, pero dejar una bebida a medias, no, ¿no?

—Exacto. Calculé el tiempo que me llevaría entrar en la cocina, vi el mueble ahí a mi lado... y el resto fue fácil... abrir puerta mueble, dejar botellín junto a libros, cerrar puerta mueble, salir pitando, alcanzar a Raúl, dar colleja, recibir puñetazo en brazo, subir coche, Leganés, abrir casa, ducha, pijama, cama.

Mariana estaba encantada de haberlo conocido, ¡menuda historia se estaba montando el tío con nada!

—... me quedó pena de no haber hecho una foto al botellín —añadió Samuel—, allí puesto tan desubicado, un primer plano con los libros de fondo y él allí tan solo ...

—¡Me parto! ¡Mira!

Mariana sacó otra vez el móvil pensando que era demasiada casualidad, ¿sería una señal del destino? Abrió la Galería del iPhone.

—Aquí está tu foto.

—¡Coño! —Sacó la mano del volante y amplió la imagen con el índice y el pulgar—. ¡Un poquito más de cerca y sería justo la foto que quería hacer! ¿Y eso?

—Es que se la mandamos Pati y yo a «La Placita», que es el grupo de whatsapp de la pandilla, para que vieses cómo había quedado todo. Esa imagen valía más que mil palabras.

—Ya. Y ahora dirás en «La Placita» esa que el de la cerveza fui yo.

—¡Buena idea!

Ya tenía el móvil en la mano. Abrió la cámara. *Click.*

—Muy guapo.

Se sintió muy afortunada de haber tenido la excusa perfecta para hacerle una foto.

—¡Oye! ¡Espera! Si me vas a hacer una foto para muchas chicas déjame poner cara de interesante, al menos.

A Mariana le chifló ese gesto de arreglarse el pelo y volvió a pensar «este tío está

cañón» como había pensado el viernes cuando le abrió la puerta de casa de Pati y quería decir ¡Jodeeeeeer! ¡Qué bueno estás!, pero dijo «¿Está Pati? Soy su amiga Mariana». «Sí, pasa, te estábamos esperando para cenar. Yo soy Samuel, amigo de Pati, de la carrera». ¡Qué mono! Si algún día salían juntos, cosa que era bastante improbable porque él tendría una novia guapísima, le contaría a todo el mundo que lo suyo fue amor a primera vista. ¡Qué guay!

*Click.*

—¿Así mejor?

Y Samuel volvió a soltar el volante para ampliar la foto. Fue una décima de segundo, nada, pero a la velocidad a la que iban, bastó para tragarse la mediana.

Sergio recogió los cuatro trozos del vaso que acababa de romper, los puso encima de la mesa blanca de la cocina y se sentó a despedirse de su vaso preferido. Fue un funeral sencillo pero sentido. Acababa de amanecer y por el enorme ventanal, la ría de Vigo se veía como un plato. El silencio que reinaba en casa le dio al momento la solemnidad que deseaba. Metió los trozos pequeños en el grande, se levantó y se dirigió al cubo de la basura. Con mucho respeto, colocó el puzle de cristal en el interior y susurró:

—Gracias, vaso bueno.

Cuando se giró, se encontró con Cecilia, que estaba observándolo desde la puerta de su habitación, a la que se accedía por la cocina.

—Vaya, me ha pillado, Cecilia —dijo sonriendo.

Estaba avergonzado. Como un niño pequeño cuando hace algo malo.

—Me despertó el ruido del vaso al caer —respondió Cecilia mirándolo con ternura—. Tenga cuidado, señor, ¿no ve que está descalzo y puede haber cristales en el suelo?

—No, no, si recogí todos los trozos...

—Bueno, usted quédese ahí quieto y déjeme pasar una escoba.

A Sergio le pareció que estaba oyendo a su niñera, Angustias, y como siempre, se entristeció al pensar que ella no había llegado a conocer a sus hijos, ¡con lo que los habría disfrutado! Habría estado todo el día diciéndoles: «cuidado con esto, cuidado con aquello,...». Ni siquiera había conocido a su mujer, Olga. A menudo se preguntaba si se habrían encontrado en el cielo y si cuando le llegase a él su hora vendrían a buscarlo las dos. Le gustaba imaginar ese momento. San Pedro, lápiz y cuaderno en mano, pondría un símbolo de «visto» al lado de su nombre y le diría algo como «Puedes pasar, Sergio, te están esperando». Entonces empezaría a recorrer el túnel blanco sin mirar atrás. Poco a poco vería al fondo dos siluetas acercándose a él. Olga delante y Angustias unos pasos más atrás. Quizás vendría también su perro, Spi, porque el pobre ya estaba muy viejito. Entonces, pletórico, se abrazaría a Olga. Le acariciaría el pelo que perdió, su melena castaña y ondulada como la de su hija pequeña, Mariana. La besaría. Hundiría la nariz en su cuello para empaparse de su olor a colonia Álvarez Gómez. Después, levantaría la mirada y se encontraría a Angustias con los brazos abiertos esperando también su abrazo.

—¡Listo! No hay mayor satisfacción que la del deber cumplido.

Cecilia, que había acabado de barrer, lo sacó de su ensimismamiento. Sergio se apoyó en la encimera de mármol blanco y cruzó los brazos con mucha calma.

—Mucho le gusta esa frase, Cecilia.

—¿Y tengo o no tengo razón? —preguntó señalando a Sergio con el palo de la escoba.

—Bueno, el deber cumplido está muy bien, sí, pero también hay otras cosas en la vida, mujer.

—¡Ya! Pero lo a gusto que se queda uno cuando hizo todo lo que tenía que hacer, ¿qué?

—¿Sabe qué pasa, Cecilia?

—Diga.

—Es que no quiero parecer cursi...

—Podrá parecer torpe pero cursi..., no creo, la verdad.

Al ver la cara de sorpresa de Sergio se quedó helada.

—¡Ay!, usted perdone por lo de torpe, señor, no quería decir eso —añadió intentando enmendar la metedura de pata.

—No pasa nada, tranquila, mujer.

Lo de torpe ya lo tenía muy asumido. Todo el mundo lo pensaba aunque el único que se atrevía a decírselo era su hijo Francisco. Vio que Cecilia se había puesto como un tomate e intentó seguir con naturalidad:

—Lo que pasa es que, en eso del deber cumplido, no entra el amor, ¿no?

—El amor... ¿cómo?

—Pues que yo creo que no hay mayor satisfacción que la de amar y sentirse amado —aclaró Sergio.

—Bueno, pues ahí ya no sé...

—La satisfacción del amor correspondido, Cecilia.

—Sí... puede ser...

—¿Cómo que puede ser? Piénselo usted bien y ya verá cómo acaba cambiando su frase.

—A lo mejor es que no tengo la suerte de saberlo porque lo de usted y la señora no es lo que le pasa a todo el mundo, ¿sabe?

—En eso lleva razón. He sido muy afortunado. Pero por lo que cuenta, usted y su marido también se quieren mucho, ¿no?

—Bueno, desde que está embarcado ya es más fácil porque solo está aquí un par de meses al año y como no son seguidos,... ¡Pero cuando estaba siempre en casa...!

Cecilia suspiró. No quería ni acordarse de aquellos tiempos. Poco después de casarse, a su marido lo habían echado de Citroën por una pelea con un compañero en la que ambos habían acabado en el hospital. El compañero, con una brecha en la ceja, y Manuel, con dos costillas rotas y en riesgo de perder la visión de un ojo a causa de un puñetazo. Al día siguiente, Cecilia ingresaba también en el hospital con una hemorragia. Había perdido al bebé que estaban esperando tan ilusionados desde hacía ya varias semanas. Nada fue igual a partir de entonces. El rencor se instaló en su habitación a media luz. La pasión se esfumó como por arte de magia y no quedó ni un resquicio de aquel deseo tan grande que hubo entre ellos desde el día que se

conocieron en las fiestas de Vilaboa. Los siguientes meses fueron un infierno. Él, postrado en la cama todo el día quejándose y dando órdenes, y ella, llorando a escondidas por su bebé y preguntándose cómo podía dolerle tanto cuando todo el mundo le decía que no era nada, que si total ni lo había conocido y cosas así de terribles. A pesar de estar enfadada con Dios, nunca perdió la fe y rezaba y rezaba para que su marido se curase y para que le saliese un trabajo que lo sacase de casa. Dios debió de escuchar sus oraciones. Manuel se embarcó en un atunero rumbo al Mar del Norte y ella entró a trabajar en casa de los Nogueira una semana después.

—¿Le preparo el cafecito?

—No, deje, Cecilia,... Es muy temprano y además es domingo y me toca a mí, que aunque sea algo torpe, aún sé hacerme un café —añadió riendo.

—¡Ay! Usted perdona, si yo no quería decir eso...

Cecilia estaba volada. Volvió a ponerse roja. En tantos años sirviendo en aquella casa ya era como de la familia pero nunca se le había escapado un comentario así. Se refugió en el mueble escobero simulando dificultad para guardar el recogedor. La risa de Sergio la animó a asomarse al exterior.

—Que no pasa nada, de verdad, Cecilia, mujer, si Francisco me lo dice siempre que puede...

El teléfono los sobresaltó a los dos de repente.

—A estas horas... algún gracioso —dijo Sergio mientras se encaminaba hacia el aparato que estaba colgado en la pared, al lado de la puerta de la cocina.

Cecilia no pudo evitar pensar en lo peor «Ánimas benditas del purgatorio, que no sea nada» y se quedó clavada, con la mano en la puerta abierta del escobero, mirando a Sergio.

—¿Mariana Nogueira? Sí, soy su padre... ¡¿Cómo dice?!

Sergio se apoyó en la pared y, como un camaleón, empezó a ponerse del mismo blanco que el fondo.

—¿Puedo hablar con ella? ¿Está consciente? —Logró decir—. Entonces dígame que estaré ahí lo antes posible.

# PARTE SEGUNDA

Juraría que se había pasado media vida en el hospital de La Paz aunque el calendario dijese que había sido solo una semana. La peor semana de su vida: tres días llorando por Samuel y cuatro más, sedada por los dolores de la pierna.

Los campos de Castilla se le hicieron interminables. Nunca había deseado tanto llegar a casa y pisar descalza la moqueta de su cuarto. Mientras recorrían rectas infinitas, rodeados de lomas en distintos tonos de ocre, ella solo quería estar en su habitación. Pero no en la de su piso de Madrid sino en la que seguía llamando «mi casa», la de Vigo, donde estaban sus raíces, sus dibujos de primaria y sus sábanas almidonadas.

Su hermano Francisco, sentado en el asiento del copiloto, se giraba hacia atrás cada pocos kilómetros esforzándose por darle conversación pero a ella solo le salían monosílabos. Adoraba a su hermano y le habría encantado hacer aquel viaje charlando animadamente con él, como cuando habían ido a Barcelona o como hacían cuando iban a ver a Pilar a Santiago de Compostela. Pero ahora era diferente.

Sergio también iba muy callado al volante de su fiel Mercedes. No se decidía entre dar gracias porque su hija estaba viva o maldecir su suerte porque la vida la había hecho pasar por aquel trance tan duro. Además, iba preocupado pensando en cómo se las apañaría para que ella estuviese a gusto en Vigo. Le quedaban meses de rehabilitación por delante y Sergio sabía que «la niña» era feliz en Madrid, acabando las prácticas en aquel bufete tan importante, instalada en su pisito, con su libertad,... ¿qué le podía ofrecer él ahora más que su cariño y sus cuidados? ¡Ojalá estuviera Olga!

A Mariana le dolía la pierna y ya no sabía cómo ponerla. Quería cerrar los ojos y dormir pero había medianas por todas partes que no la dejaban pensar en otra cosa. Aquellos muros inofensivos que se suponía que salvaban vidas se habían llevado por delante a Samuel. Había pasado una semana pero la culpa hacía que pareciese una eternidad. Asomaba a su cabeza constantemente la misma frase: «Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa». La había repetido tantas veces a lo largo de su vida sin saber lo que decía... y ahora cobraba sentido volviendo una y otra vez como un estribillo pegadizo. Era un peso demasiado grande para alguien tan joven. Era injusto. Hacía años que llevaba en la conciencia la carga del suicidio de Lázaro, ¿no era suficiente? Aquel peso por lo de Lázaro le había caído como una losa que llevar en silencio. Era algo insoportable pero íntimo. Ahora era diferente porque lo sabía todo el mundo y le pesaban también las miradas de quienes decían «No tuviste la culpa, Mariana, le puede pasar a cualquiera,...». Ella sabía bien que, aunque dijese aquellas frases, en el fondo, no podían evitar juzgarla. Pero peor había sido escuchar

tantos «¡Pobrecita!». Odiaba con todas sus fuerzas las miradas compasivas. Su madre también las había detestado siempre y por eso se esforzaba tanto por «tener buena pinta», como ella decía, aun cuando estaba tan mal, incluso el último día tuvo fuerzas para pedir que le pusiesen sus pendientes de perlas.

El CD de Raphael entró en la pista seis y, en su dueto con Juanes, ambos repetían una y otra vez «Volverte a ver es todo lo que quiero hacer». Mariana pensó en su madre, en Lázaro, en Samuel,... no iba a volver a verlos. Nunca más. Se giró un poco en el asiento intentando ocultar las lágrimas que empezaban a rodar traicioneras por sus mejillas. Se limpió disimuladamente con el dorso de la mano pero Francisco no quitaba ojo del espejo retrovisor.

—Ya falta poco, Mariana. Dentro de nada llegamos a Vigo y, entre la fiesta que te va a hacer Spi y el achuchón que te dará Cecilia, ya verás, te vas a sentir mejor.

—Sí, seguro... También tengo ganas de ver el mar.

Eso fue lo último que fue capaz de decir en todo el viaje. Empezaba a anochecer y estaban entrando en el túnel de A Canda. A la salida, leyó el cartel verde: «Comunidad de Galicia». Como en un acto reflejo, suspiró profundamente. Se echó por encima la chaqueta de su hermano y se acurrucó aún más. Cerró los ojos y fingió estar dormida hasta que, casi dos horas después, oyó el mecanismo del portón del jardín con ese cla-clá, cla-clá, que nunca hubo forma de arreglar.

La habitación de Mariana era, sobre todo, acogedora. Además, Cecilia le había dejado todo preparado para su llegada. La puerta del balcón que daba a la piscina estaba entreabierta, dejando que se colase suavemente una deliciosa brisa fresca con olor a mar. La cama estaba inmaculada, con las sábanas almidonadas y la colcha blanca casi resplandeciente. El cabecero, tapizado con un estampado que simulaba bambú, estaba prácticamente cubierto por un montón de cuadrantes también blancos, como le gustaba a Mariana. A los pies de la cama, reposaba doblada la mantita verde y naranja ganchillada por su hermana Pilar el invierno que la dejó su primer novio y que no hacía más que llorar y tejer, la pobre. Había hecho mantas de aquellas para media España pero Mariana presumía de que la suya había sido la primera, la genuina. Como había mandado siempre Olga, Cecilia también había dejado las luces bajas encendidas: la de la mesilla de noche, la del escritorio y la lámpara de pie que estaba al lado de la orejera *beige* donde tantos libros había devorado Mariana en su adolescencia. La moqueta verde musgo muy mullida le daba al suelo un aspecto acolchado espectacular.

Se paró en la puerta para descalzarse. Al verla hacer el ademán, Francisco se agachó enseguida para desatarle los cordones. Sonrió al fijarse en sus Reebok. A Mariana le daba igual que todas sus amigas hubiesen llevado Nike, New Balance o que llevasen ahora Adidas. Ella seguía con sus Reebok, con el mismo modelo blanco de lengüeta azul marino y la banderita de Inglaterra en el lateral.

—Espera, anda, que puedo sola.

No le gustaba ni un pelo ese nuevo papel de «pobrecita» que le estaban dando.

—Si no me cuesta nada, mujer, déjate ayudar un poco...

—Mira, ya está.

Con un movimiento se quitó el primer tenis y lo lanzó al lado de la cama. Pero el segundo se le rebelaba.

—Deja que te ayude —insistió su hermano, que ya se había incorporado y ahora le sujetaba el brazo.

—Que no, que no, dame tiempo.

No llegó a saber si fueron dos minutos o quince. Solo supo que había tardado algo más de lo normal y que se sentía cansada del esfuerzo. La pierna le dolía bastante pero no le importaba porque se había descalzado sola, lo que suponía un gran triunfo.

Se olvidó del dolor en cuanto cruzó el umbral y pisó descalza su moqueta verde como si se tratase de un trozo de césped celestial. Aquello sí que era llegar a casa. Despacito, disfrutando cada paso, se dirigió a la izquierda y se paró delante de su mesa de estudio. Ahí estaba el bote para lápices que había hecho para su madre

cuando tenía once años. Era una lata de champiñones a la que le había pegado por fuera unos recortes de revista. Cogió el bote y lo giró lentamente observando cada elemento del *collage*: un cocodrilo de Lacoste, un trozo de la falda escocesa del Príncipe Guillermo, un par de relojes Swatch, una piruleta de corazón,...

Francisco se quedó en la puerta con los brazos cruzados y las piernas ligeramente abiertas. Se dio cuenta de que parecía un portero de discoteca y se apoyó en el marco simulando relajarse.

—¿Estás bien? —Su instinto de hermano le ganó al «¡Déjala tranquila, hombre!» que le rondaba la cabeza.

Los médicos habían dicho que no usase las muletas si veía que no las necesitaba pero que tuviese muchísimo cuidado porque una caída podía ser fatal. Y ella, claro, se había empeñado en entrar en casa sin ellas. Mariana ladeó la cabeza y lo miró con cara de paciencia, como diciendo «¿Otra vez, Pancho?». No tuvo que decir nada. Su hermano salió de la habitación resignado a no ayudarla. ¡Deseaba tanto poder protegerla más! Sin embargo, no le quedaba más remedio que dejarla que se lamiese las heridas ella sola. Se dirigió a buscar a su padre que aún estaría metiendo el coche en el garaje y descargando las maletas. Necesitaba sentirse útil y seguro que a Sergio también le vendría bien un hombro en el que apoyarse.

Mariana se quedó sola, dejándose empapar por sus raíces, hasta que una sombra negra entrando en la habitación hizo que se girase justo a tiempo de agarrarse a la mesa y evitar ser derribada por el poderoso rabo de Spi que se movía desenfrenadamente. Aquello sí que era una fiesta de bienvenida en toda regla. Ella soltó una mano para acariciarlo asegurándose de que la pierna le quedaba bien protegida por su lado bueno. El perro se sentó, como le habían enseñado, para recibir sus caricias mirándola con los ojos entornados. El labrador negro había sido uno de los muchos regalos de Sergio a Olga. Se lo había traído, siendo un cachorro de pocos meses, cuando ella había ganado su segunda batalla contra el cáncer, la que entonces parecía definitiva.

—¡Pero bueno! ¿Tú cómo estás tan ágil? Si papá me dijo que estabas muy viejito...

En ese momento, dos cabezas se asomaron a la puerta.

—Y está muy viejito, hija, créeme.

—Pues a juzgar por la fiesta que me acaba de hacer...

—Papá es un exagerado. Solo le cuesta un poco subirse al coche, nada más. Para la edad que tiene está fantástico —dijo Francisco.

—Entonces está como yo —bromeó Sergio.

—Venga, ya, papá, no te hagas el anciano que no cuela.

—Bueno, bueno, ya sabéis lo que dicen, que los años no pasan en balde.

—¿Y qué más darán los años si puedes subir andando desde el Náutico hasta la punta más alta del Castro?

—¡Ves! —replicó Sergio—. Para la edad que tengo, estoy fantástico.

Francisco y Mariana intercambiaron una mirada cómplice. Sergio siempre se salía con la suya.

Mariana parecía más animada. Incluso había ganado algo de color en las mejillas. Se acercó a la cadena de música y puso la radio. En los Cuarenta Principales habían rescatado a Los Piratas del baúl de los recuerdos. Era una pena que Pilar no estuviese allí para escucharlos, ¡con lo que le gustaban...! Por un momento, le pareció que se había transportado en el tiempo al oírlos con sus «Promesas que no valen nada». Recordó que a ella le había quedado una promesa por cumplir. Una promesa que no podría cumplir nunca porque Lázaro también estaba muerto, como Samuel. Volvió a palidecer.

—Bueno, yo... si no os importa, creo que me voy a dormir. Es tarde y estoy algo cansada.

—¿Estarás bien? ¿Quieres algo? —preguntó Francisco preocupado.

—No, no, vete a casa tranquilo. Papá y yo nos quedamos aquí la mar de bien, ¿a que sí, papá?

—¡Hombre! Yo estoy aquí al lado. Y no olvides que abajo también está Cecilia. Bueno, y Spi, claro.

—Sí, tranquilos... —dijo abriendo la cama para que entendiesen que era hora de retirarse.

—Vale. ¿Te cierro la puerta? —preguntó Francisco.

—Sí, gracias. Gracias por todo.

—¡Hasta mañana, tonta!

—¡No le llames eso a «la niña»! —le regañó Sergio ya en el pasillo.

—Es cariñoso, papá,...

—Es igual, no me gusta, ya lo sabes.

Vigo, 8 de julio de 2014

Querido Samuel:  
Primero Lázaro y ahora tú.

Mariana arrugó otra carta más. La papelera de su habitación empezaba a rebosar. En Cadena Dial, Pablo Alborán se sentía igual de mal que ella pero, al menos, él podía pedir perdón. Dejó caer el boli sobre la mesa y se recostó en la silla. Encendió el enésimo cigarrillo de la noche. Se preguntaba si la chica de la canción también estaría muerta y si Pablo Alborán tendría la misma maldición que ella. La luz empezó a querer entrar tímidamente por las rendijas de la persiana. Apagó el flexo que iluminaba la siguiente página en blanco. El bloc se le estaba acabando. Tenía las piernas entumecidas y el sueño la estaba venciendo pero se levantó e hizo un esfuerzo más para llegar hasta la ventana. Había tanta culpa y tanto humo en aquella habitación que el aire se le hacía irrespirable.

Abrió de par en par, se asomó al balcón y vio a Francisco nadando en la piscina. En cada brazada se oía el choque contra el agua en el silencio de la madrugada. Era como si le estuviese dando una paliza a alguien o como si se la estuviese dando a sí mismo. Sonaba furioso. Además. ¿Qué hacía allí a aquellas horas? ¿Qué hora sería? Ni siquiera daba aún el sol en la piscina... ¿Qué día sería? ¿Martes? Daba igual. ¡Se alegraba tanto de ver a su hermano! Aunque le dolía mucho la pierna, salió disparada buscando su abrazo.

Por el pasillo, se dio cuenta de que estaba en pijama y volvió atrás para ponerse el bikini. No sabía si tenía frío o calor, probablemente frío, pero lo que sí sabía era que quería tirarse de cabeza y después quedarse flotando con Francisco muy cerquita. Él vigilaría que no se dejase hundir. Eso era justo lo que le apetecía, dejarse hundir, exacto, acabar con todo aquel sentimiento de culpa en el fondo de la piscina. Mientras se ponía el bañador y un vestido blanco de algodón, se vio a sí misma rodeada de agua fresquita, con el fondo azul como lecho, los ojos cerrados y las manos cruzadas en el pecho y un silencio absoluto. Entonces, hizo *zoom* ampliando la imagen y vio a su padre cayendo de rodillas al borde de la piscina, fulminado por el dolor más oscuro y profundo que jamás pueda sentirse y, desde el fondo del agua, desde aquella falsa paz en la que se había instalado, oyó el grito desgarrador de Sergio.

Asustada y exhausta, se sentó a los pies de la cama, respiró hondo y se dejó caer para atrás con los brazos abiertos en cruz.

*¿Tú no pensaste en tu madre, Lázaro? ¿Por qué lo hiciste? Me dijeron que habías*

*bajado con ella en el ascensor, que ella se quedó en el bajo porque iba al súper y tú seguiste hasta el garaje para coger la moto. ¿Sabías que aquel era tu último beso o se te ocurrió después? ¿Lo habías planeado o lo pensaste al ver la moto en el garaje? ¿Cómo fuiste capaz? ¿Qué le dijiste a tu madre, hasta luego, como si nada? ¿Le sonreíste? ¿Por qué lo hiciste? ¿Cómo tuviste valor? ¡Dios! ¡Qué rabia! Ojalá yo también lo tuviera, ojalá pudieras contarme cómo se hace para olvidarse del daño que le puedes hacer a los demás, cobarde de mierda. Fuiste un puto egoísta, joder. ¿Cómo fuiste capaz de acelerar hacia el acantilado? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué? ¡Ayj! ¡A veces te odio tanto!*

*Y ahora Samuel. ¿Estaré maldita? Espero que lo estés ayudando como te pedí. A él no le gustan las motos, no le des la chapa con eso, que te conozco, lo que le gusta es hacer fotos, ¡putas fotos! ¡No voy a volver a hacer una en la vida! Fue una foto de mierda, ¿te das cuenta? ¡Una foto de mierda! ¿Y sabes quién coño la hizo?*

Sintió que le tocaban la rodilla. Apartó la mirada del techo y vio a su padre con una expresión muy parecida a la que le había imaginado asomándose a la piscina. Parpadeó. Tenía los ojos secos, ¿se habría olvidado de parpadear todo este tiempo?, ¿cuánto tiempo habría pasado?

—¡Mariana!, hija, ¿qué fue?,... ¡¿estás bien?!

Se incorporó y se quedó sentada en el borde de la cama intentando explicarle todo lo que le iba por dentro. Pero no le salía ni una palabra, nada, no sabía por dónde empezar, ¿qué palabra iba a decir primero?, ¿qué frase?,...

Sergio la cogió de la mano y la ayudó a levantarse. Le retiró el pelo de la cara con una caricia muy firme, apretándole la frente como si quisiese borrar los pensamientos que sabía que la atormentaban. Entonces, puso una mano en cada hombro de su hija y le buscó la mirada. Tardó unos segundos pero la encontró y, sin hablarle, le dijo: «estoy aquí, ya pasó todo». Mariana se abrazó muy fuerte a su padre, escondió el rostro en su pecho y empezó a llorar con el alma desgarrada mientras él le acariciaba el pelo una y otra vez. Ahora era él quien parecía tener la mirada perdida. No podía apartar la vista de la papelera llena de cartas inacabadas que Samuel nunca recibiría.

Cuando, por fin, Mariana se quedó dormida, Sergio cogió el coche en dirección al centro de Vigo. Agradeció que Francisco se hubiese quedado en casa para cuidarla porque Cecilia estaba algo superada por el estado de tristeza de «la niña». A Sergio también le preocupaba su hijo, aunque por lo poco que había podido saber, su problema, el motivo por el cual estaba ensañándose contra la piscina un martes a esas horas de la mañana, podía esperar.

Eran las once y la niebla aún estaba empezando a levantar. Parecía que iba con atraso, como él. Había llamado a su hijo mayor, Enrique, para decirle que hoy no pasaría por el bufete. Desde que se había jubilado hacía ya casi un año, dejándole el negocio a su primogénito, aparecía por allí todas las mañanas para echar una mano con algún caso o hacer algún recado. No era solo por sentirse útil o por ver a su hijo, que como andaba muy ocupado, iba por casa menos que Francisco. En realidad, seguía sintiendo la necesidad de comprobar que todo estaba en orden en el bufete.

Con la jubilación le había llegado también la tacañería y dejar el coche en un *parking* toda la mañana pasó a resultarle una locura. Ahora aparcaba siempre en el imponente chalet de su primo Jacobo, en la ladera del Castro. Eran casi de la misma edad, los dos abogados, y habían decidido jubilarse al mismo tiempo con el firme propósito de seguir llevando una vida activa y la promesa de no perdonar la empanadilla del bar Carballo a la una. Cualquiera de los dos habría dado un riñón por el otro en cualquier momento de su vida. Los unían lazos tan fuertes que ni el peor de los temporales habría acabado con ellos. De hecho, los gemelos Jacobo y Adolfo fueron los únicos miembros de la familia de Sergio que fueron a su boda y, es más, lo hicieron en calidad de testigos aun arriesgando su relación con el resto de los Nogueira. Adolfo vivía en Madrid desde que había terminado la carrera. Antiguamente se carteaban con frecuencia pero desde la invención de la tarifa plana, no pasaban un día sin hablarse. Adolfo llevaba una vida muy diferente de la de su primo porque, aunque también estaba viudo y jubilado, cada poco tenía una nueva aventura que contar, viajaba muchísimo y siempre le pasaban cosas muy sorprendentes. Y eso por no hablar de sus aventuras amorosas, con las que Sergio se partía de risa.

Pero hoy no estaba para risas. Mariana estaba mal y él tenía que hacer algo... pero ¿qué? Nada mejor que pedir consejo a Jacobo.

Al quitar la llave del contacto, Raphael se calló. Sergio se sintió aliviado con el silencio. Llevaba todo el camino intentando pensar y ahora se daba cuenta de que era aquel hombrecillo el que no le dejaba. Por mucho que le gustase su música, hoy no estaba tampoco para grandes canciones.

Se bajó del coche y siguió el sendero de piedra hasta el porche de entrada. Desde el jardín, con unas vistas privilegiadas sobre la ciudad, se fijó en la lengua de niebla que aún cubría la ría. Quizás hoy no fuese a levantar. ¿Cómo iba a levantar él el ánimo de Mariana? Su hija no era la misma desde lo del accidente. Los médicos habían dicho que le costaría un poco recuperarse. Un poco. «Reposo y no demasiadas atenciones para que ella sienta que puede restarle importancia», había dicho el psicólogo del hospital. Pero Sergio ya no estaba dispuesto a hacerle caso a semejante inepto recién licenciado.

«La Celosa» le abrió la puerta antes de tocar el timbre. Adolfo y él llamaban así a la mujer de Jacobo porque lo traía por la calle de la amargura al pobre, siempre con escenitas de celos. En Vigo, mucha gente la conocía como «La Palo», que no es que fuese el diminutivo de Paloma con el artículo delante a lo paleta, porque ella se llamaba Regina, la llamaban La Palo porque andaba tan estirada que parecía que estaba recién operada de la espalda.

Al verlo, ella le sonrió gastando la única sonrisa que tenía para cada día. Sergio siempre le decía algo agradable, como a todo el mundo, pero ella había querido interpretar su amabilidad como si se tratase de un código amoroso secreto. En el fondo, sabía que no lo era pero se decía a sí misma que ese tipo de pensamientos no le hacían daño a nadie. Estaba acostumbrada a que su marido tratase a cualquiera mejor que a ella, casi parecía que la consideraba el enemigo, así que ni siquiera le remordía la conciencia por dejarse enamorar por un «qué bien te sienta ese vestido», o «qué bien huele siempre tu casa», o «qué buena lectura has escogido». Si su marido entendiese que bastaban unas palabras tan simples para hacerla feliz...

—¿Qué tal Mariana? —preguntó La Celosa mientras abría la puerta de par en par y borraba su sonrisa al ver a Sergio con tan mala cara.

—¡Buf! Muy..., muy... ausente —respondió él intentando abreviar.

Ella se resignó a quedarse sin el elogio del día y le hizo un gesto con la mano abierta indicándole la puerta de la derecha.

—Jacobo te está esperando en la biblioteca.

—Gracias.

Cuando ya tenía el picaporte en la mano, él añadió desenfadado:

—Por cierto, te favorecen los pendientes. Con esas perlas me has recordado a mi Olga.

Sin esperar respuesta, se giró para abrir la puerta, justo a tiempo de no ver cómo a La Celosa se le ruborizaba hasta el alma.

Sergio se paseaba por la biblioteca de su primo arriba y abajo como un león enjaulado.

—Hay que hacer algo, Jacobo, «la niña» está sufriendo mucho y yo estoy... como paralizado.

A lo largo de la vida había tenido que enfrentarse a muchos problemas pero siempre había destacado por su capacidad resolutive. A eficiente no le ganaba nadie. Las tomas de decisiones eran siempre rápidas y firmes, incluso cuando tuvo que lidiar con la enfermedad de Olga. Una vez, cuando era pequeño, oyó a su Nani Angustias comentar con otra niñera «Este *nenó* no parece gallego». Cuando él preguntó por qué, las dos sonrieron y Angustias, muy gallega, le explicó con una pregunta «¿tú no ves que a los gallegos nos cuesta mucho decidirnos, *filliño?*». Y ahora no era capaz de decidir qué era lo mejor para su hija.

—Mi Mariana, siempre alegre, siempre haciendo felices a los que están a su alrededor y ahora...

—Seguro que es cuestión de tiempo. —Intentó animarlo Jacobo.

—Es que no puedo ni pensar, ¿sabes?, ¡que mi Mariana no es esta, Jacobo!, ¿qué carallo hago?

La Celosa entró en la biblioteca con una bandeja. Les traía un par de mostos y unas patatillas para picar. No pudo evitar meterse en la conversación:

—Sergio, ¿y no querrás que yo hable con Mariana? De mujer a mujer, igual se desahoga mejor..., no sé...

Para decepción de Regina, él no le dijo nada, como si el comentario le hubiese parecido tan ridículo que no mereciese ni respuesta. Ni siquiera la miró. Ella, sintiéndose despechada se dio media vuelta y salió como había entrado. Él, siguió con su movimiento a lo largo de la biblioteca, con las manos cogidas a la espalda como si la preocupación lo hubiese esposado, la mirada en el suelo y la mente lejos, en el cementerio de la Almudena. Ir al entierro de Samuel en nombre de su hija había sido un trago muy duro pero la imagen de la madre destrozada enterrando al hijo junto a su marido le hacía recordar que tenía que dar gracias. Había un nicho vacío al lado de Olga y, por fortuna, seguía vacío, esperando por él, como tenía que ser, como tantas veces deseaba.

—Hombre... yo... no sé... quizás no te agrade mucho la idea, a mí tampoco la verdad, yo nunca he tenido fe en esas cosas...

—¡Al grano, Jacobo, hombre!

—Pues que conozco a un psicólogo muy bueno.

—¡Bah! Pamplinas, que diría Cecilia. —Respondió Sergio restándole importancia

a la sugerencia de Jacobo.

—No te creas, primo, este es especialista en procesos de duelo.

Sergio se detuvo y ladeó la cabeza cediendo un poco en su postura.

—Bueno, eso suena bien.

Jacobo aprovechó la bajada de guardia de su primo para contarle las mil maravillas de su compañero de golf, el doctor Ventura Morales, alegando, sobre todo, su experiencia y su especialización.

La consulta del doctor Ventura estaba en la calle Marqués de Valladares, en el primer piso de un edificio antiguo sin ascensor. El portal enorme, de techo muy alto, estaba helado en comparación con el calor de la calle.

—¡Menudo frío debe de hacer aquí en invierno! —comentó Sergio.

—¡Ya te digo! —respondió Mariana algo sobrecogida por lo siniestro que parecía el edificio—. ¿Seguro que es aquí?

—Eso dijo Jacobo.

La escalera de caracol tenía los peldaños desgastados por el centro y estaba pidiendo a gritos una mano de barniz. Cada escalón chirriaba con personalidad propia bajo los pies de ambos. Subir hasta el primer piso fue para Mariana como escalar el Everest. Pero no se quejó, dejó que los chirridos de la escalera llorasen en su lugar. Una puerta enorme de madera oscura ocupaba casi todo el descansillo. A la derecha, un cartel obsoleto, negro con letras blancas, que parecía diminuto en relación a la puerta, decía simplemente: «Dr. Ventura Morales. Psicólogo». Ni siquiera había timbre sino un llamador de esos con la mano de Fátima. Si Sergio no la hubiera acompañado, ella habría salido corriendo de allí. Aquella entrada tan siniestra asustaba a cualquiera.

Se sorprendieron cuando, al abrir la puerta, los invadió la luz del sol y apareció Margarita, una joven suavemente maquillada, de sonrisa amplia, gafas de pasta negra, coleta alta muy tirante, y bata blanca.

—Tú debes de ser Mariana, ¿a que sí?

—La misma.

—Pasa, pasa, el doctor te está esperando.

Sergio cogió a Mariana por el brazo para frenarla.

—Si te parece bien, yo ya me voy. A partir de aquí ya son cosas tuyas, ¿no?

—Gracias papá, estaré bien. —Y le plantó una serie de besos seguidos en la mejilla izquierda que hicieron reír a Margarita.

—Te recojo después al bajar, en la calle Lepanto, en frente de Valor. ¿A las dos te va bien?

—Perfecto. El recibidor era amplio, soleado y, para asombro de Mariana, estaba decorado con muebles blancos de IKEA. Dos estanterías Kallax de cuadrados, tumbadas en horizontal y colocadas haciendo ele, hacían las veces de mostrador. Mariana tomó nota de la idea. Le gustaba para el despacho de su piso de Madrid. Ella tenía una estantería igual pero colocada en vertical, detrás de la mesa. Se la imaginó tumbada delante del escritorio y le encantó. Se fijó también en la alfombra azul bebé a juego con los cojines del sofá blanco que estaba pegado a la pared. El conjunto

combinaba con la foto enorme de un cielo azul salpicado de nubes que colgaba detrás del mostrador. Pensó que era difícil hacer una foto del cielo sin que quedase hortera. Aquella era muy bonita, sí señor.

Margarita le hizo un gesto para que la siguiese. El pasillo también era blanco pero tenía lunares pintados en azul claro salpicados aquí y allá evocando un camino que conducía la mirada hasta la ventana del fondo por donde entraba el sol a raudales. Se le olvidó el aspecto siniestro del edificio que le había causado casi terror en las escaleras y suspiró relajándose ante una gran puerta entreabierta. Margarita abrió con parsimonia indicándole que pasase con un ademán que dominaba a la perfección.

—Buenos días —saludó Mariana demasiado tímida para lo que era habitual en ella.

—¿Cómo está? —le respondió el doctor sentado al otro lado de la mesa mientras le tendía la mano.

Se echó un vistazo rápido a sí misma, desde los pies hasta las manos preguntándose qué le había llevado a aquel señor a tratarla de usted. Él era bastante mayor que ella. Rondaría los cincuenta a juzgar por su pelo más canoso que castaño, sus grandes entradas y las arrugas no muy profundas de la frente. Las ojeras muy oscuras, curiosamente, le daban un cierto aire atractivo porque enmarcaban una mirada negra muy misteriosa, casi hipnotizadora. Pero Mariana tenía clarísimo que no se dejaría camelar con terapias milagrosas. La chorrada esa del psicólogo la habían tramado su padre y su tío Jacobo con la mejor intención del mundo y a ella no le costaba nada hacerlos felices yendo a unas cuantas sesiones,... pero de ahí a creer que aquel señor podía hacer algo por ella, había un rato largo, ¿o acaso le iba a devolver a Samuel?

Tal como le indicó el psicólogo, Mariana se sentó en la silla de director que estaba al otro lado de la mesa. Le decepcionó un poco que no hubiese un diván en la consulta. Desde que su padre le había hablado del doctor Ventura y de los buenos resultados que lo avalaban, se había imaginado tumbada en un diván de cuero marrón chocolate. Ahora se sentía un poco ridícula por haber pensado tal cosa y le echó la culpa a las películas americanas. Olía a ambientador de brisa fresca, el mismo que usaba en su piso de Madrid. Lo habría reconocido en cualquier parte del mundo, le encantaba la sensación de abrir la puerta de casa y darse de bruces con ese olor a limpio. Le agradó la coincidencia pero no estaba dispuesta a dejarse encantar por un ambientador. Sin más, empezó por aclararle al doctor cuál sería su actitud con respecto a las consultas.

—A ver, yo no creo que necesite una terapia ni ningún rollo de esos pero como mi padre me ha pedido que venga y no tengo nada mejor que hacer, ¿por qué no iba a complacerlo al pobre, no?

—¿Pobre? ¿Por qué pobre?

—Porque ya no sabe qué hacer para ayudarme.

—¿Y usted cree que no necesita ayuda? —dijo el doctor medio preguntando

medio afirmando.

—Es que ya nadie puede hacer nada, ¿sabe?

Aunque le resultaba raro eso de tratarse de usted, en el fondo, lo agradeció porque así se marcaba una cierta distancia que le convenía para no dejarse engatusar por un «loquero» que nada podía hacer por ella. Lo que necesitaba era, más bien, un brujo que la librase de aquella maldición.

El resto de la consulta transcurrió como el psicólogo esperaba. Mariana mantuvo su actitud de que aquello era una pérdida de tiempo pero él fue, poco a poco, y no sin algunos subterfugios, obteniendo los datos que necesitaba para empezar a trabajar. Hablaron un poco de la familia y de las amigas de Mariana. Le contó bastante a regañadientes y muy por encima el accidente y los días en el hospital y cuando estaba hablándole de su regreso a Vigo, unos nudillos hicieron sonar la puerta y Margarita asomó la cabeza.

—Ya es la hora, doctor —anunció la recepcionista retirándose sin esperar respuesta.

—Bueno, Mariana, pues con esto y un bizcocho ...

—¡Hasta mañana a las ocho!

Se levantó, se cruzó su bolso de flecos de ante y añadió bromeando en tono de amenaza:

—A ver si mañana me voy a plantar aquí a las ocho...

—Perdería el tiempo. Nunca llego antes de las nueve. Será mejor que al salir le pida hora a Margarita.

Al día siguiente, Mariana empezó la rehabilitación en una clínica de la Avenida de Madrid. Tenía mucho miedo de que le hiciesen daño pero su padre decía que era una de las mejores clínicas de Vigo. Además, su amiga Carmen le había contado que había ido allí cuando le pasó lo del esguince en clase de baile y que a ella le había ido muy bien porque le tocó un fisioterapeuta que estaba cañón, un tal Nuno que era portugués pero hablaba español perfectamente porque su madre era de Ponferrada. Según Carmen, era perfecto: encantador, requeteguapísimo y superbueno en su trabajo. Su único defecto era que tenía novia y, además, no paraba de hablar de ella.

Mariana se alegró cuando la chica de la recepción le dijo que la atendería Nuno Gomes. Vino a recogerla a la entrada, enseñando su dentadura inmaculada a juego con el blanco nuclear de su ropa de trabajo y ella no pudo evitar una sonrisa tonta y un parpadeo despistado que se le escaparon como un acto reflejo hasta que recordó que no estaba ella para palmas de tango. Así que, inmediatamente, se puso muy seria, tanto, que también apagó la sonrisa de Nuno. En ese momento no quería ni que la mirase, quería decirle «cuidado, no te me acerques que soy peligrosa», quería advertirle de su maldición, pero la voz de la recepcionista la paró:

—Mariana, este es Nuno. Ya puedes ir con él a la sala de fisioterapia.

—¿Preparada para la batalla? —preguntó él invitándola a seguirlo con un gesto de la mano.

—Bueno, no te creas, es que así, normal, ya no me duele, solo si hago esfuerzos... y aquí seguro que vais a hacerme daño.

—No, mujer. Vamos a curarte. Cada día que vengas vas a ganar una batalla contra el dolor y cuando te des cuenta, habrás ganado la guerra, ya verás.

—Dios te oiga.

Nada más empezar la tabla de ejercicios que el fisioterapeuta había preparado, el dolor se asomó a la expresión de Mariana. El joven Nuno, todavía muy sensible al sufrimiento de sus pacientes, intentó distraerla como mejor sabía. Carmen no había exagerado, Nuno no paró de hablar de su novia, bueno, ahora ya era su exnovia porque ella lo había dejado por otro hacía casi un mes. Mariana no entendía cómo alguien en su sano juicio podía dejar a aquel chico tan impresionante por nadie. Intentando encontrar una explicación, se distrajo haciéndole preguntas e interesándose por las respuestas. Nuno consiguió su propósito, pues el dolor de la pierna pasó a segundo plano cuando la cosa se puso interesante. La exnovia resultó ser una cazafortunas que lo había utilizado para llegar hasta su amigo Rui, el hijo de un conocido magnate portugués. Al pobre de Nuno aún le temblaba la voz al contar que había conocido a la chica por el Facebook y que casi todo lo que había sabido de

ella resultó ser mentira. Ahora, ella y su amigo Rui salían juntos y Nuno tenía el corazón partido por la doble traición, la de quien creía que era su novia y la del que hasta entonces había sido uno de sus mejores amigos.

Mariana estaba tan atónita con la historia que los ejercicios se le pasaron volando y casi ni se acordó del dolor. Nuno le inspiraba ternura a pesar de sus músculos fornidos. Cuando le anunció que habían terminado la sesión, ella se sorprendió al darse cuenta de que había estado como hechizada por aquella mirada tan triste y profunda del fisioterapeuta y se preguntó si no podrían quitarse las penas mutuamente. Se miró la pierna que estaba resentida de tanto tute y pasó por su mente un *flash* del accidente que no había recordado hasta entonces. Vio su pierna aplastada entre el asiento y el salpicadero, rodeada de cristales rotos. La imagen le bastó para volver a su realidad. Con la ayuda de Nuno, se levantó del último aparato y, al apoyar el pie, vio las estrellas. Nuno la tranquilizó, le explicó que era normal, que le pasaría solo al principio y que en unas horas remitiría el dolor. Ella le dedicó la mejor sonrisa que pudo, le dijo que no pasaba nada, que era una chica fuerte. Salió de la sala indicándole que no necesitaba ayuda e intentando cojear lo menos posible.

Sergio fue a recoger a su hija a la salida de la clínica. Llegó temprano y decidió esperarla fuera para no agobiarla demasiado. Se aprendió de memoria cada baldosín de la acera de tanto pasear arriba y abajo. Cuando, por fin, vio salir a Mariana, se paró en seco. Cojeaba más que al entrar y estaba muy pálida.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado mientras le daba un beso en la frente.

—Sí, pero mañana recuérdame que me tome el doble de Ibuprofeno antes de venir.

—¿Te duele mucho?

—Sí, bastante, pero... —se le llenaron los ojos de lágrimas— me duele más el alma, la verdad.

—Mariana, hija...

—¡Jo!, y no sé si tengo fuerzas para esto, papá.

Arrancó a llorar y él la envolvió en un abrazo tan fuerte que Mariana no pudo evitar reírse.

—¡Papá, que me vas a estrujar!

Entre riendo y llorando, se metió en el coche con la ayuda de Sergio. Él también se preguntaba si tendría fuerzas para verla sufrir pero, imitando a Mariana, optó por reír en vez de llorar. Se puso al volante y anunció:

—Pues ahora vamos a hacer una locura.

—Bien, eso mola —le respondió ella aparentando entusiasmo y secándose las lágrimas.

Suponía que, viniendo de su padre, no sería hacer ningún deporte radical ni nada por el estilo pero se daba cuenta de que el pobre solo intentaba animarla. Aunque prefería ir a tomar algo con Carmen y con Sara que estarían en Estrella Galicia, se calló sus planes e intentó complacer a Sergio.

—Vamos a merendar un chocolate con churros de Bonilla en pleno julio, ¿qué me dices?

Eso sí que la hizo reír de verdad.

—¡Buah! ¡Menuda adrenalina! —bromeó.

Y ahora el que se reía era él.

—¿Crees que Francisco querrá unirse a nuestro arriesgado plan?

En realidad, lo último que Sergio quería era tener que tomarse un chocolate caliente pero Francisco vivía al lado de Bonilla y era la excusa perfecta para llamar al telefonillo y que se les uniese. Hacía unos días que andaba muy raro y por teléfono no soltaba prenda. Además, a Mariana le vendría muy bien estar con su hermano.

Sergio no se equivocaba. Francisco estaba tan extraño que tuvieron que insistirle

mucho para que bajase, ¡a él!, que siempre estaba preparado para apuntarse a un bombardeo.

Con el olorcito del chocolate empezó a desahogarse. Las palabras le salían a cuentagotas. Su padre y su hermana no le estaban entendiendo nada aunque, al menos, sabían que estaba hablando de su socio.

Al acabar Empresariales, Francisco había montado una inmobiliaria a medias con su amigo Daniel. Compañeros de clase desde parvulitos hasta el último curso de la facultad, se habían pasado la vida planeando montar algo juntos. Los dos tenían el espíritu emprendedor heredado de familia y se les habían pasado por la cabeza cientos de ideas innovadoras pero fue el recuerdo de su profe Matías, de sexto de primaria, el que los condujo a decantarse por la inmobiliaria. El primer día de aquel curso, cuando entraron en clase, don Matías estaba sentado. Nunca más se sentó, siempre se paseaba por la clase, con las manos cogidas a la espalda, mientras hablaba o incluso cuando trabajaban en silencio. Pero aquel día de septiembre, los alumnos iban entrando en clase con el desorden normal del primer día y se lo iban encontrando allí sentado, con los brazos apoyados en la mesa completamente despejada y los dedos entrelazados, esperando pacientemente a que la clase se fuese llenando. Había una frase escrita en la parte superior de la pizarra: «Con la mente en el cielo y los pies en la Tierra». Francisco y Daniel se sentaron juntos en la primera fila y guardaron el mismo silencio que el resto de los compañeros. Muchos estaban en la misma postura que el profesor. Otros, desconcertados, se removían en sus pupitres sin saber qué hacer. Tocó el timbre que señalaba el inicio de la primera clase. El profe Matías se levantó, cerró la puerta del aula y volvió a adoptar la misma postura. Reinaba un silencio sepulcral. Entonces, Francisco se giró y sacó un cuaderno de la mochila que colgaba de su silla. Dejó la primera página en blanco para la portada como le habían enseñado y en la segunda página puso la fecha. Esperó un poco más pero el profe Matías permanecía observándolos en silencio. Daniel, hizo lo mismo que Francisco y todos les siguieron. Nadie se atrevía a preguntar. Aquel hombretón de bigote canoso parecía infranqueable. Francisco cambió el boli por el lápiz por si acaso tenía que borrar y copió la frase de la pizarra. De nuevo, Daniel lo siguió, igual que el resto de la clase. Cuando acabaron de copiar, miraron al profesor esperando al menos una palabra, un gesto, algo. Pero él continuó impertérrito diez minutos más. Fue un silencio eterno para unos niños de once años que venían a clase con el nerviosismo propio de conocer al profe nuevo. De repente, apoyó las manos en la mesa y se levantó. Caminó hasta el fondo del aula con parsimonia, como si no le intimidasen los sesenta ojos ansiosos que seguían sus pasos por el pasillo. Se giró y abrió los brazos en el aire como queriendo abarcar desde la distancia la frase que estaba escrita en la pizarra. «Así es como hay que estar en la vida. Eso es lo que yo quiero que aprendáis este año. —Y se quedó unos segundos en silencio mirando la frase—. Ahora, sacad vuestros libros de Mates, que vamos a ver lo que quieren que aprendáis los del Ministerio». A lo largo del curso, el profe Matías aprovechó cualquier excusa

para hablarles de la importancia de ponerse metas altas pero dando pasos prudentes. La frase se quedó escrita en la pizarra hasta el último día de junio, cuando todos se despidieron de él con lágrimas en los ojos porque se jubilaba. De aquella filosofía nació la inmobiliaria a la vez que morían otros proyectos más arriesgados como el hotel de lujo o la agencia de viajes para enfermos terminales.

De repente, Francisco, que hasta ese momento solo se había quejado de lo sucio que había jugado Daniel y de lo desconcertado que estaba él, empezó a hablar de una chica:

—A ella le pareció raro que Daniel quisiese ir a tomar un café. A mí también pero no le dije nada porque como siempre he confiado plenamente en él...

Cuanto más hablaba, más se le empañaba la mirada y menos entendían su padre y su hermana.

—¿Pero quién es esa «ella»? —preguntó Mariana.

—Pues «ella» es Tania, mi secretaria, bueno, es secretaria de la inmobiliaria, claro, pero la contratamos para que me ayudase a mí cuando Daniel se fue a abrir la agencia de Villagarcía. Pero eso da igual, el caso es que Daniel actuó a mis espaldas, hizo lo que le dio la gana sin decirme nada, ¿entiendes?

—Ya, ¿pero qué tiene que ver esa Tania? —insistió Mariana.

—Pues que Tania nos había dicho que se iba, que le habían ofrecido un trabajo en una empresa grande con un sueldo algo mejor y que tenía que pensar en su hijo, porque ella es madre soltera, ¿sabes? La tarde que nos dijo que nos dejaba yo creí morir porque es supereficiente y yo estaba encantado con ella.

—¿Te gustaba?

—No, no es eso, Mariana. Estaba encantado con ella —repitió intentando aparentar naturalidad— pero lo que me jode es lo de Daniel, que no te enteras.

—Oye, no le hables así a la niña, hombre —intervino Sergio.

—Ya, lo siento, es que... ¡Dios! Ni siquiera te he preguntado por la fisioterapia, ¿te dolió mucho?

—No, nada —mintió para no cambiar de tema—. Pero, entonces, ¿qué tiene de malo que Daniel tome un café con ella? No entiendo nada.

—La verdad es que yo tampoco, hijo —confesó Sergio.

Francisco respiró hondo e intentó explicarse mejor. Les contó que Daniel y él habían acordado hablar con Tania e intentar por todos los medios que ella no se fuese a trabajar a otra empresa. Le aumentarían el sueldo, retrasarían su hora de entrada para que pudiese llevar al niño al colegio con calma y le pagarían un buen seguro médico que los cubriese a ambos. Francisco estaba seguro de que así, ella se quedaría.

Pero quien habló con ella fue Daniel. Llegó a la oficina y le dijo a Francisco que bajaba a tomar un café con Tania para poder hablar en un ambiente más distendido. A él le pareció bien. Estaba enfrascado intentando resolver un problema con la página web así que ni se planteó bajar también, total, Daniel ya sabía lo que tenía que decirle

y además era mucho más persuasivo.

Cuando subieron, ella se fue directa a su mesa y siguió trabajando igual que antes de bajar, como si la conversación hubiese sido irrelevante. Daniel asomó la cabeza al despacho de Francisco y le dijo solamente: «No hay nada que hacer, macho, me piro a Villagarcía que tengo mucho curro allí». Entonces, Francisco se acercó a la mesa de Tania y ella le explicó que no le servía de nada que le subiesen el sueldo si esa subida iba a ser «en B». Él se quedó perplejo, ¿por qué Daniel le había dicho semejante cosa? Ellos no habían hablado nada de B. Además, por lo visto, lo del horario no se lo había ni mentado. ¡Ah! Y el seguro, sí, pero a partir del año que viene. ¿A qué venía eso? Pero sobre todo, ¿por qué Daniel no le había consultado el cambio de planes?

—¿Y estás seguro de que él no te había comentado nada antes? —le preguntó Sergio—. A lo mejor ya te había dicho algo y no te acuerdas.

Sergio intentaba buscar atenuantes que suavizasen el alma dolorida de su hijo. Le pareció que exageraba aunque entendía que se sintiese traicionado.

—¡Qué va! Me acordaría. Tú sabes que esa no es mi forma de hacer las cosas. Me habría negado a hacerlo así y Daniel lo sabía, por eso no me dijo nada, el muy cabrón.

—Bueno, Francisco, yo creo que no es taaaan grave como tú lo ves, igual estás un poco ofuscado...

—Pero papá, ¿tú no ves que es una traición?

—Es verdad, papá, ese tío es un cabrón —intervino Mariana cansada de morderse la lengua.

—¡Mariana!

—Jo, es que es verdad, papá. El tipejo bajó al café para que Pancho no pudiese ni opinar.

—Bueno, tampoco hace falta insultarlo, Mariana —dijo Francisco.

—¡Anda! ¿Y ahora lo defiendes? —se sorprendió ella.

Mariana se quedó pensativa, ¿por qué lo defendía ahora? «Esta historia está muy mal contada», pensó, «aquí lo que pasa es que a Francisco le gusta Tania y lo que de verdad le duele es perderla de vista».

—Haya paz —dijo Sergio intentando calmar los ánimos—. Vamos a ver, hijo, sois amigos de toda la vida, ¿no? Pues eso es lo que tiene que contar ahora. Todo lo demás no importa.

—¡Ya! ¿Y qué hago? Borrón y cuenta nueva, ¿no? ¡Qué va! No puedo, papá. Yo dejo la inmobiliaria. Así puede hacer lo que le dé la gana sin consultarme. Ya me buscaré yo la vida.

—Eso. ¡Que le den! —lo animó Mariana orgullosa de su hermano.

—No, Francisco, no. Creo que ya te he dicho muchas veces que nunca se solucionan los problemas huyendo de ellos.

—Ya, pero...

—¿Quieres calmarte y escucharme un momento?

—Sí, perdona.

—Estás dolido, vale, lo entiendo, pero ¿sabes por qué estás tan dolido por algo tan pequeño?

—¿Tan pequeño? Ya veo que no me entiendes...

Francisco se escurrió en la silla y empezó a jugar con la servilleta.

—Claro que te entiendo, ¿quieres hacer el favor de escucharme?

—Sí, sí, te escucho —respondió desganado.

—Pues mírame y deja de hacer el tonto con la servilleta —Sergio empezaba a perder la paciencia— y quita esos morros de la cara, que ya hace mucho tiempo que no eres un bebé.

—¡Papá! No te pases, pobre... —se compadeció Mariana.

—De pobre, nada. Bien, vamos a ver —se giró hacia Francisco buscándole la mirada—, lo primero que tienes que hacer es ir a la oficina, ¿qué es eso de decir que estás enfermo? ¿Cuántos días llevas sin ir por allí? ¿Tres? ¡Pero si tú no has faltado nunca! ¿Qué es esa milonga de refugiarse en casa?

—Es que no quiero ni verle el careto, papá.

—Que no es para tanto, hijo, hazme caso. Lo que pasa es que sois muy buenos amigos y no os habéis fallado nunca, por eso te duele, porque no estás acostumbrado, pero es normal, hijo, los amigos, a veces, nos fallan, nos decepcionan,... Una buena amistad como la vuestra lo supera todo, ya verás.

—Lo dudo mucho, yo ya paso.

—Mira que eres terco, hijo.

—*Falou Varela.*

—Eso, ¡mira quién fue a hablar! El más Tauro de todos los Tauros —bromeó Mariana haciendo sonreír a ambos.

—¡Oye! Un respeto a vuestro padre —dijo Sergio ya en un tono más distendido.

Los dos hermanos intercambiaron una mirada cómplice y Francisco le hizo un guiño a Mariana. Se alegró de verla sonreír. Así parecía la Mariana de antes del accidente. Al verla así pensó que quizás su padre tenía algo de razón. Había cosas que eran importantes y cosas que no lo eran tanto. Que Mariana sonriese era importante. Quizás no fuese tan importante que su socio y amigo le fallase por una vez en la vida.

—Sigue, papá, te escucho, en serio.

—Lo que tienes que hacer es dejarte de tanto rollo, como decís vosotros, y sentarte a tomar un café con él. Para estas cosas, no hay nada como hablarlas.

Francisco suspiró. En el fondo sabía que lo que le dolía no era la traición de su amigo Daniel. Lo que lo estaba matando era la idea de dejar de ver a Tania cada día.

Como cada sábado desde hacía ocho años, Sergio se dirigió al cementerio de Pereiró.

La mujer del puesto de flores era una sexagenaria que se maquillaba como si fuese veinteañera y lucía un escote de vértigo «para compensar la sobriedad del cementerio», decía ella. Pero Sergio apenas se fijaba en el escote, él no era como los demás. A ella se le empezó a dibujar la sonrisa cuando lo vio venir de lejos, ya sabía lo que iba a decir pero le seguía pareciendo tan tierno... «Ojalá mi marido estuviese la mitad de enamorado que este hombre», pensó.

—Buenos días, hermosa. Dame el clavel más bonito de Vigo que es para la reina del Mundo.

—Está aquí guardado esperando por usted desde bien temprano.

Pasó primero a visitar a su niñera, Angustias. Le regaló un beso rápido y disimulado. Le pidió que cuidase a Olga. Rezó un Padrenuestro y caminó diez metros más abajo. Como cada sábado, pensó que no podía ser casualidad que estuviesen tan cerca una de la otra.

Nada más pararse ante la tumba de Olga, le recorrió el primer escalofrío. «Mi reina, ya estoy aquí, contigo pero sin ti. Hay días que no puedo más, ¿sabes? No te imaginas lo que daría por estar ahí contigo, cerrar los ojos y que me vinieses a buscar, eso es lo que más quiero en este mundo, es lo que sueño cada noche... Ya sé que no es lo que tú quieres y si todo en la vida lo hago para agradarte, esto también, no te asustes, ya sabes que siempre puedo más. Pero estoy cansado, mi reina, me flaquean las fuerzas, solo quiero estar contigo y aquí no estás. A veces te busco entre la gente, como un tonto. Fffftttttt... ¡Dios, otro escalofrío!... A veces pienso que estás. Un viejo loco, en eso me estoy convirtiendo, ya ves. Pero bueno, ya paro de quejarme. Déjame que te cuente... ¡Vaya susto el de la niña!, ¿eh? Pero ni te voy a hablar de eso porque yo sé bien que si se salvó fue porque tú la protegiste, que eso no me lo quita nadie de la cabeza. Yo no sé si hago bien mandándola al psicólogo ese pero Jacobo dice que es muy bueno y yo... yo no hago más que acordarme de aquella canción de Victor Manuel, aquella de: “¿qué te puedo dar que no me sufras?” y es desesperante porque no puedo hacer nada más que llevarla al loquero ese... Tampoco quiero agobiarla. Supongo que necesita tiempo. Seguro que tú sabrías qué decirle cuando se pone tan triste pero yo... A veces pienso que no hicimos bien consintiéndola tanto y protegiéndola tanto. ¡Ah, bueno! ¡¿Y Francisco?! ¿Qué me dices? ¡Vaya disgustazo que se llevó el pobre con eso de Daniel...! ¿Teníamos que haberlos preparado mejor para los golpes de la vida? Mira, no, tuvieron una infancia muy feliz, que les quiten lo bailao. Si al final, lo que nos queda son los recuerdos, mi amor,... ¡Ay!, mis recuerdos... ¿Sabes de qué tontería me acuerdo mucho últimamente? No te lo vas ni

a creer...».

Su media horita con Olga no se la quitaba nadie, por nada del mundo.

Para despedirse, le cambió el clavel rojo mientras le daba otro escalofrío.

En el coche le esperaba Raphael, que había dejado a medias su dueto con Frank Sinatra. Sergio no se cansaba de escucharlo porque le recordaba a su mujer, sentada en la butaca *beige* de la habitación, en penumbra, cantando bajito con alguno de los niños en brazos. Nunca les cantaba nanas, decía que metían miedo, prefería las canciones de amor para dormirlos. Esa imagen de Olga lo llenó de paz y aplacó la rabia que volvía a aflorar cada vez que se alejaba del cementerio dejándola allí: rabia contra los médicos que no habían hecho más, contra Dios que se la había arrancado, contra la sociedad que lo había obligado a compartir su entierro con hipócritas que no pintaban nada allí,... contra la vida en general. Aún no podía evitar sentirse así de mal al separarse de ella.

Se oyó el cla-clá del portón y apareció Spi. Ya estaba esperándolo para hacerle una fiesta, como si hiciese mil años que su dueño había salido de casa. Sergio le correspondió como siempre. La rabia que había sentido por el camino se le fue disipando poco a poco con cada caricia. Quedaba el dolor pero eso se llevaba mejor que los momentos de rabia. El dolor de vivir sin Olga ya era algo crónico, familiar, un viejo conocido con el que Sergio se había acostumbrado a vivir, como quien tiene que soportar cada día un terrible dolor de espalda. Entraron juntos por la cocina. Con el perro pegado a su pierna, Sergio se acercó a Cecilia, que estaba friendo patatas y le hizo la misma broma de siempre:

—Mire, Cecilia, ¡un burro volando! —le dijo señalando la ventana.

Ella aprovechó para echarle un vistazo a la ría y él salió pitando hacia el salón con un par de patatas en la mano.

Mariana estaba tumbada en el sofá con su iPad. Él le dio un beso en la frente de los que le gustaban a su hija y ella le regaló esa sonrisa tan fresca que a él le recordaba tanto a Olga.

La gran mesa redonda estaba preparada con la cubertería de plata y la vajilla de La Cartuja. Cecilia entró con la sopera a juego dejando un rastro de olorcito a crema de zanahoria que a Sergio le chiflaba. Cerró los ojos para sentir mejor el aroma y se sentó a la mesa mientras escuchaba el mismo sermón de todos los días:

—Mariana, hija —dijo Cecilia—, ¿cuándo vamos a poder ponerte una copa como Dios manda? —Y se giró hacia Sergio y añadió—. Yo ya sé que no debo meterme, señor, pero es que así no hay quien ponga una mesa en condiciones con esa cosa horrible ahí en el medio.

—Bueno, a lo mejor mañana, Cecilia, ¿quién sabe?

A Sergio le gustaban más los vasos de Nocilla de Mariana que las copas tan finas que le ponían a él pero... ¡cualquiera le decía nada a Cecilia!

Durante la comida charlaron como buenos amigos. No había sido siempre así. Cuando estaba Olga y Sergio trabajaba todo el día, no era lo mismo, se llevaban bien,

sí, pero no se conocían como ahora, ¡qué va! Ahora Sergio sabía que Mariana tenía una lucha interna y que no le iba a ser fácil dejar de sentirse culpable. Aunque empezaba a confiar en el psicólogo que les había recomendado Jacobo, le gustaría poder hacer algo más para ayudarla. Algo como bajarle la luna no estaría mal. En la sobremesa no faltó el cafecito y la partida de Rummicub. Cuando estaba a punto de ganar Mariana, les empezó a oler a podrido. Los dos aguzaron el olfato para intentar descubrir el origen de aquella peste. Se miraron con los ojos muy abiertos.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó ella en medio de una mezcla de tos y carraspeo.

Se asomaron al mismo tiempo por debajo de la mesa para confirmar sus sospechas. Allí dormía Spi plácidamente completamente ajeno al hedor que había dejado en el ambiente.

—Ya te dije que estaba muy viejito —recordó Sergio riéndose.

—¡Y tanto! ¡Menudo tufo! —se rio también Mariana.

Oyeron el telefonillo y se levantaron a la vez pero no para ir a ver quién era sino porque aquel olor nauseabundo no se podía aguantar. Estaban intentando dirigir el pestazo hacia la ventana ayudados con un par de revistas cuando aparecieron en el salón las amigas de Mariana, Carmen y Sara.

—¡Tía, qué asco! —exclamó Carmen retrocediendo un par de pasos.

Sergio y Mariana se miraron entre sorprendidos y avergonzados pero las amigas de Mariana eran como de casa así que optaron por seguir riéndose. Sergio cogió un par de revistas y se las metió en las manos.

—Llegáis en el momento perfecto para echar una manito —les dijo.

—Espero que haya sido Spi —dijo Sara mientras aceptaba la revista— porque si no, vamos a tener que llevarte otra vez al hospital, tronca.

Aquel olor horrible les sirvió de excusa para reírse durante un buen rato. Cuando por fin se despejó el ambiente, Sergio mencionó la siesta, le dio a cada una un beso rápido en la frente e hizo mutis por el foro alegrándose de que «las niñas» hubiesen ido a visitar a Mariana. Ellas se sentaron con algo de recelo porque Spi seguía roncando debajo de la mesa y lo miraron como si fuese una bomba de relojería. Mariana les pidió ayuda para recoger el Rummicub inacabado pero Sara propuso echar una partida antes de pasar a la piscina.

—Tía, ¡qué enrollado tu viejo! —dijo Carmen—. Al mío ya no sé ni cuándo fue la última vez que lo vi reír.

—Sí, mola —respondió Mariana creciéndose de orgullo.

El padre de Carmen nunca había sido muy agradable y, con el tiempo, la cosa iba a peor. Todo Vigo sabía que los padres de Carmen vivían juntos pero no revueltos desde hacía años. Se decía que él tenía un amante, sí, sí, «un», no «una», y que ella, la madre, lo sabía de sobra pero prefería mirar hacia otro lado. Aunque casi nunca se les veía juntos, cada año aparecían cogidos del brazo en la merienda benéfica que Aldeas Infantiles organizaba todos los veranos en el Parador de Bayona. Carmen no

entendía cómo su madre podía soportarlo y la menospreciaba por ello. Con su padre hablaba lo imprescindible y le dolía en el alma que él ni siquiera se diese cuenta de que lo ninguneaba. Como además no tenía hermanos, creció aprendiendo a aislarse en su cuarto, que parecía un palacio de un cuento de hadas, aunque por más bonito que fuera, siempre que podía, ella se iba a dormir a casa de Mariana. Nunca había envidiado sus cosas pero sí que le impactaban tantos besos y tantos abrazos como se repartían entre los Nogueira y cuando estaba allí, también se dejaba querer. Le acababa de sentar de maravilla el beso de Sergio.

—Bueno, ¿qué? Y tú, ¿cómo estás?, cuenta, anda —le preguntó a Mariana.

—Hecha una mierda, tía, con la pierna jodiéndome casi todo el rato con dolores, pero tirando, ¡qué remedio!

—¡Jo! Pero cuando no la mueves, ¿también te duele? —preguntó Carmen.

—Me duele menos pero, de vez en cuando, es como si un alien cabrón estuviese estrujándomela.

—¡Un alien cabrón! —repitió Sara riéndose.

—Te lo juro, tía, parece que está ahí pegado a la pierna preparado para hacerme putadas en cuanto me descuido.

—Tía, ¿tú no tendrás algo chungo en la cabeza, no? Eso del alien cabrón asusta un poco —dijo Sara que aún seguía riéndose.

—¡Qué va! En el hospital me hicieron mil TACS y resonancias y yo qué sé y dijeron que del coco estoy perfecta.

—No te vieron bien —dijo Carmen intentando aparentar seriedad.

—¿Por?

—¿Tú perfecta? —preguntó Carmen con una sonrisa—. ¡Eso sí que es bueno! Pero si siempre has sido la más pirada de todas... ¿Te acuerdas de lo del hotel de Salamanca?

El comentario hizo que las tres se riesen a carcajadas. En un viaje de fin de curso, Mariana, aún medio dormida, había bajado a desayunar al comedor del hotel en pijama de estrellitas y zapatillas enormes con forma de oso. Fue una entrada triunfal que le iban a recordar toda la vida y siempre que salía a colación la risa estaba asegurada.

—Bueno, por lo menos estás de buen humor. —Alcanzó a decir Sara.

De repente, Mariana se quedó pensativa. Se puso muy seria y les confesó:

—Por mí estaría todo el día tirada en la cama pero al viejo le da algo de verme chungu así que me toca ir a fisioterapia todos los días. ¡Ah! Por cierto, tía, te quedaste corta, menudo cañón el tal Nuno, ¡vaya tela!

—¡¿A que sí?! —exclamó Carmen con los ojos muy abiertos.

Intentando que el ánimo no decayese, Sara tiró de Mariana.

—Cuenta, cuenta... Queremos todos los detalles.

Mariana sonrió y decidió darles lo que querían aunque fuese inventado.

—¡Buah! Cuando me cogió la pierna así por el tobillo y yo ahí tumbada en la

camilla...

La agencia de Villagarcía estaba situada en los soportales de un edificio de piedra con galerías blancas. No era un inmueble céntrico pero tenía la ventaja de estar en una placita donde siempre había sitio para aparcar. Es más, normalmente había sitio en la mismísima puerta, lo que para Daniel y Francisco, acostumbrados a Vigo, suponía, sin duda, un buen servicio para los clientes.

No sabían muy bien si había sido la casualidad o el destino lo que los había llevado a abrir la agencia allí. Uno de sus mejores clientes de Vigo había recibido el local como parte de una herencia inesperada, de un tío que había emigrado a Brasil o algo así. El caso es que el bueno del señor no tenía ninguna intención de quedarse con aquel bajo que le complicaba la vida y quiso deshacerse de él cuanto antes, por eso, el precio que había propuesto, había sido tan irrisorio que los dos amigos no habían podido resistirse a comprarlo. Llevaban allí algo más de un año y la inversión ya estaba casi rentabilizada. Además, les había venido muy bien poner un poco de distancia entre los dos, que ya empezaban a parecer una pareja de hecho. Aunque, sin duda, lo mejor que había traído aquella agencia había sido la necesidad de incorporar a una persona más en el equipo de Vigo. Eso sí, Francisco estaba convencido de que habría conocido a Tania de cualquier forma, estaba seguro de que el destino la habría puesto en su camino más tarde o más temprano.

Francisco aparcó casi en la puerta y se plantó en la agencia. Daniel estaba solo. Era temprano y el único colaborador que tenían allí aún no había llegado. En realidad, los sábados abrían más tarde, a las diez, pero Daniel siempre estaba allí a las nueve, fuese martes o sábado.

—Pero tío, ¿tú de qué vas?

—¡Coño! ¡Qué susto! ¡Menudo saludo! ¿No estabas enfermo? Pasa tío, ¿o te vas a quedar ahí en la puerta como un pasmarote? ¿Y ese careto? ¿A qué viene?

Daniel se levantó para ir a recibir a su socio y amigo preguntándose cuál sería la causa de su visita y sobre todo cuál sería el motivo de su cara de póker.

—¿Es por la venta del ático de O Grove?

—No, joder, qué más me da a mí mil más que mil menos.

—¿Entonces? ¡Ni puta idea, tío!

—Es por lo de Tania, joder, que no sé de qué vas...

Francisco dio un par de pasos para dejarse caer en una de las cinco sillas de la mesa redonda que había a la entrada.

—¿Lo de Tania? No entiendo, tío. Explícate, joder —dijo Daniel sentándose un par de sitios más allá.

—¿Tú qué le dijiste a Tania?

—¿Qué le dije de qué? ¿Qué le iba a decir? Intenté convencerla para que se quedara.

—¿En serio? —preguntó Francisco con ironía.

—Bueno, a ver... —Daniel empezaba a ver por dónde iba la cosa—. Ella ya había tomado su decisión, ¿sabes? Ya no había nada que hacer... Te juro que intenté convencerla para que se quedase pero cuando las decisiones ya están tomadas pues..., como comprenderás, milagros no hago.

—¿Milagros, dices?

—Pues sí, tío, habría sido un milagro que se quedase.

—No jodas, tío, por lo menos ten los huevos de reconocer que pasaste de mí como del culo.

—¿Qué pasé de ti? ¿Pero de qué me hablas? ¡Joder! No hay Dios que te entienda.

—¿En qué habíamos quedado?

—¿Cómo que en qué habíamos quedado?

—Pues eso, que habíamos acordado proponerle una subida de sueldo, ¿o no?

—Y se lo propuse, tío, te lo juro.

—Ya, pero en B, ¡¿qué cojones?!, Daniel, joder, ¿pero tú de qué vas? ¡¿En B?!

—¡Ah! Bueno..., eso... —respondió Daniel como aliviado.

—Sí, ¡eso!

—Pero si eso es una chorrada, tío.

—¿Una chorrada?

—Pues sí. Hay que joderse. Me estás montando la del pulpo por nada, tío. Hay que joderse... ¿Tú eres imbécil o qué?

—¡Oye! —Francisco se infló desafiante.

—Te juro que no entiendo a santo de qué viene montar tanto pollo por una parida así.

—Es que a veces piensas con el culo, joder.

Francisco apoyó los codos en la mesa, metió la cabeza entre las manos, suspiró y chasqueó la lengua antes de soltar el sermón que había preparado mentalmente en el coche de camino a Villagarcía.

—Verás, tío, somos amigos de toda la vida y eso para mí es sagrado, tío, tú estás por encima de toda esta cagada...

—¿Cagada? Te juro que no te entiendo —le interrumpió Daniel desconcertado por la importancia que Fran le estaba dando a aquello.

—Ella es una tía legal, joder, una tía diez, ¿entiendes?, ¿tú crees que iba a querer quedarse en una empresa con esos chanchullos? —Cogió aire, se calmó un poco y añadió—. ¿Y yo? ¿Habíamos hablado algo tú y yo de lo de pagarle en B? Porque si lo hicimos no me acuerdo, tío —dijo con ironía— y, que yo sepa, aquí las decisiones importantes se toman entre dos, ¿o no?

—¡Joooooder! ¡Cómo está el patio! Está susceptible el niño... —dijo Daniel como si hubiese público.

—Eso, tú sigue tomándome por el pito del sereno.

—Coño, tío, no creí que fuese tan importante para ti.

Francisco se ablandó resignándose a tener que perdonar a su amigo, a ese que nunca medía las consecuencias de lo que hacía. A Daniel solo le importaba el presente, su frase preferida era aquella de «Y después, Dios dirá». Francisco lo conocía mejor que nadie y sabía que no se le podía pedir más.

—Pues lo era. Era muy importante.

—Pues lo siento —repitió Daniel encogiéndose de hombros—. Pero tío, no te agobies, que tengo buenas noticias. Ya he encontrado sustituta.

La cara de Fran volvió a desencajarse.

—No me mires así, coño, que das miedo... —le recriminó Daniel—. Escucha, es alguien de confianza, ¿entiendes?

Pero Fran solo pensaba que ahora le encajaba todo, que Daniel, en realidad, no quería que Tania se quedase porque ya tenía él a alguien en mente para ocupar su puesto. A lo mejor no conocía tan bien a su amigo como pensaba porque se veía que esta vez sí que había pensado en las consecuencias. Y en el futuro. En el futuro de alguien que vete tú a saber quién coño era.

—Sí, tío, de total confianza, y a eficiente no le gana nadie.

—Tania —dijo Fran por lo bajini sin importarle si Daniel lo había escuchado o no.

—Esta es mejor que Tania, tío, es un fichaje que te cagas, ya lo verás. Además, ya la conoces, de vista, pero la conoces.

—¡Gran cosa! ¿Y se puede saber quién coño es?

—Mónica, mi cuñada.

—No jodas tío, ¿todo esto era para enchufar a tu cuñada? Pues me has jodido bien, que lo sepas —sentenció levantándose y dirigiéndose a la puerta.

Daniel lo persiguió. Lo agarró por el hombro para frenarlo.

—Tío, Fran, espera, hombre... ¿qué cojones te pasa?

Francisco, harto de la falta de sensibilidad de su amigo, se giró, lo miró fijamente a los ojos y explotó.

—¡¿Qué cojones me va a pasar?! ¡Es que pareces lelo, tío! ¿Tú no ves que pierdo el culo por Tania desde que la vi?

Daniel se quedó de piedra.

—No tenía ni idea, tío. Lo siento, joder...

—Ahora ya está. Déjalo.

Francisco se volvió a girar y echó a andar por los soportales encaminándose hacia el coche. Daniel se llevó la mano al bolsillo para comprobar si tenía las llaves de la inmobiliaria. Estas hicieron ruido en el pantalón. Cerró la agencia y salió corriendo detrás de su amigo que ya estaba entrando en el coche. Daniel sujetó la puerta.

—Tío, joder, no me dejes así. Lo siento...

—¿Y qué quieres que te diga?

—Pues que me perdonas, joder, a ver quién va a ser más lelo aquí...

—Claro que te perdono, cojones, pero eres imbécil.

—Ya tío, lo siento, te juro que no tenía ni puta idea.

—Pues ya ves.

Francisco metió la llave en el contacto.

—Me piro, que aún me quedan unos días con Tania en la oficina y tengo que aprovecharlos.

—Pero, tío, éntrale ya, ¿a qué carallo esperas?

—¡Ya! ¡Qué fácil! Anda, suelta la puta puerta, joder —añadió sin poder evitar una sonrisa de complicidad hacia quien siempre seguiría siendo su amigo del alma, pasase lo que pasase, como se habían prometido en aquel recreo del cole cuando aún usaban *mandilón*.

Daniel soltó la puerta con una sonrisa de alivio y se quedó solo en la acera, contrariado por ver cómo se alejaba alguien a quien quería y, a la vez, a quien había hecho daño sin darse cuenta. Claro que había sido sin mala intención, claro que no sabía que Fran estaba tan pillado por Tania. Tampoco era tan guapa, ¿qué le vería? Bueno, el caso es que no le gustaba nada la idea de haber jodido a su amigo. Chasqueó la lengua contrariado y se encaminó a la inmobiliaria. Igual, si cerraba lo de la venta del ático de O Grove, a Fran se le pasaba un poco lo de Tania. Intentó justificarse pensando que tampoco era para tanto, en el fondo le había hecho un favor, ahora a Fran no le quedaba más remedio que espabilarse si no quería perderla. Y además, Mónica necesitaba el trabajo y era buena tía, tampoco había que exagerar. Y así, con la conciencia más aliviada, giró la llave de la inmobiliaria y entró con el pie derecho. ¡Claro! Quizás antes había entrado con el izquierdo. Bueno, ya daba igual, lo importante ahora era cerrar esa venta.

Francisco subió a tope el volumen de «Smells like teen spirit» y dejó que el espíritu de Nirvana le invadiese. Aún no tenía muy claro si estaba más o menos cabreado con Daniel que antes de hablar con él. Bueno, por lo menos había un motivo pero... ¿Que Daniel quisiese enchufar a su cuñada justificaba el haber tratado a Tania de aquel modo? ¡En B! ¡Vaya gilipollez! Ya sabía que Tania no lo iba a aceptar, claro, por eso se le ocurrió semejante sandez. No, si el tío era listo, eso estaba claro, al final se había salido con la suya y él tendría que tragar con la cuñada. En fin, ten amigos para esto... Pero era su amigo, eso era cierto y, al fin y al cabo, era verdad que no tenía ni idea de cuánto le importaba Tania, ¡claro!, si se lo hubiera dicho antes,... El último año habían estado mucho más separados que nunca...

Cuando se dio cuenta, estaba entrando en Vigo. Aparcó en un *parking* a tres manzanas de la oficina. Apagó el motor. Quitó la llave del contacto y se hizo el silencio.

—Bueno, ya está —dijo sin ser consciente de que estaba hablando solo—. Daniel ha sido un cretino cabrón pero es mi amigo. Y Tania... Tania... ¡Joder! Tengo que echarle cojones y decirle algo. Al final, ¿soy yo el lelo o qué? Me quedan pocos días,

pero... ¡Como hay dios que los voy a aprovechar!

Hacía años que no iban a comer al Estalagem da Boega. Cuando los niños eran pequeños solían ir un domingo al mes. A Olga le chiflaba la cantidad de postres variados y a todos les encantaba la aventura de ir a Portugal y cruzar la frontera. Tras esperar la cola para enseñar el pasaporte, atravesaban el río Miño por el puente de celosía de hierro que tanto maravillaba a los niños jugando con ellos a las luces y las sombras. Nada más ver el cartel que decía «Portugal», Enrique y Pilar empezaban a hablar entre ellos como si supiesen hablar portugués y el coche se convertía en una especie de Babel porque, aunque sabían algunas palabras a fuerza de tanta visita, la mayoría eran inventadas. Hablar así, les producía una risa floja inexplicable que contagiaba a todos y siempre llegaban al Estalagem de muy buen humor.

Nada más sentarse a la mesa, a Sergio le invadió la nostalgia, ya no solo de la compañía de su mujer sino de aquellos tiempos en los que los niños eran pequeños y los llevaban a todos a todas partes. Hoy faltaba su hija Pilar y la echaba tanto de menos..., especialmente desde que Mariana había vuelto. Se consoló al recordar que había prometido pasar el siguiente fin de semana en casa. Tenía que acordarse de decirle a Cecilia que le preparase la habitación.

—Ha sido buena idea volver aquí —le comentó Francisco a Enrique—. ¿Cómo se te ocurrió?

—Me acordé del día que papá y mamá nos dijeron que íbamos a tener un hermanito, bueno, que al final resultó ser una hermanita —respondió Enrique—. No sé si tú te acordarás, Pilar seguro que sí. Fue aquí, en esta misma mesa.

Era la mesa de la esquina, entrando en el comedor a la derecha.

—Debía de ser invierno porque tengo una vaga idea de la chimenea encendida, o quizá eso fue otro día, ya no sé... —continuó Enrique—. El caso es que os he reunido precisamente aquí porque... Cristina y yo tenemos algo que contaros.

Sergio se levantó de la silla entusiasmado y fue hacia Enrique con los brazos abiertos.

—Pero si aún no sabes...

—¡Claro que lo sé! ¡Ay, qué alegría me das, hijo! —dijo mientras lo abrazaba.

—¿Es lo que estamos pensando? —preguntó Mariana con los ojos muy abiertos y una enorme sonrisa.

—Supongo que sí... ¡Vamos a tener un bebé! —respondió Cristina radiante.

En un segundo, se formó un remolino de abrazos y besos que hizo callar al resto del restaurante mientras todos los presentes en la sala hacían sus conjeturas sobre lo que estaba pasando en aquella esquina. Entonces, la encargada, se acercó a los Nogueira y felicitó a Cristina sin dudarle. Después, le entregó la famosa campanilla

del Estalagem y le hizo un gesto con la mano para que procediera a abrir la comida. Ella, muerta de risa y de vergüenza, rodeó la mesa del bufet acompañando sus pasos con el tilín tilín del instrumento. Nunca había estado allí, pero Enrique ya le había hablado de aquel ritual.

Los Nogueira se pasaron toda la comida haciendo planes para la llegada del bebé. Mariana estaba como loca con la idea de ser tía y cuando le anunciaron que sería, además, madrina, casi le da un patatús. Le sentó de maravilla la noticia. Se había levantado muy desanimada, solo le apetecía llorar, y si no llega a ser por la insistencia de su padre, se habría quedado en casa metida en la cama. Pensar en la vida que luchaba por abrirse paso dentro de Cristina la sacó de su mundo de pérdidas sin despedida en el que se había instalado aquella mañana, como tantas otras desde el accidente, junto a Samuel y a Lázaro.

Tomaron el café en el salón contiguo a la recepción porque hacía demasiado calor como para disfrutar del jardín.

—Es una lástima que Jacobo no haya podido venir. Le habría gustado enterarse de la noticia en primera persona —comentó Sergio.

—No te preocupes, papá, mañana me acerco al Carballo y se lo cuento —dijo Enrique.

—Buena idea, hijo, ya sabes que os quiere mucho.

—Sí, claro. Oye, ¿y qué tal está La Palo? —preguntó Enrique con cara de guasa—. ¿No mejoró del lumbago?

—¡Cuántas veces tengo que deciros que no le llaméis así! —le regañó Sergio.

Enrique y Francisco se miraron intercambiando una risita.

—Es que, papá, no hay manera de llamarle «tía» a esa cosa tan estirada, ¡por Dios! —se excusó Enrique—. Y encima ahora con el Botox,... es que..., vamos, se ha lucido.

—¡Es verdad, tronco! ¿La has visto? —intervino Francisco.

—La ha visto todo el mundo. No creo que quede alguien en Vigo que no se haya fijado en ella con aquellos labios —respondió Mariana.

—Ya, tronco, yo no sé cómo el tío Jacobo la deja salir de casa —añadió Francisco tronchándose de risa.

—¡Qué malos sois! —les reprendió Cristina riéndose también.

—Eso, basta ya —ordenó Sergio haciendo un esfuerzo por simular enfado—. Dejad a la pobre mujer tranquila, que está que no puede ni moverse con el lumbago.

—Parece un chiste barato de esos del colmo de los colmos, ¡La Palo con lumbago! —volvió a bromear Francisco.

—¡Pero bueno! ¿Otra vez? La tía, hijo, la tía Regina.

—Vale, papá, como tú quieras.

—Por cierto —Sergio aprovechó la bajada de guardia para cambiar de tema—, ¿llegaste a hablar con Daniel?

A Francisco se le cortó la risa de golpe. Pensó un instante antes de responder.

—Sí, tenías razón, hablando se entiende la gente.

—¿Y cómo quedó la cosa?

—Bueno, complicadilla...

—¿Y eso? —preguntó Mariana.

Con todas las miradas puestas en él, Francisco calculó rápidamente qué le apetecía contar y qué no.

—Pues es que resulta que Daniel lo que quería era enchufar a Mónica, su cuñada, que se ha quedado en el paro.

—Claro, ahí tenía que haber gato encerrado —comentó Sergio.

—Y ahora ya... ¿qué le voy a hacer?

Era una pregunta retórica. Francisco sabía muy bien lo que quería y por qué lo quería pero su conciencia necesitaba el apoyo de su familia.

—Pues no sé, hijo, ¿conoces a esa tal Mónica?

—Es que yo no quiero allí a nadie que no sea Tania, papá.

Le salió así, sin pensarlo al tiempo que se ruborizaba sin poder hacer nada para evitarlo.

—Pero si te estás poniendo rojo, tronco, ¡tú estás pillao...! —bromeó Enrique.

—¡Es verdad! —se sorprendió Mariana.

Se sintió en una encrucijada. No quería preocupar a su padre. Ya se estaba imaginando su discurso «...que esa chica tiene un hijo y eso son palabras mayores, Francisco, ¿qué pasa si la cosa va mal?, ¿tú te das cuenta de que tienes que estar muy seguro?, que ahí ya puede haber daños a terceros, que no se puede salir huyendo después...». Entre él y Tania no había nada. Ojalá lo hubiera, es verdad, pero ¿para qué la iba a liar parda con su padre si, total, Tania nunca se iba a fijar en él? Decidió no confesar cuánto le gustaba.

—¡Qué dices, hombre! Me pongo rojo de ira, eso es lo que me pasa,... —Intentó desviar la atención hacia Daniel—. Me da rabia que Daniel no haya sabido contarme sus intenciones en vez de andar enredando por detrás.

—Bueno, hombre, si era por su cuñada... —comentó Enrique.

Lo había conseguido. Francisco respiró aliviado. La conversación ya estaba mejor encaminada. Ahora convenía ir cortando el tema para que no se le fuese a desviar otra vez.

—Sí, ya, eso es verdad. Creo que yo también haría lo mismo por Cristina, y más ahora. —Entonces encontró la salida perfecta—. Por cierto, Cris, ¿cómo vas a hacer con la tienda cuando nazca el bebé? —preguntó mientras apoyaba el brazo en los hombros de su cuñada.

Mariana se sentía un poco rara en el asiento del copiloto del Mercedes de su padre. Acostumbrada a conducir su Mini por Madrid, se encontraba ridícula ahí sentada dejándose llevar. Se consoló pensando que sería por poco tiempo. Se dijo a sí misma que dentro de nada estaría «haciendo Tetris» con el coche por la Castellana, jugando a meterse por los huecos más insospechados.

Mientras dejaban atrás la urbanización, aprovechó para mandar un par de *whatsapps* a sus amigas. En el grupo «La Placita» estaban hablando de las mechas californianas que quería ponerse Sara. Mariana la apoyó: «La vida es demasiado breve como para dejar de hacer cosas que te apetecen y que no hacen daño a nadie. Adelante con esas mechas, Sara!!!».

Le habría gustado darse un chapuzón en la piscina antes de salir de casa pero la cita con el doctor Ventura estaba marcada para las diez y a esa hora de la mañana la niebla aún cubría gran parte de la ría y todavía hacía fresquete. En el coche sonaba Raphael, ¡¿cómo no?!, si parecía que aquel hombrecillo vivía allí dentro cantando una y otra vez lo mismo. En cuatro canciones estaban entrando en Vigo y en otro par más estaban en la calle Marqués de Valladares. Sergio paró donde pudo, se bajó del coche y ayudó a Mariana a salir aunque ya no le hacía falta. Tras el prolongado abrazo de despedida que tanto envidiaba Pilar cuando lo presenciaba, Mariana se encaminó a la consulta mirando de vez en cuando para atrás y sonriendo. Sabía que su padre no arrancararía hasta que la viese entrar en el portal, como si aún fuese pequeña.

—Me gustaría que me contase cómo se siente al regresar a Vigo, Mariana, después de haber vivido en una ciudad como Madrid, ¿cómo se encuentra aquí? —preguntó el doctor Ventura con ese aire solemne que le daba siempre a todo lo que decía.

—Verá, doctor, viví en Vigo casi toda la vida así que no es mucha novedad, ¿sabe? Lo único malo es tanta cuesta pero ya estoy acostumbrada. ¡Ah! Bueno, y el tráfico porque la gente pita por todo y por nada. Justo venía pensando que en Madrid me encanta conducir...

—¿Está conduciendo estos días, Mariana?

—No, no, ¡qué va! La pierna va bien pero no tanto. Si fuese solo el acelerador... pero es que si tuviese que pisar el freno de golpe..., no sé,... Y no crea que es que tengo miedo, ¡qué va! No piense eso, ¿eh?

—Yo no pienso nada Mariana, no se preocupe, solo estoy aquí para ayudarla a pensar a usted —respondió el psicólogo quitándole importancia—. Y, precisamente, ahora quiero que piense y que me diga tres cosas que le gusten mucho de Vigo.

—Lo mejor, el mar, sin duda. Me encanta salir a pasear por la playa, descalza, eso es un lujo que se echa mucho de menos en Madrid. Después,... las vistas desde el monte Alba, que no tienen nada que envidiar a las de Río de Janeiro desde el Cristo del Corcovado. Una vez fui a ese monte con Lázaro, ¡jo!, ¡qué buenos recuerdos!

Hizo una pausa prolongada y el psicólogo dejó de respirar temiéndose que al silencio le seguiría una crisis de ausencia pero a ella le bastó un suspiro profundo para continuar muy animada, como si el largo silencio no hubiese existido.

—Bueno, y de Vigo también me chiflan los helados de Capri. Es la mejor heladería del mundo. El de chocolate y avellana... ¡uf!, ¡qué rico!

—Todo eso me parece muy bien pero ¿no se ha parado a pensar que lo mejor que tiene Vigo es su familia, sus amigas...? Vamos, gente que la quiere y que está ahí para ayudarla, ¿no?

Mariana asintió y se quedó pensativa. Era verdad, estaba su familia pero echaba tanto de menos a su madre... El doctor Ventura aprovechó para indagar sobre el silencio anterior. Algo le decía que ese Lázaro no había salido a colación por casualidad.

—Por ejemplo, ese tal Lázaro, ¿también vive en Vigo?

Ella se quedó helada con la pregunta. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo había nombrado. Sin abrir la boca, negó suavemente con la cabeza mientras un gesto de dolor se asomaba a su semblante. El doctor Ventura destapó su pluma Parker y escribió una frase larga e ilegible en un folio que estaba prácticamente en blanco. Cuando hubo acabado, rompió el silencio que ya empezaba a hacerse pesado:

—Me gustaría que me hablase de Lázaro —dijo intentando aparentar un tono lo más neutro posible.

Mariana, que seguía en silencio, cruzó a la vez las piernas y los brazos y se recostó un poco más en la silla como preparándose para hablar largo y tendido. Sin embargo, no fue capaz de decir nada. Notó cómo los ojos empezaban a llenársele de lágrimas y un nudo se le instaló en la garganta ahogando las palabras.

Sergio entró en el bar Carballo con un hambre que no veía el camino. Era lunes y, como cada lunes desde que se había jubilado, iba de banco en banco durante casi toda la mañana para aliviar un poco de trabajo a su hijo Enrique. Había pasado dos semanas sin ir a echarle una mano: una con Mariana en Madrid y la otra en Vigo acompañándola a fisioterapia, al psicólogo y a dar largos paseos por la playa como le habían mandado en la clínica. Ahora que ella ya estaba algo mejor, él debía volver a su vida normal para no agobiarla demasiado.

Su primo Jacobo aún no había llegado al bar. Bueno, aún no era la una y siempre era puntual como un clavo. Aunque faltaban solo diez minutos, Sergio decidió no esperarlo. Su mesa preferida, entrando a la derecha, en la esquina, estaba libre. Cogió el Faro de Vigo de la barra y se sentó al lado de la ventana. La camarera se le acercó sonriente esperando su piropo.

—Buenos días, hermosa.

—¿Qué tal andamos, guapetón?

Él señaló la primera página del periódico.

—Pues ya ves, encantado con el Celtiña, que hizo un partidazo en el Memorial Quinocho.

—Bueno, bueno, dice mi José que los otros eran un paquete que no veas.

—Sí pero cuatro cero, son cuatro cero, ¿eh? Y el Cagliari no es tan mal equipo, no te creas.

Ella ladeó la cabeza como dándole la razón aunque confiaba más en la opinión de su José pero no se iba a poner a discutir con Sergio...

—¿Qué va a ser? ¿Mosto y empanadilla para variar?

—Pues, mira, no, hoy me vas a poner también un pincho de tortilla, que estoy muerto de hambre.

—Eso está hecho.

Empezó el periódico por el final. Desde siempre, tenía la manía de leerlo al revés. Le encantaba echar un vistazo detenido a los anuncios por palabras. Decía que era donde se le tomaba el pulso a la ciudad porque allí estaba el precio de la vivienda, el tipo de trabajos que se ofrecían,... y además, a veces la gente vendía unas cosas rarísimas. A Spi también lo había sacado de un anuncio por palabras «Excelente camada de labradores negros». ¡Y tan excelente!, ¡menudo perrazo!

Llegó a las esquelas a la vez que la empanadilla y la tortilla llegaban a su mesa. No pudo ni mirar tan deliciosos manjares. La vista se le quedó clavada en un par de líneas que leyó una y otra vez: «Tulia Barros Domínguez. Falleció a los 87 años (...). Su marido, Juan Nogueira (...)». Se quedó de piedra durante varios minutos, con la

boca abierta, los ojos como platos y los dedos preparados para pasar la página pero completamente inmóviles. Dejó de oír el bullicio del bar y por el silencio de su mente empezaron a pasar imágenes de su casa de la infancia: la palmera, el pasamanos de las escaleras que hacía las veces de tobogán, el tapizado de flores grises del sofá... Buscó a su madre entre sus recuerdos. Tulia estaba de pie, en el *hall*, muy elegante, con unos zapatos negros de tacón alto, un abrigo de piel color camel y el pelo recogido en un moño italiano impecable. Hablaba apurada dándole instrucciones a Angustias. Sergio estaba un paso por detrás de su niñera y tenía en la mano un avión de madera. Estaba haciendo girar la hélice una y otra vez en un gesto distraído hasta que, de repente, su madre se lo tiró al suelo de un manotazo «¡Para con eso, que me estás poniendo enferma!» y así como acabó la frase se dio media vuelta, cogió la puerta y desapareció. Sergio miró a su padre buscando a un aliado. Juan, que había bajado las escaleras a tiempo de presenciar la escena, le devolvió en silencio una mirada compasiva y, como queriendo ocultar su vergüenza por no defenderlo, se subió la solapa del abrigo negro, se puso rápidamente los guantes de piel a juego, agachó la cabeza y salió detrás de Tulia.

Una sombra sobre el periódico, trajo a Sergio de vuelta a la realidad. Alzó la mirada y se encontró con la de su primo.

Jacobo se había parado delante de la mesa. La vista no le alcanzaba para leer el texto pero sí para saber que aquello eran las necrológicas. Suspiró como para coger fuerzas y se atrevió a decir:

—Iré al entierro esta tarde. Adolfo también está en camino.

Como su primo seguía completamente inmóvil, Jacobo aprovechó la ausencia de respuesta para justificarse.

—No vamos por ella, es por el tío Juan. Él será lo que quieras pero no tuvo la culpa. Si no te hubieses negado así a hablar del asunto... yo mismo te lo habría explicado, Sergio, es que mira que eres terco, hombre. Puede que esta sea una buena ocasión para que hables con él, ¿no crees?

De repente, Sergio lo miró con cara de odio y sin decir nada, se levantó y salió del bar. Jacobo observó desde la ventana cómo su primo hacía, a paso ligero, un pequeño recorrido: una manzana hacia arriba hasta la calle María Berdiales, media vuelta y una manzana hacia abajo hasta la calle Urzáiz, otra vez media vuelta y rumbo a María Berdiales para girar y regresar a Urzáiz. Le perdió la cuenta a las idas y venidas. Lo conocía muy bien y sabía que no valía la pena intentar hablarle en ese estado. Sergio era Tauro y si se le pusiese ahora por delante, podía prepararse para la embestida. Era preferible dejar que se amansase solo, así que Jacobo se sentó a esperar.

Al cabo de unos quince minutos, Sergio volvió a entrar en el bar. Se sentó en frente de su primo y aguantándole la mirada, preguntó:

—¿Pensabas decírmelo?

—Esto sí. Iba a decírtelo ahora —respondió Jacobo intentando parecer sincero—. Lo dudé, lo dudé tanto... Pero Adolfo insistió en que deberías saberlo. Dijo que así

tendrías la libertad de decidir si quieres ir o no. Yo..., lo confieso, era partidario de ni mentártelo siquiera porque ¿para qué? ¿Qué sentido tiene a estas alturas?

Sergio no decía nada, ni siquiera tenía una expresión facial reconocible para Jacobo, estaba como congelado.

—Pero ya sabes cómo se pone Adolfo de pesado cuando algo se le mete entre ceja y ceja así que me amenazó con llamarte si no te lo decía yo en persona. Además, pensándolo bien... igual quieres..., bueno..., no sé... Ya te digo que iba a decírtelo ahora, fue cuestión de segundos, supongo.

Sergio, que había seguido impertérrito, relajó ligeramente los hombros y escudriñó a fondo la mirada de Jacobo antes de hablar.

—Hace tiempo que los daba por muertos. A los dos.

—¿En serio? —preguntó Jacobo sorprendido ante tamaña ignorancia.

—En serio.

Jacobo quiso enmendar un poco su reacción. No quería que su primo pensase que lo estaba juzgando.

—Bueno, en realidad podrían haberlo estado... pero ya sabes que somos una familia muy longeva. Mira a mis padres, que ahí están los dos, como rosas a los ochenta y muchos también.

Sergio dejó caer todo su peso en el respaldo de la silla, suspiró muy hondo y añadió:

—Te parecerá increíble, pero lo que me deja más consternado no es que mi madre se haya muerto, es pensar que mi padre está vivo.

Era la primera vez que los primos hablaban de Tulia y Juan desde julio de 1963, fecha en la que Sergio le hizo jurar a Jacobo y a Adolfo que nunca más se los mencionarían. Les dejó bien claro que no quería saber nada de ellos y que cualquier intento de acercamiento por su parte no solo sería rechazado sino que además implicaría la pérdida de su confianza.

No había duda de que el desprecio de sus padres hacia Olga había tenido consecuencias irreversibles.

En realidad, Sergio nunca había llegado a sentir, por parte de sus padres, ese amor incondicional que él sentía ahora por sus hijos. Solo él sabía que quien lo había criado, había sido su niñera, Angustias, quien haciendo honor a su nombre había vivido permanentemente preocupada por él.

Su infancia y juventud habían pasado casi sin pena ni gloria. Nunca le importó ser hijo único. Tampoco fue de pandilla de amigotes. Le bastaba con la amistad de sus primos, los gemelos Jacobo y Adolfo.

No había sido ni feliz ni infeliz, ni había sufrido mucho ni había disfrutado mucho. Había llorado pero no había gritado de dolor. Había reído pero no se había tronchado de risa. La vida lo había ido viviendo sin que él se parase a saborearla. Se podría decir que había nacido con dieciocho años, al irse a estudiar a Santiago de Compostela.

Había estado como aletargado, con los sentimientos semicongelados, hasta que aquel caluroso quince de septiembre salió de su estado de hibernación impulsado por la visión de la diosa que se estaba sentando al otro lado del pasillo. En su primera clase de Derecho Penal se enamoró perdidamente y para siempre de Olga. La vio avanzar por la clase con soltura, segura, arrasadora. Cada paso que daba era una obra de arte acompañada por el movimiento pendular de su coleta alta. Por un instante, Sergio se fijó en las miradas lascivas de sus compañeros y supo que quería dedicar el resto de su vida a protegerla. Una ola de calor invadió su cuerpo desde los pies a la cabeza y sintió que se le abrasaba el alma cuando ella se sentó justo al otro lado del pasillo y al hacerlo le dedicó una sonrisa. Era una sonrisa nacida para dedicársela a un desconocido, una de esas que indican amabilidad, son de paz,... Pero al encontrarse con aquellos ojos verdes, la expresión de Olga cambió por completo. «¡Eres tú!», decía la cara de la diosa ahora. «Eres tú el elegido. Ámame, ámame para siempre». Durante días se intercambiaron miradas lujuriosas tan impropias de la época como del escenario. La atracción era tan grande que aquella zona de la clase parecía estar imantada y si algún compañero la atravesaba, no podía evitar fruncir el ceño por un instante sintiendo una extraña sensación.

Olga y Sergio no vivieron un romántico noviazgo como las parejas de antaño. Pocas semanas después de conocerse ya estaban saliendo juntos. La pasión era tanta que rompió las cadenas de su conciencia y empezaron por amarse desenfrenadamente durante meses.

Los años de carrera se pasaron volando. No hicieron muchos amigos. Se tenían el uno al otro. En clase los respetaban porque eran buenos compañeros. Nunca faltaban. Se sentaban juntos en la quinta fila y Olga cogía unos apuntes impolutos que parecían recién salidos de una imprenta mientras él apenas tomaba algunas notas sueltas en hojas garabateadas. Él sacaba casi siempre peores notas que Olga porque mientras estudiaban juntos, se dedicaba a contemplarla. Se quedaba extasiado mirando sus manos hasta que ella le hacía una caricia y le pedía que se concentrara. A él no le habría importado sacar la carrera con más calma, pero Olga tenía cinco años justitos y la presión de las buenas notas para mantener la beca, así que a Sergio no le quedaba más remedio que estudiar si no quería quedarse solo en Santiago un año más.

No le sorprendió, aunque sí le dolió profundamente, el enorme desprecio de su madre cuando él le insinuó su intención de casarse con Olga. Si en cinco años no se había dignado a conocerla a pesar de la insistencia de su hijo, ¿qué podía esperar de ella ahora? Lo cierto es que siempre había pensado que a su madre no le quedaría más remedio que aceptarla cuando se casasen pero se equivocaba. Para Tulia, la familia de Olga era demasiado humilde como para poder pensar siquiera en la posibilidad de ver a su hijo desperdiciando así su vida. «¡Qué desperdicio!» fue exactamente la expresión que más se oyó en las meriendas de las señoras de la alta sociedad de Pontevedra. Muchas de ellas habían soñado con ver a sus hijas al lado de Sergio en el altar. Guapo, encantador y de buena familia, nadie se esperaba un

desenlace igual y la noticia de su matrimonio «con la hija de unos caseros» cayó como una bomba convirtiéndose en el centro de todos los cotilleos. Tulia no aguantó la presión y el qué dirán se impuso sobre su débil y falso instinto maternal.

Cortó por lo sano aquella tarde de julio en la que Sergio les hizo el anuncio oficial. Dejó de hablar con su hijo y nunca más lo nombró ni en las meriendas, ni en los actos benéficos, ni en las clases de pintura. A su marido le sentenció: «Nunca más se hablará de ese desagradecido en esta casa, será como si nunca hubiese existido».

Con ese derroche de sangre fría, lo borró para siempre de su vida. Vida en la que, por otra parte, tampoco había estado nunca muy presente porque en el fondo de su corazón, ella lo veía como un impostor. Cuando Tulia se fue a pasar los últimos meses de gestación a una clínica de Madrid, a nadie de Pontevedra le pareció extraño, era solo un esnobismo más de los Nogueira. Solo ella y Juan sabían que algo iba mal. Bueno, ella, Juan y el médico que les había recomendado trasladarse a la capital porque podía haber complicaciones y solo allí estarían a la altura de poder solucionarlas. De algún modo, aunque no como esperaban, el médico tenía razón. Cuando después de un parto interminable le pusieron en los brazos a su bebé muerto, ella murió con él. El grito desgarrador que le salió de las entrañas enterró su alma y su esencia para siempre convirtiéndola en un témpano de hielo, condenada a seguir viviendo sin su Sergio. La tuvieron sedada durante las siguientes horas y al despertar pensó que seguía soñando. Su marido, Juan, estaba paseando arriba y abajo por la habitación intentando calmar el llanto de un bebé que llevaba en brazos. Al ver que ella despertaba, la ayudó como pudo a incorporarse y le dio al bebé. Este dejó de llorar como por arte de magia.

—Creo que Sergio tiene hambre —dijo Juan intentando, en vano, contener las lágrimas.

A Tulia se le encendió una cerilla en medio del hielo. Se dejó llorar durante un tiempo que a su marido le pareció eterno. Entonces, en un arrebato de supervivencia y todavía bajo los efectos de los sedantes, mientras se desabrochaba algunos botones del camisón salpicado de lágrimas respondió:

—Pues si tiene hambre, vamos a darle de comer.

Nunca más hablaron del asunto. Ni siquiera entre ellos. Cuando volvieron a Pontevedra y se pasearon por la Alameda con aquel bebé tan bonito, el comentario más oído era el de «tan guapo como su madre», a lo que ambos sonreían educadamente y haciendo gala de la falsa modestia que les habían enseñado de pequeños, cambiaban de tema con sutileza:

—Bueno, bueno, para guapo el tuyo, Teté, que ayer lo vi con la niñera jugando en el parque y parecía recién salido de un cuadro de Rubens.

Veintitantos años después, aquel día de julio del anuncio de la boda, a Sergio, al ingenuo impostor, lo que más le dolió fue la actitud de su padre. De su madre ya se esperaba una escena dramática pero le habría gustado que por una vez en la vida su padre hubiese dado un puñetazo en la mesa. No lo dio. Sacó a relucir al mejor pelele

que siempre había llevado dentro y acató la decisión de Tulia dejando claro, clarísimo, que su opinión nunca había contado ni lo más mínimo en la familia. Podía mandar todo lo que quisiese en la fábrica de ladrillos que había heredado de su padre pero una vez traspasado el umbral del chalet de la Plaza de Santa María, sus palabras contaban lo mismo que el silencio.

Sergio sabía que su padre lo quería de verdad y hasta el último segundo esperó verlo aparecer por la alfombra roja. Olga tuvo que acariciarle la mano varias veces cuando se giraba mirando hacia atrás durante la ceremonia. Incluso justo antes de dar el «sí, quiero», Sergio volvió a mirar una vez más hacia la puerta. Olga, esperó a tener sus ojos en los de ella y negó con la cabeza despacito arqueando las cejas mientras su mirada decía «Lo siento mucho, cariño, no va a entrar nadie más por esa puerta». Él, que por nada del mundo quería empañar aquel momento, se vino arriba, le sonrió y encogió un poquito los hombros mientras sus ojos le decían «no pasa nada, mi reina, tú lo eres todo para mí». Entonces, pronunció muy alto «Sí, quiero» y aquellas dos palabras sellaron para siempre toda esperanza de recuperar a sus padres.

Después de tanto tiempo, aquella ausencia le seguía pesando como una losa. Cerró bruscamente el periódico que seguía abierto por la página de la esquila de su madre. Se levantó, miró a su primo a los ojos y sentenció:

—Fueron ellos los que me apartaron de su lado, Jacobo. Él aún está a tiempo de acercarse si le place. Te voy a pedir un favor: dale mi dirección pero no le digas que te lo he pedido yo.

—Entonces, ¿no vas a ir al entierro?

Sergio puso cara de paciencia, se giró hacia la puerta y salió del bar sin despedirse de su primo. Jacobo salió detrás aunque sabía que no lo alcanzaría. La camarera contempló la escena sorprendida. Se quedó sin su último piropo, con la cuenta por pagar y un pincho de tortilla y una empanadilla intactos, encima de la mesa.

Aquella tarde, mientras veía a Tania guardar sus cuatro cosas en una caja como en las películas americanas, a Francisco se le cayó el alma a los pies.

La cuñada de Daniel podía ser todo lo eficiente que le habían contado y podía estar de lo más necesitada, pero ¿cómo iba a vivir él sin Tania? Se recriminaba una y otra vez no haberse puesto firme con Daniel. No se explicaba cómo había acabado cediendo. Su amistad lo valía, era eso, claro, a veces se le olvidaba. ¡Ay! Pero dejar ir a Tania así, sin luchar por ella,... Si al menos tuviese coraje para decirle algo... Algo como que quería pasar el resto de su vida a su lado, que se moría de pensar en vivir sin ella,... Decirle algo así, no estaría nada mal.

Se armó de valor y se dirigió a su mesa.

—¿Al final en qué quedó lo del piso de Vía Norte? —Fue lo mejor que le salió.

—Nada, no quieren alquilar. Dicen que prefieren seguir dejándolo a la venta aunque tarden un poco más.

—Es una pena, porque la parejita esa estaba muy interesada.

—Sí, han vuelto a llamar hoy. Ya les he dicho que les va a gustar el piso de Urzáiz del que les hablaste, el del edificio Aurora, pero dicen que se les pasa un poco de presupuesto, que se lo van a pensar y te llaman.

Le sentó como un tiro ese «te llaman». Ya no era «nos llaman». Se arrepintió, otra vez, de haber antepuesto su amistad con Daniel a conservar el placer de poder ver a Tania cada día. Tenía que haber insistido más para que se quedase. Ahora ya era demasiado tarde. Ella estaba acabando de guardar sus cosas. Aún tenía encima de la mesa su grapadora de flores. No hacía ni un mes que había llegado a la oficina con una sonrisa de oreja a oreja, diciendo: «Me he dado un capricho. La vi en el escaparate de Pórtico y no me pude resistir». Francisco no había podido evitar reírse al verla sacar del bolso una grapadora. Y ahora, aquella chica que podía disfrutar tanto con algo tan pequeño, se le iba de las manos.

Fue el último objeto que metió en la caja. Se paró a contemplar sus flores un segundo, suspiró y la apoyó con cuidado en el interior. Levantó la vista hacia Francisco. Él se había quedado de pie, con los brazos cruzados y la pierna apoyada en el lateral de la mesa, como si aún tuviesen mucho que conversar. Ya no quedaba nadie en la oficina.

—Bueno, pues... Me tengo que ir que me van a cerrar la guardería y a ver si me van a dejar al niño dentro —bromeó.

«Ahora o nunca, Francisco», pensó él, que ya no aguantaba más las ganas de besarla.

Entonces, ella se levantó, se colgó el bolso y cogió la caja con ambas manos

colocándola delante de su cuerpo. Sin pretenderlo, creó una barrera que se convirtió en un muro gigante ante los cobardes ojos de Francisco.

—Te deseo todo lo mejor, Tania.

¡Por Dios! ¿Eso era lo mejor que se le ocurría? ¿No podía haber sido un poquito más personal? Empezaba a estar muy muy enfadado consigo mismo y eso tampoco ayudaba.

—Muchas gracias, Fran, ya lo sé. No quiero parecer cursi, pero he estado muy a gusto aquí. Tú bien sabes que si me voy es porque tengo que pensar en el futuro de mi hijo y allí puedo crecer...

—Sí, mujer, ya lo sé.

No fue capaz de decir nada más. Se le puso un nudo en la garganta y... ¡Mucho peor! Las lágrimas amenazaron con aparecer. Tragó saliva como pudo, parpadeó y, mientras se daba la vuelta para entrar en su despacho, emitió un breve:

—Mucha suerte, Tania.

Saludó al doctor Ventura como si nada hubiese sucedido en la consulta anterior, como si no se hubiese pasado el último cuarto de hora bloqueada, a punto de llorar y sin responder a ninguna pregunta. Había estado a punto de no volver pero no quería disgustar a su padre. Así que allí estaba, sentándose en la silla de director con un plan secreto para no tener que hablar de Lázaro. Hoy sería ella la que haría las preguntas.

—Antes de nada, ¿puedo consultarle algo?

—Claro, dígame.

—Es que mi hermano tiene un problema y no sabe qué hacer.

—Entonces, dígame a su hermano que lo atenderé con mucho gusto.

Le estaba saliendo el tiro por la culata. Había subestimado al señor Morales.

—Es que no va a querer venir, ¿sabe? Porque ya lo dice mi padre, Pancho siempre sale huyendo de los problemas.

—¿Y usted cree que su padre tiene razón?

—¡Claro! Mi padre será torpe y testarudo y todo lo que quiera pero conoce muy bien a Pancho.

—¿Y a usted? ¿La conoce bien a usted?

—Bueno, antes no, pero ahora sí.

—¿Y por qué cree que su padre le ha pedido que venga a mi consulta?

¡Vaya! El psicólogo no se iba a dejar manipular fácilmente. Ya estaban hablando de ella... Mariana lo intentó una vez más.

—Pues no lo sé, pero ¿no cree que mi hermano debería venir? Es que, verá, su socio le hizo una jugarreta, bueno, en realidad no es solo su socio porque también son amigos desde pequeños y ...

—Mire, Mariana —la interrumpió el doctor—, lo mejor es que venga él personalmente, usted no está aquí para solucionar los asuntos de su hermano sino los suyos, ¿no le parece?

—Yo estoy aquí por mi padre.

—¿Ah, sí? Yo pensaba que estaba aquí, por usted, para ponerse bien. Si su padre tiene algún problema, también le puede pedir cita a Margarita.

—No, hombre, no es eso.

Ella empezaba a perder la paciencia al comprobar que su plan se iba al garete.

—Entonces, piénselo usted, Mariana, y dígame, ¿por qué cree que su padre le ha pedido que venga?

—Porque me ve triste y no sabe qué hacer.

—Todos pasamos épocas más tristes y no por ello vamos al psicólogo —la retó el doctor.

—¿Lo ve?

—Sí, pero es que usted no está triste, Mariana.

—¿Ah, no?

—Bueno, quiero decir,... que no solo está triste. Su tristeza sería completamente natural si no se acumulase con una pena anterior que estaba ahí guardada, creciendo en su interior.

—Pero si yo antes era muy feliz, doctor.

—Ya. ¿Y qué me dice de lo que le pasó en la última consulta?

—Bueno, eso...

—¿Quiere usted sentirse bien, Mariana?

—Sí, hombre, claro, pero es que...

—Entonces, haga un esfuerzo y empiece a tomarse esto en serio.

Ella suspiró y se acomodó un poco más en la silla.

—Bueno, vale, pero que conste que lo hago por mi padre.

—Hágalo por el motivo que sea pero sepa que está aquí para mejorar y no para pasar el rato.

El psicólogo había ganado el tira y afloja. Aunque temía que Mariana se bloquease de nuevo al hablarle de Lázaro, decidió no perder más tiempo y formuló su pregunta sin mirarla a los ojos para no intimidarla demasiado:

—Bien, pues si le parece, empiece por explicarme quién es Lázaro.

A ella le vino a la cabeza una expresión que nunca había llegado a entender, «destapar la caja de los truenos». Aún desarmada, se mordió el labio inferior y, tras dudar unos segundos, dijo:

—Era.

—¿Era?

—Sí. También está muerto, como Samuel.

—¿Lázaro era su novio, Mariana?

Explicarle eso le iba a llevar algún tiempo. Se acomodó en la silla e hizo un gesto de resignación.

—Bueno..., no exactamente. Cuando conocí a Lázaro, yo tenía novio. Y lo quería mucho, muchísimo, eso lo tengo claro, pero de vez en cuando, pues... tonteaba con otros, ¿sabe? No sé por qué, la verdad,...

—Puede que sí lo sepa, se lo aseguro. Pero ahora siga, ¿cómo conoció a Lázaro?

—Fue en una discoteca, en unas fiestas del pueblo de una amiga... porque yo en eso siempre tuve mucho respeto, en casa siempre le fui fiel a Pedro pero cuando jugaba fuera pues era diferente, no sé,...

—Continúe.

—Bueno, el caso es que yo estaba bailando con mis amigas y él se acercó por detrás, me cogió por la cintura y asomó la cabeza sonriendo mucho. Tenía unos hoyuelos preciosos, supersexys y olía a mi colonia favorita. Le sonreí. Le di mi aprobación con la mirada y él desapareció detrás de mí, se me pegó a la espalda y me

envolvió en un baile supersensual. Solo estábamos bailando, ¿sabe? No hacíamos nada malo. Lo que pasó después..., ya..., bueno... Aquel baile, unido a mis tres copas de más, acabó convirtiéndose en un amasijo de besos y toqueteos que duró toda la noche. Algunas de mis amigas fliparon un poco pero es que besaba tan bien... Sus besos sabían a chicle de fresa y eran como finitos, es justo eso, eran besos finitos con sus labios finitos, eran como muy tiernos sin dejar de ser apasionados, Dios, besaba genial Lázaro, menudos besos de película nos dimos aquella noche.

*¿Ves, Lázaro, lo bien que me acuerdo de todo? ¿A que no te lo esperabas? ¿A que nunca pensaste que me importabas de verdad? Lo siento, fue culpa mía no decírtelo, no quería que te hicieras ilusiones porque no iba a dejar a Pedro, eso nunca me pasó por la cabeza. Yo sé que es difícil de creer pero me importabas de verdad...*

—¿Mariana?

—Sí, perdón, se me fue la pinza...

—¿Tiene episodios de ausencia con mucha frecuencia?

—¿Episodios de ausencia? ¿Qué quiere decir?

—Que si se queda así pensativa, como fuera del mundo, muy a menudo.

—No se imagina cuánto, doctor, ¡buf!, últimamente,... —sonrió—. ¡Qué bueno! ¡«Episodios de ausencia»! Mis hermanos se meten conmigo por eso y ahora les ha dado por decirme que vuelva de Murcia, que suena mucho menos importante. Cuando les diga lo de «episodios de ausencia» se van a partir. Mañana va a ser el cachondeo padre, ya verá.

—Pues no lo comente si no quiere.

—No me importa que se metan conmigo, estoy acostumbrada. Yo también me meto con ellos por otras cosas. Pero nos llevamos bien, ¿eh? Genial, diría yo. Dios, si no llega a ser por mis hermanos...

—Eso está muy bien, pero ahora siga hablándome de Lázaro.

El doctor Ventura ya sabía bien en qué llaga había que meter el dedo.

Los intentos de Mariana por desviarse del tema no surtían efecto, así que se rindió. Total, ahora que ya había empezado, pensó que no estaría tan mal poder hablar de aquello con alguien después de tanto tiempo guardándoselo todo.

—Bueno, estábamos en la discoteca. A las cinco en punto nos echaron a la calle. Salimos de la mano, con una copa escondida en la manga de cada uno. Mis amigas y sus amigos estaban esperándonos fuera. Vi a Carmen muy acaramelada con uno de sus amigos, uno que nos había traído una copa cuando estábamos besándonos en el pasillo del baño. Lo vimos venir partiéndose de risa «Joder, troncos, menudo espectáculo estáis dando, anda, parad un poco para beber algo». Apoyó la copa en un taburete que había por allí y mientras se marchaba, me suelta: «Estamos al fondo de la barra, hablando con tus amigas. Sois todas muy guapas. Por cierto ¿Carmen tiene novio?». No le contesté, me dio un ataque de risa que casi no podía parar porque él era feiño feiño y Carmen es un bellezón de esos que le van quitando la respiración a los chicos al pasar. Bueno, pues flipante, resulta que cuando salimos, allí estaba

Carmen poniéndole ojitos al amigo feo de Lázaro. Me acerqué a ella y le pregunté si llevaba muchas copas «Como siempre...». Vio por dónde iban los tiros y siguió «es que es tan mono...».

—¿«Como siempre» quiere decir mucho? ¿Beben ustedes mucho cuando salen?

—Supongo que sí,... lo normal, no sé,... unas más que otras pero en general, sí. Lo que pasa es que Carmen es la repera porque bebe y bebe y cuando no puede más, deja pasar media hora y... ¡Hale! Ya está pidiendo la siguiente.

—¿Y eso es ser la repera? ¿En qué sentido lo dice?

—Pues eso, que es genial la tía, que no tiene fin.

—Ya. Es una forma de verlo... ¿Qué pasó después, al salir de la discoteca?

—Allí nadie tenía ganas de irse a casa. Alguien dijo que había un after a las afueras así que fuimos caminando con la marea. Cuando ya se veía la nave con neones azules a lo lejos, Lázaro me cogió por el brazo y me tiró encima de él a unas hierbas altas que ladeaban la carretera. Se nos cayeron las copas por encima, él se hizo daño en un pie, yo en un brazo,... un desastre. Pero nos reímos tanto... Si cierro los ojos puedo oír su risa supercontagiosa.

Cerró los ojos y sonrió mostrando su semblante más plácido. El doctor Ventura garabateó un breve apunte y la dejó disfrutar de ese momento. Cuando abrió los ojos le dijo:

—Muy bien, Mariana. Hemos terminado por hoy.

Ella miró el reloj algo extrañada. En las sesiones anteriores había sido Margarita quien había avisado del fin de la consulta.

—Pero si aún faltan diez minutos, ¿no? —preguntó.

—Eso es cierto pero las sesiones pueden acabarse por dos motivos: uno, el tiempo, sí, y otro, que cualquiera de nosotros dos considere oportuno terminar en ese momento.

—¿Eso quiere decir que yo podía haber terminado esta consulta hace media hora?

—Sí, en cualquier momento. Nadie la obliga a estar aquí, esto no es un colegio, Mariana.

—Bueno, claro...

—Pues ahora, con esto y un bizcocho...

A Mariana le dio un poco de rabia no poder acabar de contar su historia y se levantó de la silla bastante contrariada, ¿qué pretendía aquel señor?, ¿volverla loca? ¡Claro! Sería una estrategia para desquiciarla del todo y que tuviese más motivos para ir... O quizás no. Tal vez solo pretendía que se quedase con las ganas de contarle todo.

No le apetecía nada ir a fisioterapia después del psicólogo pero lo que menos quería del mundo era que le quedasen secuelas en la pierna. Además, se acordó de Nuno y tuvo ganas de verlo, no porque le gustase, que eso estaba completamente fuera de cuestión, no pensaba mostrar ni el más mínimo interés por él, no fuera a ser que le afectase su maldición. Solo quería saber qué tal estaba. Algo preocupada por sentirse interesada, decidió que lo que sentía por él era compasión y se sintió aliviada ante la batalla que acababa de ganarle a su conciencia. No había nada de malo en que Nuno le infundiese compasión. Como era un poco temprano, decidió ir dando un paseo hasta la parada de taxis de la puerta del Sol en lugar de llamar para que viniesen a recogerla. Mientras caminaba por la calle Policarpo Sanz, se preguntó si la gente le notaría la cojera. Iba mirándose de reojo en los escaparates, observando su modo de caminar y, de repente se encontró fatal. Samuel estaba muerto, muerto por su culpa, y ella, ahí, dándole importancia a una cojera de nada. Se subió al taxi aún avergonzada y no dijo ni palabra en todo el trayecto.

Nuno estaba tan entusiasmado con un aparato nuevo que parecía una nave espacial, que ni mencionó a su exnovia en toda la sesión. Esta vez, le habló de su carrera, de cuánto había tenido que estudiar y de lo mucho que le gustaba su profesión. Mariana se alegró de confirmar que estaba en buenas manos porque el chico parecía estar al día de todos los avances de la ciencia. La sesión se le pasó volando otra vez. No sabía muy bien si le había dolido menos o si era que ya se había acostumbrado al dolor pero lo cierto era que los ejercicios le estaban resultando menos molestos. Animada por esa sensación, le plantó a Nuno dos besos de despedida que él aceptó con agrado.

Al salir de la clínica, se cogió otro taxi en dirección al cruce de Colón y Urzáiz. El taxista intentó darle conversación pero a ella no le salían más de tres palabras seguidas. El agotamiento de la rehabilitación parecía haberle caído encima de repente al faltarle la presencia de Nuno.

La ventanilla estaba ligeramente abierta y agradeció la brisa que le daba en la cara y dejaba entrar el olorcito a mar. Fuera hacía mucho calor pero en el taxi se estaba bien. En la Ser, Jacobo Buceta, entrevistaba al alcalde, que se traía no sé qué lío con el aeropuerto. Pensar en el aeropuerto de Vigo la hacía sonreír. Fuese adonde fuese, siempre la mandaban embarcar por la puerta cuatro, las otras estarían reservadas para las ocasiones especiales, vete tú a saber.

—¡Vaya calorazo estos días!, ¿verdad, señorita? Para que luego digan que en Galicia siempre llueve... —El taxista insistía en entablar conversación.

—Sí, sí, mucho calor —respondió desganada solo por no parecer maleducada.

Se deslizó un poco acomodándose en el asiento y cerró los ojos. Quería aprovechar aquel ratito para hacer balance. Ya llevaba unos días en Vigo. La pierna estaba muchísimo mejor, siempre y cuando no la forzase demasiado. El alma, bueno, eso era otro cantar... Se decía a sí misma que tenía que ser fuerte, que lo que le había pasado podía haberle pasado a cualquiera, que no había tenido la culpa,... Recordaba una y otra vez la frase de Pati en el hospital, las dos abrazadas, llorando: «Cada uno tiene su momento y a Samuel le llegó el suyo estando contigo pero tú no tienes la culpa». Estaba claro que Pati la había perdonado pero ¿y la madre de Samuel? ¡Dios! ¡Qué mal se sentía al pensar en ella! Y ni siquiera había podido dar la cara en el entierro. Presa en aquella cama del hospital durante días, la madre de Samuel nunca sabría todo lo que Mariana había llorado ni todo lo que había rezado para que Dios la perdonase por ser la culpable de la muerte de su hijo. Notó cómo los ojos se le inundaban de nuevo. Los abrió y unas lágrimas rebeldes se le escaparon a toda prisa. No quería llorar más y mucho menos delante de aquel taxista que intentaría consolarla sin tener ni idea, con palabras torpes de esas que, al final, hacen más daño.

Tenía que pensar en positivo y con tranquilidad, como decía siempre Sara. Aún le quedaban meses de rehabilitación por delante pero, al menos, la vida en Vigo no estaba siendo el agobio que se había imaginado. Gracias a Dios, su padre le estaba dejando el espacio que necesitaba. Se empeñaba en llevarla a todas partes como cuando de pequeña la dejaba en la puerta del cole y no se iba hasta verla entrar, vale, pero por lo demás, no tenía queja. Al contrario. Empezaba a ser consciente de lo mucho que le gustaba estar con él. Le encantaban las partidas de ajedrez o de Rummicub después de comer, los dos con el cafecito mano a mano, aunque perdía casi siempre porque ¡bueno era Sergio para dejarse ganar! Samuel le había dicho que le gustaba mucho el ajedrez, ¿le dejarían jugar en el cielo? ¡Oh, no! ¡Más lágrimas, no, por favor! ¡Venga, Mariana, pensamiento positivo! Las amigas, eso es, toca pensar en la gente que te quiere como dijo el psicólogo. Valoraba mucho poder estar con sus amigas de toda la vida. En Madrid estaba también Pati pero no podían verse tanto como les gustaría porque vivían cada una en una punta. En Vigo estaban Carmen, Sara y Manoli aunque rara vez se podía contar con esta última porque desde que se había casado no había manera de hacerla salir de casa. Además, muchos fines de semana, bajaba Elena, que vivía en A Coruña pero, siempre que podía, cambiaba las Rías Altas por las Baixas.

—Son cuatro con veinticinco, señorita.

Sacó un billete de cinco euros y forzó una sonrisa.

—Ya es así.

—Gracias, señorita.

Carmen y Sara ya la estaban esperando en la emblemática farola, punto de encuentro habitual entre las amigas, para ir a tomar el aperitivo. Se dirigieron hacia el MARCO y se sentaron en la terraza de la cafetería del museo, en la misma mesa de siempre, mientras comentaban el vídeo que había enviado Pati por whatsapp a «La

Placita» hacía un par de horas. Cuando tenían catorce años habían ido a un campamento de verano en Silos y Pati acababa de encontrar un vídeo con una de las canciones de misa que habían aprendido allí. Cuando estaban recordando a un chico de Orense que se había quedado pilladísimo por Carmen, el iPhone de Mariana empezó a vibrar encima de la mesa. Los tres Martinis se agitaron levemente. En la pantalla, Mariana leyó «Número oculto». Lo dejó sonar mientras seguía hablando con sus amigas sobre el tal Willi de Orense, que incluso había ido a Vigo a ver a Carmen unas semanas después y eso que ella, ni caso, pobrecito.

—Tía, ¿no vas a coger?

—Paso. Fijo que son los plastas de Vodafone.

Sara cogió el móvil y lo puso boca abajo en el aire. Lo volvió a voltear varias veces con cara de incredulidad mientras seguía vibrando. Sus amigas ya se estaban riendo de ella. A veces parecía que Sara no era de este mundo.

—¡Jo! ¡Que no es coña! —dijo también entre risas—. Mi móvil será una patata, podéis llamarle patatófono y todo lo que queráis pero si le haces eso, se calla.

El iPhone paró de vibrar en la mano de Sara y lo dejó encima de la mesa para poder coger el suyo.

—Llámame, verás.

Carmen ya tenía su iPhone en la mano. Desde que había dejado de fumar, había cambiado el cigarrillo por el móvil hasta tal punto que parecía una prolongación de sí misma. A una velocidad de vértigo lo desbloqueó, accedió a la agenda y llamó a Sara. Se le hizo raro. Nunca la llamaba. Hacía ya mucho tiempo que se habían terminado aquellas largas conversaciones de la adolescencia y se habían ido sustituyendo por emoticonos y abreviaturas a través del whatsapp.

En el «patatófono» de Sara apareció una foto de Carmen esquiendo. Era una imagen completamente anacrónica para un día de agosto en el que hacía tanto calor como pocas veces se había visto en Vigo. Para más inri, empezó a sonar una música caribeña que nada tenía que ver con el fondo pirenaico de la foto. Entonces, Sara se estiró muy solemne, como un mago a punto de hacer su mejor truco y dando un giro de vuelta y vuelta a la muñeca, silenció el patatófono y chasqueó la lengua en un gesto triunfal.

—Tía, ¡qué guay!, ¿y eso cómo se pone?

—¡Ah! No os lo pienso decir —bromeó orgullosa.

—¡Anda ya! Te mueres por contarlo...

—¡Qué va! Lo que pasa es que no tengo ni puta idea...

Las tres soltaron una carcajada al unísono. Las señoras de la mesa de al lado las miraron entre escandalizadas y envidiosas porque hacía años que no se reían así, como por nada. Aquellas risotadas entre amigas de verdad quedaban muy lejos cuando había que estar permanentemente pendiente de lo que pudieran pensar los demás.

Aún entre risas, Sara logró explicarse:

—Me lo puso mi hermano pequeño, que es un crac el tío.

—¿Quién, Miguelito? —preguntó Carmen admirada.

—Sí, hija, sí, es que ahí donde lo ves, Miguelito ya no es aquel mocoso al que teníamos que llevar a la playa.

—Tronca, ¡qué mala eres!

—Claro, vosotras porque no tenéis hermanos pequeños...

La conversación siguió muy animada. Del eterno debate sobre las ventajas e inconvenientes de ser la hermana mayor, como Sara, la pequeña, como Mariana, o hija única, como Carmen, pasaron al Facebook. Se ensañaron a placer con el muro de Ramón Gálvez, el exnovio de Carmen que no hacía más que colgar fotos de sus impresionantes vacaciones en Isla Mauricio con la Barbie esa con la que salía ahora. Hacía un mes que había vuelto a Galicia pero el muy cretino seguía poniendo fotos del viaje como si estuviese siendo eterno. Y de un ex, saltaron a otro.

—A quien vi el otro día fue a Pedro, Mariana. —Dejó caer Carmen.

—¿Ah, sí?

—Sí, está gordísimo, tía.

—No sé, yo hace mil años que no lo veo. Desde aquel partido del Celta, creo.

—Jo, pues ya llovió...

—Y tanto. Pero bueno, me llamó hace poco cuando lo del accidente.

—¿Te llamó? ¡Hala, tía! Y no contaste nada... —le reprochó Sara.

—¡Te estás poniendo roja! ¡No te seguirá gustando! —señaló Carmen sorprendida.

—¡Qué va! Será el calor o... la rabia, que solo de hablar de él ya me corroe.

—Ya... ¡Qué cabrón!

—Pues sí. Me quedé muy flipada con la llamada pero como estaba medio sedada...

Carmen y Sara eran las únicas de la pandilla que sabían cuál había sido de verdad el motivo de la ruptura. Eso de «ya no nos queremos» se lo había tragado todo el mundo menos ellas que conocían bien a Mariana y un par de días después de que lo dejaran, al ver que ella no quería ni salir de casa, se plantaron allí hasta que les contó todo con pelos y señales. Pati también sabía que había algo más pero nunca presionó a Mariana para que se lo contase, qué más daba. Se esforzó más por distraerla para que no pensase más en el asunto y, venga, a tirar para adelante que era lo que ella hacía siempre. En aquella época, no hacía más que repetirle «A rey muerto, rey puesto, Mariana». Ahora, después de lo de Samuel, Mariana se acordaba tantas veces de la frasecita... Pati había hecho todo lo posible para que ella conociese al rey Samuel y ahora estaba muerto. Un rey muerto de verdad.

—Bueno, ¿y qué hacemos el sábado, niñas? —preguntó Sara forzando el cambio de tema— ¿cenita en mi casa o vamos de tapas a Bayona?

—Mi hermana Pilar va a venir a casa este finde y quedó con Bea para ir a un concierto de Los Limones en el Náutico de Panjón. Quiere que vaya con ellas...

—¡Los Limones! ¡Qué bueno, tía! Entre eso y el CD de Raphael de tu padre, cualquiera va a una fiesta en tu casa...

—Pues para que te hagas una idea, en el cumple de mi padre abrimos con «Si yo tuviera una escoba» y seguimos con «La chica yeyé».

—¡Tía, qué bueno! ¡La chica yeyé!

—Pues yo aún me acuerdo del lío que tuviste con tu viejo para la fiesta de tus veinte por lo del pincha.

—¡Ya! Si lo dejo nos trae a Club Naval... —recordó Mariana.

—¡Ya te digo!

—Bueno, ¿y qué vas a hacer?, ¿vas a ir a ver a Los Limones esos o te vienes de marchuqui? —insistió Sara.

—No sé, es que hace mil años que no veo a Pilar...

—¡Ay, Sara! Que esta desalmada nos cambia por Los Limones esos, ¡no me lo creo! —protestó Carmen.

—Pues venid si queréis. —Probó a decir Mariana aunque ya conocía la respuesta.

—Deja, guapa, vete tú y nos mandas un whatsapp cuando acabes.

—Eso, deja, deja... Casi mejor nos vemos después en el Playa.

—No creo que aguante tanto, la verdad. Ir a un concierto con la pierna así ya va a ser bastante chungo.

El iPhone de Mariana volvió a vibrar en la mesa. Otra vez «Número oculto».

—Coge, tía, que ya me están rallando... —insistió Carmen.

Mariana atendió con resignación.

—¿Sí?

—Hola, ¿eres Mariana?

No oyó nada más. Sintió el mismo sudor frío que la invadió en el coche al ver a Samuel ensangrentado entre el amasijo de cristales. Los oídos le pitaban, los objetos se movían sin sentido y empezó a ver borroso.

Sus amigas, asustadas por la mirada perdida y la repentina palidez, reaccionaron a tiempo y la agarraron como pudieron salvándola de un golpetazo contra el suelo mientras se desplomaba de la silla.

Abrió los ojos un par de segundos. La cara de Carmen estaba sobre la suya, muy cerca, como si estuviese intentando leerle el alma con la mirada. Le pesaban tanto los párpados... Empezó a ver borroso y, en un instante, todo se volvió blanco. ¿La estaban llamando? Estaba segura de que era Carmen la que decía todo el rato «Mariana, Mariana» pero ¿por qué sonaba tan lejos? Debía de estar soñando... Volvió a escucharla, ahora con más claridad. Parecía que estaba enfadada:

—Mariana, ¡joder!

¡Ahora sí que estaba cerca! Abrió los ojos otra vez. No, no era un sueño. Allí estaba Carmen, «¿ves cómo era ella?», pensó.

—Joder, tía, qué puto susto nos has dado, cabrona —protestó Carmen mientras se incorporaba dejando que Mariana viese más allá de su cara.

Al ver lo que tenía alrededor le vinieron a la cabeza algunos *flashes* del accidente. Recuerdos que ni siquiera sabía que guardaba se agolparon arremolinándose furiosos en su mente. Volvió a cerrar los ojos intentando borrarlos pero Carmen, que por nada del mundo quería que su amiga volviese a perder la consciencia, en un arrebato desesperado y casi reflejo, le plantó una bofetada obligándola a ver, de nuevo, a su alrededor.

—Deja que nosotros nos ocupemos de tu amiga, ¿vale?

Un chico joven de camiseta blanca estaba cogiendo a Carmen por los hombros para separarla delicadamente de Mariana.

—¡Perdón, perdón! —decía ahora Carmen una y otra vez tapándose la boca con la mano y dejándose llevar hacia atrás por el joven de blanco.

Entonces, Mariana logró incorporarse un poco y lo vio todo claro pero ¿qué hacía ella en esa camilla?, ¿por qué estaba en una ambulancia? ¡Dios mío! ¡No habría tenido otro accidente! ¡Qué va! Si estaba tomando algo con Carmen y con Sara... ¡Sara! ¿Dónde estaba Sara? No estaría muerta, como Samuel... ¡Ay, Dios! ¡Sara!

Intentó gritar pero... estaba tan confusa... Otra vez el sudor frío, los oídos pitando, todo se difuminaba y se volvía blanco...

Transcurrieron unos veinte minutos y unos tres o cuatro desmayos más hasta que el personal sanitario consiguió traer a Mariana de vuelta a la realidad definitivamente. Cuando logró bajar de la ambulancia, había un par de decenas de curiosos agolpados expectantes y creyó que se iba a desmayar otra vez. De pronto, vio a su padre abriéndose paso entre la gente y se soltó como pudo de sus amigas para tirarse a sus brazos. Él la abrazó muy fuerte y empezó a pasarle la mano por el pelo con contundencia, casi como amasándole la cabeza. Era el mejor bálsamo para todas las heridas de Mariana. Desde que era pequeña, él la acariciaba así cuando se caía o se

daba un golpe porque ese gesto la hacía sonreír y era infalible para que parase de llorar.

Se dejó estar así, refugiada en el abrazo de su padre mucho rato. La multitud se fue dispersando y la respiración de Sergio se fue calmando. El pecho sobre el que Mariana apoyaba la cabeza parecía haber ganado la batalla al corazón que luchaba por salir desbocado desde que Sergio había recibido la llamada de Sara. Por suerte, él estaba en el Carballo, como todas las mañanas a esa hora y, en medio minuto, se plantó en la calle del Príncipe. Si hubiese sido un poco más lejos, no habría llegado. Su corazón ya no estaba para aquellos trotes.

—¿Mi móvil? ¿Mi bolso? —preguntó Mariana aún desorientada.

Sara salió de detrás de Sergio con el móvil en alto.

—¿Estás bien?

—Ahora sí, creo que sí.

—Pero, tía, ¿qué pasó?

—No sé,... la llamada... fue muy raro...

Mariana, que seguía abrazada a Sergio, frunció el ceño y volvió a acomodarse en el pecho de su padre. Sergio la volvió a acariciar con fuerza.

—Pero ¿qué pasó?, ¿quién era?, ¿Pedro?

Carmen seguía pensando que Pedro era la causa de todos los males de Mariana. La podía la curiosidad morbosa y le pareció más urgente encontrar una explicación al desmayo que saber si su amiga se encontraba bien.

—¡Qué va, tía! No sé quién coño era... —Cerró los ojos un momento para evitar la mirada curiosa de Carmen que empezaba a molestarla y sentenció—. ¡Es imposible!

—¿Imposible? ¿Cómo? —La curiosidad de Carmen ya no tenía contención—. Cuenta, cuenta,...

—¡Buf! Da igual, se habrán equivocado.

Mariana no estaba para dar más explicaciones. Total, ¿quién la iba a creer? Alzó la vista y vio los ojos de su padre. Se llenó de amor del bueno y escuchó justo lo que quería oír.

—¿Nos vamos a casa, hija? Cecilia ya debe de estar preocupada, es un poco tarde.

—Pero Marianiña, querida, este año no ganamos para sustos...

Cecilia le regañaba siempre con cariño. Paró de servirle el caldo, apoyó la sopera en la mesa y soltó el cucharón para santiguarse.

—Ánimas benditas del purgatorio, ¡cuántas gracias hay que dar!

—Pero si solo fue un desmayo, Cecilia, mujer,...

—¡Por eso, *filliña*, hay que dar gracias!

—Mala hierba nunca muere, Cecilia.

—¡Ay, Dios mío! ¡No diga eso ni en broma!

Había vuelto a coger el cucharón y ahora gesticulaba con él en la mano como loca.

—¡Ni en broma!

—Vale, vale... Pero, mire, cambiando de tema, lo del purgatorio... ¿no se lo habían cargado?

—¡Bah! ¡Pamplinas! Que me lo digan a mí, que tanto llevo rezado por las ánimas del purgatorio... ¡Eso son cosas modernas!

Sergio y Mariana no pudieron evitar la carcajada pero Cecilia ya estaba acostumbrada a que le tomasen el pelo con ese tema y mientras se retiraba, añadió muy segura:

—Tiempo al tiempo.

Se quedaron los dos enfriando el caldo mano a mano. De fondo, la voz de Ana Blanco presentando el Telediario hacía que pareciese un día normal, aunque ninguno le prestaba atención. Spi estaba tumbado entre los dos como esperando también una explicación. Mariana se quedó mirando fijamente la silla de su madre, vacía desde hacía tantos años... Necesitaba desahogarse y allí estaba Sergio, mirándola como disimuladamente, lleno de interrogantes. Entonces, ella, por fin, se armó de valor:

—Verás, papá, desde lo del accidente he vuelto a pensar mucho, pero mucho mucho, en un amigo que se suicidó hace unos años. —Logró decir.

Él se quedó perplejo ante tal revelación. Pensaba que conocía a su hija mejor que nadie.

—¿Se suicidó un amigo tuyo? ¿Qué me dices? ¿Quién? No sabía nada...

—No lo conociste. No lo conocía casi nadie. Puede que le hayas cogido el teléfono alguna vez porque llamaba mucho.

—No sé, Mariana, te llama mucha gente...

—Ya. Bueno, da igual... El caso es que he pensado mucho en él últimamente.

—¿Y eso?

—Porque también está... —hizo una pausa con miedo a pronunciar la siguiente palabra— muerto, como Samuel.

Mariana se metió una cucharada de caldo en la boca para hacer tiempo. No le

apetecía nada, ¡caldo con el calor que hacía! Cosas de Cecilia.

Sergio no sabía qué hacer ni qué decir. «Muertos como Olga», pensó, y deseó tanto que ahora ella estuviese allí... Miró disimuladamente a su lado para comprobar una vez más que la silla estaba vacía. Hizo como pudo para tragar la primera cucharada de caldo. Ya no podía darle más vueltas y, a pesar de tener el estómago cerrado, quería aparentar naturalidad.

—¿No te parece mucha casualidad, papá?

—¿Casualidad? ¿Cómo?

—Por eso, porque están los dos muertos.

—No te entiendo, Mariana, ¿qué tiene que ver? —preguntó Sergio desconcertado.

—Pues que se me mueren, papá, los chicos a los que les gusto, se me mueren.

Acabó la frase con un nudo en la garganta. Se le llenaron los ojos de lágrimas e intentó disimular nuevamente tragando a la fuerza otra cucharada de caldo. Su padre hizo lo mismo mientras buscaba desesperadamente alguna palabra de consuelo. Había hecho argumentaciones brillantes en todos los juicios a los que había asistido a lo largo de su vida. En Navidad soltaba unos discursos que ya le gustaría al rey. En el funeral de Olga había hablado entre lágrimas haciendo una declaración de amor de tal calibre que en Vigo no se habló de otra cosa durante semanas. Y ahora... Nada. Ni una palabra. Su hija lo acababa de dejar en blanco.

—¿Y de qué lo conocías? A ese chico, digo. —Fue lo mejor que se le ocurrió.

—Bueno, eso da igual, lo conocí una noche... pero hablaba mucho con él y él estaba muy enamorado, ¿sabes?

«¡Claro! ¿Cómo no se iba a enamorar?», pensó Sergio. Cualquiera que conociese un poco a su hija acababa enamorándose de ella. Se hacía querer. La quería todo el mundo, como a Olga.

—Pues es que ni me suena...

—Es que coincidió todo con lo de mamá, por eso no conté nada. Ella estaba tan malita...

—Ya.

Sergio suspiró y apoyó la cuchara. Ahora sí que no le entraba más caldo.

—La echas de menos, ¿eh, papá? Yo también. No sabes lo que daría por tenerla ahora aquí conmigo.

Él podía disimular muchas preocupaciones, disgustos y problemas pero no podía evitar que le cambiase el semblante cuando le apretaba aquel dolor casi físico de no tenerla a su lado. Al ver surgir, de repente, el gesto abatido de su padre, a Mariana se le hundió aún más el mundo pero intentó ser fuerte.

—Pero no me quejo, ¿eh? Porque te tengo a ti.

—Gracias, tesoro, pero ya sé que no es lo mismo, hay cosas de las que solo entendéis las mujeres.

—Bah, pamplinas, que diría Cecilia. Además, también está Pilar, tú no te preocupes.

—Sí, ya sabes que aunque esté un poco lejos ella está siempre pendiente de ti.

—Ya lo sé, papá, si es una pesada, ¡no para de mandarme whatsapps preguntando cómo estoy, si necesito algo,...!

Pilar y Mariana eran el día y la noche. Todo lo que la mayor tenía de fría y distante, lo tenía Mariana de cariñosa y cercana. Sin embargo, se entendían la mar de bien. La diferencia de edad tampoco había supuesto una barrera sino al contrario. Para Mariana, tener una hermana tan mayor había supuesto siempre una válvula de escape. Pilar se había ido a estudiar a Santiago cuando ella tenía ocho años y desde entonces no había vuelto a vivir en casa pero se llevaba a su hermana con frecuencia a Santiago: fines de semana, vacaciones, cumpleaños, cualquier motivo era una excusa para reclamar la compañía de Mariana. El paso de niña a adolescente, lo dio el día que la dejaron subir sola al tren que la llevaría a Santiago. Olga la despedía con la mano desde el andén con el alma encogida de tener que dejar volar a su pequeña y Mariana se crecía en el asiento entusiasmada con su recién estrenada libertad.

—Una pesada que te quiere, Mariana.

—Lo sé, lo sé.

Cecilia entró en el salón con una fuente de carne mechada y una gran sonrisa.

—Mire, Marianiña, su carne preferida.

Puso la fuente encima de la mesa y casi le dio algo cuando se fijó en los platos que iba a retirar.

—¡Pero bueno! ¿Qué es esto? Si estaba buenísimo el caldito...

—Sí, Cecilia, estaba muy rico, como siempre, pero es que con tanto calor... —se excusó Sergio.

—¿Y usted señorita, no ve que el caldo le es bueno para recuperarse?

—Si ya estoy bien, Cecilia, que fue solo un desmayo, nada más.

—Ya, ya, uno no se desmaya así porque sí, usted lo que tiene es falta de ánimo y mire cómo se está quedando, flaquita, flaquita que da pena verla.

«Pues es verdad», pensó Sergio, «¡vaya cómo se le notan las clavículas!».

—Cecilia tiene razón, Mariana, ¿por qué no tomas un poco más de caldo?

—¡Anda! ¡Qué morro! ¿Tú puedes dejar y yo no? Eso no vale, ¿no?

—Es diferente.

—¿Ah, sí?

—Sí, porque yo soy padre y tú eres hija, es otra categoría, ¿entiendes?

—¡Venga ya! Ese argumento no cuela, que tengo casi veinticuatro años, papá.

—Bueno, bueno, déjese de pamplinas y tome un poquito más de caldo —le pidió Cecilia.

—No puedo, en serio, Cecilia. Me como la carne, lo prometo, ¿vale?

Cecilia miró a Sergio buscando su complicidad pero este le hizo un gesto para que le retirase el plato.

—Usted perdone, señor, pero esta niña hace de usted un pandero. Si estuviesen aquí sus hermanos ya la estarían llamando mimada, consentida y unas cuantas

verdades más.

—¡Cecilia! —la cortó Mariana riendo porque sabía que era verdad lo que decía.

Salió llevándose los platos y murmurando algo entre dientes. Esta vez se habían librado del discurso de los niños pobres que no tienen para comer y nosotros tirando la comida, así que supusieron que era eso lo que murmuraba, o quizás estaba rezando por las ánimas del purgatorio, que también era probable.

El paso de Cecilia por el salón les dejó la carne mechada deliciosa y una sonrisa a cada uno.

Animado por el mejor talante que empezaba a flotar en el ambiente y por el olorcito del segundo plato que le estaba abriendo el apetito, Sergio intentó que Mariana se desahogase.

—Me estabas contando de ese amigo tuyo, ¿cómo se llamaba?

Mariana se tomó su tiempo para responder. Se le hacía raro decir su nombre. Pensó que quizás no lo había vuelto a decir en alto desde entonces y ahora, en tan poco tiempo, le hablaba de él al doctor Ventura y a su padre.

—Lázaro.

—Pues no me acuerdo, sinceramente... ¿y dices que se suicidó?

—Sí... bueno, eso me dijeron hace unos años. Yo había dejado de hablar con él hacía meses.

—¿Qué pasó? ¿Os enfadasteis?

Mariana estaba viendo a Sergio comer la carne y quiso hacer lo mismo pero no era capaz. Ya ni siquiera le bajaba por la garganta. Bebió agua para empujar y tiró la toalla. Lo sentía mucho por Cecilia pero no podía cumplir su promesa. Pinchó la rodaja con el tenedor y disimuladamente la dejó caer a su lado, justo delante del hocico de Spi que se despertó como hechizado y de un bocado acabó con la tortura que le estaba suponiendo a Mariana tener que tragarse aquello tan rico. Algo más aliviada, supo cómo podía responderle a su padre sin contarle gran cosa.

—No, bueno, es que es un poco raro contarte esto... El caso es que... dejamos de hablar y yo seguí haciendo mi vida. No supe nada más de él porque no salíamos por los mismos sitios, ni teníamos amigos en común, ni nada. Unos meses después, cuando ya estaba estudiando en Madrid, me llegó un *email* de Carmen en el que me decía que Lázaro se había suicidado. Fue horrible porque yo lo ayudaba mucho, ¿sabes? Cuando éramos... —dudó al escoger la palabra siguiente— amigos..., yo era como su soporte cuando le daban bajones. Me llamaba o quedábamos para hablar y se le pasaba todo, ¿sabes? —volvió a dudar un instante y continuó—. ¿Cómo no me iba a sentir culpable cuando me enteré, papá? Yo podía haberlo evitado, ¿entiendes?

—No lo creo, pero me puedo imaginar lo que sentiste.

A Sergio le rondó otra vez la pregunta de siempre, ¿no podía haber hecho él algo más por Olga?

—Bueno, pues prepárate porque ahora viene lo fuerte, es que es muy fuerte, papá. Sergio apoyó los cubiertos y se giró un poco más hacia Mariana como para

escuchar mejor.

—Estos días..., bueno,... desde el accidente, pienso en él todo el rato. Es que se parecía mucho a Samuel y los dos están... —volvió a hacer una pausa—... muertos, papá.

—Es pura casualidad, Mariana, hija.

—¡Eso quería creer yo! Pero es que... ¿sabes quién me llamaba hoy?, ¿sabes por qué me desmayé?

Sergio abrió los ojos como platos. Se imaginó lo que su hija iba a decir. No podía creerse lo que iba a escuchar.

—Era Lázaro, papá. Te lo juro.

El doctor Ventura notó la expresión desencajada de Mariana nada más verla aparecer por la puerta de la consulta.

—¿Cómo se encuentra hoy, Mariana? —preguntó dándole un tono muy solemne a sus palabras.

—Pues no muy bien, la verdad —respondió ella abatida mientras se sentaba—. Hoy sí que necesito un loquero.

Al psicólogo se le escapó la risa. Era mejor tomárselo a broma. Tantos años de carrera, tantas horas de estudio posteriores para el doctorado, tanta práctica y tantas experiencias positivas no podían otorgarle un calificativo que le hiciese más gracia que el de «loquero».

—¡Ay! ¡Perdone! —Intentó excusarse ella, volada por la metedura de pata.

—No se preocupe Mariana, no es la primera vez que me llaman así.

—Lo siento, en serio,... Lo que quería decir es que hoy sí que creo que necesito un psicólogo.

—Pues aquí me tiene —dijo él volviendo a su solemnidad habitual.

Mariana suspiró, se acomodó en la silla de director y empezó a explicarle lo que le había pasado el día anterior. Le contó con todo detalle lo de la llamada y lo del desmayo y concluyó su relato igual que al contárselo a su padre:

—Era Lázaro, doctor, se lo juro.

Ante semejante afirmación, el doctor Ventura se tomó su tiempo para hacer una anotación. Después, con parsimonia, apoyó la pluma Parker en paralelo con el borde superior del papel, cogió aire y, mirando a Mariana a los ojos, preguntó:

—Mariana, ¿me está usted diciendo que Lázaro podría estar vivo?

Ella se mordió el labio inferior durante un par de segundos antes de responder.

—Supongo que no.

—En ese caso, ¿cree que la ha llamado desde el más allá? —preguntó intentando parecer natural, como si fuese una posibilidad real.

Mariana se rio con ganas descargando la tensión que llevaba encima desde que, justamente, esa posibilidad le rondaba la cabeza. Al oírlo en boca del psicólogo le pareció tan ridículo que no pudo evitar desternillarse de sí misma.

—No, hombre, ¡cómo voy a creer eso! —mintió—. Aunque, a veces, me parece que lo veo, que está ahí sentado en la orejera de mi habitación o parado en un portal en la acera de enfrente y después... se va, desaparece.

—Es normal, Mariana. Es una sensación que forma parte del proceso de duelo que no vivió en su día.

—Pero es que es más que una sensación. Yo juraría que está ahí, ¿sabe?

—Hay muchas teorías acerca de fenómenos sobrenaturales pero antes de pensar en todo eso, hay algo que debe hacer.

—¿Hacer?

—Sí. En su día, me comentó que se había enterado de la muerte de Lázaro por un *email* de una amiga. No pudo despedirse de él, no pudo ir a su entierro,... ¿No cree que su mente podría estar confusa? Porque, quizás, en el fondo, siempre albergó esperanzas de que estuviese vivo, de volver a encontrarlo,...

Ella se quedó callada mirando fijamente al doctor con los ojos muy abiertos. Tenía razón su tío Jacobo: el tipo era bueno. Lo que le estaba diciendo era una verdad como un templo. Cuántas veces se había hecho la misma pregunta durante estos años...: «¿Y si está vivo?».

—Y entonces, ¿qué quiere que haga, doctor?

—Creo que debería ir a la hemeroteca y buscar la esquela de Lázaro.

—¿Su esquela? Pero ¿y si la encuentro?... —dudó un momento—. Ya no habría esperanza. Además, entonces sí que estaría loca —volvió a dudar—, pero loca de atar, porque le juro que era él quien llamaba. Habría reconocido su voz en cualquier parte del mundo. Es una voz tan bonita, tan suave,... Una vez le dije que su voz sonaba como a galleta y él se quedó tan encantado... Era muy agradecido, ¿sabe? Cualquier cosilla de nada que le dijese, a él ya le parecía una pasada.

—Baja autoestima —murmuró el doctor sin querer.

—¿Cómo?

—No, nada, nada. Curiosa comparación esa de la voz y las galletas.

—Pero es verdad. Por eso reconocí su voz, ¿o cree usted que hay muchas voces de galleta por el mundo?

El doctor la miró con ternura. Mariana sí que tenía cosas que no eran de este mundo. Se preguntó de qué sería su propia voz. ¿De nueces, quizás? La de Mariana podía ser de melocotón, ¿por qué no? Ahora tenía que concentrarse, dejaría el juego de las voces para la noche, a su hija pequeña le iba a encantar ponerle sabores a las voces de los amigos.

—Bueno, de momento, yo hoy le voy a poner deberes, Mariana, hágame caso y vaya a la hemeroteca. Si encuentra la esquela, es probable que le impacte un poco pero piense que es algo que le vendrá bien para empezar a asumir la realidad.

—¿Y si no la encuentro?

—Entonces tendrá que tomar una decisión.

—¿Una decisión?

—Sí, tendrá que pensar si quiere buscarlo y hablar con él.

—Pues claro que sí. No hay nada que pensar, ni se imagina lo que daría por hablar con él. Es triste, pero está claro que solo valoramos lo que tenemos cuando lo perdemos.

Mariana se echó hacia adelante, apoyó el codo en la mesa y dejando descansar la barbilla sobre la mano, miró por la ventana y suspiró. El doctor Ventura no la dejó

venirse abajo y tiró de ella guiándola hacia un recuerdo en el que Mariana se encontraba a gusto.

—Cuénteme, Mariana. ¿Cómo acabó la noche que lo conoció? En la última sesión nos quedamos a camino de un after.

Al recordar aquella noche, a ella le cambió el semblante y recuperó el brillo en la mirada.

—¡Uf! Sí, ¡qué risas! ¡Tirados en aquellas hierbas!

—Sí, ahí estábamos.

—Bueno, pues después entramos en el after y estuvimos bailando un rato con mis amigas, otro rato con sus amigas,... Nos dimos muchos besos pero nada más, ¿eh?

—Le repito que yo no estoy aquí para juzgarla, Mariana.

—Es que yo nunca le puse los cuernos a Pedro... —Se dio cuenta de que la frase parecía incongruente e intentó justificarse—. Unos cuernos, cuernos, así del todo, no, ¿entiende?

—Entiendo. Solo unos besos.

—Eso. Era como..., no sé, como un juego.

—¿Y Lázaro? ¿Sabía que usted tenía novio?

—Se lo dije esa noche, cuando me pidió mi número de teléfono. Se puso muy pesado con eso de llamarme al día siguiente. Quería llevarme a no sé dónde. Le conté lo de Pedro y dijo que él no tenía por qué enterarse y que además no íbamos a hacer nada malo. No sé por qué acabé dándole el número pero el caso es que se lo di. Estábamos en la barra y pedimos un par de servilletas y un boli. Él escribió el suyo primero. Me lo guardé en el bolsillo del vaquero. Cuando llegó mi turno, para hacer tiempo, puse mi nombre, después, fui escribiendo cada número y pensando «Pedro, Mariana, Pedro, acuérdate de él, ¡venga!, el siguiente pones un número equivocado y ya está, aquí acabó todo, asunto arreglado». Pero los números no mintieron. Salieron tal y cual. Uno por uno. Entonces, cogí la servilleta, la doblé muy pequeña y no se la di, me la metí en el otro bolsillo. Tenía que haber visto su cara, doctor, puso así la cabeza de lado y apretó sus labios finitos haciendo una boquita triste. ¡Dios! Me encantaba esa cara... La ponía muchas veces. Parecía un cachorrillo abandonado, ¿sabe?

—¿Le inspiraba ternura?

—Sí, justo, ternura. Era tan tierno Lázaro...

Mariana hizo una pausa dejando la mirada perdida hacia la pared blanca de su derecha. Se borró su sonrisa y se esfumó el entusiasmo que había puesto al recordar aquel momento en el after.

*No sabes lo que daría por volver a ver esa boquita triste, Lázaro. A veces tomamos malas decisiones, ¿sabes? Mi padre dice que no, que solo las tomamos en base a unas circunstancias y que cuando miramos atrás es mucho más fácil ver qué habríamos hecho si... No sé si me entiendes. Yo solo sé que me arrepiento tanto de aquel día que te dije que no quería verte más... Mi padre también cree que no hay*

*que arrepentirse de las decisiones pero es que yo no sé cómo fui tan tonta. Me gustabas mucho, Lázaro, mucho más de lo que tú pensabas. Pero mi madre estaba tan mal... y le gustaba tanto Pedro para mí... ¿yo cómo le iba a dar ese disgusto? No espero que lo entiendas pero si al menos pudiese pedirte perdón...*

—¿Mariana?

—Ups... sí... diga. Me perdí un poco, ¿no?

—Sí, un poco. Sus hermanos dirían que estaba usted en Murcia, ¿no?

El doctor sonreía, ¡por segunda vez! Incluso había soltado la pluma y había relajado la postura en la silla usando los reposabrazos. Semejante novedad animó a Mariana a continuar su relato.

—Ya no sé por dónde iba —dijo Mariana riéndose de sí misma.

—Me estaba contando que se guardó el número de teléfono en el bolsillo, que no se lo dio a Lázaro.

—Bueno, no se lo di en ese momento, después sí. Le dije: «Si quieres mi número tendrás que currártelo más». No sé si quería hacer tiempo para pensar si se lo daba o si solo quería tontear con él, la verdad. En el fondo creo que quería importarle, o quería ver si le importaba, ¡yo qué sé! Le dije que contase hasta diez sin darse la vuelta y que después me buscara para pedirme el número. Que ahí ya vería si se lo daba. Entonces me llamó «bicho» por primera vez. Me encantó. Le di un beso rápido y me perdí en la pista con una sonrisa de oreja a oreja. Me sentía superbién, como si fuese la reina de la noche, la tía más guapa y simpática del mundo... bueno, no sé si del mundo pero por lo menos sí de aquella discoteca.

—¿Y qué pasó después? —preguntó el doctor Ventura mientras apuntaba algo en sus folios—. Supongo que Lázaro acudió a su encuentro.

—Encontré a mis amigas y empezó el cachondeo. Los típicos comentarios de siempre, ¿sabe? «Tía, cuenta, cuenta», «¡Pero si tiene la barbilla roja de tanto morreo!», «¿qué?, está bueno, ¿eh?»». Me jodió un poco el comentario de Carmen...

—¿Qué le dijo Carmen?

—«La próxima vez te lías con uno afeitadito, guapa, que a ver cómo le explicas eso a Pedro mañana». No hacía ninguna falta que me recordase a Pedro, la verdad. Pero bueno, ella es así, ya lo sabemos todas. Así que seguí bailando y sonriendo sin responder a nada. Como mucho, un «¡Ya ves!».

—Pero ¿le molestó que sus amigas se metiesen con usted?

—¡Qué va! Usted no lo entiende, hombre... Lo hacemos siempre. Es de cachondeo. Yo seguí bailando a mi bola. Estaba encantadísima.

Mariana se compadeció del doctor Ventura. Seguro que no tenía ni idea de lo que era estar de cachondeo con los amiguetes. Es más, fijo que ni amiguetes tenía. Lo más probable era que tuviese menos edad de la que aparentaba. Las canas, las gafas y esa obstinación en tratarla de usted le hacían parecer un anciano aburrido cuando en realidad, ¿qué podía tener?... ¿cuarenta?, ¿cincuenta?, ¡vete tú a saber!

—Entonces llegó él y se pegó otra vez a mi espalda. Apoyó las manos en mi

cadere que se movía como si no fuese mía, como altiva, arrogante,... ¡yo qué sé! La música llevaba un ritmo frenético y me dejé llevar por Lázaro. Él aprovechó para meter la mano en el bolsillo y robarme la servilleta. Yo me di cuenta, pero lo dejé, se lo merecía, un trato es un trato. Y además, yo estaba... ¿cómo decirlo?... ¡pletórica! Eso, pletórica.

—¿Había consumido alguna droga?

—¡No! —se rio—. ¡Qué manía! Ya se lo he dicho. Puede que llevase unas copas de más pero no estaba feliz por eso, estaba feliz en general, disfrutando del momento.

—¿Y no pensaba en Pedro?

—¡Hombre! ¡Otro como Carmen!

—No, Mariana, no es eso. Yo solo quiero entender lo que le pasaba por la cabeza. Le repito que no estoy aquí para juzgarla.

—Ya. Supongo que no... Creo que no pensaba en Pedro, pensaba en algo como «Disfruta, Mariana, disfruta, que después nadie te quita lo bailao». Me sentía superguapa y hasta creo que estaba bailando bien. Fue la única vez en mi vida que bailé bien. Fue una noche muy... especial, ¿sabe?

—Bueno, pues entonces, vamos a acabar por aquí y voy a ponerle otros deberes para hoy.

—¿Ya?

—Sí, por hoy es suficiente, pero por la tarde quiero que baile.

—Está de broma, ¿no?

—No, no, es en serio. No está usted aquí para andarse con bromas, creo yo —añadió muy serio.

—Ya...

—Bien, pues le decía que quiero que baile. Ponga música en su habitación, cierre los ojos, recuerde lo bien que bailaba aquel día y déjese llevar por la música. Disfrute otra vez del momento.

—¿Y eso? ¡Yo paso!

—Cuando lo esté haciendo me lo agradecerá.

—Pero si es que bailo fatal, ya se lo he dicho, nunca más voy a volver a bailar así.

—Hágame caso Mariana, ya verá.

—¡Psh! —Se encogió de hombros—. Pues vale.

Mariana le dio la razón como a los locos. Ni muerta se ponía ella a bailar en casa y mucho menos con la pierna así.

—Y recuerde que tiene otros deberes, Mariana. Es importante que pase por la hemeroteca cuanto antes.

—No sé, doctor...

—¿Por qué no le pide a su padre que la acompañe? Seguro que irá encantado.

—Bueno, me lo pienso... Por cierto, me gustaba más cuando no me ponía deberes.

—No se queje, que no es para tanto, seguro que nunca había tenido deberes de

bailar, ¿no es mejor que hacer raíces cuadradas? —dijo el psicólogo sonriendo por tercera vez.

—Eso sí. ¡Qué rollo eran las mates!

—Entonces, con esto y un bizcocho... —se despidió el doctor.

—Hasta el martes a las diez —añadió Mariana sonriendo también.

Francisco siempre iba impecable. Olía a jabón y se vestía con camisas o polos blancos. Se gastaba una fortuna en productos blanqueadores para la ropa y para los dientes. En verano, así de moreno, su sonrisa, orgullo de su ortodoncista de cuando era adolescente, destacaba todavía más. Además, había heredado los ojos verdes de la familia y su pelo castaño claro y algo ondulado, podía haber protagonizado cualquier anuncio de Pantene. Había aprendido de Olga la importancia de cuidar su aspecto y sabía bien que llamaba la atención. No era muy musculoso pero eso nunca le había importado. Tenía las piernas muy fuertes por el *spinning*, eso sí.

A sus veintiocho años, había tenido ya varias novias pero ninguna le había durado más de seis meses. No soportaban los celos. Aunque él no quisiese, las chicas se le quedaban mirando por la calle y se le acercaban como moscas en los bares de noche. Eso no había novia que lo resistiese porque encima, él, que no tenía ninguna malicia, no sabía cortar una conversación que se saliese de tono. Así que, sin que le hubiese dado motivos a ninguna, todas lo fueron dejando. Hacía ya más de un año que no salía con nadie, casi el mismo tiempo que había pasado Tania en la inmobiliaria.

Era viernes, caía la tarde y él volvía del gimnasio empapado en sudor. No podía soportar la idea de ducharse en los vestuarios, así que, como su casa estaba bastante cerca, se arriesgaba a recorrer un par de manzanas con aquella pinta. Siempre hacía el trayecto avergonzado por el chándal pero le compensaba su columna de hidromasaje al llegar. Cuando le faltaban un par de pasos para alcanzar el portal, se encontró de bruces con la persona que menos quería encontrar en ese momento, que, a la vez, era a la que más quería encontrar a cualquier otra hora del día.

—¡Tania!

—Hola Fran, ¿qué tal?

Ella le llamaba igual que Daniel y que el resto de los trabajadores de la inmobiliaria pero en su boca sonaba a gloria.

—Vengo del gimnasio —se excusó él—. ¡Ya ves qué pinta...!

—Tú siempre estás guapo, hombre.

El comentario le salió así, sin más. Se dio cuenta de lo que podía parecer y sin poder evitarlo, empezó a ponerse roja y más roja,... Tanto, que ni siquiera su tez morena pudo ocultar el rubor. Notó cómo le ardían las mejillas y la sensación empeoró las cosas.

—O sea, me refiero a que estás bien, que siempre estás bien,... vamos que..., que da igual el chándal o lo que te pongas...

Francisco, sintiéndose halagado y divertido al ver que ella no sabía cómo salir de aquel entuerto, le ofreció su mejor sonrisa e intentó cambiar de tema para ayudarla.

—Oye, y... ¿qué tal en el trabajo nuevo?

—Bueno, no muy bien, la verdad —ella supo aprovechar la salida que le había brindado Francisco y exageró—, tengo un par de compañeros que son unos trepas de lo peor.

Él sintió un profundo deseo de abrazarla y susurrarle al oído «No te preocupes, todo va a salir bien». Se imaginó así el resto de su vida, siendo su apoyo, cuidándola, protegiéndola. ¡Eso! Era justamente eso lo que quería, protegerla. Tenía la sensación de que solo él sabía que bajo la apariencia de mujer que puede con todo, bajo aquella imagen de madre luchadora, había una Tania frágil que estaba cansada de cuidar a los demás sin que nadie la cuidase a ella. Pero allí estaba él, loco por ser su ángel de la guarda. Ahora ya no había excusa. Se había acabado la disculpa de no mezclar los negocios con el placer. Tenía que ser valiente, ¡a saber cuándo se le iba a presentar otra oportunidad!

—Vas a estar contenta, ya verás.

¿Eso era todo? ¿Iba a dejar que se marchase así? Es que con aquel chándal y todo sudado... ¿Cómo iba a invitarla a salir de aquella guisa? Ella se merecía algo mejor, algo más romántico,...

—Espero que sí. Lo bueno es que la oficina me queda tan cerca que si estoy mal, me puedo ir a llorar a casa —bromeó ella.

Imaginársela llorando era una punzada en el corazón pero se rio con ella para ganar algo de tiempo. Entonces, Tania dio por finalizado el encuentro.

—Bueno, pues...

No. No podía acabar la conversación aquí. Francisco reunió fuerzas, mentalmente le pidió ayuda a su madre como hacía siempre que estaba en apuros y logró decir:

—¿Te gustan Los Limones?

—¿Cómo? —preguntó ella confusa.

—Que si te gustan Los Limones, el grupo, Los Limones.

—¡Ah! No sé... Creí que me preguntabas por la fruta. Sí. No sé. Me recuerdan a mi hermana mayor. Me acuerdo que cantaba aquella de «Sé que aquí nací y aquí quiero quedarme...».

Al intentar cantar se volvió a poner roja. No entendía por qué se estaba ruborizando tanto si ella no solía tener ese problema... Pero es que Francisco era mucho Francisco. Cualquiera chica en su sano juicio daría lo que fuera por estar ahí, ahora, hablando con él como estaba ella. Una vez más, como cada día desde que lo había conocido, hizo el esfuerzo de sacarse de la cabeza ese pensamiento ridículo de que harían buena pareja. Él se merecía algo mejor, una chica que no le trajese las complicaciones que le traería ella al tener ya un hijo. Además, era demasiado bajita para él y la cadera... a estas alturas él ya se habría fijado en que tenía la cadera completamente desproporcionada en relación a su cinturita. Bueno, una vez le había reñido por cortarse el pelo y le había dicho que su melena era «una pasada» tan negra y tan lisa, así que sabía que, por lo menos, su pelo, ahora que lo volvía a tener largo,

le gustaba. Pero nada más. ¿Qué más podía ver en ella si era una chica del montón? Del montón y con un hijo. Asunto zanjado. Ni pensar en Francisco. Prohibirse cualquier tipo de ilusión era la mejor estrategia y le había dado resultado hasta ahora. Era momento de aplicarla una vez más.

—Sí, sonaba parecido —dijo Francisco riendo.

—¡Ay! Es que canto fatal...

—Pues no te voy a decir que no, pero yo canto peor, te lo juro. —La animó él.

—Eso es imposible.

Esta era la oportunidad que Francisco estaba esperando, ella se lo había puesto a huevo. Se armó de valor:

—Pues vente conmigo al concierto de Los Limones y te lo demuestro.

Ya estaba dicho. «Alea jacta est. Mamá, échame una manito», pensó.

—¿Quieres que vaya contigo a un concierto? —Ella no pudo ocultar su asombro.

—Si te animas...

—¿Y cuándo es?

A la pobre ya se le estaban echando encima los problemas logísticos como si fuesen sombras engullidoras de ilusiones.

—Mañana. Mi hermana Pilar va con sus amigas y tienen entradas de sobra. Son del club de fans o no sé qué gaita. Ella viene desde Santiago para verlos así que imagínate...

—¿Y dónde es?

Tania no quería que pareciese que estaba poniendo pegas con tanta pregunta pero necesitaba saber los detalles para organizarse con el niño. Gracias a Dios tenía a su madre para echarle una mano y pensó que «el enano» iría encantado a dormir a casa de la abuela. Le daba reparo abusar de su madre pero hacía meses que no se daba el lujo de salir una noche y ya iba siendo hora de darse un permiso a sí misma. Y además, si era para salir con el mismísimo Fran, no había que darle más vueltas, aquel tren no iba a pasar dos veces.

—Es en el Náutico de Panjón. Si te animas, puedo pasar a recogerte por Camelias sobre las siete y nos tomamos algo en Playa América, antes del concierto.

Él ya se estaba creciendo. Se había olvidado del chándal al ver que ella no le daba el «No» rotundo que se había imaginado.

Ella pensó que debería consultar con su madre antes de dar una respuesta pero no quiso empezar con inconvenientes.

—Vale, pues me animo encantada. Ahora mismo no recuerdo ninguna canción pero creo que debo de saberme todo el repertorio de Los Limones porque ya te digo que a mi hermana le chiflaban.

Pasado el momento de tensión, la conversación volvió a fluir como siempre entre bromas y risas.

—Pues como a la mía —dijo él entusiasmado—. Yo también me sé alguna, seguro.

—Entonces podré comprobar lo mal que cantas.

—Ya verás. Igual se pone a llover y tienen que suspender el concierto a la mitad.

—No será para tanto...

Tania miró el reloj y se dio cuenta de que tendría que volar para recoger a su hijo sin que fuese el último en salir de la guardería, que era una idea que la torturaba.

Se despidieron con dos besos y una sonrisa escondida en el alma, ambos ansiosos por que llegasen las siete de la tarde del día siguiente.

La llegada de su hermana Pilar fue como un soplo de aire fresco para Mariana. Era media mañana cuando oyó el portón desde la piscina y sintió que, por fin, podría abrir las puertas de su alma a la persona que mejor la entendía del mundo. El «loquero» la estaba ayudando, eso era cierto. Su padre y Francisco también estaban ahí, claro que sí, desviviéndose por hacerle la vida agradable, pero ellos nunca la iban a entender como Pilar. También estaba Enrique pero el pobre, bastante tenía con el bufete, que le quedaba demasiado grande desde que su padre se había jubilado y, encima, ahora, con Cristina embarazada,...

Mariana se levantó de la tumbona y fue, entre corriendo y cojeando, a recibir a su hermana. Antes de que esta se pudiese bajar del coche, ya la estaba llenando de besos por toda la cara mientras le sujetaba la cabeza con las manos como para que no se le escapase. Pilar no se habría dejado besar así por nadie que no fuese su hermana.

Después de la calurosa bienvenida, Mariana le dejó su espacio para aterrizar y la esperó en la piscina con unas Coca-Colas y unas aceitunas rellenas de anchoa de las que les chiflaban a las dos.

Recostadas en las tumbonas, Pilar la dejó hablar y hablar durante más de una hora mientras iba haciéndole algunas preguntas, sobre todo, para que Mariana viese que la estaba siguiendo. A continuación, se dispuso a poner en práctica la estrategia de minimizar la importancia de las cosas. Después de escuchar lo de Samuel, lo del parecido con Lázaro, la teoría de la «maldición» que Mariana creía tener encima y el misterio de la llamada «del más allá», según le acababa de contar Mariana, le dijo muy serena:

—Mira, hermanita, voy a ser muy clara, ya sabes que no me ando con rodeos. Lo de Samuel ya no tiene solución y, lo único que puedes hacer en relación a él, es dejar de culparte de una vez. ¿Acaso te crees Dios? Solo él decide cuándo reclama la compañía de cada uno de nosotros.

—¿Me estás diciendo que me las doy de importante si creo que tuve la culpa?

—Pues sí, algo así.

Mariana envidió la fe de Pilar. Era un alivio achacarlo todo a la voluntad de Dios. Y más aún poder imaginarse a Samuel como se lo imaginaría ahora Pilar, vestido con una túnica blanca disfrutando de la compañía de la corte celestial, como tantas veces les había contado Cecilia. Claro que para Pilar era fácil verlo así, sin embargo, Mariana solo podía acordarse de lo felices que iban los dos, tonteando, en aquel Golf y de repente, en un segundo,... todo era ruido, sangre y cristales rotos. Y todo por su inconsciencia, por empeñarse en enseñarle una maldita foto.

—Yo te recomendaría que fueses a una iglesia tranquila —continuó Pilar—, a una

hora en la que haya poca gente. Te sientas en un banco cerquita del sagrario y dejas que Dios te hable de Samuel, Mariana.

—Estás como una regadera, tía.

—Es en serio, Mariana. Ninguno de los que estamos aquí podemos ayudarte con ese tema, solo Él. Te vendrá bien escucharlo, ya verás.

—Pues ya veo lo que me va a decir: «Tú, niña, ¿eres imbécil o qué? ¿A quién se le ocurre distraer así al conductor?...».

—Cada día te pareces más a papá, ¡mira que eres terca!

—Bueno, vale, no pierdo nada. Si te quedas más tranquila, iré a una iglesia y «escucharé» a Jesús.

Dijo la palabra escucharé con bastante retintín pero su hermana no se lo tuvo en cuenta y continuó:

—Con respecto a lo de tu maldición, me parece la mayor chorrada que he oído en todos los tiempos.

—Joder, no te quemes conmigo.

—Es que..., hija, por Dios, Mariana, ¿cómo se te puede ocurrir semejante tontería?

—No es una tontería, ¿tú no ves que los chicos que se acercan a mí se me mueren?

—¿Y, entonces, Pedro qué? No me dirás que se ha salvado por bueno...

—Ya. No sé... Igual es que nunca le gusté de verdad.

Pilar no pudo evitar la carcajada y Mariana se sintió ridícula. Quizás su hermana tuviese razón. Con ella allí, parecía todo tan fácil...

—Puede que lo de la maldición sea una tontería, vale, pero es que no dejo de pensarlo, ¿sabes? Me da rabia, no te creas,... Mira, tengo el fisioterapeuta más cañón que hayas visto en tu vida y en otro momento habría flipado de pensar que se pudo haber fijado en mí, pero ahora, cuando me pone esos ojitos..., es que solo puedo pensar «Aléjate de mí, huye, escapa, que soy peligrosa».

—¿Será posible, Mariana? Lo que te decía, terca como tu padre.

—Oye, pobre papá, déjalo tranquilo, anda, que está que se desvive conmigo.

—¿Y cómo quieres que esté si ve que su hija anda pensando semejantes sandeces?

—¡Jo! No te pases conmigo, Pilar.

—No me paso, Mariana, es que creo que ya está bien de andarnos con pañitos calientes. Me parece que ya es hora de cogerte por la solapa y zarandearte para que espables. Porque una cosa es dejarte tranquila un tiempo y otra muy distinta, quedarnos aquí mirando cómo enloqueces porque, vamos, esa historia del más allá tiene bemoles, y perdona que te lo diga así de claro.

—No te preocupes, ya sé que lo del tacto no es lo tuyo —la tranquilizó Mariana riéndose.

—Ya. Es lo que hay.

Pilar se rio de sí misma y continuó:

—Mira, y con eso de la llamada solo hay dos posibilidades.

—¿Dos? A ver, ¿cuáles? Dime.

—Uno: Lázaro está muerto y el que llamaba era alguien, con una voz muy parecida, que se había equivocado, nada más.

—Pero dijo mi nombre...

—Quizás entendiste mal. Cuando estamos pasando por situaciones de mucho estrés, el subconsciente nos traiciona, ¿sabes?

—Imposible. Lo dijo muy clarito, bueno, lo preguntó, dijo: «¿Mariana?» — afirmó ella muy segura—. Así que, venga, desembucha la segunda posibilidad.

—Bueno, pues la segunda es muy simple también. Vale, vamos a admitir que era él, muy bien. Pues entonces es que no está muerto. ¿Cómo te iba a llamar desde el más allá?, Mariana, hija, por Dios, tú has visto muchas películas...

—Pero es que Carmen me dijo que se había suicidado, me lo contaba con todos los detalles en aquel *email*.

—Ya, y todo lo que diga Carmen va a misa, ¿no?

—¡Pero cómo puedes pensar que se iba a inventar semejante cosa!

Mariana se quedó horrorizada al creer que su hermana le tenía tan poco aprecio a su amiga del alma, a aquella que había crecido más en su familia que en la suya propia. La pobre Carmen..., que no hacía más que hablar maravillas de Pilar y de la clase que tenía y de lo bien que vestía,...

—No, mujer, no te digo que Carmen se lo inventase sino que alguien se equivocó, vete tú a saber quién. Quizás hubo un chico que se suicidó por aquel entonces, tal y como llegó a tus oídos, pero quizás no fue Lázaro y alguien pensó que había sido él y se lo contó a Carmen dándolo por hecho, ¿entiendes? Un malentendido, nada más.

—¡Uf! ¡Qué rebuscado! Tú sí que has visto muchas películas, ¿no?

—No tanto, Mariana, ¿tú le has preguntado a Carmen cómo lo supo ella?

—Pues no, la verdad... Nunca más volví a hablar de él. Con nadie. Hasta el otro día en la consulta del psicólogo, que lo nombré sin darme cuenta porque se parecía tanto a Samuel... y desde entonces no me lo saqué más de la cabeza. Si te digo que a veces me parece que está ahí mirándome... Y justo va y me llama... ¡Ay, no sé qué pensar, Pilar!

—¿Y qué dice el loquero ese?

Mariana se rio al oír «loquero» en boca de su hermana. Por lo visto, ella tampoco podía ocultar su escepticismo. Pilar intentó arreglarlo al darse cuenta de que había elegido una palabra de lo más desafortunada:

—Bueno, el psicólogo, ya me entiendes,...

—Pues ayer me dijo que tengo que empezar por buscar la esquila de Lázaro en la hemeroteca, para salir de dudas.

—Hombre, pues mira, no me parece mala idea.

—No... si... el tipo es bastante bueno... Creo. No sé. Empecé a ir por papá, ya

sabes, porque me lo pidió y como nunca pide nada, pues no me costaba mucho hacerlo feliz. Pero ahora estoy contenta de haber ido. Antes no era capaz de hablar de Lázaro, ¿sabes? Ni conmigo misma, creo. Como que me lo había prohibido o algo así.

—A veces pasa. Es un mecanismo de defensa. ¿Te acuerdas de aquellos vecinos..., los Pérez Salgado?

—¿Aquellos de Zaragoza que vivieron en el chalet de la esquina?

—Sí. Justo. Bueno, pues la hija mayor, Carola, que era de mi edad, me contó una vez que se le había muerto una hermana, la del medio.

—¿Tenían otra hermana? Pues, a mí, Laura, la pequeña nunca me dijo nada y mira que jugamos veces...

—Exacto. Nadie hablaba del tema en aquella casa, ¿sabes? Carola me contó que su madre no había ido al entierro y que nunca la había visto llorar desde que la hija se murió, que lloraba antes, cuando la niña estaba enferma, pero cuando se murió dejó de llorar. En vez de ir al entierro se quedó en casa guardando todas sus cosas en cajas que después desaparecieron y nunca más volvió a hablar de ella. A mí siempre me llamaba mucho la atención que en aquella casa no hubiese ni una sola foto, pensaba que se las habían perdido en la mudanza pero, mira tú, después lo entendí.

—¡Qué locura! Pues parecía una señora normal...

—Y era una señora normal, Mariana, lo que pasa es que, seguramente, esa fue la única forma que encontró para poder seguir viviendo.

—Ya. Es que... si se te muere un hijo..., a ver cómo levantas cabeza.

—¡Tiene que ser horrible...! Pero, a lo que iba, Mariana. Son mecanismos de defensa, ¿entiendes? Es lo mismo que papá...

—¿Lo mismo que papá?

—No habla de sus padres porque eso le hace sufrir, ¿te das cuenta? Es como... como en defensa propia... Esa pérdida le dolió con tanta rabia que no es capaz de encajarla, ¿me sigues? Es diferente de lo de mamá porque aunque le duele más, con eso tiene otra paz.

—Sí, supongo.

—Bueno, pues a lo que íbamos,... Yo creo que además de buscar la esquila, que me parece muy bien, podías hablar con Carmen.

—No creo que ella se acuerde.

—Seguro que sí, ya verás, esas cosas no se olvidan fácilmente y mucho menos si hablamos de Carmen, que buena es ella para que se le escape algún detalle de la vida de alguien de Vigo.

—Un poco cotilla sí que es, sí... —dijo Mariana reconociendo que su amiga no tenía defensa posible en ese sentido.

—¿Un poco? Pues si tampoco ves eso, entonces sí que estás para que te internen, Mariana —bromeó Pilar.

—Pues no te creas... A veces no me faltan ganas...

Se quedó pensativa, le dio un trago a la Coca-Cola intentando no venirse abajo y añadió:

—Es que tengo momentos muy chungos, ¿sabes?

—Me imagino, sí.

Pilar se incorporó en la tumbona, se sentó frente a Mariana, le cogió las manos y sin levantar la mirada para que ella no pudiese verle las lágrimas en los ojos, le dijo:

—Tienes que darte un poco de tiempo. Solo es eso, ya verás, dentro de poco te encontrarás mejor.

En aquel momento, cuando Pilar estaba a punto de echarse a llorar porque no podía soportar ver sufrir así a su hermana, agradeció como nunca que no hubiesen arreglado lo del ruido del portón.

—¡Venga! ¡Vete a ver quién viene! Seguro que es Enrique.

Y mientras Mariana se ponía de pie para obedecerla sin cuestionarse una orden como aquella, añadió:

—Ojalá venga Cristina, ¿se le nota la tripa?

—¡Qué va! —se rio Mariana—. A ver si aquí la loca vas a ser tú... —bromeó—, ¿no ves que está de pocas semanas? —preguntó mientras se alejaba señalándose la sien con el dedo índice.

Pilar se alegró de que «la niña» aún tuviese humor para meterse con ella. Pensó que a pesar de lo mal que lo debía de estar pasando, era una chica fuerte y en cuanto se aclarase todo aquello del tal Lázaro que la estaba desquiciando, su hermana podría volver a Madrid y empezar a hacer su vida normal, que era lo que necesitaba. Aunque..., claro, también estaba lo de la pierna. Viéndola alejarse pensó que su padre no había exagerado con lo de la cojera y quizás tenía razón, quizás le fuesen a quedar secuelas. En su agenda mental, se apuntó llamar al fisioterapeuta el lunes sin falta para saber si se podía hacer algo más. Y ya de paso, llamaría también al loquero ese para asegurarse de que volvía a Santiago dejando a su hermana en buenas manos.

Poco a poco habían ido llegando todos y el portón aún estaba abierto cuando Sergio entró en casa conduciendo su Mercedes cargado de pasajeros.

Spi, en el maletero, aún estaba algo adormilado por la anestesia. Sergio lo había llevado al veterinario porque aquel olor tan horroroso no podía ser señal de nada bueno. Decidieron quitarle inmediatamente un pequeño tumor del intestino antes de que empezase a darle problemas. El vendaje era demasiado aparatoso para la pequeña cirugía que le habían hecho. Además, para que no se lo mordiese, le habían puesto una especie de megáfono alrededor del cuello y verlo con todo el aparato impresionaba bastante.

En el asiento delantero, La Celosa se esforzaba por darle conversación a Sergio, ignorando a su marido, Jacobo, que viajaba medio traspuesto contemplando el paisaje desde la ventanilla de atrás.

Sergio se alegraba de haber cambiado su cita semanal con Olga para el día anterior. Eran las dos y media y aún estaba llegando a casa. No le habría dado tiempo de ir al cementerio si lo hubiese dejado para hoy.

Venía algo mareado con tanto charloteo de La Celosa. Agradeció encontrarse la puerta abierta sobre todo porque eso significaba que acababa de llegar alguno de sus hijos. ¡Tenía tantas ganas de ver a Pilar...! Bueno, y a Enrique, y a su nuera,... Desde que le habían contado la noticia del bebé casi ni había pensado en otra cosa, excepto en Mariana, claro. Se llevó una alegría al ver los coches de todos. Hasta estaba el Smart de Francisco. No lo esperaba. Se suponía que iba a cerrar la venta de un piso al mediodía. Menos mal que Cecilia siempre hacía comida de sobra.

Al escuchar el coche desde la piscina, se acercaron en tropel a recibirlos.

—¡Papá, ya está aquí Pilar! —gritó Mariana mientras corría a su encuentro cojeando—. ¿Qué tal Spi?

A Sergio no le dio tiempo de cerrar la puerta del coche. Ya tenía a Mariana abrazada a él llenándolo de besos. Suspiró aliviado «Esta es mi niña. Volverá a ser la de antes», pensó. Entonces se aproximó Pilar y se dieron dos besos mientras ella preguntaba:

—¿Qué tal, papá?

—Pues ya ves, hija, muy contento de que estéis todos aquí.

A continuación, le guiñó un ojo a su nuera, Cristina, y, cogiéndole la cabeza con las dos manos, le dio un beso en la frente. Mariana sintió una punzada de celos, aquellos besos eran para ella. Lo que sintió Pilar fue una puñalada. Que su padre le diese besos en la frente a Mariana y a ella no, pasaba, pero a su cuñada,... era demasiado.

Jacobo y La Celosa fueron saludando a sus sobrinos uno a uno, algo aturridos por tanta algarabía.

Cuando Sergio estaba saludando a Enrique y a Francisco con unos toquecitos en la espalda, Spi ladró con todas sus fuerzas desde el maletero.

—Se ve que ya está espabilando —dijo Sergio mientras le abría la puerta.

Como no se atrevía a saltar para bajarse, Francisco lo cogió en brazos y lo dejó de pie, en el césped. Se hizo el silencio y todos se quedaron mirando al pobre animal que entre el megáfono y los vendajes parecía un extraterrestre momia. Al intentar andar, se tambaleó, pero Francisco acercó su pierna, que le hizo de muro de contención y lo salvó de una caída a tiempo.

—¡Ay! ¡Pobriño! —exclamó Mariana mientras se aproximaba para acariciarlo.

—No te preocupes, hija, se pondrá bien, es un perro muy fuerte —la tranquilizó Sergio.

—¡Y tanto! Me va a gangrenar la pierna con todo este peso encima —dijo Francisco.

—Ya te vi que no podías con él para bajarlo del coche —comentó Enrique metiéndose con su hermano.

—A ver, cógelo tú, guapo. Pesará unos treinta kilos... —le retó su hermano.

—Dejad al perro tranquilo y haya paz —sentenció Sergio.

Entonces, se oyeron los gritos de Cecilia que venía corriendo desde la casa hasta el fondo del jardín:

—¡Ay! ¡Señor! ¡Qué desgracia!

Salieron a su encuentro, alarmados. Francisco se quedó rezagado, tumbando a Spi a la sombra del magnolio, pero llegó a tiempo de escuchar a Cecilia:

—¡Las lentejas, señor! ¡Quemadas como chamizos!

Se rieron al unísono al comprobar que el vuelco que les había dado el corazón al oír la palabra «desgracia», había sido en vano.

—¡Menuda desgracia, Cecilia! —bromeó Enrique intentando ponerse lo más serio que podía.

—¡Ánimas benditas del purgatorio! —exclamó ella.

La carcajada general le sentó como un tiro a la cocinera, que siempre presumía de que nunca se le había quemado nada, «ni un arroz», decía ella. Sergio se dio cuenta de que lo estaba pasando mal de verdad y de que aquello era realmente una desgracia para ella.

—No se preocupe Cecilia —le dijo intentando animarla—. No pasa nada.

También, ya era mala suerte que se le quemase algo justo el día que estaban todos y encima, con la manía que le tenía ella a «La Palo Esa». Decía que, desde que se había muerto la señora, cuando venía a casa aquella mujer tan tiesa, iba a meterle las narices en la cocina y encima se atrevía a criticarle su forma de freír las patatas con tanto aceite.

—Pues usted me dirá qué hacemos ahora —le respondió Cecilia.

—En un periquete preparamos, entre las dos, algo de pasta para todos —comentó La Palo.

Cecilia prefería morirse antes. No cocinaba ella mano a mano con «Esa» ni de broma. Se quedó mirándola ojiplática y, disimuladamente, agarró muy fuerte la cuchara de palo que tenía en la mano, como si estuviese empuñando una espada. Gracias a Dios, o a las ánimas del purgatorio, vete tú a saber, Pilar salió en su auxilio.

—¿Y por qué no pedimos unas *pizzas*? Mariana y yo morimos por una Fantasía de Pizza Móvil, justo lo estábamos comentando antes en la piscina.

Mariana se sorprendió al oír semejante mentira pero le siguió el juego, compadecida también por el disgusto de Cecilia.

—¡Ay! ¡Sí! ¡Qué buena!

—Pues no se hable más. Si mis niñas quieren *pizza*, Fantasía para todos —concluyó Sergio sacándose el móvil del bolsillo.

Y así fue como acabaron comiéndose las *pizzas* en el jardín, en la enorme mesa de piedra que había a la sombra del magnolio, haciéndole compañía a Spi que ya dormía, otra vez, plácidamente.

En cuanto Sergio se retiró a dormir la siesta, los famosos *Gin Tonics* del tío Jacobo amenizaron la sobremesa en la piscina hasta que el cielo empezó a salpicarse de nubes y la pesadez del ambiente de bochorno les hizo entrar al salón.

A sugerencia de Pilar, y con la excusa perfecta de que Cristina nunca había visto *El milagro de P. Tinto*, la vieron por enésima vez. Amontonados entre la chaiselong y los dos sofás, como cuando eran pequeños, los hermanos Nogueira se rieron una y otra vez con cada escena mientras La Palo roncaba en el sillón de masaje. Si se hubiese visto a sí misma con la babilla asomando y esos sonidos de ultratumba retumbando en el salón, se habría muerto. Spi no había sido capaz de llegar hasta la habitación de Sergio como le habría gustado, pero sí hasta el salón y roncaba también, al lado de La Palo, haciéndole los coros. Enrique no pudo evitar sacar su móvil con disimulo y grabar unos segundos de aquella escena, hasta que Mariana se dio cuenta y le llamó la atención como a un niño. Él, con cara de pillo, le susurró entre risas ahogadas:

—Si algún día necesitamos dinero, ya tenemos a quién hacerle un chantaje.

—Pero mira que eres malo, ¿eh? —se rio ella—. Solo pido que mi sobrino no salga a su padre.

Mariana se encontraba mucho mejor que en los días anteriores a pesar de que le dolía un poco más la pierna. Seguramente le estaba afectando el cambio de tiempo. Según Nuno, eso era normal, no había que preocuparse. Charlar tranquilamente con Pilar le había sentado muy bien. Y verse así, ahora, rodeada de sus hermanos, a los que tanto quería, le hacía darse cuenta de lo mucho que los echaba de menos en Madrid y de lo mucho que los necesitaba. Empezaba a rondarle la cabeza la idea de quedarse a vivir en Vigo. Se apoyó en el hombro de Enrique imaginándose cómo sería trabajar en su bufete y cerró los ojos con una sonrisa esperando no roncar.

La despertó el telefonillo. Eran Carmen y Sara. Cuando entraron en el salón, La Palo intentó recomponerse, pero antes de que lo lograra, a Carmen ya se le había escapado la carcajada. No era para menos, el meticuloso cardado habitual de La Palo estaba ahora todo aplastado y le sobresalía, rebelde, por detrás de la cabeza. ¡Encontrarse aquella imagen de sopetón...! Se dio cuenta enseguida de que no debería haberse reído pero lo hizo peor al intentar arreglarlo.

—¡Ay! ¡Perdona, Regina! Pero es que..., el pelo...

Cuanto más quería arreglarlo más risa le daba. De esa risa terrible que se empeña en quedarse cuando sabes que tienes que parar.

Regina intentó disimular su malestar fingiendo que también le hacía gracia la situación, mientras, de reojo, miraba a un lado y a otro asegurándose de que Sergio

no había presenciado semejante escena.

Entonces, Sara, que había conseguido dominar la carcajada desde el principio, le echó un cable a Carmen al cambiar de tema:

—Bueno, venga, no hay tiempo que perder, Mariana, ¿nos vamos a la pisci? Aún podemos disfrutar media horita antes de que empiece a llover.

—Hablando de hora, ¿qué hora es? —preguntó Francisco.

—Las cinco y media —le respondió Cristina.

—¡Uf! ¡Qué tarde! Yo me piro.

—¿Dónde vas tan apurado? —le preguntó Enrique—. Cuenta, cuenta,... que en esa prisa hay gato encerrado.

Francisco sonrió dándole una callada por respuesta mientras se levantaba y le tendía una mano a Mariana para ayudarla a hacer lo mismo.

Nadie se dio cuenta de cómo languidecía la mirada de Sara al pensar que, otra vez, como siempre, alguna otra chica más espabilada que ella disfrutaría de la compañía de Francisco aquella tarde mientras ella se limitaba a soñar que, un día, él dejaría de verla como la amiga de su hermana pequeña.

Las tres amigas salieron al jardín desafiando a los nubarrones que se cernían sobre ellas cubriendo prácticamente todo el cielo. La luz se había vuelto amarillenta como en las películas de terror y en el ambiente había una pesadez extraña, la calma que precede al temporal.

—Pati me ha dicho que igual viene dentro de poco a pasar unos días.

—¿Hablaste con ella?

—Me llama casi todos los días —comentó Mariana.

—¡Qué guay! ¿Y qué tal está? En «La placita» no cuenta nada la tía. Mucho vídeo de esos chorras pero de ella no suelta prenda...

—Fijo que va de fiesta en fiesta —intervino Sara haciendo un esfuerzo por concentrarse en la conversación y dejar de pensar en Francisco.

—¡Qué va! No te creas. Bueno, a alguna fiesta sí que ha ido pero también tiene lo suyo, la pobre.

Mientras hablaban, iban poniendo las toallas en las tumbonas, los móviles en la mesita blanca, las chanclas por ahí tiradas,...

—¿Y eso? —preguntó Carmen sorprendida—. Yo creía que estaba encantada en Madrid, ahí... comiéndose el mundo.

—Bueno, a ver, no es que esté mal en Madrid. Su piso mola y sus amigos son muy riquiños...

Mariana se quedó callada de repente. Estaba entrando en la piscina y se paró como una estatua en el primer escalón. Les daba la espalda a sus amigas que aún estaban quitándose la ropa.

—¿Qué pasa? Está helada, ¿no? —preguntó Sara.

—¡Ves! Te lo dije. Congelada estará. Yo paso ni de probarla —intervino Carmen.

Pero Mariana no respondió. Seguía sin moverse.

—Tía, Mariana, no será para tanto —dijo Sara empezando a preocuparse.

Ya no estaba allí. Estaba en casa de Pati, en la fiesta, hablando con Samuel en una esquina del salón. Él tenía el botellín de cerveza en la mano; ella su *gin tonic*. Él le estaba contando cómo había entrado en Cunef porque su padre lo había obligado y cuánto había detestado la carrera y los esfuerzos que había hecho para acabarla unos días antes de que su padre se muriese, de repente, de un aneurisma. Se había caído fulminado en plena sucursal del banco donde era director. Al día siguiente de su entierro, Samuel había decidido no seguir más los pasos de su padre. Total, ¿para qué? La vida eran dos días y, en cualquier momento, adiós, se acabó todo. Así que, no sin antes enfrentarse a su madre que acabó entendiéndolo, decidió dedicarse a su pasión y, en menos de un año, ya se estaba convirtiendo en un excelente fotógrafo

freelance. Mariana volvió a pensar en la ironía del destino.

*Joder, Samuel, te fuiste a morir por una puta foto que yo me empeñé en enseñarte, es que tiene tela, joder, maldita la hora, qué mierda, joder.*

Notó que alguien le ponía la mano en el hombro.

—Mariana, tía, ¿estás bien?

—¿Qué? —respondió sacudiendo imperceptiblemente la cabeza.

—Tía, que si estás bien —repitió Sara que ya estaba a su lado en el primer escalón de la piscina.

—Sí, claro —dijo Mariana intentando aparentar normalidad.

—Joder, tronca, qué susto —le riñó Carmen mirándola desde el bordillo— ya íbamos a despertar a tu padre.

—¿A mi padre? Si le interrumpes la siesta te mata.

—No, si ya lo sé pero...

—Pero nada, tía, a mi padre no se le despierta por nada del mundo, ¿vale?

—Sí, sí, no te ralles, era un decir... Pero es que, tía, tú estás mal. Se te va mucho la olla, joder.

Sara le lanzó a Carmen una mirada asesina, ¿cómo podía decirle eso a Mariana en aquel momento? Y encima así, a bocajarro. Muy en la línea de Carmen, claro.

Mariana se quedó mirando a Carmen sin saber si llorar o insultarla o... quizás no estaría mal subir aquel escalón, recorrer un par de metros por el bordillo y empujarla de golpe a la piscina.

—Es que, como sigas así, te vas a convertir en una pirada que no veas —continuó Carmen ajena a las intenciones de Mariana—. Y te lo digo porque te quiero, tía, que conste. Si no te lo digo yo, no te lo va a decir nadie. Y tú, no me mires así —añadió dirigiéndose a Sara— que piensas lo mismo que yo, lo que pasa que aquí nadie tiene huevos para decirlo.

Con la misma, se tiró de cabeza a la piscina. Mariana y Sara intercambiaron una mirada con los ojos muy abiertos antes de que Carmen emergiese a la superficie para sentenciar enfadada:

—Yo creo que ya va siendo hora de que hables con nosotras y nos cuentes lo del accidente y todo lo que sea, que solo Dios sabe, que te está pasando por esa cabeza. Pero si quieres seguir fingiendo que estás guay, tú verás. Yo creo que no es lo mejor, pero también lo puedo seguir respetando como hasta ahora.

Mariana y Sara seguían sin decir nada. Escuchaban a Carmen ojipláticas. Carmen llevaba todo este tiempo guardándose lo preocupada que estaba por Mariana y había acabado estallando, claro.

Entonces, Mariana sacó los pies del agua y fue cojeando hacia las tumbonas mientras Sara se quedaba como un pasmarote mirando a Carmen sin saber si apoyarla o mostrarle su desaprobación.

—¿Qué? —preguntó Carmen—. ¿Qué decides? ¿Hablar o fingir?

Lo dijo tan seria, tan en su papel de amiga enfadada que Sara y Mariana no

pudieron evitar reírse.

—¿Os hace gracia? ¡Yo flipo!

Y con la misma, Carmen les dio la espalda y se sumergió para cruzar la piscina buceando.

Entonces, Sara se puso seria y le dijo a Mariana en tono de confesión:

—Tía, es que estamos preocupadas, la verdad. Te quedas ahí tan pillada...

Mariana esperó a que Carmen asomara la cabeza y vio cómo se sujetaba al bordillo del otro lado. Entonces, Mariana se giró hacia Sara y también en tono de confesión, mirándola a los ojos, le dijo:

—Ya, tía, pero siempre me ha pasado, ¿no?

Carmen se soltó del bordillo y volvió a sumergirse.

—Bueno —Sara dudó un instante—, algo sí..., pero no tanto, tronca.

—Ya... Mi padre dice lo mismo.

—¿Ves?

De repente, se asomaron a la superficie unos brazos y una cabeza que agitaron el agua salpicándolas primero y empapándolas después.

—¡Tonta la última en meterse! —gritaba Carmen imitando el tono que usaban cuando de niñas se lanzaban ese tipo de retos.

Mariana y Sara intentaron protegerse en vano con las palmas de las manos estiradas hacia el frente. Entonces, a Mariana se le ocurrió gritar:

—¡Mi pierna! ¡Mi pierna! ¡Cuidado!

Carmen paró en seco.

—Picaste, tía —se rio Mariana.

—Tía, qué mala —le regañó Sara sonriendo.

—Eso no vale —dijo Carmen fingiendo estar enfadadísima.

—Bueno, nos bañamos, anda, pesada. —Cedió Sara.

Con el ambiente ya más relajado, Mariana decidió hacerle caso a su amiga de toda la vida:

—¿De verdad queréis saber en qué pensaba? —preguntó mientras bajaba las escaleras.

—Claro, tía, a lo mejor podemos ayudarte, no sé... —La animó Sara.

—Bueno, la verdad es que Carmen igual puede.

—¿Y eso? ¿Y yo por qué no? —protestó Sara.

—Es que Carmen igual se acuerda de...

—Fijo que me acuerdo, ya sabes que mi memoria no falla, tía. —La animó a seguir Carmen.

—¿Tú te acuerdas de Lázaro?

—Claro, tía, ¿cómo no me iba a acordar? Con los besos que os disteis aquel día...

—Bueno, yo qué sé... Podías no acordarte.

—¿Pero tú no sabes con quién estás hablando? —dijo Carmen señalándose.

—Ya...

—Además, yo me jalé a su amigo Luis, qué feo era, tía, cuando amaneció y le vi bien el careto...

—¡Qué mala eres, tía!

—Pero Lázaro era mono —siguió Carmen—. Fue muy fuerte que se suicidase.

A Mariana le cayó un jarro de agua fría por encima de las esperanzas de que Carmen estuviese equivocada.

—Pero, a ver... ¿A ti quién te lo contó?

—¿Lo del suicidio? Pues quién iba a ser, tía, Luis. Me lo encontré en el tanatorio, yo iba al funeral de mi tía Conchi y fue él quien me paró. Parecía un alma en pena, el pobre. Se ve que necesitaba hablar, ¿sabes?, desahogarse,... porque me contó lo de Lázaro y se me puso a llorar... —Carmen se quedó pensativa—. Es muy majo Luis, la verdad, qué pena que sea tan feo.

Mariana ya no escuchó cómo Sara volvía a regañar a Carmen por ser tan mala, ya ni siquiera había escuchado a Carmen desde el momento en el que supo que, si la noticia había venido de Luis, irremediabilmente, era verdad. Lázaro no solo estaba muerto sino que además era cierto que se había suicidado. Y ella no había estado ahí para impedirlo.

Tal como había anunciado Sara, a las seis de la tarde empezó a llover sin parar. Primero unas gotas, después, torrencialmente. Llovió tanto que se suspendió el concierto de Los Limones, chafando los planes de mucha gente.

La que se llevó el mayor disgusto fue Pilar, que estuvo a punto de volverse a Santiago aunque acabó optando por ir a cenar a casa de Enrique. Cristina había insistido mucho en que fuese a ver el cuarto del bebé... Además, el lunes a primera hora quería hablar con el psicólogo y con el fisio antes de marcharse.

Mariana se alegró de no tener que ir con su hermana al concierto. Se sentía fatal.

Ya no había esperanzas de que Carmen se hubiese equivocado. Como era de esperar, su amiga se acordaba perfectamente de lo de la muerte de Lázaro y Mariana iba a tener que aceptar que no había duda de que había sido él, y no otro, quien se había quitado la vida. Había agradecido como nunca que empezase a llover y que Sara y Carmen se fuesen a sus casas para prepararse para salir. Cuando Sara había insistido en que Mariana tenía mala cara y que le convenía ponerse guapa y salir con ellas a dar una vuelta esa noche, ella alegó tener dolor de pierna por el cambio de tiempo. La excusa había colado. Las había despedido y se dirigía a su habitación cuando, por el pasillo, se encontró a su padre que venía desperezándose de la siesta. Sergio también le encontró mala cara y Mariana volvió a nombrar la pierna y el tiempo. Él tenía que llevar a Jacobo y a La Celosa a su casa pero prometió regresar pronto. Mariana quería estar sola. Cambió de tema para restarle importancia a su estado. Lo despistó contándole que Spi había ido caminando solo hasta el salón y hasta se rio al mencionarle lo de los coros de ronquidos. Sergio se marchó más tranquilo.

Cuando llegó a la habitación decidió darse una ducha caliente. Tenía la piel templada pero se sentía helada por dentro. Se sentó en el suelo de la bañera y se inclinó ligeramente hacia adelante para dejar que el agua le acariciase la espalda. Entonces, sin más, empezó a llorar. Le apetecía gritar pero no sabía si aún había alguien en casa y, aunque era sábado y tenía la tarde libre, Cecilia solía quedarse. Por nada del mundo quería que la oyese. Probó a gritar bajito, era una idea ridícula pero funcionó. Lloró y «gritó» como para sus adentros mientras dejaba que el agua la acariciase. Se encogió todavía más doblando las piernas y abrazándolas. Apoyó la cabeza en las rodillas para ayudarse a aguantar su peso. De repente, recordó con nitidez un momento que tenía algo borroso. Le vino a la mente cada palabra de la última conversación con Lázaro:

—No podemos seguir así. No podemos vernos más. Yo estoy genial contigo pero es por Pedro, ¿entiendes? Él no se lo merece.

¡Oh, Dios! ¿Le había dicho esa frase? Claro que se la había dicho. Y encima por teléfono. Ahora se acordaba perfectamente. Si entonces hubiese sabido que Pedro no se merecía ni su saludo...

—Pero... ¿así cómo?, Mariana. Si solo somos amigos, nada más... Vale que yo te robo un beso de vez en cuando pero ¡ya ves! Tampoco estás ahí tirándote al primero que pasa... Además, el Pedro ese no es ningún santo, ¿sabes?...

—¿Por qué dices eso?

—No, lo digo en general. Hay pocos santos, Mariana, yo y unos cuantos más.

Se enjugó las lágrimas y sonrió al recordar la ternura de Lázaro y la gracia que tenía cuando bromeaba. Pero ¿por qué había dicho aquello sobre Pedro? Lo de que no era ningún santo. ¿Sabría algo Lázaro ya por aquel entonces? Y si lo sabía, ¿por qué no se lo había dicho claramente? Volvieron las ganas de gritar y las lágrimas surgieron esta vez a borbotones. Ya no se lo podía preguntar. Estaba muerto. Muerto como Samuel. Carmen se acordaba bien. No había la menor duda. Un suicidio. Punto final. Mariana levantó la cabeza y miró a su alrededor. Se alegró de que no hubiese ninguna maquinilla de afeitar olvidada en los bordes de su bañera porque a ella también le apetecía poner un punto final pero no tenía fuerzas para levantarse de allí. Volvió a dejar caer la cabeza sobre las rodillas, ¿sería la conciencia lo que le pesaba tanto?

—Ya sé que eres un santo, y ya te digo que estoy genial contigo, pero no es eso...

—Entonces, ¿qué?, Mariana, no lo entiendo, te lo juro. Si estamos los dos genial, es de tontos que dejemos de vernos.

—Mira, de verdad, no me lo pongas más difícil, yo no puedo seguir así. Va a ser mejor para los dos, ya verás.

—¿Y si te prometo que ni te rozo? Se acabaron los besos, ya está, de verdad.

—Que no, que no es eso... No puedo seguir hablando contigo. ¿No ves que me seguiría sintiendo como una traidora?

—¡Pero qué me dices! ¿Traidora tú? Hay que joderse...

En aquel momento, a Mariana le había sentado fatal que Lázaro se enfadase y le saliese con eso, ¿se estaba atreviendo a insinuar que el traidor podía ser Pedro? Ahora, con el agua de la ducha despejando sus recuerdos, empezaba a pensar seriamente que quizás él ya sabía algo, igual lo sabía todo, pero entonces ¿por qué prefirió no contarlo?, ¿por qué se rindió?, ¿por qué no había luchado por ella?

—Lázaro, si me quieres tanto como dices, respeta mi decisión y, créeme, va a ser mejor para los dos. No me llames, no me busques, olvida mi número.

¡Buah! ¡Cómo se arrepentía de aquellas palabras! Si la dejasen borrar una única frase de su vida, sería esa. Estaba convencida de que si no hubiese dicho tal cosa, él la habría llamado antes de tomar la decisión de quitarse la vida y ella lo habría animado a seguir adelante como tantas y tantas veces lo había hecho ya.

—Pero Bichita...

—Tu Bichita no te está haciendo feliz, ¿es que no lo ves,... que ni como ni deo

comer? Aunque no me creas, esto también es por tu bien.

—Eso no cuele. Yo estoy bien así. Ya te lo he dicho cientos de veces. No quiero más, estoy bien así. Yo puedo esperar si estás a mi lado.

—¿Esperar qué, Lázaro? ¿Lo ves? Ese también es el problema. Tú estás esperando algo que no va a pasar.

—No, no espero nada, estoy bien así, de verdad.

—Eso sí que no cuele, Lázaro, si se te acaba de escapar... ¿No ves que sí que estás esperando que pase algo?

—¡Ay, Bichita, no me líes! Déjalo estar así, deja todo igual, por favor, no salgas de mi vida, por favor te lo pido.

—Lo siento, Lázaro... De verdad que va a ser mejor para los dos que no me llames más.

—Entonces,... prométeme una cosa.

—Dime.

—Que si algún día, por lo que sea, Pedro y tú ya no estáis juntos, te casarás conmigo.

—Vale. Me parece un buen trato.

—Vale no. Prométemelo, me lo tienes que prometer, Bichita.

—Vale, te lo prometo.

—Entonces, te espero.

Y Lázaro colgó. Colgó para siempre.

El dolor de la pierna no era nada comparado con el dolor del alma al recordar aquella conversación con tanta nitidez. Mariana sacudió la cabeza lentamente como intentando alejar aquel recuerdo que se le clavaba como un puñal desgarrándola toda una y otra vez: «No me llames más». Se puso a pensar en cómo a veces hacemos o decimos cosas sin saber hasta qué punto pueden cambiar la vida de los demás para siempre. ¿Se podía aprender a vivir con eso? Ella había cambiado los planes de Lázaro, se los había borrado de un plumazo para siempre. Si lo hubiese dejado todo igual, como él quería, algún tiempo después habría estado ahí para consolarla con lo de Pedro. La habría cuidado como a una princesa hasta que ella pudiese tocarlo sin sentirse culpable, hasta que ella pudiese mirarlo a los ojos y admitir que se querían de verdad, con un amor mucho más sincero, más cómplice y más profundo que el que nunca había sentido ni por Pedro ni por nadie.

Pero le negó todo eso. Le negó para siempre cualquier oportunidad. ¿Cómo había podido hacer aquello? Entonces se acordó de su madre, de lo mal que estaba en aquella época, de lo mucho que a Olga le gustaba Pedro... Intentó acordarse también de cuánto había querido ella a Pedro y sí que lo había querido, claro que sí, pero...

Unos golpes en la puerta la arrancaron del pasado. Levantó la cabeza y se detuvo a mirarse las manos arrugadas por el agua.

—¡Mariana! ¿Está todo bien?

Sacó fuerzas de sabe Dios dónde. Pensó en el Ave Fénix e intentó comportarse

como tal.

—Sí, Cecilia, me dolía un poco la pierna, por el tiempo, pero el agua caliente me ha sentado bien —le explicó mientras cerraba el grifo.

—¡Ah! Tranquila, *filliña*, es que oía el termo funcionando tanto rato...

—Estoy bien, gracias, Cecilia.

—Bueno, pues ya me voy, pero si quiere algo me llama, que estoy abajo, ¿vale?

—Sí, sí, no se preocupe.

Exhausta de tanto sufrir y de tanto llorar, Mariana hizo un último esfuerzo para salir de la bañera, se secó como pudo y aunque aún era de día alto, se puso el pijama y se metió en la cama. Hizo un gurrño con la manta verde y naranja ganchillada por Pilar, se abrazó a ella como si fuese un peluche, y se dio permiso a sí misma para dormir un poco. Los párpados le pesaban tanto como el alma.

Francisco decidió ir a recoger a Tania y no decirle nada de la cancelación del concierto hasta que estuviese en el coche. Tania, a su vez, se enteró por el Facebook de que el concierto se había suspendido pero decidió arreglarse igual, pensando que, con un poco de suerte, Francisco no se habría enterado. Una vez en el coche, se saludaron con un par de besos, bastante cortados. Ninguno de los dos quería confesar que sabía que no habría concierto. Tania fue la más valiente:

—No estoy segura, pero creo que se ha suspendido el concierto.

—Normal, me parece que era al aire libre y con esta lluvia...

—A lo mejor amaina y se lo piensan.

—Puede ser.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó ella con miedo de la respuesta.

—Pues..., no sé, podemos picar algo por allí cerca por si acaso, ¿cómo lo ves?

—Genial —respondió Tania aliviada.

—¿Vamos hasta la jamonería de Playa América?

—Bárbaro, como es temprano, igual aún llegamos a tiempo de probar la tortilla aunque no la hayamos encargado.

—¿También te gusta? Es casi tan buena como la del Carballo, ¿a que sí?

—¡Hala! ¡Yo también soy fan de la tortilla del Carballo! ¿Y has probado la del San Amaro?

—Me encanta. Es que a mí no me gusta con cebolla. Soy bastante pesado para comer, ¿sabes?

—A mí tampoco me gusta nada la cebolla, la verdad.

Y así, charlando animadamente, llegaron a la jamonería, donde, efectivamente, aún había tortilla. Solo quedaba una ración pero la compartieron encantados, aunque ambos pasaron mucho apuro cuando sus tenedores se chocaron en el plato. Francisco pensó que no iba a ser capaz de tocarla en la vida. Si el roce de los cubiertos le había producido semejante escalofrío, ¿qué pasaría si intentaba darle un beso...? Tania pensó que aquello era demasiado, que no se podía sentir tanto a través de un tenedor, se dijo que ya no era una adolescente, se recordó que tenía un hijo y que tenía que comportarse como una adulta responsable y no andarse con tonterías de tenedores. Pero tuvo que admitir que Francisco le gustaba demasiado. Y se asustó. Se asustó mucho. Él no era para ella. Él iba a hacerle daño. Era demasiado guapo y demasiado encantador, se iría con otra más guapa a la primera de cambio. «Huye de él ahora que aún puedes, Tania», le decía una vocecilla interior. Pero ¡qué va! Ya no podía. Estaba pillada y bien pillada, ya ni era capaz de disimularlo. Ya se había descubierto a sí misma varias veces poniéndole ojitos. Quiso sacar su coraza pero no la encontró.

Pasaron el resto de la noche los dos muertos de deseos de besarse. Los dos intentando disimular pero atentos a cualquier señal del otro, en una tensión casi insoportable. Fueron de bar en bar tomando *gin tonic* y hablando sin parar. Encontraron mil temas compartidos y saludaron a amigos que no sabían que tenían en común.

Cuando les cerraron el último bar, Francisco se dio cuenta de que no podía coger el coche para volver a Vigo.

—Oye, ¿tú tienes que dormir en casa? —se atrevió a preguntar.

En una décima de segundo, la mente de Tania dio mil vueltas. Ahora sí. La respuesta era crucial. Un sí o un no, podían determinar su futuro para siempre jamás. Tenía que volver a casa. Otra vez la vocecilla «Huye, Tania, escapa ahora que aún puedes» y otra vez buscó su coraza pero, de nuevo, no la encontró:

—¿En casa? No..., puedo dormir donde quiera. El niño duerme en casa de mi madre. Con recogerlo mañana por la tarde...

¡Dios! Ya estaba dicho. Todo dicho.

—Entonces, ¿qué tal si dormimos aquí en el Hotel Miramar?

Al ver que Tania se ponía roja, Francisco intentó justificarse. No quería asustarla, solo quería alargar la noche, que no se acabase nunca.

—Es que yo no puedo coger el coche así...

—Ya. Ni yo.

—No sé,... si quieres podemos intentar llamar un taxi.

—No, lo del hotel es buena idea... —se atrevió a decir ella sintiendo que otra vez se le subían los colores.

Llegaron a la recepción muertos de risa con no sé qué tontería que estaba contando Francisco sobre la chica nueva, la cuñada de Daniel, que la pobre no se aclaraba todavía con tanto trajín en la oficina. El recepcionista les llamó la atención y eso hizo que les diese más risa todavía. A punto estuvo de echarlos a patadas aquel hombretón que, cuando se serenaron un poco, les dio la mejor noticia de sus vidas:

—Solo nos queda una habitación. La *suite* nupcial.

Cruzaron las miradas y les volvió a entrar la risa. El hombre, que ya se estaba cansando de tanto cachondeo, sin saberlo, les evitó el mal trago de tener que decidir si se quedaban o no y alargándoles la llave, les dijo malhumorado:

—Ya veo que será perfecta. Déjenme los carnés y ya los recogen mañana, no vaya a ser que ahora tengan que quedarse aquí perdiendo su tiempo mientras yo los fotocopio.

Ellos obedecieron y le entregaron el DNI sin poder dar tregua a la risa floja que los había poseído por los nervios.

Cuando se cerró la puerta del ascensor, Francisco no pudo aguantar más. Tania le gustaba demasiado. Se acercó a ella y los dos dejaron de reírse de repente. Apoyó una mano en la cintura de la mujer a la que tanto amaba y, con la otra, le apartó el pelo de la cara. Fue acercando su boca a la de ella muy despacio, dándole tiempo para

rechazarlo si quería y rezando para que no lo hiciese. Cuando sus labios estaban a menos de un centímetro, ella cerró los ojos y se dejó besar, primero muy despacio, sintiendo cada milímetro en contacto, aún con miedo. Cuando el ascensor llegó al último piso, el miedo se había esfumado como por arte de magia dando paso a la pasión que había estado encerrada tanto tiempo. Disfrutó sin remordimientos el resto de la noche. Nunca más se había permitido sentirse feliz pero ya no podía seguir negándose ese derecho. Francisco le gustaba demasiado.

Mariana se despertó el domingo como nueva. Con los párpados bastante hinchados pero el alma algo más aliviada. Le había sentado tan bien llorar un poco... Porque aunque había llorado muchísimo, a ella le parecía poco. Tanto Lázaro como Samuel se merecían muchas más lágrimas pero, como decía el doctor Morales, ella tenía que seguir viviendo. Así que, como tantas otras veces desde el accidente, hizo de tripas corazón y se propuso disfrutar al máximo de la compañía de su hermana.

Se pasaron todo el domingo en la piscina mientras Sergio se dedicaba en cuerpo y alma a podar los setos del jardín dándose un chapuzón de vez en cuando. Le había costado mucho despedir al jardinero, por el cariño que le tenía, pero cuando decidió dejar el bufete, lo primero que hizo fue buscarle una buena casa, dos chalets más allá, y encargarse personalmente del jardín.

Los tres pensaban que Francisco aparecería para comer pero no fue así. Pilar lo llamó un par de veces pero tenía el móvil apagado.

Pilar se había propuesto distraer a Mariana. Estaba convencida de que ya era el momento de hacerla mirar hacia el exterior, de sacarla un poco de ese mundo tan introspectivo en el que estaba metida. Decidió intentar implicarla en otras preocupaciones distintas de las de ella misma:

—¿Cómo encuentras a papá? —le preguntó.

—No sé... Como siempre.

A Mariana le sorprendió la pregunta.

—¿Por qué? No estará mal, ¿no?

—No, no es eso. Es que no sé cómo se las apaña aquí tan solo, sin ir a trabajar...

—¿Sin ir a trabajar? ¡Pero si va todos los días! Ayuda muchísimo a Quique.

—¡Ah! Pues mira, me das una alegría porque yo pensaba que iba solo de vez en cuando —mintió Pilar.

—No, mira, va por las mañanas, con calma, llega a la hora que quiere y a la una menos algo se va a tomar el aperitivo con el tío Jacobo. Después, llega a casa, Spi le hace la gran fiesta, come comidita rica preparada por Cecilia, duerme un siestón, cuida el jardín, va al club un rato,... ¿qué más se puede pedir?

—No sé, yo creo que está muy solo.

—Bueno, ahora estoy yo. Y Francisco viene muchas veces a comer. Y está Cecilia, claro.

—No me refiero a eso, Mariana.

—¿Entonces?

—¿Tú no crees que estaría bien que se enamorase?

Mariana se echó a reír. Pilar se había vuelto loca.

—Mañana, si quieres, me acompañas al psicólogo y le pides cita para ti. Enloqueciste. ¿Tú no ves que él va a seguir siempre enamorado de mamá?

—Sí, mujer, ya lo sé, pero...

—Pero nada, Pilar. Papá, ahí donde lo ves, cantando mientras poda el seto, vive feliz porque sabe que un día se va a morir y por fin va a estar con mamá. Ya sé que suena muy fuerte pero esa es la pura verdad. De momento, lo lleva bien porque ve que lo necesitamos, porque estamos nosotros, que si no...

Pilar se dio cuenta de que aquel no era un buen camino para sacar a Mariana de su mundo de muertes y decidió darle un giro a la conversación.

—Pues tienes razón, hermanita, a veces piensas y todo.

Mariana sonrió orgullosa. La satisfacción de que su hermana mayor la valorase no tenía precio.

—Entonces, quien va a tener que enamorarse voy a ser yo —continuó Pilar intentando orientar el pensamiento de Mariana hacia los demás.

—¡Ay! ¡Cuenta, cuenta! No me digas que estás enamorada...

—¡Qué va! Desde que me dejó el cretino ese, no levanto cabeza.

Pilar se sentía bien como estaba. Hacía ya un par de años que la había dejado su novio de toda la vida y ya se había acostumbrado a estar sola. No le apetecía ni lo más mínimo tener pareja pero siguió con su estrategia de hacer pensar a Mariana en otras cosas.

—¿Tú no tendrás ningún amigo soltero?

—Alguno tengo, sí, pero un poco yogurines para ti, la verdad. Bueno, aunque... ¡espera! El hermano mayor de Pati acaba de separarse...

—Mmmm... Eso suena bien... Quiero decir, suena bien para mí, para él no, pobre, que separarse es horrible, duele tanto...

—Ya, lo está pasando fatal, el pobre... —Mariana puso cara de pilla y continuó—. Yo creo que necesita a alguien que lo anime.

—¿Y está bueno?

—Bueno no, lo siguiente —respondió Mariana emocionada con la idea de emparejarlos.

Pilar, que había preguntado lo del soltero sin ninguna intención de interesarse por nadie, se sorprendió al notar que le picaba la curiosidad de verdad. Conocía bien a Pati y le parecía encantadora, ¿tendría un hermano tan riquiño como ella?

Se pasaron el resto de la tarde tal y como Pilar se había propuesto, muy entretenidas, hablando del mundo de los vivos que tienen un futuro por delante. Y así, haciendo un repaso de los solteros que conocían, aireando todos los defectos y virtudes que se les sabían, se les hizo de noche y decidieron dormir juntas en la habitación de Pilar, como cuando Mariana era pequeña y se asustaba con las tormentas.

Como cada lunes por la mañana, Francisco salió del portal de su casa para dirigirse a la inmobiliaria. Sin embargo, fue hacia la izquierda en lugar de ir a la derecha.

Bajó por la calle Colón hacia lo que su padre llamaba «Las Avenidas» y caminó por Montero Ríos hasta llegar al Náutico. Allí había aprendido a nadar de pequeño. Se asomó a la cristalera que daba a la piscina. Ya había algunos madrugadores haciendo largos. Se acordaba perfectamente de los sábados por la mañana de aquellos años: lloviese, tronase o hiciese un sol de justicia, su madre los llevaba a él y a Mariana a natación mientras ella iba a la biblioteca del Club. Al salir, él tenía que hacerse responsable de Mariana durante el breve camino desde la piscina hasta la sala de puertas de madera enormes y paredes altísimas forradas de estanterías. Entonces escogían algunos libros y se quedaban allí un rato sentados en el suelo hojeándolos para decidir cuál se llevarían a casa esa semana. Después, Olga los llevaba a tomar algo a la cafetería, que recordaba al interior de un barco. A Francisco le encantaban aquellas mañanas, sobre todo porque no tenía que aguantar a sus hermanos mayores que, por aquel entonces, se pasaban la vida metiéndose con él por todo y por nada. Aquellos sábados en los que Pilar y Quique se quedaban en casa haciendo los deberes y él podía asumir el papel de hermano mayor y disfrutar de su madre casi solo para él, era uno de los recuerdos de su infancia que guardaba con más cariño.

Hoy no era sábado sino lunes. Su madre no estaría en la biblioteca y Mariana estaba viva de milagro. No sabía por qué se estaba dejando invadir por tanta melancolía cuando en realidad estaba pletórico por lo suyo con Tania. Se giró de repente para darle la espalda a la cristalera de la piscina y sacó su móvil.

WhatsApp. Tania. «Emoticono de corona. Princesa, si tu jefe está cerca, vete al baño. Dentro de un minuto voy a llamarte y voy a decirte cosas que no vas a querer que nadie oiga».

El símbolo de doble visto se puso azul enseguida.

«Loco!!! Emoticono de corazón. Llama en 5 mins, OK?».

Francisco respondió ansioso:

«Nooooo. No puedo esperar tanto ;—)»

Vio el reloj. Eran las 9:18. A las 9:23, pensó. Y escribió:

«9:23 yo llamo, tú baño» y cerró con uno de esos emoticonos de lengua fuera y ojo guiñado.

Sin saber muy bien cómo ni por qué subió a la cafetería del Náutico. Se apoyó en la barra y cerró los ojos para oler las tostadas. Por un instante le pareció oír a su madre. «Tres tostadas con mantequilla y mermelada de fresa, dos Cola-Cao y un café con leche, por favor».

—¿Qué desea, señor?

Abrió los ojos asustado no solo por tener que volver a la realidad sino también por lo de «Señor». Para consolarse pensó que la chica era muy joven y que por eso lo vería a él mayor. ¿Qué tendría, dieciocho? Igual ni eso... Además, la barra solo le dejaba ver la americana de lino y la camisa blanca, le tapaba los vaqueros gastados que nunca habría llevado un «señor». Francisco se recorrió los vaqueros con la mirada buscando su propia aprobación. Al llegar a los pies, se quedó mirando los mocasines de ante color camel y pensó que un día podía probar a ponerse unas zapatillas de esas Converse que usaban las amigas de Mariana y, seguramente, también aquella chica.

—¿Desea algo, señor? —insistió la adolescente camarera.

—Un Cola-Cao y una tostada con mantequilla y mermelada de fresa, por favor.

Le salió sin pensar. ¡Pero si hacía años que no tomaba un Cola-Cao! Se rio hacia sus adentros mientras se sentaba en una de las mesas de la ventana semicircular desde donde se veía toda la ría. Antes de pararse a ver el paisaje, sacó el móvil. Las 9:22. Lo apoyó encima de la mesa y se quedó mirándolo fijamente sin tocarlo, como si fuese algo prohibido, mientras daba rítmicos golpecitos en la mesa con los dedos de ambas manos. La pantalla se puso negra. La tocó dos veces y se volvió a iluminar. Siguió haciendo ritmos en la mesa y... Las 9:23. Alargó la mano. Cogió el móvil. Contactos. Tania.

Ella atendió en el primer tono:

—Estás muy loco, Fran.

—¿Y quién no lo está, Tania?

—Bueno, no te falta razón... —se rio ella.

—Es que estaba pensando que la vida son dos días y que no va a pasar nada, nada de nada, si tú y yo, hoy...

—¿Hoy?

Tania pensó en su hijo. Durante la semana ella salía del trabajo con el tiempo justo para ir a buscarlo a la guardería. Hoy no iba a poder quedar con Fran. Ni de coña.

—Sí, hoy, no pasa nada si tú y yo hoy, repito, hoy, ahora, nos piramos por ahí.

Tania se rio con ganas.

—¿Ahora? ¡Pero si estoy en el curro! ¿Ves cómo estás loco?

—Ahora estás en el baño, ¿no?

—Pues sí. No sé por qué te hice caso pero sí, estoy en el baño.

—Bueno, pues ahora sales de ahí con cara de dolor y, con la mano en la tripa, le dices a tu jefe que te habrá sentado mal el desayuno, o mejor, que igual es un virus contagioso, que te tienes que ir al médico o a casa o lo que sea...

—Estás como una cabra.

—No, Tania, estoy loco por ti y quiero estar contigo.

—Pero no puedo hacer eso, Fran.

—¿Por qué no? Anda, por favor, por favor.

—Que no, que no puedo, de verdad.

—¿Cuánto tiempo hace que no haces una locura, Tania?

—Pues no tanto, Fran, lo del Hotel Miramar no fue precisamente muy sensato, ¿no?

—¿Pero valió la pena?

—¡Claro! Lo volvería a hacer mil veces.

—¿Ves como no te arrepientes?

—¿Cómo me iba arrepentir?

—Entonces te espero en la cafetería del Náutico. Ya voy reservando la *suite* nupcial de algún hotel por aquí cerca.

—Ten calma, Fran, primero déjame ver si tengo valor para inventarme algo y salir de aquí.

Pilar no consiguió sacar prenda del psicólogo. Que si Mariana era mayor de edad, que si el secreto profesional,... Colgó algo desilusionada aunque creyó haber leído entre líneas que su hermana estaba ya en el buen camino, o quizás, simplemente, eso era lo que creía ella o, tal vez, era solo lo que quería creer.

Las noticias del fisioterapeuta no podían ser mejores. Según él, con un par de meses más de rehabilitación podrían no quedarle casi secuelas, quizás una levísima cojera, pero lo más importante, el dolor iría disminuyendo hasta desaparecer casi por completo, no sería crónico sino esporádico y nada que no se soportase con la ayuda de un analgésico. Parecía majo el tal Nuno, tenía razón Mariana. Ojalá «la niña» acabase enamorándose de él, le vendría de maravilla.

Se despidió de Mariana con un abrazo muy fuerte y, de su padre, con dos besos. Le habría gustado quedarse más pero tenía que entregar la tesis en septiembre o su puesto en el departamento corría peligro, así que no le quedaba más remedio que pasarse el resto del verano sin levantar cabeza para acabar a tiempo. Sonrió al oír el ruido del portón cerrándose mientras se alejaba en su Volkswagen Tiguan.

Sergio y Mariana se quedaron de pie en el jardín, observando el portón ya cerrado como pasmarotes. Desinflados. De repente, Spi, que había estado al lado de Sergio todo el tiempo, salió corriendo detrás de un pájaro. Padre e hija se miraron dejándose invadir por la alegría.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —preguntó Mariana.

—Sí, ¡ya corre! ¡Qué maravilla!

Cecilia, que mientras recogía el desayuno observaba desde la ventana abierta de la cocina, gritó para que la oyesen bien:

—¡Para que luego digan que las ánimas del purgatorio no hacen milagros!

Padre e hija hicieron un esfuerzo para ahogar la risa y Sergio le guiñó un ojo a Mariana antes de decir en un tono muy solemne:

—¡Qué razón tiene, Cecilia!

Después, le dijo a Mariana:

—Bueno, ¿qué?, ¿arrancamos? Quique ya me ha llamado cincuenta veces para que lo ayude con no sé qué. Vaya hermano tan pesado tienes, hija.

—¡Sí, ya! ¡Lo que tiene es un morro...! «Papá ayúdame a esto», «papá hazme lo otro»,... ¡mucho jeta!

Mientras caminaban hacia el coche, Sergio aprovechó para preguntar algo que le venía reconcomiendo por dentro desde que Mariana había vuelto. No quería que volviese a Madrid por nada del mundo. Ya había hablado con Quique y lo tenían todo preparado pero había que hacerlo con sutileza, que no se sintiese presionada.

—¿Y a ti no te gustaría venirte a trabajar con él en lugar de quedarte en el bufete ese de estirados?

—¡Anda! ¿Ahora es un bufete de estirados? Pues bien contento te pusiste cuando me cogieron para las prácticas —protestó Mariana extrañada mientras se subía al coche.

Sergio puso la llave en el contacto y Raphael dijo: «¿Qué pasará? ¿Qué misterio habrá?». Mariana continuó:

—Desde luego, la vida está llena de misterios... ¿Ahora qué mosca te ha picado con Eje Abogados? ¿No era uno de los mejores bufetes de Madrid o del universo o vete tú a saber? Además, con todo esto, ya no sé si podré volver. Que den las prácticas por concluidas es una cosa pero de ahí a que me contraten...

Cla-clá. Cla-clá. El portón se cerró detrás de ellos mientras se alejaban.

—No, claro, un buen bufete sí que es... Pero una cosa es que hagas allí las prácticas y otra muy distinta es que te quedes a vivir en Madrid teniendo aquí a tu hermano deseando que trabajes con él.

—¿En serio?

—Hombre, pues claro, hija.

—¿Pero te lo ha dicho?

—Cientos de veces.

—Pues a mí jamás me ha dicho nada.

—Ya sabes cómo es... No quiere forzarte a tomar una decisión que igual no quieres tomar. Él dice que seguro que tú prefieres seguir en Eje Abogados. Cree que, si te comenta lo de quedarte en Vigo, te va a poner entre la espada y la pared porque, además, él no puede ofrecerte grandes condiciones, ni casos muy emocionantes. Ya sabes,... cosas de tu hermano. Pero di algo, hija, que estás muy callada.

—No... Es que... No sabía que Quique me veía así.

—¿Así, cómo?

—Como alguien con quien querría trabajar.

—¿Y eso?

—Pensé que me veía como... como pequeña, no sé.

Sergio no pudo evitar reírse.

—Todos te vemos como pequeña. Y te vamos a ver así siempre, no te engañes. Pero eso no quita que ya sea hora de que «la niña» empiece a trabajar donde le corresponde.

Mariana se encogió de hombros.

—Pues no sé qué decir, papá.

—Entonces no digas nada. Tú solo vete pensándolo. De momento, podrías seguir viviendo en casa. A mí se me hace tan grande cuando no estáis...

—¿Y el piso de Madrid?

—¿Qué le pasa?

—No, que qué haría con él...

—Es tuyo. Te lo regalé cuando te fuiste a estudiar y ahora haces lo que quieras con él.

—Bueno, pero...

—Bueno pero nada. Podrías alquilarlo y te sacarías un dinerillo... Pero ahora no te agobies con todo esto. Ahora tienes que ponerte bien, cuidarte, recuperarte y luego, Dios dirá. Yo solo quería que tuvieses claro que después, si quieres, solo si quieres, podrías quedarte a vivir en Vigo.

—Gracias, papá. Lo pensaré, claro.

—Me alegra que no te haya sentado mal que me meta así en tu vida...

—¡Qué cosas tienes! Ya sé que solo quieres ayudarme.

—Exacto, hija, exacto —confirmó Sergio mientras contenía una lagrimilla.

Entonces, Sergio, que rara vez elegía la canción que quería porque todas las de aquel CD le encantaban, buscó la pista uno y mientras sonaban los primeros acordes le dijo a Mariana:

—Escucha, escucha...

Ella, obediente, se recostó apoyándose en el reposacabezas y cerró los ojos.

«Todo pasa y todo queda pero lo nuestro es pasar, pasar haciendo caminos, caminos sobre la mar», cantó Raphael, y Mariana supo por qué su padre quería que lo escuchase. Con los ojos cerrados, parecía que la envolvía el olor a mar que entraba por la ventanilla y las palabras calaban más hondo. Empezaba a pensar que aquel CD no estaba tan mal. Entendió de verdad el significado de una frase que cantaba Serrat en el dueto. La había oído tantas veces... pero nunca le había llegado al alma como le estaba llegando ahora.

«Murió el poeta lejos de su hogar, le cubre el polvo de un país vecino». Mariana no escribía poesía ni estaba en el exilio pero... ¿Quería ella que, un día, la cubriese el polvo de algún lugar diferente de Vigo?

Tania entró en la cafetería del Náutico con la melena tapándole media cara. Al verla, Francisco salió a su encuentro dándole un beso muy largo mientras la agarraba por la cintura como para que no saliese huyendo si se arrepentía.

—Me siento igual que una vez que colgué clase cuando estaba en el instituto.

—¿Solo colgaste clase una vez? ¡Vaya! Te imaginaba una adolescencia más emocionante —respondió Fran con su mejor sonrisa y sin dejar de agarrarla por la cintura.

La camarera adolescente, único testigo presencial de aquel beso de película, sintió envidia de Tania cuando vio a Francisco retirarle a su chica el pelo de la cara para quedarse mirándola fijamente como si fuese un tesoro recién salido del fondo del mar.

Se acercaron a la mesa cogidos de la mano y Fran, tal como había visto hacer tantas veces en casa a su padre con su madre, le retiró la silla a Tania para que se sentase.

—¿Cola-Cao? —preguntó Tania extrañada—. ¿El tipo duro que el sábado se tomó sabe Dios cuántos *gin tonic* está desayunando un Cola-Cao? ¡No me lo puedo creer!

—¡Ya ves! Me dio por ahí. Ya no me acordaba de lo buenísimo que está, ¿quieres uno?

—¡Anda ya! Tú sigues desayunando Cola-Cao, no me mientas.

—Ojalá. Pero sin cafeína ya no funciona. Lo que pasa es que ya vengo con ella puesta de casa.

—Pues yo igual.

—¿Y cuánto hace que no te tomas un Cola-Cao?

—¡Uy! Pues no te creas. Con el niño, de vez en cuando me preparo alguno así como quien no quiere la cosa, de paso que hago el suyo...

La camarera adolescente se acercó a la mesa mascando un chicle con desgana. Fran se fijó en sus zapatillas. Efectivamente, eran parecidas a las de las amigas de Mariana. Decidió que no iba a ser buena idea comprarse unas. Le gustaban más sus mocasines de toda la vida.

—Creo que voy a tomar lo mismo —le dijo Tania a la camarera.

Francisco se rio.

—¿Un Cola-Cao y una tostada? —preguntó la chica.

—¡Ah! ¡No! La tostada no, que estoy mal del estómago.

Francisco se rio de nuevo mientras la camarera se alejaba preguntándose si aquel cliente tan elegante y tan guapo ya se habría fumado un porro a aquellas horas de la

mañana. Esa risa floja..., mmmm...

—Bueno, entonces qué, ¿qué te apetece hacer?

En ese momento, el móvil de Francisco empezó a vibrar encima de la mesa y la foto de Sergio apareció en la pantalla.

—Es mi padre, perdona —le dijo a Tania enseñándole la foto antes de atender—. ¡Hola, papá! Dime... Sí... ¡Ah! Vale, sí, tranquilo, ya voy yo. ¿A la una, dices?... Que sí, hombre, tranquilo, pero no le digas nada, quiero darle una sorpresa —añadió mientras acariciaba la mano de Tania—. ¡Ah! Y dile a Quique de mi parte que es un prigao... Que es broma, papá, hombre, díselo, anda, que es solo para meterme con él... Sí, ya, si te parece le mando besitos, ¿no? Bueno, venga, te dejo que si tenéis tanto lío... Luego hablamos.

Cuando colgó, Tania lo miraba interrogándolo con una sonrisa.

—A la una tenemos que ir a recoger a Mariana. Lo siento...

—¿Tenemos? No, hombre, vete tú, yo espero en...

—Por favor, ven conmigo. Quiero darle una sorpresa. Se va a alegrar mucho de vernos a ti y a mí juntos, ya verás.

—¿No estarás corriendo mucho, Fran?

—¿Corriendo dices? —Francisco la miró muy asustado.

¿Tania se estaba echando atrás? Él pensaba que iban muy en serio. Después de tanto tiempo esperando...

—Aquí está su Cola-Cao, señora.

Fran se volvió a reír por lo de «señora» aunque seguía asustado. La camarera adolescente hizo una confirmación mental mientras se retiraba: «Este tío está fumado».

—¿De verdad crees que vamos muy rápido? —se atrevió a preguntar Fran con miedo de la respuesta—. ¿Y todo el tiempo que perdimos?

—No... Bueno, por mí, bien, Fran, es solo que tengo algo de miedo, ¿sabes?

—¿Cómo! ¿Pero las princesas también tienen miedo?

—En serio, Fran... —Se ruborizó Tania.

—Pues en serio te digo que yo voy muy en serio —dijo poniéndose tan serio como sus palabras.

—Yo también, Fran. Por eso tengo miedo.

—Entonces vamos a hacer un pacto... que el miedo es muy malo y ya me estabas asustando... Sin miedos, ¿vale?

—Vale, sin miedos —repitió ella como queriendo convencerse y añadió—. Hoy me presentas a Mariana porque sé que te hace mucha ilusión pero lo de conocer a las familias prefiero dejarlo para más adelante por el niño. Lo entiendes, ¿verdad?

—¡Claro! Entonces, tómate ese Cola-Cao que nos vamos al Bahía y después a buscar a Mariana.

—¿Al Bahía? ¿Al hotel Bahía?

—Es el que está más cerca, ¿no?

—Supongo, sí —sonrió Tania mientras revolvía el Cola-Cao.

Un par de horas más tarde, Tania tenía la cabeza apoyada en el pecho desnudo de Francisco y escuchaba su corazón aún algo acelerado mientras él le acariciaba el pelo. Ella tenía los ojos cerrados y paseaba su dedo índice por la barriga de Francisco como si estuviese haciendo un dibujo abstracto.

—Ojalá pudiéramos hacer esto todos los días —susurró él.

Ella abrió los ojos y levantó la cabeza para verle la cara.

—Ojalá —dijo acordándose de su hijo, de su madre, de su jefe, de la factura de la luz...— Pero...

—Espera, espera, no lo digas. Vamos a disfrutar de este momento y punto. Y además, tendremos días como este a patadas, ya verás, te lo prometo.

Ella seguía viendo a su jefe, a su madre,... y empezaba a añadir a la lista la factura del agua, la de la guardería, el contrato de alquiler,... ¡Dios! No podía volver a faltar al trabajo nunca más. ¿Cómo había hecho semejante cosa?

—No prometas cosas que no sabes si podrás cumplir, loco.

—Loco por ti —respondió él sin dudarlo.

Entonces, sin decir nada más, Fran alargó la mano para coger la sábana y tapar con ella sus cuerpos desnudos. Se escurrió hacia abajo y empezó a besarla por los pies.

Un móvil vibró en la mesilla.

Francisco siguió besando a Tania y ella dejándose besar. Se abrazaron. Se tocaron memorizando cada retal de la piel del otro, se olieron, se mordisquearon, se destaparon y se volvieron a tapar, se miraron, se sonrieron y se confundieron el uno con el otro durante el resto de la mañana hasta quedar exhaustos.

Estaban tumbados muy juntos, mirando al techo, un techo blanco normal y corriente que en aquel momento les parecía el cielo estrellado más romántico del mundo, cuando Tania preguntó:

—¿Qué hora será?

Francisco se incorporó para ver la hora en el móvil.

—¡Coño! ¡Son las doce y media! Tenemos que volar para llegar a tiempo a recoger a Mariana. Joder, y me han llamado Daniel y Mónica, ¡nueve llamadas perdidas!

Le dio la risa.

—¿Te ríes? —preguntó Tania extrañada—. ¿Y si ha pasado algo?

—No, mujer, no es nada, mira, también hay veinte whatsapps. Que Daniel estuvo en Vigo, en la inmobiliaria, que vino a propósito para contarme «en directo», dice, lo de la venta del ático de Villagarcía. Ya está todo firmado, dice aquí. También pone que se vuelve a Villagarcía y que no sabe si irse preocupadísimo porque no he ido a currar y no cojo el móvil o cabreadísimo porque paso de su culo.

«Genial lo del ático. Todo OK. Ya hablaremos», escribió a la velocidad del rayo.

Se dieron una ducha mucho más rápida de lo que les habría gustado. Al llegar a la

recepción, Tania notó que Francisco se iba hacia la puerta sin entregar la llave y lo frenó. Él la miró, le dio un beso rápido y con cara de pillo le dijo:

—¿No nos dijeron al entrar que nos podíamos quedar hasta mañana a las doce?

—Estás muy loco, Fran.

—Sí, por ti.

Como se había imaginado, el tiempo en la clínica de rehabilitación se le había pasado volando. Nuno era tan encantador que siempre lograba que el dolor de la pierna, al hacer los ejercicios, pasase a segundo plano. Mariana pensó que era una pena que fuese tan joven para su hermana Pilar. Aunque tal vez la diferencia de edad no fuese un problema. Igual él necesitaba encontrar a una chica ya madurita que no le fuese a hacer una chiquillada como la anterior. Y Pilar..., bueno, quizás a Pilar..., con un poco de suerte, Nuno le podría parecer bastante maduro para su edad. Al fin y al cabo, ya trabajaba, vivía solo en otro país,... vamos, que no era un niño mimado. De hecho, nunca hablaba de sus padres.

Mariana creía que iría a buscarla su padre pero al llegar a la recepción se llevó una sorpresa. Vio a Francisco apoyado en el mostrador. Estaba tonteando con la chica de la entrada, claro. Su hermano no iba a cambiar nunca. Era un zalamero de lo peor y no lo podía evitar.

—Perdona, pero aquí viene la niña de mis ojos —le dijo a la recepcionista cuando vio aparecer a Mariana.

Dejó a la pobre chica con la palabra en la boca y la sonrisa congelada. Ella ya se estaba haciendo ilusiones. Para rematarla, aunque, por supuesto, sin mala intención, Francisco salió de la clínica cogiendo a Mariana del brazo y le dedicó un «Hasta luego, guapa» que dejó a la recepcionista aún más enamorada.

Mientras caminaban hacia el coche, Mariana preguntó:

—¿Y papá? ¿Está bien?

—Sí, mujer. Me llamó porque estaba liado ayudando a Quique con no sé qué caso importante.

—¡Ah! Vale.

—En el coche tengo una sorpresa. Bueno, una sorpresa... No vayas a pensar que es algo para ti. Es algo que quería contarte...

—¿Contarme?

—Es Tania.

Mariana se paró para mirarlo a los ojos. Él inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió.

—¡Estás saliendo con ella! —Se entusiasmó Mariana.

—¡Ya ves, hermanita!

—¡Hala! ¡Qué guay! —le dijo mientras se tiraba a sus brazos.

Tania los vio desde el asiento del copiloto y salió del coche para ir a su encuentro.

—Mariana, Tania —las presentó Francisco orgulloso de ambas.

—Encantada —dijo Tania dándole dos besos.

—Yo más —respondió Mariana.

Estaba feliz de ver a su hermano sonreír así. «Claro, por eso tenía tanta prisa el sábado», pensó mientras entraban en el coche.

—¿Te vienes a tomar el aperitivo a Rosalía de Castro?

—No, mil gracias pero he quedado con Carmen y con Sara. Vamos siempre al MARCO porque Carmen va a un gimnasio que hay por allí cerca.

—¡Ah! Sí, uno nuevo, ¿no? Dicen que está genial —comentó Tania.

—Sí, a Carmen le encanta, está pesadísima con que nos apuntemos las tres. Ya ves, imagínate yo con la pierna ahí saltando en clase de zumba o yo qué sé.

Francisco estaba encantado de verlas así. Sabía que se iban a llevar fenomenal. Para él, era muy importante. De repente, se quedó helado al escuchar a Mariana:

—Francisco me ha dicho que tienes un niño.

Tania no solía hablar con él de su hijo. Lo mencionaba de pasada pero era como si evitase mezclar ese tema con su relación. Se sorprendió al comprobar que le contaba a Mariana detalles que él jamás se habría imaginado y que nunca se había atrevido a preguntar. Estaban parados en un semáforo de la Avenida de Madrid cuando le dijo que el niño nunca podría llegar a conocer a su padre porque este se había muerto poco después de enterarse de que ella estaba embarazada. Francisco estaba intentando encajar tanta información cuando se oyó un frenazo justo detrás de ellos y, de repente, ¡Bum! Sonó un golpe seco y sus cabezas se movieron levemente hacia delante al igual que el coche.

—¿Estáis bien? —preguntó preocupado.

Cuando ambas respondieron que sí, se bajó del coche para evaluar los daños. Nada, ni un rasguño. Había sido un toque pequeño, gracias a Dios. El conductor del coche de detrás, un chico joven, estaba aún sentado con las manos en la cabeza. Francisco se acercó a su ventanilla que estaba abierta y le dijo:

—Has tenido suerte. Ya puedes agradecerle a tu ángel de la guarda.

Mientras entraba de nuevo en su coche, él le agradeció a su madre. Tania y Mariana parecían estar bien. Había sido más el ruido que otra cosa.

Mariana, en realidad, se estaba esforzando por aparentar tranquilidad aunque el pitido del oído la rondaba otra vez. El ruido del frenazo, el ruido del golpe, Samuel, la sangre, los cristales,... Todo le daba vueltas. Se apoyó en el reposacabezas, intentó controlar la respiración y se esforzó por mantener la conversación para no preocupar a su hermano mientras iba recuperando el color y el sentido:

—Era un niñato, con el carné recién sacado, ¡claro! —protestaba Francisco.

—Bueno, no ha sido nada, ya está. —Intentaba calmarlo Tania.

—Eso, ya está —repitió Mariana como pudo.

—No, ya está, no, porque ese tipejo por ahí suelto es un peligro.

—Bueno, no exageres, hombre, un despiste lo tiene cualquiera —señaló Tania.

—Claro —afirmó Mariana empezando a encontrarse mejor.

—¿Pero no habéis visto que no tuvo ni la decencia de bajarse del coche?

¡Menudo apampanado!

—Apampanado tú —bromeó Tania—, ¿se puede saber para qué te estás metiendo por la calle Lepanto si hay que dejar a Mariana en el MARCO?

Francisco se rio llevándose la mano derecha a la frente.

—No pasa nada, déjame aquí que así echo un vistazo en Bimba y Lola por el camino. Nuno dice que me conviene andar.

Aquella semana se le estaba pasando muy rápido. Cuando se dio cuenta, ya era jueves y aún no había ido a la hemeroteca. Mariana se había ido poniendo mil y una excusas para no pasar por ese trance pero al día siguiente tenía consulta con el doctor Ventura. Era capaz de no atenderla si no había hecho los deberes. Bien capaz. Además, en el fondo tenía algo de razón.

Aunque Sergio había insistido en acompañarla, Mariana había preferido ir sola. Tenía que ser un momento íntimo. Aquello era algo entre ella y Lázaro.

Le parecía completamente ridículo estar nerviosa pero lo cierto es que lo estaba. Empujó la puerta de cristal cogiendo aire y esperó su turno con desasosiego. La única persona que tenía delante era un señor muy mayor y muy elegante que ya estaba recogiendo el periódico que había pedido. Mariana intentó calcularle la edad para distraerse. Siempre que veía a un señor así pensaba que podría ser su abuelo. Le entró una nostalgia que le hizo sentirse aún más ridícula. No había llegado a conocer a sus abuelos maternos. Se habían muerto los dos bastante jóvenes, ella de un cáncer, como Olga y él, al poco tiempo, decían que de pena. A sus abuelos paternos, tampoco los había conocido. Ni siquiera sabía si estarían vivos. Sergio le había contado la historia de cómo se habían negado rotundamente a conocer a Olga y le había hecho entender que, aunque el dolor de perder a sus padres de una forma tan injusta era inconmensurable, el hecho de haber amado tanto a Olga y de tenerlos a ellos, a los cuatro, lo compensaba todo.

El señor mayor elegante miró a Mariana y le sonrió de un modo muy familiar antes de retirarse a una mesa con su periódico en una mano y su sombrero en la otra. Le habría gustado preguntarle: «Por casualidad, no serás mi abuelo, ¿verdad?». Pero no lo hizo, era una idea ridícula. Cogió fuerzas y, con la voz algo temblorosa, pidió los periódicos de toda una semana porque no sabía el día exacto en el que podría estar la esquila de Lázaro. Ni siquiera sabía si habría alguna esquila. Quizás no la hubiese. Quizás ella tenía razón y quien llamaba era Lázaro. ¿No podía equivocarse Carmen? La voz de Lázaro..., la habría reconocido en cualquier parte del mundo.

La señora de gafas que estaba detrás del mostrador apuntó las fechas en un papel mal recortado y desapareció por una puerta trasera sin mediar palabra. Mariana agradeció no tener que ser amable. A ella tampoco le apetecía hablar.

Esperar de pie era algo que sabía que no debía hacer. Nuno se lo había dicho mil veces. «Caminar, sí. Estar parada, de pie, no». Así que dejó caer todo el peso en la pierna buena y se apoyó en el mostrador sujetándose la cabeza con la mano. Parecía una adolescente aburrída aguantando a un profesor monótono. Pero aquello no era el colegio y ella ya no era aquella niña que nunca sabía si iba a aprobar todo o si le iban

a quedar las mates para recuperar. Ahora, sus preocupaciones eran otras bien diferentes mientras esperaba a que volviese la señora de gafas. Allí apoyada, con la mirada perdida, se concentraba en desear con todas sus fuerzas no ver lo que iba a ver.

*Lázaro, tío, dime que no va a estar ahí tu nombre. Dime que no, que Carmen ni sabe lo que dice. A veces habla por hablar... Igual Luis solo le dijo que habías tenido un accidente y ella ya se inventó toda la película, claro, seguro que fue eso, quizá se lo contó muy rápido y ella ya...*

Mariana cerró los ojos recriminándose la ridiculez de lo que le estaba pasando por la cabeza. Carmen ya se lo había dejado bien claro: se lo había contado Luis, el mejor amigo de Lázaro, así que no había duda. Pensó que menos mal que ya estaba yendo al loquero, si no, igual, a estas alturas, ya estaría peor, ¿se podía estar más pirada? Ya no valía la pena inventarse historias para seguir negándolo. Y además, ¿de verdad pensaba que Lázaro la estaba escuchando?... Claro que sí, tenía que escucharla, no podía haberse ido así,...

*Qué mierda, tío, va a ser una puta verdad lo que me contó Carmen. No jodas. ¿Ahora va a venir esa señora amargada con tu nombre escrito en negrita? No jodas. No puedes haberme hecho eso. Así, sin despedirte, sin una explicación, nada. Y dice el loquero que yo tengo que ver ahí tu nombre, que va a ser mejor para mí, que tengo que ser fuerte, hay que joderse...*

Abrió los ojos y vio a la señora que se aproximaba hacia ella con los periódicos en la mano.

*Joder. Dime que no, que no estás ahí. Si no fuese por la pierna, a lo mejor saldría corriendo. Igual no es mala idea. ¿Qué pasa si me doy media vuelta y me voy?*

—Aquí tienes. Ordenados de lunes a domingo.

Mariana estiró los brazos y la señora le puso los periódicos encima. Le cayeron como un ancla pero logró pasar a la sala de consulta. Era una sala pequeña con algunas mesas pero ella se fue directa a una esquina y se sentó en el suelo de moqueta apoyándose en una estantería, como cuando de pequeños, ella y Fran iban con su madre a la biblioteca del Náutico.

Por desgracia, no le hizo falta pasar del periódico del lunes. Allí estaba, en negrita y bien grande, «Lázaro Pérez Ribera».

Lo leyó. Levantó la mirada hacia el techo. Cerró los ojos. Suspiró. Volvió a abrir los ojos. Bajó la mirada y lo volvió a leer. Perdió la cuenta de la cantidad de veces que repitió esa operación hasta que consiguió leer el resto de la esquila donde aparecía el nombre de los padres y del hermano y en donde se hablaba del cementerio de Pereiró. Quizás lo habían enterrado cerca de Olga. Quizás Sergio pasaba cada sábado por delante de él,... Mariana se tapó la cara con las manos apretándose la frente con las yemas de los dedos como si aquello pudiese borrar algo, lo que fuese que la estaba atormentando. Negó con la cabeza durante unos segundos y entonces, rompió a llorar. Al principio lloró sin hacer ruido, dejó que las lágrimas cayesen

mojándole la camiseta. Pero llorar así no la aliviaba, al contrario, un calor nacido en el estómago le subió, de repente hasta la garganta y gritó un «ahhhhh» no muy alto pero tan profundo que el señor elegante se le acercó y se quedó de pie a su lado estirando la mano para ayudarla a levantarse:

—Vamos, hija, levanta, te hará bien tomar el aire.

El periódico había quedado tirado en el suelo, al lado de Mariana, abierto por la página de necrológicas y, al verlo, el señor elegante supo que no había consuelo posible para Mariana.

Sin saber muy bien por qué, Mariana cogió su mano, se incorporó como pudo y se abrazó a aquel desconocido llorando amargamente sobre su hombro.

La señora de la recepción se les unió enseguida. A pesar de su apariencia fría e indiferente, dejó caer una lágrima mientras pasaba su mano por la espalda de Mariana una y otra vez diciéndole en voz baja lo primero que se le ocurría: «Ya está, ya pasó, ha sido la impresión, tienes que darte tiempo, el tiempo lo va curando todo, ¿sabes?, aunque ahora no te lo parezca, dentro de un tiempo,...». Pero Mariana no tenía consuelo. Efectivamente, ya no había consuelo posible.

El viernes había amanecido encontrándose un poco mejor que el día anterior. Después de llorar toda la tarde y parte de la noche, había decidido tomarse dos pastillas para dormir en lugar de una. Se despertó a las nueve como si hubiese dormido durante millones de horas y si no fuese por los párpados tan hinchados que se reflejaron en el espejo, habría jurado que había sido todo un mal sueño.

Al entrar en la consulta del Doctor Ventura, se dejó caer en la silla de director y volvió a echar de menos el diván que se había imaginado. Pensó que si podía echar de menos un objeto que nunca había existido, entonces, era normal que echase tanto de menos a su madre, a Lázaro, o incluso a Samuel, aunque casi ni hubiese llegado a conocerlo.

—Definitivamente, lo que necesito es un psiquiatra —sentenció sin saludar—. Que me internen, yo qué sé,...

Lo dijo como riéndose de sí misma. Estaba tan desconcertada que la situación ya había pasado a hacerle casi gracia. El doctor Ventura se arriesgó a bromear también:

—No lo creo, Mariana, quizás un detective le haría más servicio.

—¡Qué va! Ya no hay nada más que investigar. Ayer estuve en la hemeroteca.

De repente, se esfumó el buen talante y la volvió a invadir la tristeza.

—En la esquila pone su nombre bien clarito, mire —dijo extendiéndole una fotocopia—, y estaba en el periódico, en el Faro de Vigo del día que dijo Carmen.

—Entonces, no hay duda.

—Ninguna duda, estoy loca de atar. Porque le juro que era él quien llamaba...

Se sintió tan impotente que los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Quién la iba a creer ahora?

—Sería alguien con una voz parecida.

—¡Qué no, hombre! ¿Cómo se lo digo?

La impotencia empezaba a convertirse en desesperación.

—Verá, me da mucha rabia confesarlo, pero hay muchas cosas de las que ya no me acuerdo, por ejemplo, no me acuerdo bien de sus manos, porque tenía una sonrisa tan bonita que yo creo que cuando estaba con él, solo tenía ojos para aquellos labios tan finitos... Bueno, a lo que iba,... creo que no sería capaz de reconocer sus manos entre diez manos diferentes. ¡Pero su voz! Es que la reconocería entre millones de voces.

—Mire, Mariana, voy a plantearle una posibilidad, una hipótesis, y después usted decide si quiere considerarla o no, ¿de acuerdo?

—Al grano, doctor. —Se impacientó ella.

—El *shock* del accidente, el hecho de haber estado tan próxima a la muerte y,

sobre todo, la muerte de Samuel, la han removido por dentro, como es natural, despertando recuerdos que estaban adormilados. Hasta ahí, ¿está de acuerdo conmigo?

—Supongo que sí.

Mariana cruzó los brazos y estiró la espalda. Miró al doctor con desconfianza aunque sí que le parecía que tenía algún sentido lo que estaba diciendo.

—Bien. La llamada se produjo unas semanas después del accidente, ¿cierto?

—Sí.

—Cuando todos esos recuerdos estaban haciéndose presentes. Digamos que sus recuerdos estaban alborotados, revolucionados, queriendo salir del estado de letargo en el que se encontraban. ¿Me entiende?

—Sí, pero eso no es nada nuevo.

—Una posibilidad que no debe descartar es que uno de esos recuerdos, le estuviese rondando la cabeza en el momento de la llamada y por eso identificó la voz de un desconocido como si fuese la de Lázaro.

Mariana descruzó los brazos, y, con un golpe seco, puso las palmas de las manos sobre la mesa que la separaba del psicólogo.

—Era Lázaro —sentenció en un tono casi amenazante—. Y, ahora, si quiere, llame al psiquiátrico para que me internen.

Se quedó mirando fijamente al doctor. Él bajó la vista e hizo una anotación.

—Muy bien. Hemos terminado por hoy.

Ella se quedó desconcertada. Se levantó de la silla pero no se resignaba a marcharse antes de tiempo.

—¿No me va a decir lo del bizcocho? —lo desafió enfadada.

—No. Hoy no. Si quiere volver a escucharlo, venga el próximo día. Si no, si le apetece más rendirse, tome la carretera de Puxeiros y siga las indicaciones que dicen «Hospital Psiquiátrico do Rebullón».

Al oírlo en boca del doctor Ventura, Mariana se sintió ridícula, incluso ofendida.

—No estoy para bromas, doctor, parece mentira que usted...

—No estaba de broma. La idea fue suya. Es usted quien parece querer que la internen.

—Ya... Yo... Es que ya no sé qué pensar...

Se dejó caer otra vez en la silla olvidando que el doctor había dado la consulta por finalizada.

—Quizá tenga usted razón, ¿sabe? Quizás me traicionaron las ganas de que fuese Lázaro quien llamaba...

El doctor Morales no dejó pasar la ocasión. Mariana estaba cediendo terreno y era sumamente importante hacerla ver la realidad, aunque el encontronazo le doliese. Ventura, el hombre, no el doctor, cogió fuerzas para hacer daño. Sabía que tenía que hacerlo, que sería bueno para ella decirle las cosas como eran. Aun así, le costaba horrores disparar palabras tan incisivas. Como siempre hacía cuando se encontraba en

una situación así, para ganar aliento, se imaginó que sus palabras serían como una inyección de analgésico. El pinchazo iba a dolerle mucho a Mariana pero después llegaría la calma. Ventura, el hombre, le entregó la jeringuilla al psicólogo, al doctor Morales, y este clavó con decisión:

—Lázaro está muerto, Mariana —dijo mientras le mostraba la esquila que aún estaba sobre su mesa—. No va a volver.

—Pero... ¿Y la llamada? —preguntó ella con las lágrimas en los ojos.

—Estaba usted confusa, en la calle, con ruido de fondo,... Su mente solo escuchó lo que le habría gustado escuchar.

—Puede ser...

Se rindió. El psicólogo tenía razón. Estaba definitivamente exhausta. Ya no tenía fuerzas para seguir jurando que era él. Escondió la cara entre las manos y se dejó llorar. El doctor la dejó desahogarse simulando tomar algunas notas. De repente, Mariana, levantó la cabeza y, como queriendo aferrarse a algo, entre lágrimas, dijo:

—No guardo ningún recuerdo de él. Nada.

—¿Cómo que no? Ya me ha contado muchas cosas, ¿no le parece?

—No, hombre, digo algo físico,... No tengo ni una foto. Ni un mísero papel de chicle. Lo tiré todo, hasta los CD que me grababa. Yo qué sé, podía haber guardado el papel del KitKat que me trajo cuando vino a buscarme a Santiago,... Algo. Digo algo que se pueda tocar.

Si tenía que resignarse a matar la esperanza de que estuviese vivo, por lo menos, le habría gustado poder acariciar algún objeto guardado con cariño durante todo este tiempo. Se sentía fatal por haberlo tirado todo, como si, de alguna manera, lo hubiese traicionado. Lo había hecho por Pedro y, al final, ella se veía convertida en otra traidora.

—Esos recuerdos los tiene en su memoria, Mariana, eso es mucho mejor que cualquier papel.

—Ya, pero...

—Hábleme de ese día en Santiago, por ejemplo, ya verá.

Mariana se recostó.

—Ese día le mentí. Yo había ido a visitar a Pilar a Santiago. Me apetecía tanto verlo... Lo llamé y le dije que había perdido el último tren, aunque era mentira. Entonces, me vino a buscar a la estación. Vino desde Vigo, sin dudarlo. ¡Me hizo tanta ilusión! Cuando lo vi aparecer por el andén, sonriendo, con los brazos abiertos pidiendo un abrazo, salí corriendo a su encuentro y nos abrazamos y nos besamos como si fuésemos novios de toda la vida. Una señora que estaba por allí, pasó por nuestro lado y dijo en alto «¡Ay, qué bonito es el amor!», así que imagínese el espectáculo. Entonces yo me di cuenta de que estábamos pasando aquel límite que no podíamos pasar y me aparté disimuladamente. Al llegar a su coche, me pidió que abriese la guantera. Había un KitKat y una Coca-Cola. Había pensado que igual tenía hambre. Era así de riquiño, superdetallista, ¿sabe?

—Entiendo, sí.

—Yo no tenía ni un pijo de hambre, la verdad, pero me sentó bien el chocolate. Él sabía que me chiflaba y ahí sentado, al volante de su Corsa, iba encantado de verme comer. Disfrutaba más de verme a mí contenta que de cualquier otra cosa. Es que no era un tío normal... Bueno, para algunas cosas sí, le gustaba el Celta, salir a hacer deporte... pero después,... le encantaban Los Panchos, con eso le digo todo, ¿conoce usted a algún tío de mi edad que escuche a Los Panchos?

—Bueno, alguno habrá, aunque supongo que no es muy frecuente, no.

—Pues eso.

—Mire, Mariana, me está usted contando hasta los detalles más pequeños.

—¿Sí?

—¿Ve cómo guarda muchos recuerdos de él?

—Sí, claro, pero...

Se volvió a tapar la cara con las manos pero esta vez no lloró, se frotó el rostro con fuerza como queriendo quitarse una especie de careta invisible y añadió:

—¿De qué me valen, doctor? Todos esos recuerdos... ¿qué hago ahora con ellos?

—Guardarlos, Mariana, son un tesoro. Tiene que meterlos en un cofre imaginario y dejarlos ahí para abrir el cofre cuando quiera. Al principio lo abrirá con dolor pero poco a poco, conseguirá hacerlo con una sonrisa de cariño.

—Creo que lo entiendo, aunque mire que es usted rebuscado... y, perdone que le diga pero un poco cursi también —añadió sonriendo.

—¡Vaya! Su sinceridad me abruma —se rio él desconcertado mientras le subían los colores.

—Es broma, hombre. Es que lo del cofre es como un poco de princesas Disney, ¿no? Pero le entiendo, ¿sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque eso fue más o menos lo que me pasó con mi madre. Al principio, dolía tanto que no era capaz ni de pensar en ella, pero ahora... —se quedó pensativa y esbozó una sonrisa— ¿lo ve? Casi no puedo ni evitar que me salga una sonrisa cuando me acuerdo de ella.

—Eso es, Mariana, es como si el cariño le ganase al dolor,... y espero que eso no sea cursi también. —Volvió a ruborizarse.

—No, eso es bonito.

—Pues si lo ha entendido, entonces, piénselo con calma, ¿de acuerdo?

—Vale. Lo intentaré.

—Muy bien. Pues, con esto y un bizcocho...

Mariana miró el reloj y sonrió. Se le había pasado el tiempo volando. Ahora le tocaba ir a ver a Nuno, a ver qué aventura le contaba hoy para distraerla. Cogió su bolso y se despidió más animada:

—Hasta mañana a las ocho, doctor.



Aquel día había amanecido como un sábado cualquiera de verano, para todos menos para Sergio. Por la mañana temprano, había ido al cementerio y después había podado los setos mientras Mariana estaba en la piscina y Cecilia cocinaba sus famosas lentejas sabatinas, intentando que no se le quemasen como la semana anterior.

Sergio había fingido todo el tiempo. Había intentado que pareciese que nada había cambiado, que no había, desde el día anterior, una carta sin leer en su mesilla de noche.

Sin embargo, la ansiedad le estaba ganando la batalla y empezaba a pensar que ya iba siendo hora de abrir aquel sobre color crema. Después de guardar, con parsimonia, los guantes y las tijeras de podar en el garaje, entró en casa seguido de Spi y subió despacio las escaleras. Recorrió el pasillo hasta el fondo con la esperanza de encontrar alguna disculpa para aplazar aquel momento. Cuando ya estaba en la entrada de su habitación, se paró delante del espejo del vestidor mientras Spi lo miraba intrigado. Se miró fijamente a los ojos y sin saber que estaba hablando en voz alta, dijo:

—¿Quieres o no quieres saber lo que pone? —Se quedó pensativo un par de segundos—. Entonces, ¡venga! ¿A qué estás esperando, Sergio Nogueira?

Se sentó en la orejera de su habitación y se recriminó a sí mismo que le temblasen las manos mientras abría la carta. El sobre no tenía remitente pero él conocía bien aquella letra inmaculada.

*Querido hijo:*

*Antes de nada, déjame decirte que sé que estás en todo tu derecho de no leer esta carta. Pero yo espero que la leas. Es importante para ti y a mí me queda poco tiempo.*

*Si ya estás en estas letras supongo que habrás decidido escucharme. No esperaba menos de ti.*

*Ni sé por dónde empezar. Casi mejor, por el Presente, porque te estarás preguntando a qué viene esto ahora. Verás, desde la muerte de tu madre, veo que voy detrás, en picado. El médico de la residencia dice que empiezo con el Alzheimer y quiere mandarme al hospital a que me hagan mil perrerías con no sé qué pruebas. Ni Alzheimer ni nada, lo único que me*

pasa es que no hay nada que me interese ya, por eso no presto atención y se me olvidan las cosas. Además, como ya no está tu madre para recordármelo todo... La echo tanto de menos... Cuidarla era lo que me mantenía con ganas de vivir. Siempre estuve muy enamorado, Sergio, si no, las cosas habrían sido de otra manera.

No te escribo para dar pena ni para reclamar tu compañía ahora que me encuentro solo. Tengo que contarte algo. Ahora o nunca. ¿Y si de verdad empiezo con el Alzheimer y confundo todo? ¿Y si, como yo creo, lo único que me pasa es que me estoy yendo y me voy con este secreto a la tumba? ¿Qué va a ser de ti? ¿Y si algún día necesitas saberlo?

Aunque puedas no creerlo, hasta ahora siempre he sabido de ti y de mis nietos,... podría decirse que a diario. Contraté a un detective, Sergio. Sí, como lo oyes. Supongo que ahora te estarás subiendo por las paredes pero ya sabes que siempre he solucionado mis problemas con dinero. De lo del detective te hablaré algún día, si Dios quiere. Primero necesito que entiendas lo que me llevó a tomar la decisión de «espiarte».

Después de aquel portazo de julio del 63, cuando saliste de casa para no volver más, discutí con tu madre como nunca lo habíamos hecho y como nunca más volvimos a hacerlo. Intenté por todos los medios apoyarte y hacerla comprender que Olga te hacía feliz y que lo demás no tenía que importarnos. No hubo forma, Sergio. Tú bien sabes hasta dónde podía llegar su determinación, ¡qué te voy a contar! Fue implacable. Te juro, hijo, que lo intenté con todas mis fuerzas durante el resto de la tarde. Se hizo de noche y ella seguía rabiosa lanzando improperios contra ti. No hacía más que repetir que nunca más querría saber nada de ti y que eras un desagradecido y se acordó de todas y cada una de las cosas que te fuimos dando a lo largo de la vida. Yo intentaba explicarle por activa y por pasiva que era lo normal, que no hay que esperar agradecimiento de los hijos, que los padres hacen las cosas por amor y punto,... Pero ella no me escuchaba, Sergio, te lo digo de verdad, era como predicar en el desierto. Así estuvimos

hasta que se le ocurrió mencionar los sacrificios tan enormes que hicimos por ti. En ese momento la odié. ¡Dios! ¡Cómo me duele escribir eso! Pero es verdad, la odié. Fue el único minuto de mi vida en que la odié pero sí que lo hice y creo que hasta deseé que se pudiese en el infierno. La vi cómo era: mala.

Era muy mala, Sergio. Fue cruel contigo, conmigo y con el resto del mundo. Pero yo la amaba. La amaba con toda mi alma. La quería así, tal como era. Te parecerá increíble pero la echo tanto de menos que hasta echo de menos su crueldad. Pero bueno, ya te dije que no te escribo para lamentarme. Vamos a lo que íbamos. Te decía que en aquel momento la odié. ¡Sacrificios! Eso fue una mentira atroz que me dejó desolado. Nunca le perdonaré esa frase. Trabajé toda la vida como un perro para que ella viviese como la marquesa que se creía que era. Para mí, era más, era una reina. Desde el primer día que la vi, ¡qué guapa era! No sé si tú la recuerdas de joven, de las fotos que había por casa, ¡era un bellezón! Cuando éramos novios y salíamos a pasear, la gente se quedaba mirándola. Al principio, a mí me encantaba esa sensación de ser el «machito» que se llevó a la chica más guapa de Pontevedra y caminaba a su lado todo henchido. Pero, poco a poco, empecé a darme cuenta de que la gente la miraba a ella con admiración, con fascinación y después, solo después, se fijaban en mí con una mezcla extraña de incredulidad y compasión en la mirada. Era como si pensasen «¡Anda! Mira, el feo ese ni se lo cree, vaya suerte...», y después, «¡Pobre! Poco le durará una chica tan guapa a su lado...». Primero envidia y después compasión. Odio ambas cosas. Así que empecé a detestar que la gente la mirase, empecé a volverme posesivo y celoso hasta límites insospechados. Y peor. No quería que ella lo notase así que la procesión iba por dentro. Las famosas mariposas del estómago se fueron convirtiendo en una pelota de nervios por miedo a perderla. Adelgacé mucho. No es que fuese gordo pero sí gordito y me convertí en el ser escuálido que seguí siendo hasta hace poco. Es curioso. Después del

*entierro empecé a comer, a comer de verdad, como comía cuando era joven. Otra equivocación del médico que dice que estoy engordando por la vida sedentaria y me quiere obligar a ir al gimnasio de la residencia, jera lo que me faltaba! Bueno, estaba contándote cómo me obsesioné con tu madre, porque esa es la palabra, no nos engañemos, hubo amor, sí, claro, mucho y muy sincero, pero también obsesión.*

*Te estarás preguntando si ella también me amaba. Es triste, muy triste pero no sé qué decirte. Siempre he querido pensar que sí y supongo que he vivido engañándome a mi mismo, agarrándome a detalles ínfimos. Nunca me amó como yo a ella, eso está claro. No creo que ella haya amado de verdad a nadie diferente de a sí misma. Perdona que sea tan duro, Sergio, pero necesito que entiendas algo que sería inexplicable con palabras más suaves. Para mí, el amor no puede tener límites ni esperar agradecimiento.*

Sergio hizo una pausa. Estaba claro que él había heredado el romanticismo de su padre. Aquella frase se la repetía a Olga una y mil veces, especialmente cuando estaba tan malita y ella se empeñaba en agradecerle todas sus atenciones. Entonces, ¿su padre había amado a su madre tanto como él a Olga? Lo que estaba leyendo era tan confuso,... ¿Aquel tipo callado que nunca había cruzado más de cuatro palabras y un par de abrazos con él era el mismo que le estaba contando todo aquello? Y... ¿A santo de qué? ¿Para qué? ¿De qué secreto hablaba? La cabeza le daba mil vueltas así que se dejó caer en el respaldo de la orejera y cerró los ojos.

Intentó recordar las fotos de las que hablaba su padre. Se vio de pie frente al espejo que estaba sobre la consola de la entrada. Observó su reflejo sin canas ni entradas ni arrugas. Él también era guapo, como su madre. Bajó la vista y se detuvo a contemplar una de las fotos. El marco de plata brillaba más que los demás. Una mujer en blanco y negro sonreía seductora luciendo unas curvas de vértigo dentro de un bañador que le tapaba hasta casi media pierna. Pero lo que más le llamaba la atención a Sergio era el turbante de toalla. Se metió en la foto. Ahora estaba sentado en la orilla de la playa de La Lanzada. Su padre lo estaba ayudando a hacer un foso para su castillo pero, mientras iban hundiendo el talón y arrastrando la arena, ambos miraban hacia el mar. Pendientes de aquel turbante verde que estaba ya muy lejos de ellos. ¡Qué bien nadaba! Era muy conservadora para casi todo aunque su fortuna y su belleza le permitían hacer cosas que no eran muy normales para una mujer de su época, como nadar así de bien o viajar sola a París para comprarse ropa nueva.

La voz de Mariana, llamándolo desde el piso de abajo, lo obligó a abrir los ojos y

se encontró con sus manos arrugadas sosteniendo la carta de Juan.

—¡Papá! ¡Ya está aquí Francisco! ¿Bajas a comer?

Sergio no contestó. Su mente seguía atrapada en la playa, pendiente del turbante verde.

—¡Papá! —volvió a llamarlo desde la escalera—. ¡Papá!

Contrariada, Mariana se dio media vuelta y chasqueó la lengua mientras se encaminaba a la cocina.

—Cecilia, yo ya paso, ¿cuántas veces lo he llamado?

—Sabe que no le gusta que andemos gritando por la casa, Mariana. Igual es eso.

—No creo. Estará al teléfono, ¿qué se apuesta?

Alargó la mano con intención de descolgar el aparato que estaba al lado de la puerta pero Cecilia fue más rápida y se la apartó de un manotazo.

—¿Cecilia?!

—Eso está muy feo, señorita, no se escuchan las conversaciones ajenas.

—¿Y pegarme no es muy feo? —preguntó sonriendo con cara de pilla.

—¡Ande, ande, «¡pegarle!»! ¡Era lo que nos faltaba! Suba ahora mismo y avise a su padre sin gritos, como tiene que ser, y dígame que su hermano Francisco ya está sentado a la mesa desde hace un buen rato.

Mariana obedeció a Cecilia sin rechistar. Aún le dolía un poco la pierna al subir escaleras pero no era para tanto, después de lo que había pasado... La primera puerta de la habitación de Sergio estaba abierta. Daba a una especie de pasillo muy ancho con un armario empotrado lacado en blanco a un lado y una pared de espejo enfrente. Al final del ropero estaba camuflada la entrada al baño como si fuese un cuerpo más del guardarropa. A Olga siempre le había chiflado la idea de entrar al baño por el armario. El arquitecto había llenado la casa de rincones misteriosos que parecían algo pero en realidad eran otra cosa. A Mariana también le encantaba y cuando era pequeña solía presumir contándolo por ahí. Recorrió el pasillo mirándose al espejo. Se acarició la pierna aunque sabía que ese gesto no le calmaba el dolor. Al llegar a la segunda puerta, la encontró cerrada. Era lo normal. Su padre tenía allí su mundo, su espacio y nadie podía entrar en él. Nunca. Bajo ningún concepto. Ya era así cuando eran pequeños. Aquella habitación estaba prohibida para todos. Ella había crecido casi sin saber cómo era porque pocas veces la habían dejado asomar la cabecilla. La primera vez que entró hasta el fondo fue cuando su madre volvió a casa después de la primera operación. Durante varias semanas se levantó la prohibición y lo primero que hacían todos al llegar del cole era subir corriendo las escaleras, atravesar el pasillo de espejo como guerreros a la conquista de un reino y luchar por conseguir el mejor sitio en la cama de la princesa. Por aquel entonces olía siempre a flores, a limpio, a jabón y a colonia Álvarez Gómez. Los últimos días fueron diferentes. La colonia ya no podía competir con la muerte. Las sábanas cambiadas a diario parecían mustiarse como las flores, como Olga. Mariana congeló de pronto su movimiento de mano para tocar a la puerta. Le quedaron los nudillos a dos centímetros. Algo raro pasaba. Se

quedó quieta, escuchando. No escuchó nada. Era la primera vez en la vida que no salía música por debajo de aquella puerta. Entonces lo llamó muy bajito:

—¿Papá?... ¿Estás bien?...

—Sí, ya bajo ahora mismo.

Su voz sonaba bien así que decidió no esperarlo. No quiso molestarlo apurándolo con lo de Francisco. Se fue directa a la cocina.

—Dice que ya viene ahora, Cecilia. Si quiere ya puede ir sirviendo.

Cuando llegó al salón, su hermano estaba sentado a la mesa como había dicho Cecilia. Esa mujer siempre tenía razón. Francisco tenía en la mano el vaso de Nocilla de rigor. El de hoy era de Kitty.

—¿Y esto qué? —dijo su hermano enseñándole el vaso—. Seguimos igual, ¿no? Aunque adoraba a Mariana, no podía evitar meterse con ella siempre que podía.

—¡Ya ves! —sonrió Mariana dándose aires de chulita—. Envidia, ¿eh?

—¡Buf! ¡Ya ves! —Francisco le guiñó el ojo.

Un instante después apareció Sergio. No tenía muy buen color pero se sentó a la mesa con una sonrisa. Agradeció que Francisco hubiese aparecido por sorpresa para comer con ellos como hacía siempre que podía. Fran entraba directamente por la cocina y, haciendo gala de sus mejores artes de zalamería aprendidas de su padre, le preguntaba a Cecilia. «¿Habrás aquí alguna bella dama que le dé un huevo frito a este muerto de hambre?». Cecilia se había pasado media vida cocinando para nueve personas: los señores, los niños, la planchadora, el jardinero y ella, así que ahora, aunque eran dos o tres, siempre había comida para un regimiento.

Con la excusa perfecta de la siesta, Sergio se retiró de nuevo a la habitación dejando la partida de Rummicub para sus hijos.

No durmió. Sentado otra vez en la orejera, retomó la carta de su padre.

Tras leer un par de folios más, logró encajar tantas piezas del puzle de su vida que la sensación de alivio le ganó a la tristeza. Al final, su padre lo había querido siempre y había seguido pendiente de él toda la vida. Si la relación entre ellos se había acabado, había sido por amor, por el amor de su padre a su madre. No es que Sergio lo entendiese, Juan podía haber buscado la manera de hablar con él después de aquella tarde, podía haber luchado por él. No lo hizo porque se arriesgaba a perder a Tulia, vale, pero por lo menos, ahora Sergio ya sabía que su padre no había estado de acuerdo con todo aquello.

Al llegar al cuarto folio, el corazón de Sergio, no su cabeza, ya había perdonado a su padre. Fue entonces cuando pudo encajar las piezas que le faltaban. En aquella página, Juan le hablaba del embarazo tan difícil que había pasado Tulia y de cómo decidieron ir al hospital de Madrid.

Lloró como un niño al enterarse de su verdadera identidad.

*¿Qué podía hacer, Sergio? Aquella chica había tenido que*

*irse de su pueblo hacía meses para que nadie se enterase de que estaba embarazada. La enfermera me lo contó todo. Me dijo que la vida que les esperaba a la madre y al bebé era... Bueno, no voy a entrar en detalles, ya te puedes imaginar. Entonces, me asomé a la puerta de su habitación y te vi. Te quise desde ese mismo instante, Sergio. Yo sé que es difícil de creer porque nunca he podido demostrártelo como me hubiese gustado pero siempre te quise, hijo.*

*Aquella chica no pudo negarse. Le di el doble de lo que me imaginé que habría aceptado. De un momento a otro le solucioné su vida y la de toda su familia, incluyéndote a ti, claro. Le prometí que serías el niño más feliz del mundo. Le dije que nunca te iba a faltar nada. Le costó mucho, Sergio, también quiero que lo sepas, pero ¿cómo iba a negarse?*

*Tulia nunca supo todo esto. Te puse en sus brazos y no preguntó. Estaba tan exhausta... Aquella fue la última vez que la vi llorar. Después, se enjugó las lágrimas y empezó a hablar de pañales y de baberos mientras con la mirada me exigía el mismo comportamiento. Nunca jamás cruzamos una palabra sobre este asunto. ¿Cómo íbamos a contártelo a ti?*

Sergio lloró durante mucho rato. Lloró por sí mismo, por su infancia sin más amor que el de su niñera Angustias. Lloró por su padre, que según decía en la carta, también lo quería aunque nunca se lo había dicho antes. Lloró incluso por su madre, pues teniéndolo todo para ser feliz, había elegido pasarse la vida amargada y amargándosela a los demás. Pero sobre todo, lloró por aquella chica que había vendido a su bebé.

Después, se levantó de la orejera, puso las cuatro estaciones de Vivaldi y empezó a pasear por la habitación arriba y abajo con las manos cogidas a la espalda. Le llevó unos diez minutos llegar a una conclusión: su padre era su padre con la misma sangre o con otra diferente, qué más daba, y parecía que, a su modo, de un modo muy discutible, eso sí, lo había querido siempre. Entonces, ¿a qué estaba esperando él, paseando como un pasmarote por la habitación?

—Mariana, ¿Francisco ya se ha ido? —preguntó mientras entraba en el salón con las llaves del coche en la mano.

—Hace un rato. Dijo que había quedado con alguien. ¿Por? —le respondió ella más pendiente de Anatomía de Grey que de su padre.

—¿Quieres venir a conocer a tu abuelo?

—¿Qué?!

—Pues eso, que si quieres venir a conocer a tu abuelo, hija, que hay que repetírtelo todo cuando te pones a ver esa serie —le riñó Sergio ansioso.

—¡Papá...! —alcanzó a decir Mariana.

—¡Ay! ¡Perdona, hija!, es que estoy algo nervioso. ¿Quieres venir conmigo o no?

—¡Pues claro! ¿Cómo no iba a querer, papá? ¡El abuelo! ¡No jodas!

—¡Oye! No digas palabrotas y vamos, anda, que ya hemos perdido muchos años.

Mariana no paró de hacer preguntas durante todo el camino. Lo poco que sabía de sus abuelos era lo que le había contado su padre: que el abuelo trabajaba mucho y hablaba poco, que la abuela era guapísima y llevaba una vida social muy ajetreada,... Lo que sí sabía era aquella historia del rechazo hacia Olga porque cuando alguno de los cuatro hermanos se empeñaba en querer conocer a los abuelos, su padre les recordaba el motivo por el cual pensaba que no era buena idea. Les hablaba sin rencor pero con persuasión para alejarlos de ellos porque no quería que sus hijos sufriesen un despecho como el que había vivido él. Sin embargo, la carta de Juan, con aquel derroche de sinceridad... ¿lo cambiaría todo?

Sergio se revolvía en el asiento del conductor, entre ansioso por llegar e incómodo por tantas preguntas, a muchas de las cuáles no sabía qué responder. Decidió recurrir a la estrategia del despiste.

—Mariana, hija, abre la guantera y busca ahí el disco de Perales, que ya va siendo hora de que le demos un descanso a Raphael.

—¡Gran cambio, papá! —dijo Mariana obedeciendo entre carcajadas— ¡Perales! No jodas...

—¿Pero cómo hay que decirte que no digas palabrotas?

Llegaron a la residencia algo más relajados gracias al mítico «Velero llamado Libertad» que acababan de cantar a todo volumen. Una chica vestida de blanco los acompañó hasta el segundo piso para indicarles la habitación 203, al fondo del pasillo. A pesar de la apariencia de residencia de lujo, el corredor olía a orines y a dejadez. La puerta estaba abierta de par en par pero los dos se quedaron parados bajo el dintel.

Sentado en una butaca forrada con sábanas blancas, Juan tenía la mirada perdida en el trozo de cielo que se veía desde la ventana. Giró despacio la cabeza y al reconocer a Sergio, dejó de respirar durante unos segundos. Después detuvo la mirada en Mariana observándola de arriba a abajo.

—Eres aún más guapa en persona que en las fotos, Mariana. —Logró decir.

Entonces ella se acercó sonriendo, intentando que no se le notase la leve cojera, y le dio un beso apretado en la frente como los que le daba a ella su padre. Después, se giró y dijo:

—Bueno, ¿qué, papá? ¿Has venido hasta aquí para quedarte ahí en la puerta como un pasmarote?

Sergio le sonrió a su hija. Acto seguido adoptó un aire más solemne y avanzó hacia su padre. Se paró delante de la butaca y se agachó hasta quedarse en cuclillas buscando la mirada de Juan que había bajado la cabeza. Cuando tuvo sus ojos en los

de él, le cogió las manos y dijo lo primero que le salió:

—¡Hola, papá!

Juan no pudo evitar que se le escapase una lágrima al volver a escuchar aquella palabra en boca de su hijo.

Mariana entró en el salón comiendo un trozo de tarta de galleta, especialidad de Cecilia, que estaba para chuparse los dedos. Últimamente no había tenido mucha hambre pero la ocasión bien merecía un buen manjar. Su padre ya se había retirado a dormir aunque era temprano. El pobre estaba exhausto... Pero Mariana estaba tan entusiasmada por haber conocido al abuelo Juan que no se acordaba siquiera de las molestias de la pierna. ¿O sería que ya no le dolía? Además, estaba esperando una llamada de Pati y se moría por contarle lo del abuelo. ¡Su amiga iba a flipar! Se quedó un rato parada en la ventana, de pie, saboreando la tarta, hipnotizada por las luces del jardín. Entonces, el iPhone empezó a vibrar encima de la mesa baja. Se acercó. Cuando fue a apoyar el plato, se le cayó la cucharilla en la alfombra *beige*. Intentó limpiar la mancha con el dorso de la mano pensando que, al día siguiente, Cecilia le reñiría por no haber cogido una bandeja. Entre el plato, la cucharilla, la mancha y que estaba convencida de que era Pati quien llamaba, atendió sin prestar atención a la pantalla:

—¡Hola Churriña!

—¿Mariana?

Un escalofrío le recorrió el cuerpo y palideció de los pies a la cabeza. Se dejó caer en el sofá y reunió todas sus fuerzas para no desmayarse otra vez. Empezó a oír el pitido al fondo de su oído «¡No, por favor, no, desmayarme no!», pensó mientras le pedía ayuda a su madre, «¡tengo que hablar con él!».

—¿Mariana? ¿Estás ahí? ¿Eres tú?

Tenía que decir algo o él colgaría otra vez. ¿Alguien le estaría gastando una broma macabra? Ahora que ya lo estaba asumiendo... El pitido persistía y decidió tumbarse previniendo el desmayo. Le pareció notar cómo la sangre volvía a regarle el cerebro y escuchó por tercera vez:

—¿Sí?... ¡Hola!... ¿Mariana?

Entonces cogió fuerzas, cerró los ojos apretándolos muy fuerte y preguntó:

—¿Lázaro?

—No... Verás... Es que... Soy Salva, su hermano.

Mariana abrió los ojos como platos. Eso lo explicaba todo.

—Perdona —siguió él—, pensé que sabías que...

—Sí, lo sé, es que... la voz... —alcanzó a decir ella.

—Ya. Es parecida, ¿verdad? Todo el mundo lo dice.

—¿Parecida?! ¡Dios! ¡Es idéntica!

—Bueno, por teléfono creo que sí, por lo que dicen, vamos, no sé...

—Puedes creerlo.

Mariana estaba en estado de *shock*. Parecía que miles de sentimientos se le agolpaban todos juntos en un totum revolutum. Primero, se sintió atrapada en un remolino, después, se vio cayendo hacia un agujero negro,... La voz del hermano de Lázaro la salvó del abismo:

—Verás, te llamaba porque me gustaría saber si podíamos encontrarnos.

—¿Encontrarnos? —preguntó sorprendida.

—Sí, había pensado que podíamos tomar un café o algo así.

—¿Tú y yo?

—Sí, claro, ¿quién iba a ser si no, mujer?

Ella logró descargar la tensión al reírse. ¡Vaya ridiculez de pregunta acababa de hacer! Él se dio cuenta del desconcierto de Mariana e intentó explicarse mejor:

—Es que he encontrado algo que creo que te gustará ver.

Mariana se imaginó una de esas fotos de las películas, olvidadas dentro de un libro. Quizá Salva había encontrado aquellas fotos que ella y Lázaro se habían hecho un día en el fotomatón de la estación. Ella se había quedado dos, que se fueron a la basura junto con los otros recuerdos. Lázaro se había quedado las otras dos. ¿Las habría metido en un libro como los actores de Hollywood? Se le aceleró el corazón y notó cómo empezaba a recuperar el color de la piel. Nada le habría gustado más que recuperar aquellas fotos.

—¿Qué me dices? ¿Nos tomamos un cafecito? —insistió él.

—Vale, genial, sí, claro, perdona —se disculpó aún confusa.

Mientras se ponían de acuerdo en el día, la hora y el sitio, Mariana tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para convencerse de que no era con Lázaro con quien estaba hablando. No solo las voces eran idénticas sino también la forma de hablar, las expresiones,... y hasta esa manera tan peculiar de pronunciar la erre que tanto le gustaba... ¡Dios! ¡No se lo podía creer! Tanta angustia con aquella llamada y, al final, era el hermano... El Doctor Ventura le había sugerido algo de una voz parecida pero ¿cómo se le iba a ocurrir pensar en Salva si ni siquiera lo conocía...? Sabía de su existencia, claro, porque Lázaro le había hablado muchísimo de él, pero nunca lo había visto y sobre todo, nunca lo había oído hablar.

Francisco quería morirse cuando sonó el despertador a las once de la mañana del domingo. La noche anterior había salido con Tania y no sabía muy bien a qué hora se habrían ido a casa pero le parecía haber visto el reloj a las seis y media, cuando estaban despidiéndose como dos adolescentes, con largos besos en el portal de Tania. Ahora le estallaba la cabeza y no tenía fuerzas ni para incorporarse. Todavía tumbado, alargó la mano hasta la mesilla para coger el móvil.

10 mensajes de 3 chats.

Daniel. «Hoy como en Vigo con mis padres. Café en Camaleón x la tarde?». Respondió sin pensar: «No creo q pueda. Sorry. Comida familiar. Acabará tarde. Ya te contaré. Vas a flipar».

Mariana. «Q tal ayer cn Tania?  Love is in the air?». «Ven temprano. Se está genial en la pisci. Pilar llega a las 11». Francisco vio la hora: las 11,05. El mensaje era de las 10,00. ¿Qué hacía Mariana en la piscina a las diez de la mañana del domingo? Pensó que igual tenía razón Pilar y que ya iba siendo hora de que «la niña» hiciese vida normal. Seguro que tampoco había salido ayer con sus amigas.

Un último mensaje de Mariana era de las 10,55: «Va a llegar Pilar. El agua está buenísima y tú te lo estás perdiendo». A continuación mandaba un selfie con su cara pegada a la cabeza de Spi y la piscina al fondo. Le respondió: «Me acabo de despertar. Eres una pesada. Voy en un ratito». «Y sí, love is in the air!!!».

Había 5 whatsapps de Tania que Francisco dejó para el final como hacía con la comida, lo más rico, de último. «Soy feliz. Me gustas mucho. Hacía tanto tiempo que no me reía así... Gracias por la noche de ayer. Me lo pasé genial en La Posada. Dile a tu amigo Santi que gracias por las copas aunque por su culpa me va a estallar la cabeza. Por cierto, muy riquiño». A Francisco le dio una punzada de celos. Se incorporó y sintió otra punzada más fuerte: la del dolor de cabeza. Desechó rápidamente la idea de los celos al seguir leyendo: «En serio, Fran, me lo pasé genial. Me duelen los mofletes de tanto reírme. Eres lo más. Estoy feliz!!!». A continuación había dos whatsapps llenos de serpentinas, globos, brindis de cerveza, palmas... y por último, otro lleno de caritas con ojos de corazón. Le respondió: «Yo más feliz. Tú me gustas más. Tb me lo pasé genial. Q risas!!! Nos vemos hoy x la tarde?». Dudó un instante si acababa con algún emoticono con corazoncitos, como ella. Echó un vistazo a las opciones... Mmmmm... Un corazón con flecha ni de coña, ¡vaya cursilada para un tío! ¿Qué iba a pensar Tania? Se decidió por uno de una chica con una corona y al lado escribió: «Eres la reina de mi vida». Le dio a enviar y se quedó pensando en Daniel por dos motivos: uno, si aquel mensaje caía algún día en sus

manos, lo iba a putear per secula seculorum y, dos, no tenía tiempo para él pero para Tania sí, ¿eso contaría como traición en las leyes de la amistad?

El móvil vibró en su mano. Tania respondía: «Q suerte tenemos!!! Tú me gustas, yo te gusto... eso no pasa siempre, q suerte!!! En 10 min recojo al niño en casa de mi madre. Imposible quedar hoy. Lo sientoooooo». Francisco le mandó un trébol de cuatro hojas que había visto por ahí y escribió: «Tranqui. Yo tendré lío con lo del abuelo. Quedamos mañana para tomar un Cola-Cao?». Envío un emoticono con un guiño. Enseguida llegó la respuesta: «Es verdad!!! Tu abuelo!!! Q fuerte! Disfruta mucho hoy entonces. T llamo x la noche cnd acueste al niño. Bss enoooooormes», y añadía otras mil caritas con ojos de corazón. Fran le respondió con un corazón rojo sin pensarlo mucho. Al darle a enviar y ver que se hacía gigante y latía casi le da un patatús. Mientras la cara se ponía del color del corazón, se le escapó en voz alta un:

—¡Joder, qué cursilada!

Tania iba a pensar que era un hortera y si lo viese Daniel... ¡buah!, aquello sí que iba a ser un puteo eterno... No tardó nada en llegarle a él un corazón igual. Bueno, al menos a Tania parecía haberle gustado y Daniel no tenía por qué enterarse nunca.

Se levantó como pudo y a su buena dosis de cafeína y cereales añadió un Ibuprofeno. Una ducha con hidromasaje lo dejó como nuevo y calculó que a las doce y algo estaría entrando en casa de su padre para darse un chapuzón con sus hermanas y después recibir al abuelo con toda la pompa que Mariana había improvisado.

Entre el ruido del agua al nadar y la música ambiente de unos altavoces conectados por bluetooth al iPad, Mariana no oyó a su hermana entrando con el coche al garaje.

Pilar saludó a Spi, se deshizo de él tirándole un palo para que lo fuese a buscar muy lejos y subió a la cocina. Cecilia estaba de pie, pelando miles de patatas.

—Cecilia, ¿por qué no se sienta para hacer eso, mujer? No se sienta nunca...

—Sentarse es de flojos y eso no son modales de saludar, señorita Pilar, ¿ya entra usted protestando?

Pilar se rio.

—¡Ya ve, Cecilia! Defecto de fábrica, supongo.

—Ande, ande, ¡ni que llevara usted la sangre de La Palo esa!

—¡Cecilia!

—Es que... —Cecilia hizo un gesto como negando con la cabeza y cambió de tema—. Ya tiene su habitación preparada. Trae usted una maleta muy grande, ¡qué bien! Pensaba que solo venía por un día...

—Eso pensaba yo también pero no se tiene un abuelo nuevo todos los días así que... Me he traído algunos libros y... Bueno, a ver, supongo que podré quedarme hasta el viernes.

—Mariana se pondrá muy contenta.

—¿Qué tal la ve usted, Cecilia?

—¡Uy! ¡Ya la verá! Hoy está que no cabe en ella.

—¡Qué bien! ¿Y eso?

Pilar soltó el asa de su Samsonite de ruedas y se apoyó en el marco de la puerta de la cocina.

—Pues es que está como loca con lo del abuelo... con lo de «la fiesta» de hoy como dice ella. Además, así entre nosotras... —Cecilia bajó el tono de voz— yo creo que algo le pasa. Desayunó tempranísimo con su padre y algo le estaba contando de no sé qué de una llamada y de que si era el hermano,...

—¿Quién? ¿Fran?

—No, mujer, que el que llamaba era hermano de no sé quién. —Se dio cuenta de que igual estaba hablando demasiado—. No sé, yo no me enteré muy bien. No vaya a pensar que estaba aquí escuchando... lo que pasa es que mientras guardaba lo del lavavajillas, pues..., algo oí, claro... Pero seguro que ya le cuenta ella. Está en la piscina.

—¿Y mi padre?

—¡Otro que está como loco con lo de hoy! ¿Sabe adónde ha ido?

—¿Adónde?

—Pues al invernadero ese de Gondomar que abre los domingos, la casa de la planta o casaplanta o,... bueno, como se llame.

—¿Y eso?

—Resulta que a Spi le dio por poner patas arriba la jardinera de la entrada. ¡Vaya usted a saber si estaba enterrando un hueso o persiguiendo a un ratón! Y claro, el señor no quería que su padre viese la casa hecha un desastre nada más entrar.

—Bueno, normal...

—Tan normal no es —opinó Cecilia encogiéndose de hombros— si total son cuatro flores... Pero bueno,... él sabrá. —Miró hacia el portón por la ventana y calculó el tiempo—. Ya debe de estar al caer...

—No diga eso, Cecilia, por Dios, que da mala suerte.

—Ande, ande, vaya a ponerse el bikini que su hermana estará deseando verla.

Pilar volvió a coger su maleta y obedeció a Cecilia sin rechistar, como cuando era pequeña.

Al llegar a la piscina, tuvo que protegerse con la toalla que llevaba en la mano porque Mariana se empeñó en abrazarla empapada para que viese lo buena que estaba el agua. Y sí. Estaba buenísima. Se tiró de cabeza sin dudarle y buceó hasta el otro lado dejando que el agua acariciase su piel. Hacía tanto tiempo que no la acariciaba nadie... Desde que su novio la había dejado había tenido un par de citas organizadas por una compañera de la Facultad empeñada en hacer de Celestina. Ninguna de las dos citas había ido más allá de una cena cordial. Cuando entregase la tesis ya tendría tiempo de pensar en esas cosas, por ahora, estaba bien así.

Al salir a la superficie, su mirada se encontró con los pies de Mariana en el bordillo. El tobillo de la pierna mala aún se veía algo más delgado que el otro pero ya empezaban a igualarse. Se dio un impulso y salió del agua apoyándose en la piedra que estaba templada por el sol. Se sentó en el bordillo mojado y Mariana la imitó. Desde los altavoces conectados al iPad, los Efecto Pasillo cantaban algo como «no importa que llueva si estoy cerca de ti... naraná... na... nana...».

Entonces, mientras chapoteaban con los pies en el agua, Mariana le contó con pelos y señales lo de la llamada de Salva. Estaba tan entusiasmada que hasta parecía que tartamudeaba. Pilar estaba encantada de verla así. Pensó que le sentaría bien si se metía un poco con ella:

—Decepciona un poco que la otra llamada no haya sido desde el más allá, ¿no?

—¡Ja! ¡Qué graciosa! —respondió Mariana sonriendo de medio lado.

—Es que tenía tela... Mira que haber pensado tal cosa... —le dijo entre risas.

—¡Bueno! ¡Ya vale!, ¿no? La próxima vez no te cuento nada.

—Eso no te lo crees ni tú. Después de ese café te va a faltar tiempo para contarme qué te quería el tal Salva ese.

—No te pienso contar nada ni de coña, te quedas con las ganas.

Mariana se tiró al agua sin que le diese tiempo de oír a Pilar riéndose y diciendo como para sus adentros: «¡Ya! ¿Qué apostamos?».

Tampoco se oyó el portón esta vez. Fran ya venía en bañador. Tiró las chanclas y la camiseta por el camino y se les unió tirándose de cabeza en una carrera para escapar de la fiesta que le estaba haciendo Spi.

Al poco rato, llegaban Enrique y Cristina. Estaban radiantes y no era para menos. Cristina traía en las manos una foto en blanco y negro. Al acercarse anunció:

—Os presento a vuestro sobrino, o sobrina,... ¿A que es igual que su padre?

Por supuesto, en la ecografía no se veían más que unas manchas grises pero todos estuvieron de acuerdo en que era un bebé Nogueira, Nogueira.

Mientras las chicas, sentadas en las tumbonas, comentaban lo fuerte que había sido todo lo del abuelo, Francisco y Enrique se enzarzaron en una serie de aguadillas, empujones y carreras como si tuviesen diez años. De vez en cuando, Pilar intentaba, en vano, que se calmasen:

—¡Parad ya! Os vais a acabar haciendo daño.

Entre la música y tanta algarabía, nadie se enteró de que Sergio había estado en el jardín, había plantado rápidamente seis macetas de kalanchoes en el parterre de la entrada y se había vuelto a marchar. Él sí que los había oído mientras se ocupaba de las flores pero no quiso interrumpir. Pensó que a Olga le habría encantado ver a todos sus hijos juntos disfrutando de la piscina y le habría dicho algo como: «Déjalos que se lo pasen bien. Si vas ahora a saludar, alguno va a querer acompañarte después y se deshace la reunión». Así que Sergio miró al cielo y se fue a buscar a su padre sin compañía y con las manos bastante sucias de tierra por no pasar ni al cuarto de baño.

Era la una y media cuando Sergio entró en la residencia con las ideas ya muy claras. Unas horas habían sido suficientes para tomar una decisión que iba a cambiar no solo su futuro sino también, de algún modo, su pasado. Se podía cambiar el pasado, claro que sí, no cambiando los hechos, que eso era imposible, sino cambiando el cristal con el que mirarlos. Y estaba dispuesto a hacerlo. La decisión estaba tomada. Ya no había nada que le impidiese tener un padre. Podía no haber sido el mejor padre del mundo, ni siquiera era de su misma sangre pero ¿importaba eso algo a estas alturas de la vida? Aunque en un primer momento le pareció que sí, que importaría, desde que lo había visto allí solo como un perrillo abandonado en aquella habitación, Sergio supo que tenía que hacer algo o jamás se lo perdonaría a sí mismo cuando fuese demasiado tarde.

—¡Buenos días, guapa! ¿El señor Juan Nogueira, por favor?

—¿Es usted su hijo? —preguntó la recepcionista.

Sergio respiró hondo antes de responder, como si fuese a decir algo muy importante.

—Sí, soy su hijo.

Lo afirmó con tanta solemnidad que la recepcionista se quedó mirándolo bastante extrañada.

—Es que tengo que darle un recado de parte de la directora para que la próxima vez que vaya a llevarse a su padre a algún lado, nos avise con más tiempo, sobre todo si no va a comer aquí.

Al ver la cara de incredulidad de Sergio, se justificó:

—Es que es por lo del *catering*, ¿sabe?

«Está claro qué es lo que les importa y lo que no», pensó Sergio y no pudo evitar responder con un cierto tono de misterio:

—Pues no se preocupe. Le garantizo que no volverá a pasar.

—Así se lo diré a la directora entonces.

Dicho esto, la recepcionista le indicó una puerta abierta contigua a la capilla. Sergio se asomó y lo que vio no hizo más que confirmar su decisión. ¿Habrían sido capaces de tener allí a su padre desde que él había llamado hacía un par de horas? Una sala diminuta sin ventanas estaba decorada en tonos melocotón, «muy mona» pero también muy asfixiante. Y allí estaba Juan. Otra vez solo, sentado en aquella especie de sala de espera con luz artificial. Fuera hacía un día maravilloso, sin embargo, los bancos del jardín de la residencia estaban vacíos. A Sergio le dio aún más pena que el día anterior, cuando, por lo menos, la mirada de Juan estaba perdida en el cielo azul.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—No, un ratito de nada —mintió Juan.

—¡Ah! Vale —comentó Sergio aliviado ayudando a su padre a levantarse—. ¿Preparado?

—Claro, hijo —respondió recalcando lo de «hijo»—, gracias. No te imaginas la ilusión que me hace.

Meter a su padre en el coche fue más fácil de lo que Sergio había creído. Se movía con más agilidad de la que se le podía imaginar al verlo sentado en aquellos sillones forrados de sábanas blancas. Llevaba un bastón para ayudarse pero Sergio intuyó que era más por distinción que por otra cosa. Había visto varios en la residencia pero ninguno era tan peculiar como el de su padre, que estaba tallado en una sola pieza de ébano coronada por una mano que sujetaba la empuñadura. Se fijó también en la enorme calva de su padre y sonrió para sus adentros al descubrirse pensando que, al final, no tener los mismos genes tenía también sus ventajas.

—¡Hombre! ¡Perales! —comentó Juan entusiasmado.

—¿Te gusta? Yo prefiero Raphael pero ayer...

El resto del camino se lo pasaron charlando como no habían hecho nunca porque la presencia de Tulia lo había eclipsado siempre todo. Sergio agradeció que la vida les estuviese dando esta oportunidad. Seguía sorprendido consigo mismo por no guardarle rencor a su padre. Le parecía imposible rebuscar en su interior y encontrar, tan solo, una especie de ternura. No podía decir que fuese amor pero quizás fuese cariño.

Aunque era domingo, Cecilia se había ofrecido a cocinar para la fiesta de bienvenida que Mariana había casi improvisado para el abuelo Juan. El día anterior, Sergio había insistido en que no pasaba nada, que ya traía él unos pollos del Coren, había dicho.

—¿Unos pollos del Coren?! Usted perdone, señor, pero eso no se lo consiento. ¿Pretende recibir a su padre después de toda una vida con unos pollos del Coren? Era lo que nos faltaba por ver.

—Bueno, Cecilia, no se altere, mujer.

—No, si no me altero.

«No, ¡qué va!», pensaron Sergio y Mariana intercambiando una mirada.

—Es solo que —siguió Cecilia— yo no tengo nada contra los pollos esos, que están muy ricos, hay que reconocerlo, pero es que tiene bemoles, ¡pollos del Coren!, como si en esta casa no hubiese cocinera, ¿qué iba a pensar el señor Juan?, ¿eh?, ¿qué iba a pensar? No se hable más. Mañana se comerá en esta casa la especialidad de la cocinera, un pulpo a la gallega de chuparse los dedos. Y que a nadie se le ocurra contrariarme porque si es mi día libre, podré hacer lo que me dé la real gana, ¿o no?

Ante tal alegato, el ilustre abogado jubilado y la aprendiz de letrada, no encontraron nada que objetar.

Fue así como el domingo al mediodía, cuando ya estaban todos los hermanos en

el salón terminando de colocar las banderitas que tenían para cualquier fiesta desde hacía años y unos globos que había comprado Mariana en el quiosco, empezó a oler a pulpo toda la casa. Con el hambre que tenían, se les hizo la boca agua.

—¡Qué ganas de comida de Cecilia! —comentó Pilar—. Con esto de la tesis, últimamente, me alimento de café con galletas y poco más.

—Si estuviese aquí mamá te echaría una bronca porque tienes que comer bien para... —dijo Francisco.

Antes de que Francisco pudiese echarle la bronca en nombre de su madre, Pilar buscó la forma de cambiar de tema:

—¡Qué pena que mamá no pueda ver esto!, ¿verdad?

—Apuesto a que lo está viendo —respondió Francisco—. Es más, apuesto a que ha tenido algo que ver.

Entonces, al ver que Spi salía al jardín disparado dándole al rabo, Enrique aguzó el oído y avisó:

—Shhhh, acabo de oír el portón.

—¡Ya están aquí! —exclamó Mariana asomándose a la puerta de cristal que daba acceso al jardín.

—Espera, espera. —La paró Enrique también algo nervioso—. Si vamos todos de golpe lo vamos a agobiar. Francisco, vete tú para ayudar a papá. Los demás, lo esperaremos aquí, ¿vale?

Francisco obedeció a su hermano mayor sin rechistar. Mariana acató también la decisión de Enrique pero se dejó caer en el sofá y con los brazos cruzados para mostrar su desacuerdo, le dijo:

—¡Vaya, hombre! ¡Qué aguafiestas!

—Pues si quieres ir, vete, pero es que si vamos todos en tropel...

No había acabado la frase y Mariana ya había desaparecido por el jardín en dirección a la zona de aparcamiento.

—Déjala Quique —comentó Pilar colgándose del hombro de su hermano—. Va de mayor pero después tiene estas cosas, ¿qué se le va a hacer?

—Y que lo digas.

—Bueno, mira el lado bueno, ¿no te has dado cuenta?

—¿Cuenta de qué?

—Pues de que ha salido corriendo. Corriendo, ¿entiendes? —Pilar repitió la palabra como si la estuviese separando en sílabas—. Co-rrien-do. ¿Te das cuenta de que fue hace nada cuando papá nos llamó desde La Paz diciendo que a «la niña» le quedarían unas secuelas tremendas para toda la vida?

—Es verdad, sí. Había dicho que igual iba a tener que usar siempre bastón, ¿te acuerdas?

—Pues mira, ya ves, corriendo está.

—La verdad es que se está recuperando muy bien —comentó Cristina.

—¿A que sí? Mañana voy a pasarme por la clínica de rehabilitación y así hablo

con el fisio para ver cómo va.

—Estaría bien, sí —dijo Enrique apoyando a Pilar—. Y de paso, pregúntale si debemos dejarla que corra así, ¿no se estará pasando? —añadió preocupado.

—Supongo que si ella lo hace es porque el cuerpo le dice que puede pero, por si acaso, sí, se lo pregunto, claro.

—Oye, y tú... ¿mañana no tenías que estar en Santiago por lo de la tesis? —Se acordó Cristina—. ¿Quieres que hable yo con el fisio?

—Gracias, pero no te preocupes, me he cogido unos días. La ocasión bien lo merece, ¿no?

Entonces vieron aparecer al abuelo Juan, quien sí que venía apoyado en su bastón, flanqueado por Francisco y Sergio y con Mariana y Spi revoloteando alrededor. Sonreían animados intentando proteger al abuelo de las embestidas de alegría de Spi que también pretendía hacerle un recibimiento por todo lo alto.

Para sorpresa de todos, Pilar se lanzó a los brazos de Juan nada más verlo aparecer y le plantó el abrazo que no le había dado nunca a nadie mientras los demás intercambiaban miradas ojipláticas.

Después, el abuelo se acercó a Enrique, mucho más receloso y aún atónito por el ataque de expresividad que acababa de darle a su hermana. Con una sonrisa sincera y algunas lágrimas en los ojos, Juan logró decirle:

—¡Me acaban de contar que voy a ser bisabuelo!

Y estiró el brazo izquierdo, el que no sujetaba el bastón, haciendo un gesto para recibir también el abrazo de Cristina.

—Bueno, ya estás en casa, abuelo, bienvenido a la familia —dijo Mariana muy solemne, como si estuviese leyendo un pregón.

Las risas de todos aflojaron la tensión de aquel momento tan emotivo que pensaban que nunca iban a vivir y Mariana añadió:

—La verdad es que había ensayado un discurso muy bonito pero con tantos nervios es que ni me sale.

Una voz los interrumpió desde atrás:

—Pues déjense de discursos y a la mesa, que este pulpiño está pidiendo que lo coman. Y bienvenido, señor Juan. Yo soy Cecilia, para lo que usted mande —concluyó poniendo la fuente del pulpo encima de la mesa redonda.

—Pues encantado, Cecilia. Ya me simpatiza usted, ¿cómo supo que el pulpo era mi comida favorita?

—Ande, ande,... ¡Otro zalamero como el señor! —comentó mientras se encaminaba a la cocina.

Entonces, Mariana, sin pensárselo dos veces, dio un par de pasos y retiró una silla, aquella silla, La Silla.

—Abuelo, por favor —dijo haciéndole un gesto con la mano para que se sentase—. Tú aquí, a la izquierda de papá.

Hubo unas décimas de segundo de tensión en el ambiente y todas las miradas se

dirigieron disimuladamente hacia Sergio. Él, que seguía de pie al lado de su padre, se quedó sin respiración mirando a Mariana. Entonces ella le puso aquella sonrisa de niña buena que tanto usaba de pequeña y Sergio reaccionó dirigiéndose a Juan:

—¡Vamos, papá! No se nos vaya a enfriar el pulpo.

Cuando Juan se hubo sentado en La Silla, todos respiraron aliviados y satisfechos. Mientras se iban sentando cada uno en su sitio de siempre, Sergio comentó con naturalidad:

—Sin duda, en esta casa, se están produciendo grandes cambios.

—¡Y los que vendrán! —exclamó Francisco pensando en cuando se enterasen de que salía con Tania.

El comentario inocente de Francisco creó unos segundos de silencio. Cristina se acarició la barriga intercambiando una sonrisa con Enrique. Pilar se agobió pensando en la tesis inacabada que le esperaba en Santiago. Y Mariana..., bueno, Mariana todavía no tenía ni idea de los cambios que se le avecinaban así que, como se sentía más feliz que ningún otro día tras el accidente, se estaba imaginando a sí misma haciendo volteretas laterales por el jardín, con la pierna ya completamente curada. De repente, Sergio repitió como pensando en alto:

—Pues sí, grandes cambios...

Entonces, se giró hacia su padre y sin pensarlo más, le preguntó muy solemne:

—Papá, ¿quieres venirte a vivir a esta casa?

Juan se giró hacia su derecha buscando la mirada de Sergio.

—¿Seguro? —preguntó con la voz temblorosa.

—Pocas veces he estado tan seguro de algo.

—Pues..., la verdad... —dudó un par de segundos mientras todos contenían la respiración—. Nada me haría más feliz.

Mariana empezó a aplaudir como si acabase de asistir al mejor concierto de su vida. Sus hermanos la siguieron contagiados por su entusiasmo. Spi se puso a ladrar dando vueltas a la mesa desconcertado. El abuelo Juan sonreía pletórico. Una pequeña punzada en el corazón le decía que aquello era una traición póstuma hacia Tulia pero miró a su alrededor y vio a tanta gente que quería quererlo que pensó: «Al final, la historia de mi vida aún tiene un capítulo nuevo por escribir, siento tener que escribirlo sin ti, Tulia, lo siento, lo siento muchísimo pero ya me echarás la bronca cuando esté ahí... De momento, por favor, te suplico que me dejes disfrutar de este momento sin torturarme más. Quizás después hasta me lo agradezcas... Por favor, entiéndelo».

Mariana estaba pensando que aquella foto del cielo azul no se había elegido al azar para la recepción de la consulta del doctor Ventura Morales. Se dio cuenta de que todas las veces que había estado allí sentada había pensado en tres personas: su madre, Lázaro y Samuel. Miró a su alrededor. No había revistas. ¿Una sala de espera sin revistas? Claro, para obligarte a mirar el cuadro... Un tipo listo este doctor Morales..., así, cuando entras a su consulta, ya vas como a tono. Y las bolas esas azules del pasillo, ¿para qué serán?

Margarita le interrumpió el pensamiento.

—Ya puedes pasar, Mariana.

—¡Ah! Vale, gracias.

Recorrió el corredor intentando buscarle un porqué a los lunares pintados de azul sobre las paredes blancas pero no era capaz de concentrarse. Tenía que decidir qué le iba a contar primero al doctor Ventura, si lo de la llamada de Salva o si lo del abuelo Juan.

—Es que no se lo va ni a creer, doctor —dijo colgando su bolso de flecos en la silla de director.

—Seguro que ya me he creído cosas más increíbles, Mariana, se lo puedo asegurar —dijo el doctor Morales recostándose levemente en su asiento.

Mariana se sentó, se recostó imitando al psicólogo sin darse ni cuenta y le dijo:

—Tanto rollo, tanto rollo,... y al final, ¡era su hermano!

—¿Mi hermano?

—¡No, hombre! —se rio Mariana—. Pero si ni siquiera sé si tiene usted hermanos...

—¿Entonces? —preguntó el psicólogo haciéndose el despistado.

—Era Salva, el hermano de Lázaro.

—¿Cómo que era Salva?

—Pues que el que llamaba no era Lázaro...

Esas eran justo las palabras que buscaba oír en boca de Mariana. La dejó continuar simulando no entender nada. Era importante que fuese ella misma quien sacase conclusiones y decirlas en voz alta la ayudaría a asimilar, por fin, lo que a ella le seguía pareciendo una novedad: que Lázaro estaba muerto.

—Era Salva, el hermano de Lázaro —repitió Mariana entusiasmada por la noticia que le estaba dando al psicólogo.

Empezaba a entender a Carmen cuando se emocionaba tanto al contarles algún cotilleo nuevo de alguien de Vigo.

—Entonces, ¿no era Lázaro como habíamos pensado?

El doctor pluralizó con astucia para no ofender a Mariana.

—No —Mariana sonrió con placidez—. Ojalá...

Del entusiasmo pasó a la nostalgia en el mismo segundo. Se quedó tan pensativa que parecía que iba a tener otra de sus «crisis de ausencia» o «un viaje a Murcia», como decían sus hermanos. Pero no. Al ver que el doctor Ventura se echaba hacia delante como queriendo saber más, continuó su relato como habría hecho Carmen:

—No podía ser Lázaro, doctor, porque ahora ya sé que es verdad que está muerto. «Perfecto», pensó el doctor Morales, «ahí quería yo llegar».

—¿Y dice usted que era su hermano? ¿Cómo se llama, Salva, ha dicho? —Volvió a su papel de despistado.

—Sí, bueno, Salvador, claro.

El doctor Ventura apuntó algo. Mariana supuso que era el nombre de Salva. En el folio en blanco del día quedó un único registro: «Reconoce muerte L.».

—¿Y qué ha pasado para que ahora ya esté tan segura, Mariana?

—Pues verá, doctor, resulta que el sábado cambió todo. Pero todo, todo. Bueno, como que hasta tengo un abuelo nuevo, no le digo más.

Al ver que el doctor sonreía entusiasmado con cara de intriga, volvió a sentirse como Carmen contando un cotilleo.

—¿Qué quiere que le cuente primero, lo del abuelo o lo de la llamada de Salva? —preguntó sonriente.

—Ambas cosas suenan bien.

—¿A que sí?

—Pues empiece por lo que más le apetezca, Mariana.

—Entonces, primero acabo de contarle lo de Salva, ¿le parece?

—Sí, claro. Estoy deseando entenderlo todo.

—Bueno, no se emocione mucho por ahora... Aún faltan algunas piezas por encajar porque, por ejemplo, ¿cómo sabía Salva mi número? ¿Y por qué le dio por llamarme?

—Entonces, ¿qué pasó? ¿La volvió a llamar?

—Sí. El sábado por la noche. Yo estaba en el salón y cuando sonó el móvil se me acababa de caer la tarta en la alfombra y Cecilia me iba a matar por la mancha así que ni siquiera vi quién llamaba, pensaba que era Pati...

Durante el resto de la consulta le contó al psicólogo la conversación con pelos y señales. Le pareció que Margarita se había equivocado cuando se asomó a la puerta y ella aún estaba empezando a contar lo del abuelo Juan.

—¿Seguro que ya es la hora?

Se reclinó un poco sobre la mesa para poder ver el reloj del psicólogo.

—¡Ah! Pues sí. Se me ha pasado volando.

—¡Eso seguro que es buena señal! —comentó Margarita retirándose con discreción.

Mariana se levantó y mientras se colgaba el bolso de flecos de ante, comentó

desenfadada:

—Por cierto, bonito Rolex, doctor. Nunca había visto ese modelo con la esfera verde.

—No hay muchos, no. Me lo regaló mi mujer hace unos años, creo que fue por nuestro décimo aniversario.

—¿Solo lo cree?

—Bueno, me parece que sí.

—¡Ay! Si lo oye su mujer, doctor... Ella seguro que se acuerda perfectamente —le regañó Mariana bromeando.

Ventura Morales se alegró al comprobar la evolución de su paciente que empezaba a salir de su introspección y con muy buen talante.

—Pues sí, lleva razón, Mariana, no tengo perdón —reconoció sonriendo con cara de pillo—. Bueno, pues... Con esto y un bizcocho...

—Eso, hasta el próximo día, que va a flipar con lo del abuelo, ya verá. Y además, ya podré contarle más cosas de Salva —añadió emocionada otra vez.

—Muy bien, Mariana. Y recuerde lo que hablamos...

—Ya, ya lo sé, doctor —dijo ella poniendo tono de paciencia—, aunque la voz sea muy parecida, Salva no es Lázaro, lo sé, de verdad. Él no va a volver, Salva solo es su hermano. ¿Ve qué bien me lo sé?

El doctor Ventura asintió más que satisfecho. Mariana ya no lo necesitaba. Si todo iba bien con ese tal Salva, en la siguiente consulta le daría el alta.

—Por cierto, ¿tiene usted hermanos? —le preguntó ella desde la puerta.

Él se rio.

—Pues sí, somos cuatro.

—¡Anda! ¡Como nosotros!

Entornó la puerta y recorrió el pasillo preguntándose otra vez por las bolas azules.

Cogió un taxi en la Puerta del Sol para ir a fisioterapia. Eran las once y media de la mañana y el calor ya empezaba a apretar. En el taxi se estaba bien con el aire acondicionado. La taxista estaba concentrada escuchando en la Ser a Jacobo Buceta que entrevistaba a alguien del Puerto. Mientras recorrían Policarpo Sanz, Colón, Urzáiz,... le dio por fijarse en los transeúntes de veintipico, treinta,... ¿cuántos años tendría Salva? ¿Podría ser uno de aquellos que ahora caminaban por Gran Vía? ¿Y si era el chico que conducía el Ibiza de al lado? «Si eres Salva, gírate para mirarme», le ordenó mentalmente mientras estaban parados en el semáforo de El Corte Inglés. Pero él parecía estar más interesado en una morena despampanante que atravesaba la calle Venezuela. Se abrió el semáforo y el chico del Ibiza se quedó rezagado. Mariana intentó echar cuentas: si Salva era unos años mayor que Lázaro y Lázaro tenía... ¡Uf! ¡Qué lío! Sería mejor preguntarle a Salva, total, no podía llegar a ninguna conclusión sin saber cuántos años se llevaban. Igual se llevaban muchos, como Enrique y ella, o pocos, como Enrique y Pilar,...

—Son cuatro setenta y cinco.

—¡Ah! Sí, perdona. —Le dio un billete de cinco—. Ya es así.

Se sorprendió al ver que se abría su puerta.

—¡Nuno! ¿Qué haces aquí?

—También tengo derecho a tomar el aire de vez en cuando, ¿no?

—¡Claro! Aunque con este calor se estará mejor dentro...

—Pues sí, la verdad. ¿Preparada para la batalla de hoy? —le preguntó como cada día.

—*Of course!* —respondió Mariana mientras entraban en el edificio.

—¡Anda! Hoy estamos políglotas. *Acho muito bem!* —añadió Nuno en portugués.

—Los portugueses habláis muy bien inglés, ¿a que sí? —preguntó Mariana.

—Pues entre tú y yo, un poco mejor que vosotros creo que sí —se rio Nuno—, pero no todos, ¿eh?

Y así, hablando de idiomas, de estereotipos, de clichés y de preconceitos se le pasó una vez más la sesión de fisioterapia volando. Nuno ya no le ponía ojitos como los primeros días y a Mariana ya ni se le pasaba por la cabeza la idea de verse con él. Se habían ido haciendo buenos amigos, algo más que fisioterapeuta y paciente, eso sí, pero nada más. Quizás le faltasen ya pocas sesiones. En un par de semanas tendría que ir a la consulta de evaluación de daño para no sé qué de las secuelas y la indemnización del seguro. No quería ni que le mencionasen aquel dinero. Ese asunto ya estaba hablado con su padre desde los primeros días.

Cuando aún estaba en el hospital de La Paz y había venido un médico de parte del

seguro hablándole de cosas que ella no entendía, ella le hizo prometer a su padre que él se ocuparía de todo eso. Si fuese por ella, se habría negado a recibir ningún dinero. Por su culpa Samuel estaba muerto y ¿encima le iban a pagar? ¿Cómo iba a aceptar tal cosa? Fue entonces cuando Sergio, que acababa de llegar del entierro de Samuel, le sugirió que lo donase. Le dijo que pensase en algo que le hubiese gustado a Samuel y que lo donase a esa causa. Mariana aceptó siempre y cuando fuese su padre quien se encargase de todo. Le llevó pocos minutos darse cuenta de que no tenía ni idea de qué le habría gustado a Samuel. ¡Qué rabia no haber podido conocerlo más! ¡Qué mierda! ¡Joder! Lo que sí sabía en aquel momento era que quería irse a su casa y no volver a pisar un hospital en la vida.

—Hay una fundación que se dedica a hacerle la vida más fácil a los niños que están en los hospitales y a sus familias —le dijo a su padre.

—Muy bien, hija, me encargaré de hacerles llegar la indemnización cuando te la den, ¿vale?

—Me jode mucho aceptar ese dinero.

—Habla bien y no seas terca, hija.

—Tengo a quién salir —comentó forzando una sonrisa.

—Menos guasa —sonrió él—. Y no se hable más. Yo me encargo de todo.

—¡Ves! ¿Quién es más terco de los dos?

Ahora que ya había pasado algún tiempo, estaba convencida de que la idea de donar la indemnización no podía ser más acertada. Samuel también estaría de acuerdo.

Nuno iba a buscar a su próximo paciente, así que la acompañó a la recepción. Mariana se entusiasmó al ver que estaba allí Pilar, esperando para recogerla, y se le tiró al cuello para llenarla de besos.

—¡Hermanita!

—Mariana, mujer, ¡para!, que estamos dando un espectáculo...

—Así que tú eres la famosa Pilar —comentó Nuno con su mejor sonrisa Profident.

—¡Vaya! —exclamó ella sorprendida.

Pilar no sabía muy bien si la sorpresa era porque Nuno ya había oído hablar de ella o si, más bien, la sorpresa se debía a lo guapísimo que era Nuno.

—Pues sí. Y tú debes de ser el famoso Nuno.

Pilar aprovechó para preguntarle por la recuperación de Mariana. Las noticias eran buenas. Tendría que seguir con la rehabilitación unos meses más, pero después, no le quedaría más que una levísima cojera y algún dolor esporádico. Nuno se giró hacia Mariana con entusiasmo.

—Y te digo más. En menos de un año, cuando todo esté bien consolidado, podrás, incluso, ponerte tacones.

A las dos hermanas se les escapó una carcajada. Mariana no se había puesto tacones en la vida. Bueno, en las cuatro o cinco ocasiones en las que lo había exigido

el protocolo, como en la boda de Enrique y Cristina, o en su primer día de prácticas en Eje Abogados. Aquel día se juró que nunca más. No entendía cómo sus compañeras podían sobrevivir a aquellos pasillos interminables, a las jornadas laborales de veinticinco horas de trabajos inacabables, subidas a aquellos taconazos infinitos. Para Mariana, uno de los misterios de la empresa era de dónde sacaban las chicas el tiempo para ir tan impolutas, tan a la ultimísima moda y con los labios tan perfilados y el rímel tan en su sitio durante todo el día. Ella había optado por «hacerse» un uniforme. Tenía tres trajes de chaqueta-pantalón: uno gris marengo, otro azul marino y otro verde botella. Se había comprado diez camisetas blancas iguales, de esas que no hay que planchar, para tener suficientes para dos semanas por si no le daba tiempo de hacer la colada. ¡Y qué bien había hecho porque nunca se acordaba de la lavadora! En los pies, siempre bailarinas. Tenía muchos pares, lisas y estampadas, que iba combinando con los collares. Y punto. Ese era todo su vestuario de trabajo. Además, en lugar de maquillaje, se había comprado una hidratante con color que le daba un cierto tonillo. El pelo lo llevaba como siempre, en una coleta, y aunque intentaba que la goma fuese discreta, alguna vez había tenido que llevar una verde fosforito que era la única que llevaba años sin perdersele.

—¿Tacones dices, Nuno? —dijo aún sonriendo—. No te preocupes, espero tardar más de un año en ponérmelos. Con esto soy feliz —añadió señalando sus alpargatas planas.

—Entonces, mejor que mejor.

Las despidió en la puerta enseñando su sonrisa Profident una vez más. Pilar intentaba decidir si eran más blancos sus dientes o su uniforme. Le habría gustado preguntarle si usaba algún blanqueador mágico para todo, pero no venía al caso. En otra ocasión.

En el Tiguan de Pilar sonaba Paraíso de D'Vicio en Cadena Dial. «Que ya no es una niña, ahora es una mujer», cantó Mariana como si estuviese haciendo un dueto. Se puso el cinturón y echó un vistazo rápido a su izquierda para comprobar que su hermana también lo tenía bien puesto. Al levantar la mirada, se quedó observando fijamente el volante y paró de cantar. Durante un segundo le pareció ver las manos de Samuel.

—Te mola mi Tiguan, ¿eh? —bromeó Pilar.

Ella no podía imaginar que era el logo de Volkswagen en el volante lo que tenía a su hermana tan callada.

—Pues sí —contestó Mariana en automático.

Giró el cuerpo hacia su derecha para ver por la ventanilla lateral casi casi dándole la espalda a Pilar que se había puesto a protestar por las cuestas de Vigo y no sé qué lío del embrague. Mariana entornó los ojos y vio cómo la mano de Samuel soltaba el volante para ampliar aquella maldita foto. Pilar, ajena a lo que pasaba por la mente de su hermana, le preguntó:

—Oye, Francisco me comentó que aún te estás tomando la pastilla para dormir, ¿no crees que va siendo hora de dejarla?

—¡Qué chivato de mierda! ¡Hay que joderse! Lo sabía... es que lo sabía.

—¿Qué sabías?

—¡Pues qué iba a ser! Que te lo iba a decir a ti.

—Está preocupado, mujer. Normal, porque esas pastillas, a la larga... pues no es bueno tomarlas, Mariana.

—Bueno, tampoco pasa nada.

—Pero si ya no te van a hacer falta, mujer, ya verás...

—¿Y si vuelvo a tener pesadillas?

—Verás cómo no. ¿Por qué no pruebas a tomar solo media un par de días? ¿Cómo lo ves?

—Entonces, ¿puedo dormir hoy en tu habitación?

—No, guapa, duermes en la tuya.

A Pilar le habría encantado decirle que sí. Sin ir más lejos, el último fin de semana que había estado en Vigo, la había dejado. Pero ahora se trataba de que Mariana volviese a la normalidad. Si no fuese porque estaba conduciendo, Pilar habría cerrado los ojos para saborear el recuerdo que le estaba pasando por la mente: aquellas noches de tormenta en las que Mariana aparecía en su habitación. Entraba con algún peluche y le decía que venía a prestárselo por si a ella le asustaban los truenos. Pilar fingía que sí y le decía que se quedase a dormir en su cuarto para no

tener miedo. La cama de Pilar era grande y tenía un colchón muy blandito. Abrazada a su hermana y al peluche, Mariana se dormía en un santiamén y Pilar se quedaba en vela hasta que pasaba la tormenta porque, en el fondo, algo de miedo también tenía, claro que sí.

—Bueno, no sé, ya veré.

—¿Qué?

Pilar se había quedado abstraída en el recuerdo.

—Que ya veré si me tomo media, o una, o ninguna,..., la verdad, igual tengo que daros la razón y todo.

—¿Lo ves?

—Bueno, no te emociones que solo digo que ya veré. Claro que... si me dejases dormir en tu habitación igual me lo pensaba mejor... —dijo poniéndole cara de buena.

—¡Ah! ¡No! Chantaje no, no cuela —le sonrió Pilar—. Una señora abogada haciendo chantajes de bebé... ¡Qué vergüenza!

—¡Calla, calla! Que tengo que llamar a mi jefe y me apetece tan poco...

Pilar se detuvo en el semáforo y se giró extrañada:

—¿Y eso? ¿No te caía bien?

—Es que no sé qué decirle.

—¿Pues qué va a ser? Que te estás recuperando, sin más. Lo tiene que entender.

—Es que no es eso. Es que el otro día... así, hablando con papá... pues... ¡Que está verde, dale, anda!

Pilar ni siquiera había escuchado el concierto de pitidos detrás de ella.

—¡Ups! ¡Nos van a comer! ¡Qué crispada va la gente, por Dios!

Mariana pensó que no valía la pena decirle que el semáforo llevaba en verde un buen rato.

—Pues eso. Que no sé qué hacer.

—¿Qué no sabes qué hacer de qué? —repitió Pilar desconcertada—. No te entiendo.

—Papá dice que podría quedarme a currar con Enrique. Dice que Quique encantado pero a mí nunca me dijo nada, la verdad.

—¿Cómo que no? Pero si te dijo cincuenta veces que hicieses las prácticas con él. Luego, cuando surgió lo de Eje Abogados, entendió que prefirieses hacerlas allí, claro, pero él siempre dio por sentado que trabajarías con él. Pero si cae de cajón, Mariana, ¡por Dios! Tienes cada cosa...

Ella se encogió de hombros. Alguna vez se le había pasado por la cabeza, sí, claro, pero tanto como caer de cajón,...

—¿Y a ti qué te apetece? —preguntó Pilar—. Porque en Eje también quieren que te quedes, ¿no?

—Supongo que sí, no sé,... Tendría que hablar con mi jefe.

—Pues haces muy bien al no llamarlo —dijo Pilar en un claro tono de ironía—

vivir en la incertidumbre es superguay —añadió intentando imitar a las amigas de Mariana.

Mariana chasqueó la lengua contrariada y Pilar continuó.

—Es que, como diría Cecilia, ¡tiene bemoles! Joder, habla con tu jefe, habla con Enrique, piensa lo que quieres y después, decides, no hay más.

Mariana se asustó un poco por la palabrota de su hermana. Debía de estar cabreada de verdad. Era muy raro que se le escapase algo «tan fuerte».

—No hace falta que te cabrees, ¿eh?

Pilar se subió a una acera y puso los cuatro intermitentes.

—Es que a veces me sacas de quicio, te lo juro —le dijo sonriendo.

Mariana se soltó el cinturón y le dio un abrazo como pudo mientras le llenaba la cara de besos que sabía que le encantaban aunque fingiese sentirse un poco incómoda.

—¡Para, Mariana, para, mujer! —protestaba.

Ella volvió a ponerse el cinturón.

—Bueno, ya paro, pero no te cabrees más.

—Pues no me cabreo más pero tú hablas con tu jefe. Llámalo y pregúntale qué tiene pensado, nada más. Para salir de dudas, ¿entiendes? La incertidumbre nunca es buena, genera desasosiego y eso es lo que menos te conviene.

Pilar miró por el retrovisor y volvió a incorporarse a la circulación.

—Primero tendría que llamar a la Universidad para saber si mi jefe ya entregó el papel de las prácticas. Me dijo que lo iba a entregar aunque faltasen unos días para acabar pero... No sé, ¿y si se lo tengo que pedir?

—Pero tú estás mal de la cabeza, ¿cómo no lo iba a entregar?

—¡Yo qué sé!

—Llama a la Universidad, joder, tienes todo el día para llamar, ¿no?

—Te estás cabreando otra vez —se rio Mariana.

—Pues sí. Y mucho. Es que ya se lo dije a papá y a Fran. No entiendo a qué estás esperando para empezar a ponerte las pilas. Ya llega de darle vueltas a cosas que no tienen vuelta de hoja. Te toca regresar a tu vida o reinventarte, Mariana, lo que quieras, tú eliges, pero ya va siendo hora.

—¿Y eso lo has hablado con papá y con Fran? ¿Me he perdido algún cónclave familiar?

—Pues sí. Y te digo más. El cónclave lo convoqué yo porque me pone mala ese rollo que se traen de que hay que dejarte tranquila, siempre llevándote a todas partes, ... Tanta protección ya no es buena, no señor.

—¡Mira quién fue a hablar! ¿Quién me está llevando ahora?

—Es diferente. Me cuadraba bien, de paso que iba a hablar con el fisio...

—¿Y hablar con el fisio no es más de lo mismo?

—Pues no, porque precisamente solo quería confirmar que estás preparada para empezar a hacer tu vida normal. Por cierto, hablando del fisio, tenías razón con lo de

Nuno, está como un tren.

Mariana se rio.

—Es un poco yogurín para ti, hermanita.

—Ya, ¡qué pena! —se rio también Pilar—. ¿Cuántos años tendrá?

—Ni idea..., veinticinco..., por ahí... —Calculó Mariana.

—Bueno, pues tampoco es tan pequeño. Además, a lo mejor es que aparenta menos porque con esos dientes tan blancos...

—¿A que sí? ¡Yo flipo! Cualquiera día le pregunto qué pasta usa.

—Pues, de paso, pregúntale también por el detergente, ¡menudo blanco nuclear!

—¡Ya! ¿Y no quieres que le pregunte cuántos años tiene?

—Muy graciosa. Anda, anda, déjate de hacer de Celestina y prométeme que vas a hablar con tu jefe, con la Universidad, con Quique,... Ahora ya toca espabilar, ¿vale?

Cla-clá, cla-clá. Spi, como loco de contento, no se apartaba de delante del coche y para que Pilar pudiese aparcar, Mariana tuvo que bajarse a distraerlo. Se libró de tener que hacer una promesa al tiempo que aquel puñal en el corazón le recordaba que ya nunca podría cumplir la promesa que le había hecho a Lázaro.

Sergio se había pasado la tarde en casa de Jacobo. Habían charlado largo y tendido, encerrados en la biblioteca, con alguna interrupción de La Celosa para traerles algo de beber o de picar y para insistirles en que fuesen a darse un chapuzón asegurando que era el día en que el agua de la piscina estaba más caliente de todo el verano, que hacía un día impresionante, que ya quedaban pocos así y que se lo estaban perdiendo allí enclaustrados.

Pero ellos estaban tan a gusto allí fresquitos... y... los dos solos. Se les había pasado el tiempo volando mientras iban comentando las novedades. Jacobo se alegraba de verdad de que Sergio y Juan se hubiesen recuperado el uno al otro y ayudó a Sergio a poner sus ideas en orden. Jacobo siempre había seguido en contacto con Juan y Tulia. Al fin y al cabo, eran sus tíos. Aunque lo cierto era que ellos tampoco se habían dejado querer mucho, la verdad. Ni por Jacobo ni por su hermano Adolfo.

Serían las siete y media cuando La Celosa se asomó, por enésima vez, a la puerta de la biblioteca. Ahora lucía un poncho de seda semitransparente a juego con el bañador. Con unos colores tan vivos y la tez tan morena y tan tersa, parecía una chica joven.

—¡Qué guapa, Regina! —exclamó Sergio con toda su inocencia—. Pareces una veinteañera.

Ella se ruborizó pero como estaba muy bronceada y la biblioteca estaba bastante oscura, ninguno de los dos se dio cuenta.

—¡Ay! ¡Ya me gustaría!

—Bueno, mujer, ni falta que te hace... —comentó Sergio—. Además, los veinteañeros también tienen sus problemas...

—Eso es cierto pero si pudiese volver a los veinte, podría no volver a cometer algunos errores, ¿sabes?

—Cometerías otros —le espetó Jacobo—. La vida es así de perra.

La Celosa le lanzó una mirada asesina a su marido y cambió de tema dirigiéndose a Sergio:

—Estaba pensando... No me quiero meter pero... es que igual no se te ha ocurrido...

—Suéltalo de una vez, mujer. —Se impacientó Jacobo.

—Es que puede parecer una tontería pero no lo es tanto, ¿sabes?

—¡Ay! Por Dios, ¡qué misteriosa eres! —le increpó Jacobo.

Jacobo se había casado muy enamorado de Regina, durante años la había adorado pero poco a poco se había ido cansando. Era cierto que ella era algo cansina pero,

cuando eran jóvenes, incluso eso le gustaba. Quizás había sido la rutina o quizás la culpa de todo la había tenido aquella secretaria tan eficiente a la que tuvo que despedir porque a Regina se le había antojado que entre ellos había algo pecaminoso. En realidad, Jacobo ni siquiera sabría decir en qué momento había pasado del amor sincero que siempre había sentido por ella a ese punto en el que la simple presencia de su mujer ya le molestaba pero es que... ¿tenía que meterse en todo?

—Digo... ¿no sería bueno que le comprases a Juan una banqueta para la ducha?

—¿El qué? —preguntó Sergio desconcertado.

La Celosa le explicó entonces, apoyada en el marco de la puerta, algunos de los cuidados que necesitaría Juan y le habló de unos inventos que le serían muy útiles para que tuviese algo de autonomía a pesar de la poca movilidad: desde la tal banqueta para la ducha hasta un aparato para ayudarlo a ponerse los calcetines solo. Regina había cuidado a su madre durante muchos años, mientras el Parkinson se la iba arrebatando poco a poco, y sabía bien lo que decía. Sergio escuchó sus consejos con atención mientras Jacobo, recostado en el sillón con los brazos cruzados, pedía paciencia para sí mismo en una especie de oración que ya casi se sabía de memoria: «Dios mío, por favor, dame paciencia para aguantar a esta mujer que todo lo sabe, todo lo entiende y todo lo hace mejor que nadie. Dame paciencia, Señor, es lo único que te pido...». Sergio se dio cuenta de la cara de póker de su primo e intentó animarlo:

—Caray, Jacobo, tu mujer está en todo...

Se levantó y se dirigió hacia la puerta desde donde le estaba hablando Regina. En un gesto rápido y distraído, le cogió la cabeza con las dos manos y dio un beso fugaz en la frente mientras decía:

—Gracias, Regina, eres un sol, ¿qué haría esta familia sin ti?

Dejando esa pregunta en el aire y a Regina otra vez ruborizada en la penumbra, Sergio dio por concluida la tarde. Se giró hacia Jacobo y añadió:

—Primo, me voy —consultó el reloj—, no me vayan a cerrar la ortopedia.

Jacobo se levantó y se dirigieron los tres hacia el porche para despedirse.

—Oye, espera, ¿qué tal va Mariana? Hace días que no la vemos —se interesó La Celosa.

—Mucho mejor. Lo del psicólogo fue todo un acierto.

—¡Qué bien! —exclamó ella alegrándose de verdad—. ¿Ves, cariño? Te lo dije —añadió mirando a Jacobo.

—Bueno, como que mañana va a ir a tomar algo con un chico y todo... —les contó Sergio.

—Eso es muy buena señal —apuntó ella.

—Pues sí, está muy emocionada.

—¿Y quién es el chico?

—¡Qué más te dará! —refunfuñó Jacobo casi para sus adentros.

—Es el hermano de un amigo suyo.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y de qué familia es?

—Uf, pues eso ya no lo sé, Regina. Es que es una historia muy larga, ¿sabes? — Sergio miró el reloj otra vez.

—Cuenta, cuenta,... —le dijo ella tal como le habría dicho a alguna amiga que viniese con chismes nuevos.

—Mejor que te cuente ella un día con más calma.

Sergio le plantó dos besos y salió airoso sin tener que dar más explicaciones. Se despidió de Jacobo y se encaminó hacia el coche siguiendo el camino de baldosas de piedra que serpenteaba entre el césped recién cortado. Olía a hierba fresca. La ría estaba en calma. Los días ya se estaban haciendo más cortos y a esa hora ya empezaba a verse algún reflejo anaranjado salpicado aquí y allá.

—Hay unas que tienen un respaldo de quita y pon —le dijo Regina desde el porche.

Sergio se giró.

—¿Y esas son las buenas?

—Sí, claro, si no necesita el respaldo se lo puedes quitar, que es un engorro, pero guárdalo bien porque algún día lo necesitará.

—Eres un sol —le volvió a decir mientras se subía al coche.

Ella le sonrió y entró en casa rápidamente para que Jacobo no notase cómo le subían los colores.

El día había amanecido algo cubierto pero un viento suave se había llevado muy lejos casi todas las nubes, dejando solo algunas salpicadas aquí y allá. Animado por el sol y por la emoción de poder hacer aún algo por su hermano, Salva llegó al Ecos unos minutos antes de las doce y media. Se acercó a la barra, cogió La Voz de Galicia y salió para sentarse en la terraza. Fue fácil reconocer a Mariana ya de lejos, mientras la veía acercarse con su coleta mal hecha de la que se le escapaban mechones rebeldes. Se había estudiado bien aquel par de fotos. Además, había visto el perfil del whatsapp y, aunque allí se veía más al labrador negro al que estaba abrazada, la coleta era inconfundible.

Ella también había intentado ver la foto de perfil de Salva, sin embargo, él tenía una imagen de una puesta de sol. Mariana había calculado que estaría hecha desde el Parador de Bayona porque se veían las islas Estelas con las Cíes al fondo. Bajaba por la calle Urzáiz, muy nerviosa y animada, ¿serían aquellas fotos del fotomatón lo que Salva quería darle? Ya era casi la hora y no quería parecerle impuntual así que aceleró el paso hasta donde le permitía la pierna.

Unos metros antes de llegar, se paró en seco. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Se quedó como una estatua, con los ojos muy abiertos, sin poder creerse el parecido. Él era la viva imagen de su hermano. Tuvo que recordarse a sí misma que aquello no era una broma macabra, que no era Lázaro sino Salva quien la estaba esperando.

*¡Dios mío!, Lázaro, es igual que tú... Bueno, él parece algo más esmirriadillo... Ya me habías dicho que os parecíais, pero nunca me imaginé que fuese para tanto. ¿Tendrá tu sonrisa? Seguro que no... ¡Ay! Me acuerdo perfectamente de ti, ahora estoy segura, así es justo como te recordaba. ¡Jesús! ¡Qué impresión! Mira, si se me ha puesto la piel de gallina y todo. Espero que te haga ilusión que lo conozca, ¿nos estarás viendo? Ya te veo ahí sentado en una nube, sonriendo...*

Sin saber muy bien por qué, nada más verla de lejos, Salva ya se había puesto nervioso. Para disimular, intentó parecer concentrado en el periódico. Notó que ella tardaba demasiado en llegar. Levantó la vista y la encontró parada en la acera, mirándolo con cara de susto. Se dio cuenta enseguida de que debía de ser por el parecido y decidió salirle al encuentro con su mejor sonrisa. Entonces, a Mariana se le relajó todo el cuerpo y se le iluminó la cara. Se sentía muy feliz de volver a ver aquella sonrisa. La sensación era mil veces mejor que la que esperaba tener si recuperaba las fotos. Emocionada y confusa, abrió los brazos. Salva se dejó abrazar preguntándose si estaba haciendo lo correcto. Entonces, Mariana se echó a llorar refugiada en el pecho de Salva. Él siguió abrazándola mientras le decía en voz baja:

—Ya está, ya pasó. Ha sido por el parecido, ¿sabes? Le pasa a mucha gente. Tranquila..., ya pasó. Soy Salva, Mariana, Lázaro ya no está, soy Salva, ¿entiendes? Tranquila..., no has visto ningún fantasma. Ya pasó. Es solo que nos parecemos muchísimo, ya lo sé.

Aún entre lágrimas, ella logró recomponerse como pudo.

—Perdona... ¡Ay! ¡Menudo numerito te acabo de montar! —dijo mientras sacaba, con torpeza, un pañuelo de su bolso.

—Es normal, estás impactada, no pasa nada.

La cogió de la mano y la acercó a la mesa donde había dejado el periódico abierto. La ayudó a sentarse con delicadeza, tal y como habría hecho Lázaro. Mariana agradeció como nunca que la silla recogiese su cuerpo. Le flaqueaban las piernas y no quería que Salva presenciase el numerito del desmayo por nada del mundo.

—Nos está mirando toda la terraza. —Logró decir.

Se sintió avergonzada pero, por otra parte, aquellas miradas también le parecían divertidas. Pensó que ninguno de los clientes de la cafetería se podía imaginar ni de lejos todo lo que había en el fondo de aquel encuentro. Salva pareció leerle el pensamiento:

—Sí, pero sonrén, ¿ves? Todos creen que acaban de ver un reencuentro de enamorados o algo así.

—Seguro.

—Mira —le dijo casi al oído—, aquella señora de la esquina está pensando: «¡Qué riquiños!» y esa otra chica, la de la camisa verde, tiene una envidia que se muere porque a ella la acaba de dejar su novio y daría su vida por un abrazo así...

—¡Qué peliculero! ¿No? —comentó Mariana acordándose ahora de Samuel y dejando que ganase la diversión sobre la vergüenza.

—Un poco sí, la verdad.

Él se alegró al ver que Mariana iba recuperando la sonrisa y la palidez iba dejando paso a un bronceado que le sentaba muy bien. Era mucho más guapa de lo que se había imaginado por la foto. Pensó que, no es que fuese un bellezón de esos que te giras por la calle porque no puedes evitar fijarte, pero, una vez que tus ojos se encontraban con los de ella, estabas perdido. Nunca había creído en el amor a primera vista, sin embargo, seguramente, aquello que estaba sintiendo, lo era. O quizás solo estaba confuso, como ella.

Mariana empezó por intentar contarle cómo había conocido a Lázaro, pero Salva ya había oído aquella historia de la discoteca. Según él, su hermano se la había contado mil doscientas veces.

—Él estaba muy pillado por ti, ¿sabes?

La frase se le clavó a Mariana en el alma y la culpa se le retorció haciéndola palidecer de nuevo. Entonces, se acordó de la primera llamada de Salva.

—¿Por qué no me volviste a llamar aquel día? No lo entiendo.

—Sí que te volví a llamar. Dejé pasar un par de minutos y lo volví a intentar, pero

me cogió una chica. Estaba muy estresada. Yo solo pregunté si eras tú y ella, me gritó, literalmente «¡No la vuelvas a llamar, cabrón!» y me colgó. Después insistí un par de veces pero me rechazaba la llamada.

Mariana se acordó de que el día del desmayo, Sara había cogido su bolso y su móvil mientras ella estaba en la ambulancia. Seguro que su amiga había pensado que era Pedro quien llamaba.

—¿Te dijo eso?

—Pues sí, no fue muy amable, la verdad —se rio él—. Lo que no sé es cómo reuní fuerzas para llamarte otra vez. Creo que si no llega a ser por la insistencia de mi padre que se puso muy pesado con que a Lázaro le habría gustado que te diésemos la caja...

—Pues entonces vas a tener que presentarme a tu padre para que se lo agradezca.

—Le gustará conocerte, seguro.

—Oye, espera, ¿has dicho la caja?

—Sí. Te va a gustar. Bueno, creo, supongo, no sé... Espero que te guste, quiero decir.

Salva se estaba poniendo más nervioso que en toda su vida. Había acudido al encuentro entusiasmado por poder hacer aún algo por su hermano, pero esto ya no era entusiasmo, estaba realmente nervioso y se sentía confuso. Mariana le había encantado, de eso estaba seguro, pero ¿qué habría pensado Lázaro? Salva se debatía en una lucha interna para decidir si lo estaría traicionando o si, por el contrario, a él le habría gustado verlos juntos. Alargó la mano para coger la bolsa que había dejado en la silla de al lado. Entonces, sacó de su interior una caja de lata.

—¿Bombones? —preguntó Mariana extrañada.

—¡Qué va!

Salva volvió a sonreír y Mariana sintió que se derretía al ver aquella expresión en su cara. También tenía los mismos hoyuelos que su hermano. Él le extendió la caja.

—Ábrela. Verás.

Ella se dio cuenta de que le temblaban las manos e intentó disimular en vano.

—Tranquila —dijo él pasándole la mano por el pelo con delicadeza.

A ella se le aceleró aún más el corazón al sentir que la tocaba. Entonces, empujó la tapa con los dedos pulgares y esta se abrió.

—¡Dios! ¡No me lo puedo creer! ¡Ay, Dios! ¡Qué ilusión me hace!

Su cara se iluminó por completo. Estaba radiante, pletórica, con los ojos clavados en el interior de la caja. Entonces, tiró de un pico de papel rojo que asomaba por debajo de un CD. Al ver que se trataba del envoltorio de un KitKat, rompió a llorar. No eran lágrimas de tristeza como las de las semanas anteriores, sino de alegría, de emoción, de alivio, quizás. Salva, que no sabía muy bien si decir algo o quedarse callado dejándola disfrutar a solas de aquel momento, se decidió por intentar hacerla reír:

—Eres la primera persona del mundo a la que veo llorar por un papel de KitKat.

—Ya ves —le respondió Mariana entre riendo y llorando.

Poco a poco fue poniendo encima de la mesa los objetos que contenía la caja. El CD tenía una carátula hecha a mano donde unas manchas de colores enmarcaban las palabras «Mariana del alma mía». Estaban escritas de su puño y letra, escritas por Lázaro, sin duda. Ella cerró los ojos y le pareció volver a escucharlo llamándola así cuando se ponía tan tierno. Después, abrió la tapa y, como en todos los CD que le había grabado, allí estaba la lista de canciones, desde los Panchos hasta Machín, pasando por la banda sonora de la película El Piano.

—Menudo gusto tan raro para la música tenía tu hermano... —le comentó a Salva queriendo hacerlo partícipe de aquel momento.

—¡Ya te digo! ¿A ver?

Al ir a coger el CD, las manos de ambos se tocaron y los dos levantaron la vista hacia los ojos del otro, extrañados por la sensación. Se cruzaron las miradas y aguantaron un par de segundos sin decirse nada, sin respirar. Entonces, Mariana disimuló:

—Mira, ¡Machín!, ¿te lo puedes creer?

—¡Vaya si me lo creo! ¡Qué brasa daba con Machín el tío!

Se rieron los dos pero, de repente, a Mariana la invadió la culpa arrasando cualquier resquicio de alegría.

—¿Estás bien? —le preguntó Salva preocupado volviendo a acariciarle el pelo.

Ella tenía ahora la mirada perdida y la expresión congelada.

—¿Qué te pasa, Mariana? Me estás asustando... —insistió él.

Entonces, ella, sin dejar de mirar al infinito, respondió en un suspiro:

—No deberíamos reírnos... Ojalá estuviese aquí para seguir dando la brasa...

—Ya, Mariana, pero no está. Están sus recuerdos. Estamos nosotros para recordarlo... A mí me ha llevado mi tiempo llegar a este punto, ¿sabes? Antes tampoco se me pasaba por la cabeza bromear con nada que tuviese que ver con él. Solo tenía rabia. Llegué a romper la puerta de su habitación de una patada, ¿sabes?

—¡Hala! ¡Qué bruto!

Volvieron a reírse y Mariana volvió a sentirse culpable.

—Ya, mi madre casi me mata.

—No me extraña.

—Bueno, es que además,... verás,... ¿cómo te explico...? Mi madre se trastornó, ¿me entiendes? Cerró con llave la puerta de la habitación de mi hermano y nunca más nos dejó entrar ni a mi padre ni a mí.

Ahora era Salva el que languidecía.

—En el fondo, la perdimos a ella también, ¿sabes? Nunca más volvió a ser la misma. Estaba siempre deseando que nos fuéramos de casa mi padre y yo para encerrarse en el cuarto de Lázaro a llorar. Desde entonces, se puso cada día peor del corazón hasta que no aguantó más y se fue con él. Se murió hace poco, unos días antes de que yo te llamase aquel día.

Salva bebió un par de tragos para hacer tiempo e intentar contenerse. Notó cómo se le venían las lágrimas a los ojos y se dijo a sí mismo que no estaba allí para darle pena a Mariana.

—Pero bueno, no vamos a hablar de cosas tristes —continuó intentando animarse— porque, ¿sabes qué? Que mira, por fin mi padre y yo pudimos entrar en la habitación de Lázaro y recogerlo todo. —Volvió a languidecer—. ¡Hasta estaba la cama sin hacer...!, ¿te lo puedes creer? Todo tal cual lo había dejado él.

Mariana hizo un esfuerzo por venirse arriba y aprovechó la pausa de Salva para intervenir intentando animarlo:

—Fue su mecanismo de defensa, seguro —dijo acordándose de las palabras de Pilar.

—Supongo que sí, que intentó agarrarse a la idea de que volvería... A mi hermano no le gustaba nada que le tocasen sus cosas, se ponía furioso, así que ella... —Hizo una breve pausa—. Bueno, en fin, el caso es que cuando mi padre y yo recogimos todo, encontramos la caja y dentro, la servilleta, por eso te llamé.

—¿Qué servilleta?

—Mira —dijo señalando el interior de la caja.

Efectivamente, allí estaba. Mariana no daba crédito. ¡Era la servilleta del primer día! ¡La del after...! Con su nombre y su número escritos por ella.

Siguió sacando objetos de la lata y decidió permitirse a sí misma disfrutar de aquel momento y, sobre todo, se permitió disfrutar de poder comentar el significado de cada cosa con Salva. Una piedra del monte Alba, una goma del pelo que reconoció como suya al instante, un llavero horroroso que habían conseguido en una tómbola de unas fiestas de sabe Dios qué pueblo perdido, un *ticket* de una tienda de golosinas,... y las fotos. Allí estaban las fotos del fotomatón que tanto quería tener. Al encontrarlas en el fondo de la caja, casi pudo notar cómo su corazón suspiraba aliviado. Era como si le hubiesen quitado una red que lo estaba conteniendo y ahora pudiese expandirse por su pecho libremente, relajado, ocupando todo el espacio que necesitaba.

—Sabía que te iba a gustar —dijo Salva entusiasmado al ver a Mariana brillar con las fotos entre las manos.

—Es el mejor regalo que me han hecho en la vida, Salva.

—Bueno, mujer, tampoco exageres...

—Te lo juro. Ahora sí.

—Ahora sí, ¿qué?

—Ahora ya es diferente.

—¿Diferente?

—Sí. Ahora ya sé que no va a volver pero también sé que fui muy importante para él a pesar de no haber podido ir a su entierro. Lo nuestro no lo supo nadie, nunca, ¿entiendes?

—Yo sí que lo sabía. Él me lo contaba todo, Mariana, pero no te preocupes que de mí no ha salido ni saldrá nunca.

—¿Sabías todo todo?

—Sí, todo. —Dudó antes de preguntar pero reunió fuerzas—. ¿No seguirás con el tal Pedro ese, verdad?

—¡Uf! ¡Qué va!

—Ah... ¡Menos mal! —Ahora el aliviado era él.

—¿Menos mal?

—Sí, bueno,... —Se dio cuenta de que no debería haber hecho ese comentario—. Es que mi hermano me contó lo de las otras, ¡qué fuerte!

—¡Cómo! ¿Lázaro lo sabía? ¿Qué me estás diciendo, Salva?

—¡Vaya!, igual he metido la pata...

Salva se quedó tan volado que no sabía cómo arreglarlo. Mariana estaba atónita. Si Lázaro sabía lo de Pedro con las otras, ¿por qué no le había dicho nada? No tenía ningún sentido...

—No te preocupes, no has metido la pata, es solo que no lo entiendo,... Si lo sabía, ¿por qué no me lo contó?

—Está claro, Mariana.

—Pues tú dirás, porque yo no lo veo...

—Si te lo contaba él, no lo ibas a creer, ibas a pensar que se lo inventaba para que dejases a Pedro. Además, por nada del mundo quería que sufrieses.

Mariana seguía atónita. Si se lo hubiese dicho, todo habría sido diferente. Ahora entendía aquellas palabras de Lázaro cuando ella le había dicho que no quería traicionar a Pedro: «¿Traidora tú? Hay que joderse...».

—Él prefirió dejarse estar ahí —continuó Salva—, siendo tu amigo, para poder seguir a tu lado cuando te enterases y poder ayudarte. Pero tú lo apartaste de tu vida... Aunque él te esperó, ¿sabías? Durante un tiempo mantuvo las esperanzas de que volvieses a llamarlo. Vivía obsesionado con tener batería en el móvil y no había forma de hacerlo salir de casa. Anduvo desquiciado durante meses y meses. Hasta que un día, yo me puse muy serio con él y lo obligué a tomar una caña con mis amigos. Lo fui sacando de casa poco a poco. Una noche empezó a tontear con una chica. A la semana siguiente volvió a encontrarla y se fue con ella. Yo estaba encantado de verlo algo ilusionado otra vez. Durante las semanas siguientes, no quedaban ni nada pero si coincidían en algún lado, se iban juntos y él..., la verdad, parecía que ya estaba más contento... Empezaba a hablar más, a reírse, volvía a entrarme al trapo cuando yo lo picaba a propósito,... Un par de meses después, un día, llegó a casa de madrugada, muy abatido. Mis padres y yo estábamos desayunando en la cocina. Casi sin mirarnos, nos dijo desde la puerta que la chica estaba embarazada. Mi madre se puso furiosa, le gritó «irresponsable» y «malnacido» mientras él se alejaba hacia su cuarto. Fue la última vez que lo vi. Se encerró en su habitación, como había hecho tantas veces y no salió hasta la tarde. Mi madre estaba saliendo y él bajó con ella en el ascensor. Ella no le dirigió la palabra. Según nos contó después, al llegar al bajo, él le abrió la puerta, le dijo «lo siento» y puso el dedo

en el botón del menos uno. Ella entendió que iba al garaje y salió del ascensor sin decirle nada. Nada. No le dijo nada porque estaba enfadada, ¿entiendes? Fue la última vez que lo vio con vida. Él nunca volvió a casa. No te puedes ni imaginar la carga que fue eso para mi madre, Mariana.

—Creo que me puedo hacer una idea. Si yo me siento culpable...

—¿Tú también?

—Claro, Salva, yo era su amiga, él confiaba en mí. No era la primera vez que se le pasaba por la cabeza hacer una tontería y yo..., no es por dárme las ahora de guay, pero te juro que creo que más de una vez lo llegué a frenar, ¿sabes?

—Todos nos sentimos culpables, Mariana, es normal. A mí, aquí donde me ves, me costó muchas sesiones de terapia perdonarme a mí mismo.

—¿También fuiste al psicólogo?

—¿También?

—Yo estoy yendo ahora.

Al ver la cara de asombro de Salva, se excusó:

—Es que voy con un poco de atraso, ¿sabes?

El comentario lo hizo reír y, entonces, Mariana se animó a abrir el fondo de su alma, a sí misma, y a aquel desconocido que le resultaba tan familiar:

—Es que nunca quise creerlo. Me lo negué. Me enteré por un *email*, unos días después de que pasase todo, y me hice creer que tenía que ser un error. Me prohibí pensar en el asunto y como, además, no podía hablarlo con nadie porque nunca nadie había llegado a saber casi nada de aquello... Pero después, cuando pasó lo del accidente...

—¿Tuviste un accidente?

—Sí —dudó antes de seguir y continuó—, el chico que conducía se murió. Fue muy fuerte.

—¡Vaya! Lo siento mucho. —Alcanzó a decir Salva mientras apretaba levemente el brazo de Mariana en señal de apoyo.

—Yo tuve la culpa, ¿sabes? Lo distraje... —hizo una pausa para contener las lágrimas—. El caso es que creo que se me debió acumular una culpa con otra porque, además, Samuel y tu hermano eran bastante parecidos, ¿sabes? Entonces volví a Vigo y empecé a acordarme de Lázaro. Todo el tiempo, digo. Llegué a pensar que lo veía a mi lado, o sentado en la butaca de mi habitación,... Después, con tu llamada, pues imagínate... Me puse muy mal y mi padre me pidió que fuese al psicólogo.

—¡Lo siento, de verdad! No se me ocurrió lo de la voz, ¿cómo iba a imaginarme que te iba a confundir tanto?

—¡Buah! Ni te imaginas. Es que desde el accidente he tenido presente a Lázaro todo el rato, como que se me despertó todo, no sé. A veces me los imagino juntos, a él y a Samuel, sentados en una nube, contándose el uno al otro cómo les jodí la vida, ¿sabes? Y muchas veces pienso: ahora, ¿con qué derecho puedo volver yo a ser feliz?

—Supongo que será normal porque a mí me pasó exactamente lo mismo, eso de

creer que no tenía derecho a ser feliz... Pero el psicólogo me ayudó un montón, ¿sabes? A ti, ¿qué te dice tu psicólogo?

—Eso, que es normal que esté confusa —le respondió Mariana bajando la mirada.

Él le cogió una mano y a Mariana la recorrió un suave escalofrío. Se miraron a los ojos y se sonrieron.

—Claro que sí —dijo Salva—. Y yo,... lo siento... Anda que... ¡Menuda he liado!

—Pues mira —respondió ella con una sonrisa—, no te voy a decir que no.

—Lo siento...

Salva puso entonces aquella cara de cachorrillo abandonado, aquella expresión de Lázaro que tanta ternura le inspiraba a Mariana. Después, agachó la cabeza y ella le acarició el pelo en un acto casi reflejo.

—¿Eso quiere decir que me perdonas por tanto lío? —preguntó él incorporándose.

—Tendrás que currártelo un poco más... —le respondió Mariana con una sonrisa de oreja a oreja.

¡Y vaya si se lo curró! No habían pasado ni cinco minutos desde que se habían despedido en la acera de Urzáiz y Salva ya le estaba mandando un whatsapp: «Me alegro mucho de haberte conocido». Emoticono de carita feliz.

Mariana, que ya estaba llegando a la cafetería del MARCO donde la esperaban Carmen y Sara, se paró en medio de la peatonal calle del Príncipe a leer y releer el mensaje. Sonreía nerviosa y distraída pensando qué responderle hasta que se dio cuenta de que la gente se quedaba mirándola al pasar. Decidió retirarse un poco. Se sentó en las escaleras del museo. Desde allí aún podía ver el Ecos a lo lejos. Sus amigas ya estarían desde hacía un buen rato en la terraza del lateral. Bueno, ahora ya, ... podrían esperar un rato más.

*Lázaro, ¡ayúdame! ¿Qué le respondo a Salva? ¡Ojalá pudieras hablarme, joder! Es que es tu hermano, esto es muy fuerte, no me creo que me vaya a pillar ahora por tu hermano ¡Ay! Pero es que es tan mono... y con esos hoyuelos tan tuyos... ¡Ayj! Perdona, lo siento. No. No voy a tontear ahora con él, claro que no, ¿cómo te iba a hacer esa putada? ¡Tener que verme tonteando con tu hermano! Era lo que te faltaba. No soy tan cabrona. Tranquilo.*

Mariana quería, con todas sus fuerzas, tomar la decisión de pasar de Salva pero seguía con el móvil en las manos, dudando entre una respuesta con un escueto «Gracias. Igualmente», o algo mucho más personal, definitivo y que no dejase lugar a dudas, algo como «Yo me alegro mucho más. ¿Cuándo volvemos a vernos?».

Un toquecito en el hombro la trajo de vuelta a la calle del Príncipe.

—¡Mariana, cielo! ¿Cómo estás?

La Palo y una amiga suya estaban allí plantadas mirándola como si sentarse en unas escaleras fuese algo de otro mundo. Instintivamente, les señaló la pierna mientras se levantaba para saludarlas.

—Bueno, pues ya ves, tía Regina, descansando un poquito la pierna.

—¿Conoces a Marichu? —preguntó Regina mientras Mariana le daba dos besos.

—Me suena pero...

Mariana no tenía ni la más remota idea de quién podía ser aquella señora, ni había oído hablar de ella en la vida, ni le interesaba lo más mínimo conocerla, pero hizo un esfuerzo por actuar como le habían enseñado. Valía la pena solo por no tener que aguantar después a La Palo diciéndole a Sergio que a la niña había que atarla más corto, presentarle a un chico de buena familia, ... y todas esas milongas con las que ocupaba su mente vacía de otros problemas más reales.

—Es que yo conocía a tu madre, ¿sabes, guapiña? —comentó Marichu.

—¡Ah! Pues igual por eso...

—Más de una vez fuimos pareja en la Canasta. ¡Tenías que haber visto qué bien jugaba tu madre! ¡Ay! Fue una pena...

Los comentarios de la gente que insinuaba que ella no había llegado a conocer del todo a su madre le seguían cayendo como puñales pero siguió optando por ser educada y no dijo en alto: «Fue ella quien me enseñó a jugar a la Canasta así que sé mejor que nadie cómo jugaba». En lugar de decir eso, le dio la razón:

—Pues sí, una pena, la verdad.

Regina cambió de tema al recordar lo que le había contado Sergio sobre una cita con un chico.

—Bueno, ¿y tú cómo estás? Tienes muy buen color, se ve que te han sentado bien los aires de Vigo.

Mariana se preguntó si podía ser que ya se le notase la cara de pánfila esa que se les pone a las enamoradas... ¡Dios! ¿Se habría enamorado en plan flechazo como en las pelis americanas? No, bueno, en realidad, aquello no era exactamente «a primera vista». No era la primera vez que veía esos hoyuelos y esa sonrisa. Ni era la primera vez que escuchaba esa voz como de galleta que tanto deseaba ahora escuchar susurrándole al oído... Hizo un esfuerzo por centrarse en la conversación para ver si se iban rápido. Tenía que responderle a Salva. Intentó ser breve:

—Pues estoy bien, tía Regina, cada día mejor, la verdad.

—Bueno, como tiene que ser. Me alegro. A ver si vamos a comer este sábado a vuestra casa y ya me cuentas con más calma.

Lo dijo con un tono como si fuesen amigas, como si Mariana tuviese por costumbre contarle sus confidencias. Probablemente era lo que quería hacerle creer a su amiga así que Mariana pensó que no le costaba nada seguirle un poco el rollo.

—¡Claro! El sábado nos ponemos al día entonces.

—Dale besos a tu padre —dijo La Palo simulando la normalidad de los besos entre familiares—. Por cierto, no lo he visto esta mañana, ¿sabes algo de él? Dejó el coche en casa, como siempre —le aclaró a Marichu—, pero no entró ni nada, iría apurado...

Mariana, que ignoraba la importancia que tenía para La Palo conocer el motivo por el cual Sergio no había entrado a saludar como solía hacer, le respondió lo primero que se le ocurrió:

—Pues ni idea, la verdad. Como a mí siempre me deja antes de ir a aparcar...

No le dijo que Sergio tenía prisa porque iba a visitar al abuelo Juan. Ella no sabía si Regina estaba al corriente de todo aquello y si no lo estaba, habría sido muy pero que muy largo de explicar y... ¡tenía que responderle a Salva ya!

—Seguramente tenía mucho que hacer hoy —concluyó La Palo justificando a Sergio.

—Seguro, sí. —La apoyó Mariana para concluir de una vez.

La Palo y su amiga Marichu se despidieron. Mientras las veía alejarse, Mariana supo que se tirarían un buen rato hablando de ella, de la mala suerte que había tenido

al perder a su madre tan joven ¡y con lo bellísima persona que era! Regina le aclararía que las desgracias de Mariana no acababan por ahí. Le contaría lo del accidente, lo de Samuel, lo del psicólogo que le había recomendado su marido porque jugaba con él al golf y sin duda era el mejor psicólogo de Vigo. La amiga intentaría convencerla de que ella conocía a uno mejor... Esas cosas de la tía Regina y sus amigas.

Con el móvil aún en la mano y cada vez más nerviosa, Mariana se volvió a sentar en las escaleras.

*Bueno, Lázaro, ¿sabes qué? Pues que ahora que me acuerdo del loquero, tío, estaría muy loca si no me diese una oportunidad con Salva. ¿Y si a ti te pareciese genial? Joder, lo siento si te jode pero ¡ya está bien de sufrir, ¿no?! Hasta aquí podíamos llegar. Lo siento si te jode, de verdad, espero no estar haciéndote una putada. Por favor, entiéndeme.*

WhatsApp. Salva. «No te puedes imaginar lo que me alegro yo. ¿Quieres que volvamos a vernos?». Antes de darle a enviar borró la última frase y escribió: «¿Cuándo volvemos a vernos?». Así estaba mejor. Aquello no dejaba lugar a dudas. ¿Sería demasiado atrevido? A ver si lo iba a asustar... Miró el reloj. Sus amigas debían de estar a punto de marcharse y... ¡a ella le temblaban las manos sujetando el móvil! Bueno, mira, ya está, que sea lo que Dios quiera, pensó mientras le daba a la flechita de envío.

Guardó el móvil en el bolso aún temblando y, con miedo a la respuesta, decidió no volver a mirarlo hasta llegar a casa.

Las piernas le flaqueaban un poco cuando se levantó de las escaleras pero a medida que se iba acercando a sus amigas, iba cogiendo fuerzas.

—Tía, ¿qué haces cojeando así otra vez? ¡No jodas! —le gritó Carmen desde la mesa cuando la vio aparecer.

Toda la terraza, que estaba abarrotada, se giró para mirar a Mariana. En un alarde de felicidad, en lugar de amilanarse, se olvidó de la vergüenza y recorrió el resto del camino hasta la mesa como si fuese una Top Model en un desfile, con vuelta y todo, provocando una tierna sonrisa común de todos los presentes y el aplauso de sus amigas.

—¡Niñas! ¡No os lo vais ni a creer!

—Tía, pues cuenta, cuenta, pero cuenta rápido que yo en cinco minutos me piro —le dijo Carmen contrariada al pensar que había novedades y ella no tenía tiempo para escucharlas.

—Eso, cuenta, cuenta —insistió Sara—, que yo también tengo algo de prisa. Me toca recoger a Miguelito en la academia —y añadió—, el muy cabrón suspende cuatro y encima nos jode el verano a todos.

—¡Hola! ¿Qué te pongo? —interrumpió la camarera mirando a Mariana.

Ella echó un vistazo rápido a la mesa. Vio las copas de sus amigas vacías y respondió:

—Que sean tres Martinis.

—No, tía, que yo ya me voy, joder, haber venido antes —replicó Carmen.

—¡Y yo, tía, me piro! —Se le unió Sara.

—Entonces tráeme los tres para mí —le dijo muy seria Mariana a la camarera.

—¿En serio? —preguntó ella.

—No, mujer... —sonrió Mariana—. De momento, con uno voy servida.

—Así que ya estás para andarte con coñitas —observó Sara—. Eso es buena señal.

—Es que vais a flipar, pero a flipar, flipar, ¿eh?

—Jodeeeeer... —murmuró Carmen mirando el reloj cada vez más contrariada por tener prisa en un momento de noticias frescas.

—Es que cuando os cuente lo que me acaba de pasar... —Siguió Mariana poniendo el tono de emoción que requería el momento.

—Tía, ¡al grano! —insistió Carmen.

Mariana intentó hacer un resumen aunque le resultaba difícil no dar detalles como lo nerviosa que se había puesto cuando Salva le había tocado el pelo o la ilusión que le había hecho aquel papel de KitKat. Cuando, por fin, llegó a la parte del mensaje que le había mandado a Salva, las dos amigas preguntaron a la vez:

—¿Y qué te respondió?

—No lo sé.

—¡Cómo que no lo sabes!

—No sé si me respondió o no. No quiero ver... Por si acaso.

—¿Por si acaso, qué? —dijo Carmen arrancándole el bolso de flecos del regazo para mirarle el móvil.

Mariana se lo volvió a quitar y se enzarzaron en un tira y afloja.

—A ver, ¡haya paz! —exclamó Sara casi gritando.

Se quedaron paralizadas con el bolso en el aire por encima de la mesa agarrado por ambas, una por cada lado.

—Traed el bolso ahora mismo —ordenó Sara alargando la mano.

Era tan raro que Sara intentase imponerse que, sin saber por qué, obedecieron. Sara se guardó el bolso en su regazo y miró fijamente a Mariana.

—¿Me puedes explicar de qué cojones tienes miedo?

—Pues... ¿De qué va a ser?

—Eso no es una respuesta, tía, no me seas tan gallega.

—Yo qué sé... Pues de que no me responda, o de que me salga con una bordería, o... ¡Vete tú a saber!

—Muy bien, lógico, vale. —Sara le dio la razón para que Mariana bajase la guardia—. Y ahora, dime, ¿te sirve de algo no saber?

—No, bueno...

Mariana empezaba a ceder. Carmen le hizo un gesto a Sara señalando el reloj.

—Entonces, si tú no eres capaz, ¿me dejas mirar a mí y salimos de dudas? —preguntó Sara.

—Es que... —titubeó Mariana.

—¿Y si pone que no puede esperar ni un minuto más para volver a verte? —Imaginó Carmen.

—Anda ya, tú has visto muchas pelis, tía.

—Venga, anda, porfa, déjame ver —insistió Sara.

—Bueno, vale, echa un vistazo antes de que me arrepienta.

Sara sacó el iPhone del bolso de Mariana y leyó en alto: «El viernes me voy de viaje a EE. UU. Estaré allí dos semanas. Me encantaría poder verte antes de irme. ¿Te puedo invitar a cenar el jueves?».

—¡Joder, joder! ¡Qué fuerte! —dijo Carmen emocionada olvidándose de lo tarde que era.

Mariana puso los codos en la mesa y apoyó la cabeza en las manos tapándose con ellas la boca.

—Aún hay más. —Sara levantó la cabeza ilusionada pero le sorprendió la cara de preocupación de Mariana—. Tía, ¿qué coño pasa ahora?

—No sé, joder —dijo Mariana dejándose caer en el respaldo.

—¿Cómo que no sabes? ¿A qué viene ese careto, tía? Tenías que estar dando botes...

—Ya, pero...

—¿Ya pero qué, *carallo*? —Se impacientó aún más Carmen.

—Pues que es el hermano de Lázaro.

Al ver que Mariana las miraba con cara de mártir, Carmen, agobiada porque no tenía tiempo para andarse con paridas, disparó:

—¿Y? Lázaro está muerto, tía, a ver si te enteras de una puta vez. Ya no está aquí, ¿entiendes?

—¡Hala! ¡Qué bestia! —le recriminó Sara.

—No, déjala —intervino Mariana—, si tiene razón... Aunque un poco bestia sí

que eres, ¿eh, tía? —añadió girándose hacia Carmen.

—Es que estás alelada, mujer. —Carmen intentó compensar el daño del balazo—. ¿Tú no ves que la vida te sonrío? Abuelo nuevo, tronco nuevo,... eso no pasa todos los días, ¿sabes?

—Lo del abuelo mola, sí —reconoció Mariana—. Pero lo del tronco está por ver. Calma.

—De eso nada —interrumpió Sara—, escucha como sigue esto: «Te parecerá un poco raro tanta prisa, igual prefieres quedar cuando vuelva, pero no sé si puedo aguantar». ¡Tía! ¡Está clarísimo! Este tío está pillao y requetepillao.

Mariana sonreía sin decir nada. Se estaba poniendo más roja que la cereza del Martini. Bebió un buen trago para taparse un poco con la copa y, de paso, ganar tiempo para pensar.

—¡Qué fuerte! —repetía Carmen sin parar—. ¡Qué fuerte!

—Espera, espera, que aún hay más. Todo esto que os acabo de leer es de las 13:38 pero es que a las 13:41 pone: «Mariana, lo siento si te he asustado pero nunca me había pasado algo así... Conocer a alguien y... Bueno, dime algo, por favor, no me dejes así». Y después pone un emoticono de esos de dos manos rezando.

Sara giró el teléfono para enseñárselo a Mariana. Ella lo cogió y releyó todo otra vez sonriendo.

—Tía, ¿a qué estás esperando? —le increpó Carmen—. ¡Respóndele, joder!

—¿Y qué le digo?

—¿Pues qué le vas a decir? Que a qué hora quedáis, ¿no?

—Tía, tú eres más bruta... —Volvió a reñirle Sara a Carmen—. ¿No ves que este tío es de los románticos?

—Salva, se llama Salva —le recordó Mariana.

—Pues dile que tú estás igual —intervino Carmen.

—Tiene que decírselo pero sin decírselo, ¿entiendes?

—Después soy yo la que ha visto muchas películas —se quejó Carmen.

Mariana decidió retomar las riendas de su vida antes de que sus dos amigas se enzarzasen en una discusión interminable.

—Bueno, ya está bien —las cortó y mientras escribía fue leyendo en alto— «Yo tampoco sé muy bien qué pasa pero estoy igual que tú». Emoticono de carita ruborizada. «¿Quedamos el jueves a las 21:00? ¿Te va bien?».

—Perfecto —opinó Sara.

—Pero, tía, dale a «enviar» —insistió Carmen.

—¿Sí? —dudó Mariana.

Carmen, sin pensárselo dos veces, alargó la mano y le dio ella misma. Mariana la miró primero con cara de odio pero al ver la expresión de orgullo de su amiga no pudo evitar sonreír. Carmen era así.

Se quedaron las tres mirando la pantalla del iPhone y no tardaron ni diez segundos en aparecer tres emoticonos de unas manos dando palmas. Sara y Carmen

aplaudieron también mientras Mariana suspiraba aliviada. El móvil volvió a vibrar y Mariana leyó en alto:

—«¿A las 21:00 en el Maitetxu? Es en frente de Aloya, ¿te va bien? ¿Prefieres que te vaya a buscar?».

Esta vez respondió sin pedir la opinión de sus amigas: «Perfecto. No hace falta, gracias. El jueves a las 21:00 en el Maitetxu». Dudó un segundo, añadió «Besos» y le dio a enviar. Al instante recibió una mano con el pulgar levantado y un «Bss. Q bien!!!» que les enseñó a sus amigas con una sonrisa de oreja a oreja. Guardó su iPhone y las tres se levantaron despidiéndose apuradas.

Sara se encontró a Miguelito caducado y deshidratado a la puerta de la academia. Cuando iba a empezar a protestar, Sara le dio lo que llamaba una «colleja preventiva» evitándose así la retahíla de reproches que habría tenido que sufrir de camino a casa. En lugar de eso, Miguelito decidió masacrar a su hermana hablándole durante todo el camino de los trucos del GTA que Sara no podía soportar. Hizo como si lo escuchase mientras pensaba en la suerte que había tenido Mariana. Salva y ella sentían lo mismo. Ojalá Francisco, algún día,...

Carmen tuvo que aguantar las caras largas de sus padres al llegar a casa. «¿Tú no has visto mis veinte llamadas perdidas?», le recriminó su madre, «estábamos preocupadísimos». ¡Anda ya!, pensó Carmen mientras se colocaba la servilleta en el regazo y decía lo que querían oír:

—Lo siento mucho, no volverá a pasar.

Mariana tuvo más suerte. Cuando estaba de camino al Carballo para encontrarse con su padre, recordó que habían quedado en que, como él iba a visitar al abuelo y ella no sabía cuánto iba a tardar, el primero que estuviese «libre», llamaría al otro. Así que volvió a sacar su iPhone del bolso de flecos y llamó a Sergio.

—¿Papá? ¿Qué tal vas?

—¡Ay, hija, perdona! No sé ni qué hora es... —respondió desorientado.

—Pues igual es hora de que vayamos a comer... Puede que Cecilia ya haya llamado a todos los hospitales —bromeó Mariana.

Sergio se había pasado toda la mañana hablando con su padre recién recuperado. Estaba claro que era una persona diferente sin la presencia de Tulia. Sergio lo recordaba muy reservado y, sin embargo, ahora no paraba de contarle las mil y una batallas que había tenido que librar a lo largo de la vida para salir adelante. Sergio siempre había pensado que su padre era un donnadie que se había limitado a heredar una fábrica y a complacer a su mujer en sus caprichos. No tenía ni idea de que la fábrica estaba casi en la ruina cuando había llegado a sus manos. No sospechaba ni de lejos la cantidad de noches en vela que se había pasado su padre dándole vueltas a los libros de cuentas. Tampoco se habría imaginado jamás que en una ocasión, hacía un par de décadas, su padre había estado a punto de saltar al abismo del juego y mucho menos se habría imaginado que había sido su primo Adolfo quien lo había introducido en ese mundo de noches de póker y su primo Jacobo el que lo había

rescatado de aquella mala vida sin que Tulia llegase a enterarse.

A Sergio le faltaba tanto por saber... Sin embargo, Juan parecía saberlo casi todo. Se ve que no había sido tacaño a la hora de elegir la agencia de detectives porque, sin duda, habían hecho un buen trabajo. Contrariamente a lo que esperaba Juan, a Sergio no solo no le molestó lo del detective, sino que se sintió querido. De alguna forma, en el fondo de su corazón de hijo herido, algo le decía que aquello era una tenue señal de amor. Por lo menos, se había preocupado por saber de él y de los suyos.

Cla-clá, cla-clá.

—Cecilia, ¡ya están aquí!

—¿Se entera ahora, señorita Pilar?

—Sí, por el portón, lo digo... —respondió creyéndose muy lista y, por lo tanto, con derecho a robar una croqueta.

—Ya, pero hace casi un minuto que Spi salió por esa puerta hacia el jardín. Yo ya supe entonces que estaban al caer.

—¡Ay! ¡Cecilia, por Dios! ¡Qué manía! No diga eso de «al caer» que da como yuyu.

Cecilia siguió a sus croquetas, como si nada, cuando Sergio y Mariana entraron en la cocina acompañados de Spi que daba golpes con el rabo en las puertas de la cocina, en las piernas de todos,...

—Mire, señor, un burro volando —dijo Cecilia señalando la ventana con una mano y una fuente de croquetas con la espumadera que sostenía en la otra.

—Era justo eso lo que iba a decirle, Cecilia, qué curioso.

Sergio se zampó la croqueta de un bocado y, guiñándoles un ojo a sus hijas, aún con la boca muy llena, les preguntó:

—¿Vosotras no estáis viendo un burro volando?

Con un gesto de los ojos las animaba a coger una croqueta.

—Yo sí —rio Mariana robando una.

—¡Uy! —exclamó Pilar—. Pues yo acababa de ver uno antes de que llegaseis pero me parece que ahora estoy viendo otro.

—Bueno, bueno —les regañó Cecilia—, a ver si no van a llegar a la mesa... ¿Y si se nos presenta el señorito Francisco a última hora como hace siempre?

No había terminado de decir la frase cuando se oyó de nuevo el cla-clá del portón.

—¡Qué bien! —comentó Sergio mirando a Pilar—. A ver si por la tarde nos puede ayudar con la mudanza del abuelo.

—No creo que haga falta. Ya estuve allí ayer y dejé todo preparado.

—¿En serio? Algo me comentó ahora, sí,... pero no le hice mucho caso. Tenía tantas cosas que preguntarle...

—Sí, así fui adelantando.

—Eres increíble, hija.

—Si no fue nada, papá, el pobre tiene cuatro cosiñas. Además, me encantó estar con él. Me va a dar una rabia marcharme el viernes a Santiago...

—Vas, terminas la tesis y te vuelves —dijo Mariana como si fuese una gran idea.

Pilar se había metido en camisas de once varas al hacer la tesis sobre el Pórtico de

la Gloria. Quería darle un enfoque completamente innovador pero estaba muy difícil con tantos estudios ya publicados con visiones de lo más originales. Tenía hasta finales de septiembre para entregar el primer borrador y «perder» unos días le estaba suponiendo un atraso tan monumental como la propia catedral de Santiago. Pero valía la pena. No le aparece a uno un abuelo nuevo de la noche a la mañana todos los días.

—Sí, claro, así, tan alegremente, termino y me vuelvo... Para ti es todo tan fácil...

—Es que hoy lo veo todo de color de rosa —respondió Mariana guiñándole un ojo a su hermana.

—¿Y eso?! —preguntó Pilar emocionada.

Sergio se quedó mirando a Mariana sin respiración, ¡qué maravilla oírle decir eso! Daba gusto verla así de contenta. Había venido todo el camino hablando del tal Salva muy emocionada. Sergio elevó la mirada y le hizo un guiño invisible a Olga mientras le decía para sus adentros. «Mi reina, creo que tenemos a la niña enamorada... Ahora ayúdala con el tal Salva ese, ¿eh?».

Cecilia se había quedado como una estatua, con las croquetas en la espumadera escurriendo algo más de lo necesario. Apartó la sartén del fuego muy despacio para no hacer ruido.

Justo cuando Mariana iba a empezar a explayarse contándole a Pilar lo de Salva, una voz desde el jardín rompió el segundo de silencio:

—¡Ho-ho-hooooo!

No había duda de que era Francisco, así que Cecilia no pudo abstenerse de hacer el comentario de rigor:

—¿Lo ven? ¿Tenía o no tenía yo razón?

—Usted siempre tiene razón, Cecilia —respondió Sergio—, y si alguien dice lo contrario, tendrá que vérselas conmigo —añadió intentando parecer muy serio.

Francisco se sorprendió al ver a tanta gente en la cocina. Se puso a dar besos protestando:

—¡Vaya! ¿Nadie me iba a avisar de que había fiesta en la cocina?

—¡Eso! —protestó Cecilia—. Todo el mundo fuera de aquí, que si no, nos quedamos sin croquetas. Todos a la mesa, ¡venga, venga!

Pasaron al salón donde la mesa ya estaba preparada con la vajilla de La Cartuja. Mientras se sentaban, Francisco intercambió su copa con el vaso de Nocilla de Mariana, que esta vez era de diseño de Jordi Labanda. Tenía algunos años, como la mayoría de la colección.

—¡Para! ¡Trae! —le increpó Mariana contrariada.

—¿Trae qué? —preguntó Francisco haciéndose el despistado.

—¿Qué va a ser? —respondió ella como buena gallega.

—Ni idea.

—¡Papá! Dile algo...

—Francisco, hijo, no hagas rabiar a la niña y dale su vaso, que hoy está muy

contenta.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y eso? —se interesó Francisco ilusionado devolviéndole el vaso.

—Es que ha ido a tomar un café con un chico —se chivó Pilar— pero pregúntale tú porque a mí ya me dijo que no me iba a contar nada... —añadió con retranca recordando la conversación de la piscina.

—¿Y cómo es él? ¿En qué lugar se enamoró de ti? —cantó Francisco imitando a Perales con un tenedor a modo de micrófono.

—¡Papá! —protestó Mariana.

—¿Qué, hija? ¡Cuéntales, mujer...! ¿No ves que es de broma?

—Pero si estás deseando contarlo. —La pinchó Francisco.

Ella le respondió frunciendo la nariz y mirándolo como si le desease todos los males del mundo. Él le devolvió el mismo gesto, ella lo repitió y él se lo volvió a devolver. Así hasta que, como siempre que hacían eso de pequeños, acabaron riéndose los dos y Pilar aprovechó para indagar:

—¿Entonces qué? ¿Qué tal? ¿Qué te quería?

—Quería darme una cosa que me hizo mucha ilusión —afirmó Mariana muy solemne.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, y además es muy riquiño, así que dejadlo en paz.

Sergio, que de camino a casa ya había oído toda la historia del encuentro, de la caja, de los whatsapps,... no pudo evitar decir:

—La niña va a ir a cenar con él el jueves.

—Mmmmm... ¡Esto se pone emocionante! —exclamó Pilar.

—Entonces, ¿qué? Love is in the air... —volvió a cantar Francisco tenedor en mano.

Mariana volvió a fruncir la nariz y mirarlo con cara de mala pero esta vez, antes de que él se la devolviese, decidió defenderse atacando:

—¿Y tú qué? ¿Cuándo le piensas contar las novedades a Pilar y a papá? A ver, guapo.

—¡Ya te vale! —protestó Francisco—. Sigues siendo la misma chivata de mierda que cuando eras pequeña.

—¡Francisco Nogueira! —Se enfadó Sergio dando un golpe en la mesa.

Francisco chasqueó la lengua y le frunció la nariz a Mariana antes de disculparse.

—Lo siento.

—Bueno, a ver, ¿qué es eso que dice la niña?, ¿de qué novedades habla, hijo? Supongo que no será un secreto de Estado.

—Hombre, pues tanto como eso, no...

—¿Entonces?

Francisco miró a Mariana diciéndole sin decir: «Me las vas a pagar» y ella le devolvió una sonrisa de oreja a oreja, dejando claro que había ganado la batalla.

—Bueno pues...

Francisco dudó un instante pero al ver las caras de ilusión que le estaban poniendo Sergio y Pilar, se animó a continuar:

—Pues... Es que estoy saliendo con Tania.

—¡Hala! ¡Qué bien! —exclamó Pilar.

—Hombre, pues enhorabuena, me alegro mucho, hijo —le dijo Sergio—. Lo que no entiendo es por qué tanto misterio...

—Bueno, es que ella quiere ir despacio, papá.

—¡Bah! Pamplinas, que diría Cecilia. ¿Qué te parece si la traes el sábado a comer para que podamos conocerla? —preguntó Sergio.

—¿Pero no te estoy diciendo que quiere ir despacio? Calma, papá, ya la conocerás cuando llegue el momento.

Antes de que Sergio sacase su lado Tauro y se empeñase en conocer a Tania cuanto antes, Pilar decidió salir al rescate de su hermano:

—¡Cuánto me alegro por ti! Seguro que os va a ir muy bien, ya verás. Y si quiere ir despacio, pues mejor, tú dale el tiempo que necesite.

Francisco le dedicó a Pilar una sonrisa de agradecimiento y aprovechó aquello para cambiar de tema:

—Hablando de tiempo. Me las he apañado para tener la tarde libre, ¿cómo nos organizamos para la mudanza del abuelo?

Cecilia había pensado cada detalle de la habitación que dejaría de ser «la de invitados» para pasar a ser «la del señor Juan». Con la ayuda de Francisco, había retirado una de las dos camitas para ganar espacio y poner un buen sillón con una lámpara de pie al lado y una mesita tipo velador. Sabía que al señor Juan le gustaba leer y aquel rincón le iba a encantar. Lo malo era que la señora Olga le habría mandado poner una alfombra «para hacer hogar», como decía siempre, pero La Palo Esa ya había tenido que meter las narices y le había dicho a Sergio que nada de alfombras, no se le fuese a enganchar el bastón o no sé qué pamplinas.

Mientras todos los demás iban a buscarlo a la residencia, ella ultimó los preparativos: colocó encima del velador un ramito de cuatro camelias recién cortadas en un jarrón bajo de cristal tallado con una base de plata; en la mesilla de noche puso agua fresca en aquel verdó que le ponía a la señora Olga cuando estaba enferma, era una botella de cristal azulado, con su vaso a juego haciendo de tapa; abrió el ventanal que daba acceso a un pequeño balcón con vistas a la ría y dejó que la brisa del mar se apoderase de la habitación; después volvió a cerrar no fuese a ser que al señor Juan le cogiese una corriente de aire, pero dejó las cortinas abiertas de par en par para que se viese bien la ría, eso sí; se aseguró de que la almohada estaba alineada con el cuadrante y comprobó que no había ni una arruga en la colcha blanca; abrió las puertas del armario por enésima vez para comprobar que Mariana había sacado de allí sus trastos de cuando le había dado por la pintura y había intentado nada más y nada menos que pintar la ría, gracias a Dios, ya no estaba allí aquel horror de cuadro sin terminar, ni el caballete, ni el maletín enorme, ni los paños llenos de manchas de

colores; por último, metió la nariz dentro del armario para comprobar que el saquito de lavanda había funcionado, no quedaba ni rastro del olor a casa de Picasso. Ahora, el armario olía como le habría gustado a la señora Olga. Cuando hubo comprobado, por fin, que estaba todo en orden, echó un último vistazo rápido desde la puerta y, antes de entornarla, dijo en alto:

—No hay mayor satisfacción que la del deber cumplido.

Y se retiró al cuarto de la plancha mientras oía el cla-clá del portón.

A Juan se le asomaron las lágrimas a los ojos cuando vio el cariño con el que estaba preparada la habitación, aunque la contemplación de aquella cama inmaculada y sin arrugas le duró poco. Mariana, que estaba algo cansada, se tiró en ella, cuan larga era, nada más entrar.

—¡Mariana! —le regañó Pilar.

Ella se puso en pie como si tuviese un muelle automático.

—Lo siento... No me había dado cuenta...

—Deja a la niña —dijo Juan.

Mariana se quedó un poco chafada por que le hubiese llamado «la niña», ¿también la iba a llamar así? Bueno, qué más daba, si la dejaba tirarse en su cama y la defendía de la pesada de Pilar...

Sergio ayudó a Juan a sentarse en el sillón de cuero marrón mientras Mariana volvía a acomodarse en la cama, aunque esta vez con un poco más de delicadeza.

Al final, tenía razón Pilar y, tal como había pronosticado, lo que habían llamado «La mudanza del abuelo», no era para tanto. Parecía una broma que toda una vida de derroches y abundancia cupiese en dos maletas y un bolsón.

—Las cosas no valen nada —se justificó Juan mientras Pilar colgaba las camisetas en el armario y Francisco ordenaba los pijamas en un cajón—. Cuando decidí que era hora de mudarnos a una residencia porque Tulia estaría mejor, lo metí todo en un guardamuebles para vender la casa y allí quedó todo, estará todo tal cual... —Se quedó pensativo un instante y continuó—. Al final, ¿sabéis qué es lo que de verdad necesito? Este bastón. Este palo de nada es algo útil que me da un poco de libertad. Todo lo demás es porquería. Bueno, todo menos eso.

Pilar no daba crédito a lo que estaba sacando de un bolsillo de la maleta del abuelo. Él la miró con una gran sonrisa y afirmó todo henchido:

—Mi tableta.

—¡Cómo! Pero... ¿tú usas esto? —se asombró Pilar con un iPad como el de Mariana en las manos.

—¡Ya ves! —respondió Juan estirándose todo lo posible.

Entonces, les explicó que le había venido muy bien cuando Tulia había empezado con el Alzheimer. En Internet había miles de consejos y de artículos que le habían resultado de mucha utilidad. Todo había empezado por ahí. Después había conseguido que Tulia hiciese sopas de letras que él le iba poniendo en el iPad, ¡hacía cientos de sopas de letras cada mes! Hasta que se le olvidó cómo se hacían. Entonces,

empezó a resolverlas él mientras ella observaba sorprendiéndose cada vez que Juan encontraba una palabra. Durante cada uno de esos instantes, ella lo miraba como si fuese el héroe que le encontraba sus palabras perdidas. Hasta entonces solo lo había mirado así, con admiración, una vez en la vida: en el momento en el que abrió la caja con el anillo de pedida. Así que, aunque solo fuese por aquellas miradas, el iPad ya había valido la pena, pero es que, además, ahora lo usaba para ver cosas de arte porque a lo largo de la vida había ido apasionándose cada vez más por la arquitectura. Le encantaba todo, desde los templos griegos hasta Le Corbusier...

Mientras el abuelo les iba desvelando el fondo de su alma a través de sus cuatro cosas, Spi, tendido a sus pies, levantaba la cabeza de vez en cuando para comprobar que Sergio seguía por allí. Cuando las maletas estuvieron vacías, Francisco las guardó en el altillo y Pilar anunció:

—¡Hala! Abuelo, ya está. Como diría Cecilia, no hay mayor satisfacción que la del deber cumplido. Y ahora, ¿te apetece merendar en el porche? —y añadió— ¿sabes que estoy haciendo la tesis sobre el Pórtico de la Gloria? Si quieres, te lo cuento mientras damos cabo de los primeros higos de este año.

—Eso, vamos a disfrutarlos ahora que aún podemos —comentó Sergio— porque como nos los pillen las avispas asiáticas esas...

—Pues no se hable más —dijo Juan dejándose ayudar por Francisco y Mariana para levantarse.

—¡Yo tengo un hambre! —comentó Mariana sin darle mayor importancia.

Pilar y Sergio intercambiaron una mirada de alegría, hacía un par de días habían tenido que darle la razón a Cecilia cuando les había regañado porque la niña estaba muy flacucha y nadie le decía nada por dejar comida en el plato. Aun así, Sergio no pudo evitar hacer el comentario que hacía siempre que oía eso de «tengo hambre»:

—No tienes hambre, tienes apetito. Y da gracias porque no tienes ni idea de lo que es pasar hambre.

—Vale, vale... —cedió Mariana con tono de paciencia—, apetito, ¡tengo un apetito...! —añadió guiñándole un ojo al abuelo.

—Bueno, entonces... ¿qué?, ¿damos cabo de esos higos o no? —La ayudó Juan.

Dicho esto, Juan echó a andar por la que ya era su casa ayudado por su bastón de ébano y seguido de toda una comitiva que encabezaba Spi. Pensó que en aquel momento se parecía bastante a un pastor con la vara, el perro y las ovejas, salvo por un pequeño detalle: los pastores se encargaban de guiar a su rebaño por el buen camino, sin embargo, él no tenía ni idea de cómo llegar hasta el porche del que había hablado Pilar.

El Doctor Ventura esperó a que Mariana terminase de contarle todo lo de Salva, lo de la caja, lo de los whatsapps, lo del abuelo,... Estaba tan entusiasmada que no había dejado de sonreír en todo el tiempo que llevaban de consulta. Él miró con disimulo su Rolex de esfera verde y decidió que había llegado el momento. Mariana estaba hablando del abuelo.

—...¡Qué risa! Íbamos todos detrás de él como tontos y él, tan campante, hasta que llegamos al garaje y confesó: «No tengo ni idea de cómo llegar al porche ese, ¿se puede saber por qué me estáis siguiendo en vez de decirme cómo se va?».

—Muy bueno —dijo Ventura Morales forzando su mejor sonrisa y aprovechando para cambiar de tercio—. A veces nos dejamos llevar sin cuestionarnos adónde nos llevan... Eso es porque confiamos en el que va delante.

—Pues sí —reflexionó Mariana.

—Y precisamente de eso quería hablarle... Usted confió en su padre cuando la trajo aquí hace algún tiempo, ¿cierto?

—Bueno, no confiaba mucho, la verdad, pero me dejé llevar sin cuestionarlo mucho, eso es cierto.

—Bien, pues creo que ya va siendo hora de que se plantee si necesita seguir viniendo. —Disparó el psicólogo.

—¿Y eso? —se sorprendió Mariana.

—Pues eso, Mariana, que creo que ya no me necesita. Cuando la trajo su padre estaba confusa, pero ahora que lo tiene todo muy claro, deberá continuar su camino sin mí. Ya no me necesita, ¿entiende? —repitió el doctor.

—Pero yo quiero seguir viniendo, doctor —protestó Mariana—. ¿A quién le voy a contar ahora todas estas cosas?

—¡Uy! Como si le faltase gente para escucharla, Mariana. Está su padre, su hermana, sus hermanos, sus amigas... ¡ah! Y ahora también su abuelo.

—Ya, pero no es lo mismo...

—Es cierto, no es lo mismo, ahí lleva razón —vio cómo Mariana se crecía en la silla de director y siguió—, no es ni parecido. Es muchísimo mejor.

Ella se escurrió en el asiento contrariada y cruzó los brazos. Él continuó:

—Cuando acudió usted a mí, estaba confusa y eso la hacía sentirse mal, ¿cierto?

—Sí..., bueno..., más o menos... —dijo sin querer dar su brazo a torcer.

—Pero ahora ya es diferente, Mariana, ahora que ya ha aceptado las cosas como son, poco a poco, irá aprendiendo a vivir con ello.

En el fondo, Mariana sabía que el doctor Morales tenía razón pero le había cogido cariño, le gustaba ir allí, contarle sus cosas, desahogarse,... ¡La escuchaba tan bien!

Buscó desesperadamente un pretexto para prolongar aquello.

—Pero duele. Hago como que estoy feliz por lo de Salva pero ahora lo de Lázaro duele más, ¿sabe?

—Exacto. Eso es lo bueno.

—¡No fastidie!

—Es que tiene que doler, Mariana, eso es lo normal, forma parte del proceso, ¿entiende? Lo que no era saludable era estar negando una muerte durante años, o estar pensando que recibía llamadas del más allá, o pensar que la perseguía una maldición,... Dígame sinceramente, ahora, si ve hacia atrás, hacia las primeras consultas, ¿cómo se siente?

—Algo ridícula, la verdad —confesó tapándose las mejillas con ambas manos.

—No era ridículo, solo estaba confusa, Mariana, pero lo importante es que ahora ya no lo está. Ahora solo necesita tiempo para ir encajando todo, y mientras, tiene que continuar con su vida. Y es lo que ya está haciendo y lo está haciendo muy bien, por lo que me reitero en la idea de que ya no me necesita.

—Pero ¿y si resulta que no sé cómo encajarlo todo?

—¡Hay que ver cuánto han cambiado las cosas! Al principio no había forma de retenerla en esa silla y hoy no hay manera de echarla —le sonrió el doctor Morales.

—Es que... Vale que ya sé la verdad y todo eso, pero... ¿y si no sé cómo encajarlo todo? —repitió ella intentando poner cara de mártir.

—Claro que sabe. Ya lo está haciendo. Y le repito que lo está haciendo muy bien.

Mariana hizo un último intento, a la desesperada, de ablandar el corazón del doctor Morales:

—Pero a veces lloro.

—¿Y por qué llora, Mariana? —preguntó el psicólogo mientras jugueteaba con su pluma Parker para mostrar que le daba poca importancia a lo que Mariana pretendía magnificar.

—¡Por qué iba a ser! —Se enojó ella—. Porque Lázaro está muerto y no lo voy a volver a ver y lo echo de menos y me gustaría preguntarle tantas cosas y no puedo...

—Eso está bien.

Mariana se sintió realmente ofendida. Le dieron ganas de levantarse y coger la puerta para no volver. Pero no lo hizo. En lugar de eso, se quedó sentada en aquel lugar del que, en el fondo, no quería moverse, y exigió una explicación:

—¡¿Está bien?! —exclamó ofendida.

—Piense usted en su madre. ¿Llora alguna vez por ella?

—Pues claro, muchas veces.

—Por ejemplo... ¿cuándo?

—Pues por ejemplo, cuando me pasa algo muy bueno y ella no está para verlo...

—En momentos así, siente usted un vacío muy grande, ¿cierto?

—¡Pues claro!

Por un instante, Mariana odió al doctor Ventura, ¿por qué le hacía eso?, ¿era

necesario meter así el dedo en la llaga? Se escurrió en la silla todo lo que pudo. Las lágrimas ya se asomaban a sus ojos ¡Dios! ¡Ojalá pudiese contarle a su madre lo de Salva! Estaba Pilar, como había estado siempre, claro, pero no era lo mismo...

—Sin embargo, poco a poco, ha encontrado usted sus propios mecanismos de defensa para que no duela tanto, o por lo menos, para que ese dolor le deje espacio para hacer su vida normal e intentar ser feliz, como todo el mundo, ¿o no?

—¿Mecanismos de defensa? Como lo que decían Pilar y Salva... —pensó en alto.

—Por ejemplo, su hermana Pilar... nunca va a sustituir a su madre, claro, pero... ¿tenerla a ella no la ayuda a llevarlo mejor?

—Sí, bueno, en parte,... Aunque ya me ayudaba antes, cuando mi madre estaba tan malita...

—Porque, en ese caso, tuvo tiempo de adelantar sus mecanismos de defensa. Ya estaba preparada, por eso pudo vivir la muerte de su madre encajando su pérdida en un proceso normal, por eso ahora puede recordarla con una sonrisa a pesar de que siga llorando por ella algunas veces y a pesar de que la eche de menos cada día.

—Bueno, vale, ¿y?, ¿adónde quiere usted llegar con eso, doctor?

—Pues a que ahora que ha tenido tiempo de asumir que tanto Lázaro como Samuel están muertos, también iré encontrando poco a poco sus propios mecanismos para ir encajándolo todo.

—No sé... Puede ser...

—Entonces, ya no me necesita, Mariana —repitió una vez más—, ahora ya le toca seguir sola, bueno, sola no, gracias a Dios, con la ayuda de un montón de gente que la quiere, que la escucha y que se preocupa por usted. ¿Estamos o no estamos de acuerdo?

—Pero justo cuando me estaba empezando a gustar esto...

—Ahora tiene que dejar sitio aquí a otras personas que necesitan mi ayuda, ¿entiende?

—Entiendo, sí, más o menos,... Pero...

—Pero nada, Mariana. Créame: está usted preparada para seguir adelante. Es hora de volar, ¿entiende?

Se rindió. A Ventura Morales no le faltaba razón. De hecho no era el primero que se lo decía: Pilar, Carmen,... hasta Francisco había vuelto a meterse con ella como había hecho siempre... Si lo pensaba bien, lo ridículo, ahora, era seguir allí, en la consulta del psicólogo, cuando en realidad, la vida empezaba a sonreírle y dentro de nada estaría haciendo volteretas laterales por el jardín.

—Quizás sí, pero entonces volaré bajito, y por aquí cerca, por si acaso, ¿vale?

—Me parece bien lo de por aquí cerca, yo estaré aquí si me necesita, repito ne-ce-si-ta. Pero de volar bajito, nada, toca volar alto, Mariana, deje de soñar con volar y vuele de verdad. Empiece por disfrutar de esa cena con Salva y, luego, ya verá cómo todo va a salir bien.

—Dios le oiga.

El doctor volvió a consultar su reloj con disimulo. Faltaban un par de minutos pero decidió que era hora de poner el punto final.

—Bueno Mariana, pues...

A ella se le puso un nudo en la garganta y se sorprendió de sí misma. No tenía ni idea de que le iba a dar tanta pena despedirse del doctor Ventura, ¡con lo antipático que le había parecido el primer día!

—¿Con esto y un bizcocho? —titubeó con el nudo en la garganta.

—Pues sí. Con esto y un bizcocho... —le sonrió el psicólogo.

Probó el pedal del freno varias veces antes de atreverse a arrancar. Pilar se había negado a acercarla a Vigo para ir a cenar con Salva, ofreciéndole a cambio que se llevase su Tiguan. Durante toda la tarde la había estado ayudando a elegir la ropa como cuando era adolescente, le había pintado las uñas aunque Mariana había aceptado a regañadientes, la había animado, e incluso, casi la había convencido de que Lázaro estaría encantado de verlos juntos a Salva y a ella. Pero lo de llevarla y después ir a buscarla como pretendía «la niña», no entraba en sus planes. Había que traer a Mariana a la vida normal, así que había aleccionado a Sergio prohibiéndole literalmente hacer de chófer e incluso le había obligado a fingir lumbago para que ella no insistiese. Sergio no podía negarse cuando Pilar sacaba todo su carácter y además, entendía que, en parte, tenía razón. Así que, con el corazón en un puño, cuando Mariana le pidió que la llevase, se echó la mano a la espalda y, mientras se sentía como un malvado traidor, le dijo que iba a ser imposible.

A Mariana no le había quedado más remedio que acceder a llevarse el Tiguan. Cuando se vio sentada delante de la insignia con una W en un círculo, hizo un esfuerzo colosal para poner las manos en aquel volante tan parecido al del Golf de Samuel. Pero no estaba dispuesta a bloquearse. Iba a ir a cenar con Salva sí o sí.

Volvió a probar los pedales por última vez. La pierna le respondía bien. De eso no había duda. Hacía días que Nuno le había dicho que podía conducir pero no era tan fácil... Se puso el cinturón, se santiguó y apretó el mando del portón. Cla-clá, cla-clá. Los primeros metros le resultaron muy incómodos con tanta inseguridad pero, poco a poco, fue ganando confianza. No había casi tráfico y eso ayudaba. Iba tan concentrada en la carretera, en las señales, en las luces,... que ni siquiera se acordó de poner música. En un momento, estaba viendo su escultura preferida, la de los caballos de la Plaza de España. Se metió por la calle Couto. Estaba desierta y más iluminada por la luna que por las farolas. Pasó por delante del Maitetxu y logró ver a Salva en la acera, caminando nervioso a un lado y a otro mientras jugueteaba con un manojito de llaves. Unos metros más allá, encontró un sitio para aparcar. Miró por el retrovisor. Salva no la había reconocido. Seguía con sus cortos paseos por delante del restaurante. Mariana giró la llave para apagar el coche, se acarició la pierna y dijo en voz alta: «¡Llegué! ¡Toma!». Después, dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos un instante.

*Bueno, Lázaro, ya estoy aquí. Voy a cenar con tu hermano, es que es muy fuerte, ¿cómo te voy a hacer eso? Pero... ¡jjo!, por otro lado, ¿por qué no? Bueno, a ver, no nos adelantemos, que igual no pasa nada, ¿eh? Igual solo estamos los dos algo confusos, tu hermano y yo, digo ¡Ay! ¡Yo qué sé! Si pudieses hablarme, joder. ¿No*

*podrías hacerme una señal de esas de las películas o algo así?, por favor, algo, dime algo.*

Abrió los ojos, sacudió la cabeza y se dijo a sí misma en alto: «Soy imbécil, joder. No te oye, Mariana, no te va a hacer ninguna puta señal». Se quitó el cinturón.

*Aunque sí que podías, la verdad, no te costaba tanto...*

Salió del coche, respiró profundamente y se encaminó hacia Salva intentando cojear lo menos posible. Él reconoció su silueta avanzando por la calle poco iluminada y se apresuró a salirle al encuentro ya con los brazos abiertos. Al verlo, Mariana aceleró el paso y se lanzó a su pecho para recibir el abrazo que le estaba ofreciendo.

Se quedaron así, abrazados, un tiempo eterno que a ellos les pareció un instante de nada. Con ella aún refugiada en su pecho, Salva cogió aire y le explicó:

—No quiero parecer un pirado pero desde que te abracé el otro día... es que solo puedo pensar en una cosa: quiero seguir abrazándote. Eso es lo que quiero. Jamás he tenido nada tan claro.

Mariana escuchaba en directo el corazón de Salva acelerándose. Ella, a su vez, intentaba controlar la respiración. Estaba tan a gusto allí refugiada... Sintió que no hacía falta decir nada, solo dejarse estar así bastaba. Salva siguió hablando:

—Mi vida es un mar de dudas así que no te puedes imaginar lo bien que me siento de tener algo tan claro.

Ella levantó la cabeza para mirarle a los ojos. Durante un segundo, dejaron de respirar los dos. Entonces, ella sonrió y volvió a apoyar la cabeza en su pecho evitándole la mirada para atreverse a decir:

—No estás pirado. Yo estoy igual, Salva, solo quiero estar así pero... —dudó un instante— ¿qué iba a pensar Lázaro?

—Bueno, lo entiendo, no te creas, yo también lo he pensado... ¡Vaya si lo he pensado! Pero, la verdad..., yo creo que a él le encantaría.

Se dio cuenta de que Mariana se movía ligeramente para cargar el peso en la otra pierna y le dijo:

—Venga, vamos dentro y hablamos con calma, ¿vale?

Se sentaron en la mesa de la ventana. Estaba apartada del resto y preparada para dos. Una palmatoria dorada con forma de estrella contenía una vela pequeña que iluminaba el mantel de lino granate. Los servicios estaban preparados uno en frente del otro sobre manteles individuales de arpillera. Salva deslizó el suyo para sentarse al lado de Mariana, en el banco de obra que hacía esquina.

—¿Estás bien? ¿Quieres que te ponga esta silla más cerca para poner la pierna en alto?

—No, gracias, no lo necesito. La pierna va viento en popa. Dice mi fisio que dentro de nada estaré haciendo volteretas laterales.

—¿Volteretas laterales? ¿Y eso? Muy práctico, sí —bromeó Salva.

—Pues ya ves qué tontería pero me muero de ganas de hacer muchas seguidas por

el césped del jardín.

Al ver que a Salva le hacía gracia, exageró a propósito:

—Sueño con eso todos los días.

—Entonces tendremos que vivir en una casa con jardín.

Salva creyó morir. Quería haberlo dicho para sus adentros pero lo había dicho en alto. Y ahora ya estaba dicho y no se podía borrar ¡Dios! ¡La iba a asustar! Mariana saldría corriendo. Huiría ahora que aún podía. ¿Quién era él, un puto pirado que la acababa de conocer y ya le estaba hablando de vivir juntos? Pero es que él lo tenía tan claro, era eso lo que quería de verdad...

Se quedó aliviado cuando vio que Mariana se reía. Por lo menos, no la había cagado tanto como pensaba. Sin embargo, le empezó a entrar un cierto desasosiego. Él estaba hablando en serio y ella se lo había tomado a broma. Entonces, se dio cuenta de que había que ir poco a poco, bajar marchas. Respiró hondo para contener todo lo que le iba por dentro y preguntó lo primero que se le ocurrió:

—¿Y estudias o trabajas? —Le dio la risa nada más terminar la frase—. ¡Joder! ¡Vaya pregunta tan cutre! —volvió a decir en alto sin querer.

—Pues sí, un poco cutre sí que es —se rio también Mariana— pero no te creas que es tan fácil de responder. Las dos cosas, supongo. Estaba terminando las prácticas en un bufete de Madrid cuando tuve el accidente...

Durante el resto de la cena, Mariana le habló de su vida en Madrid, le contó lo del accidente, le habló de Samuel, del hospital, del regreso a Vigo, de su familia, de sus amigos,... Le mencionó su dilema entre seguir en Eje Abogados o quedarse en el bufete de su hermano Quique. Salva aprovechó para insistir en las mil ventajas de vivir en Vigo: la gente que te quiere, el mar, el microclima,... cualquier argumento era bueno para intentar que Mariana inclinase la balanza hacia el lado de quedarse.

Cuando llegaron los postres a la mesa, estaban hablando de las ex de Salva. Para entonces, él tenía ya la sensación de saber más de Mariana que de ninguna de ellas. Había salido varios años con la misma chica, un amor de adolescencia que había durado desde los quince hasta los diecinueve. Los había separado la distancia cuando ella se había ido a estudiar arquitectura a Pamplona y él se había quedado en Vigo haciendo empresariales. Durante la carrera, había tenido algunos ligues pasajeros y otra novia con la que había durado nueve meses, el último año lectivo justito, de octubre a junio. Al acabarse el curso, ella simplemente lo había dejado, sin grandes explicaciones, y había desaparecido de su vida para siempre como si se la hubiese tragado la tierra. De eso hacía ya cuatro años y, desde entonces, no había vuelto a tener ninguna relación seria.

—Entonces, ¿tienes qué... veintiséis?

—Justitos pero sí. Los cumplí el tres de agosto.

Mariana se quedó pensativa saboreando una tarta de chocolate que estaba deliciosa. Como si él le estuviese leyendo el pensamiento, Salva añadió:

—Le llevaba dos años a Lázaro.

—Claro —asintió ella al tiempo que terminaba sus cálculos.

—Tú tendrás veinticuatro, ¿no? —Probó Salva.

—Bueno, aún me faltan un par de meses para cumplirlos.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo es tu cumple?

—El catorce de octubre.

—Me alegro de que aún no haya sido. Así podremos celebrarlo juntos —dijo otra vez en alto sin quererlo.

Mariana soltó una risita nerviosa que la avergonzó. «Parezco una niña tonta, ¡joder!», pensó mientras se sonrojaba y se preguntaba qué estaba haciendo Salva. Le estaba cogiendo las dos manos entre las suyas. Él se detuvo un momento para acariciarle un mechón de pelo que se le salía de la coleta y volvió a cogerla con las dos manos como para que no se le escapase. La miró fijamente muy serio, cogió aire y dijo:

—Mañana me voy de viaje. Tardaré quince días en volver. No puedo esperar, te lo juro, no puedo irme así. Pero vamos a hacerlo bien. Vamos a hacerlo todo bien... Así que, aunque me muera de palo, voy a preguntártelo: Mariana, ¿quieres salir conmigo?

Le asomaron a las mejillas los hoyuelos y se quedó sin respirar esperando la respuesta. Mariana sonrió, suspiró muy profundo y respondió decidiendo en ese instante no dudarle nunca más: a Lázaro le habría encantado, seguro.

—¡Claro que sí! —exclamó radiante.

A él se le marcaron profundamente los hoyuelos. Se le acercó despacio y rozó con sus labios los de ella. Se separó. Se miraron, se sonrieron pletóricos y al instante sus labios se volvieron a unir con timidez. Lo repitieron unas cinco veces antes de que Salva se decidiese a besarla con todas las ganas que se había estado guardando hasta ese momento. Ambos perdieron la noción del tiempo entre los besos. Se separaron interrumpidos por el sonido de la campanilla que colgaba de la puerta. Una pareja mayor entraba en el local haciéndoles darse cuenta del espectáculo que estaban dando, aunque..., en ese momento, era lo que menos les importaba, la verdad. Aprovecharon para quedarse mirando el uno al otro sin decir nada, como si estuvieran estudiándose cada centímetro. Entonces, la vela que estaba casi consumida, amenazó con apagarse. Los dos dirigieron la mirada hacia la mecha y, de repente, se volvió a encender. Mariana no reparó en la corriente de aire que había provocado la puerta al cerrarse y dio por hecho que aquella era la señal que estaba esperando. Suspiró aliviada.

*Gracias Lázaro. Gracias, gracias, gracias...*

# PARTE TERCERA

El calor estival empezaba a despuntar en toda Galicia y la temperatura de aquella tarde era perfecta. Con la ría en calma como telón de fondo, la casa se veía radiante, como si hubiese recobrado el esplendor de cuando vivía Olga. Los invitados no hacían más que elogiar el *catering*, la decoración del jardín, o lo bien que se había portado la niña en la iglesia.

Sergio no podía estar más pletórico y estaba seguro de que no era por las dos copas de Ribeiro anteriores a la tercera que estaba empezando ahora. Se puso al lado de su nuera y con la mano que le quedaba libre la abrazó por los hombros situándose en un buen ángulo para ver la carita de su nieta que acababa de dormirse en brazos de su madre.

—Me hace mucha ilusión que le hayáis puesto Olga —comentó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Lo dudabas, papá? —preguntó Enrique sin esperar respuesta.

Sergio le dio un par de toquitos en la espalda a su primogénito y se giró buscando a Mariana entre los invitados al bautizo. Se rio para dentro al pasar la vista por aquel arbusto al que había querido dar forma de esfera. Así, de lejos, parecía más bien un huevo inclinado. En cualquier otra ocasión, habría salido disparado a coger las tijeras de podar para enmendar aquel desaguisado, pero hoy no le importaba nada, ¡estaba tan feliz! El bautizo de su nieta Olga era la menor de las celebraciones que le iban por dentro. Hacía tan solo unos cuantos meses, estaba de camino al hospital de La Paz, rezando por la vida de su hija...

Su mirada se detuvo en una coleta que se perdía, al fondo, entre la gente. Durante una décima de segundo, creyó ver a Olga cuando era joven pero enseguida volvió a la realidad. Intentó avanzar hacia Mariana pero no iba a ser tarea fácil.

—Sergio, ¡hay que ver qué bonito has dejado el jardín!

—¿Te gusta?

—Está precioso —aseguró La Celosa forzando al máximo su mejor sonrisa.

—¿Pues sabes una cosa, Regina?

—Cuenta, cuenta,...

¿Le iba a dar una exclusiva para después contarle a sus amigas? ¡Qué emoción!

—Que tú eres la flor más bonita de todo el jardín —le dijo Sergio cogiéndole la mano y plantándole un beso en ella.

Con la misma, se alejó en dirección a Mariana, dejando a Regina en una nube. Si hubiese tenido la más mínima noción del impacto de sus palabras en la mujer de su primo, jamás le habría dicho nada parecido. Ignorante de los sentimientos de La Celosa, iba riéndose de sí mismo por lo cursi y típico que le había quedado el piropo

cuando le volvieron a cortar el paso.

—Perdone, Sergio,...

—Ya te he dicho que me trates de tú, Nuno,...

—Sí, bueno, es que me cuesta... He perdido a Pilar, ¿no la habrá visto?

Sergio puso los ojos en blanco. Era un encanto el tal Nuno y él estaba feliz de que hubiese empezado a salir con su hija aunque ella le llevase unos cuantos años, pero, chico, ¿es que no había forma humana de que lo tratase de tú!

—No la habrás visto, querrás decir —corrigió recalcando la «s» del verbo.

—Eso, habrás, perdone, Sergio.

Definitivamente, había que dejarlo por imposible.

—Pues mira, la verdad es que hace un rato que no la veo pero, conociéndola, creo que puedo adivinar dónde está. Desde que trajimos a mi padre a casa, cuando viene Pilar, solo tiene ojos para su abuelo. Es más, te diré que no te creas que viene desde Santiago para verte a ti...

Por la palidez en la cara de Nuno, se dio cuenta de que no debería haberle dicho eso al pobre chico, al que tanta formalidad le dejaba poco espacio para el sentido del humor.

—Es broma, hombre...

Le dio con fuerza una palmada en la espalda como queriendo arrancarle una sonrisa y lo consiguió.

—¡Ah! Entiendo... ¿Quiere decir que viene para ver al abuelo Juan, no?

—Exacto, hijo. Quiere recuperar el tiempo perdido, ¿entiendes?

—Sí, claro.

—Bueno, pues, seguro que está con él. Es más, te diré que seguro que está intentando convencerlo para que baje a la fiesta. Llevamos días en esa batalla pero no hay forma, qué va,...

—¿No quiere bajar?

—No bajará ni a rastras. También es Tauro, ¿sabes?

—¿Tauro? No entiendo, ... ¿Usted cree en esas cosas?

No valía la pena meterse ahora a grandes explicaciones sobre la influencia de los astros en la personalidad. A Sergio empezaba a generarle ansiedad la idea de llegar hasta Mariana.

—De tú, hijo, de tú, trátame de tú —dijo Sergio con voz de paciencia.

—¡Ay! Sí, eso, perdone. Tú.

—Mira, por qué no entras y vas a ver si está con mi padre, ... en la salita de lectura, seguro que los encuentras a los dos allí hablando de política, de pintura, o de sabe Dios qué.

—¿No le importa que entre?

—¡Qué me va a importar, hijo! Estás en tu casa...

Sergio dejó a Nuno por imposible con el asunto del «usted» y siguió su camino hacia Mariana.

Tras haber recorrido un par de metros, sintió algo extraño. Instintivamente bajó la vista y comprobó que no llevaba nada pegado a ninguna de sus dos piernas. Retrocedió con la mirada y vio a Spi tumbado en el punto exacto donde había estado hablando con Nuno. Aceleró el paso y clavó la rodilla a su lado mientras lo llamaba en voz baja:

—Spi...

Le temblaba la mano cuando la alargó para acariciarle la cabeza. Entonces, el perro abrió los ojos y le dio al rabo sutilmente, aún somnoliento.

—Vaya susto me has dado, amigo, eso no se hace —le regañó—. ¡Vamos, anda!

Una mano tendida ayudó a Sergio a levantarse del césped.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Francisco preocupado.

—No, nada, Spi, que se ve que tiene el día bromista.

—¡Ah! ¡Qué susto! Te vi ahí agachado...

—Y tú, ¿qué? No sueltas el móvil ni para ayudar a tu padre a levantarse...

Francisco se rio. Era verdad.

—Te he echado una mano, ¿no? ¿Qué querías? ¿Las dos? Es que siempre lo quieres todo, papá —bromeó.

—Soy así de avaricioso, ya ves —le siguió la broma ya recuperado del susto y feliz de ver a Spi de pie a su lado, como tenía que ser, como había sido siempre—. Oye, pero ahora en serio, ¿tú no tendrás que mirarte eso del móvil? Es que estás todo el día a ello...

—Durante la semana es por el trabajo, papá, ya te lo explicado ochenta veces, ahora funciona así, por WhatsApp, por Messenger, por lo que haga falta, ¿entiendes? Renovarse o morir,... Y más en la inmobiliaria.

—Bueno, hombre, te creo, pero hoy es sábado. Y estás en el bautizo de tu sobrina, ¿no podrías descansar un poquito? Por Dios...

—No es eso. —Francisco sonrió—. Es que... estoy pendiente de una llamada. Quizás pueda venir Tania.

—¿Pero no decías que tenía no sé qué fiesta del colegio de su hijo?

—Sí, pero mandó un mensaje hace un rato. Dice que ya está acabando y que cree que podrá acercarse.

—¡Ah! ¡Qué bien! Así ya la conocemos de una vez, que ya va siendo hora...

—No sé, yo estoy nervioso.

—¿Nervioso? No nos la vamos a comer, ¿eh?

—No, no es eso... Además, a Mariana ya la conoce y le cae muy bien. Yo sé que va a estar a gusto, que la vais a tratar bien y todo eso,... Es por el niño, papá. Es que yo no conozco al niño y me preguntó si lo podría traer.

—Espero que le hayas dicho que sí.

—Claro, pero...

—¿Pero qué?

—Pues que no sé, ¿y si le caigo mal al niño? Se acabaría todo, ¿entiendes, papá?

—No digas sandeces, hijo. —Se enfadó Sergio—. ¿Cómo le vas a caer mal al niño? ¡Anda, acompáñame a buscar a Mariana, que no hay manera de llegar hasta allí! —añadió señalando la coleta de su hija con la mirada.

Sergio, Francisco y Spi avanzaron por el jardín sorteando invitados. Estaban a punto de llegar a su objetivo cuando todo el mundo empezó a aplaudir. Se giraron para ver qué pasaba. La puerta de casa estaba abierta y bajo el dintel, sonreían tres personas agradeciendo con la cabeza los aplausos. Nuno llevaba una silla de director plegada en la mano. Pilar tenía a su abuelo cogido del brazo, quien, a su vez, se apoyaba en el bastón de ébano con la otra mano, intentando estirarse todo lo posible. A Sergio le recorrió un escalofrío. Se alegró de que Pilar lo hubiese convencido. Era la primera vez que veía a su padre así de pletórico. Estaba recibiendo los aplausos de bienvenida como si fuese un artista de cine. Sergio pensó que, seguramente, a lo largo de la vida de su padre, este se habría limitado a escuchar los aplausos dirigidos a Tulia. En sociedad, la estrella era siempre ella, estaba en el centro de todas las atenciones de cualquier fiesta, luciendo con orgullo su belleza y su elegancia. Sergio se dio cuenta de que, probablemente, Juan nunca se había visto a sí mismo fuera de aquella sombra. Se alegró de presenciar el minuto de gloria de su padre, al fin y al cabo, Juan había sido tan solo un pobre hombre enamorado. Lo entendía. Ahora, por fin, lo entendía, ¿no habría hecho él lo que fuera por Olga? Si Olga hubiese sido mala persona como lo había sido Tulia, quizás él también... Bueno, era ridículo pensar eso, Olga era un ángel... Sergio miró al cielo y sonrió. Los aplausos empezaron a cesar y se volvieron a escuchar las conversaciones animadas y la música de fondo. Nuno abrió la silla de director debajo del magnolio y Pilar ayudó a su abuelo a sentarse. Spi salió disparado para tumbarse a sus pies.

—¡Mira este! ¡Menudo traidor! ¿Me cambia por el abuelo? —comentó Sergio divertido.

—Es que el abuelo mola —le respondió Francisco guiñándole un ojo.

Retomaron los dos su marcha hacia Mariana pero cuando habían dado tan solo un par de pasos, se les cruzaron en el camino Carmen y Sara.

—Raphael es guay pero... —dijo Carmen mirando a Sergio con cara de súplica.

—¿Pero...? —preguntó él.

—Que si el DJ no podría poner algo más moderno, papá, que no te enteras —le explicó Francisco.

—¡Tú sí que sabes! —soltó Sara sin pensar y empezó a ponerse colorada.

Francisco le pellizcó el moflete con dos dedos al tiempo que le decía a su padre:

—¡Hay que ver qué rápido han crecido estas niñas! ¡Ahora vienen exigiendo y todo!

—Pues sí, la verdad, hace nada andaban por ahí jugando a las muñecas y ahora, mira, ¡que les cambiemos la música! Y, ¿por qué? Porque es de carcas, ¿no?

—Bueno, papá, algo de razón tienen, ¿eh?

—¿Te pones de su parte? No, si va a ser que hoy es el día de las traiciones... —

dijo Sergio sonriendo—. Bueno, id a hablar con el pinchadiscos y pedidle que ponga chungachunga de ese, pero solo un rato, que hay mucha gente mayor también.

—¡Gracias, Sergio! —Carmen se puso de puntillas para darle un beso antes de salir pitando hacia el DJ.

Sara siguió a su amiga aunque le habría gustado quedarse un rato más charlando con Francisco. Se llevó la mano a la mejilla y se la acarició suavemente mientras se alejaban.

Cuando Sergio y Francisco lograron, por fin, llegar hasta Mariana, ella estaba sentada en un taburete en la barra decorada con cañas de bambú y flores exóticas que se había instalado al fondo del jardín. Charlaba muy animada con alguien que estaba a su lado, de pie, acariciándole el brazo.

—¿Qué pasa, tío? —Francisco le dio una colleja cariñosa.

—¡Hombre! —dijo Salva girándose para sonreírle.

—Bueno, ¿cómo está mi niña, Salvador? —preguntó Sergio intentando poner un tono jovial a sus palabras.

—¡Papá! —le reprendió Mariana.

—¿Qué pasa, hija? ¿Te crees que por estar aquí con tu novio ya te voy a tratar como si fueses mayor?

—¡Papá! —repitió Mariana suplicando.

—Pues nada de eso —continuó Sergio—. ¿Acaso no vas a ser siempre mi niña?

—Claro, hombre —intervino Francisco—. Pero no hace falta que... aquí... con Salva...

—No, no, si yo lo entiendo... —dijo Salva divertido—. Yo creo que tu niña está bien, pero le puedes preguntar a ella, Sergio, que yo ahora tengo algo importante que hacer. —Y se alejó sonriendo.

—Estoy mejor que nunca, papá. —Se adelantó Mariana.

—No sabes lo feliz que me hace oírte decir eso, hija —respondió Sergio dándole un beso muy apretado en la frente.

En ese momento, se paró la música y Sergio lo agradeció porque el chungachunga ya lo había saturado en la primera «pieza». Entonces, escucharon: «¿Sí? Probando, probando».

—¡Oh, no! —exclamó Mariana llevándose las manos a la cabeza.

—Oh, sí, hermanita —dijo Francisco metiéndose con ella.

Salva, micrófono en mano, se dirigió a todos los presentes:

—Antes de nada, quiero felicitar a Olguita y, cómo no, a sus padres, especialmente, por haberse acordado de llevar huevos a Santa Clara para que podamos disfrutar de este tiempo tan bueno.

Los invitados sonrieron dejándose conquistar por el encanto de Salva. Mariana se debatía entre lo orgullosa que se sentía de él y la vergüenza que estaba pasando de pensar que a continuación, era capaz de decir algo sobre ella.

—Estamos aquí para celebrar el bautizo de Olguiña, su entrada en la Iglesia por la

puerta grande, como tiene que ser... Pero..., yo quería aprovechar para pedir también un aplauso...

Mariana quiso que la tierra la tragase de golpe. Escondió media cara detrás del hombro de su padre para evitar las miraditas de guasa que le estaba lanzando su hermano Francisco.

—Papá, quítale el micrófono, por Dios —suplicó Mariana recibiendo una sonrisa de Sergio por respuesta.

Seguro de sí mismo, con la confianza propia de las gentes que actúan de buena fe, Salva siguió con el discurso que se había estudiado en casa:

—Con permiso de Cristina y Enrique, y sin querer quitarle protagonismo a Olguiña, creo que en esta fiesta hay algo que también merece una celebración.

Sergio miró al cielo. «¡Qué suerte hemos tenido!, mi reina, parece que la niña ha tenido buen ojo con el chico...».

—Todos sabemos que hay alguien aquí que ha hecho un gran esfuerzo, últimamente, para encontrar la paz del alma y curarse algunas heridas.

Las lágrimas de Mariana empezaron a caer sobre el hombro de Sergio y este se giró para abrazarla. Mientras Salva hacía una pausa porque empezaba a temblarle la voz, se escuchó un murmullo entre los invitados y fueron dirigiendo las miradas hacia la barra de bambú. Mariana levantó la cabeza y sonrió secándose la cara con el dorso de la mano. A lo lejos, vio a su hermana Pilar haciendo el mismo gesto y disfrutó de saberse tan querida.

—Me complace anunciaros dos cosas: la primera, que Mariana ha terminado, por fin, la rehabilitación.

Hubo un fuerte aplauso, aunque fue breve, ya que todos estaban ansiosos por conocer la segunda noticia que ya se estaban imaginando.

—A que tenemos boda, Jacobo —le comentó Regina a su marido pensando en el vestido que se compraría para la ocasión—. ¿No es un poco pronto? Llevan solo unos meses de novios. Yo no sé...

—Hacen bien. ¿No has visto cómo se quieren, mujer?

Para sorpresa de Regina, a su marido se le empañaron los ojos y, llevado por la euforia del momento le soltó:

—Yo también te quiero —hizo una pausa al ver la perplejidad de Regina y añadió— y mucho, ¿sabes? Mucho más de lo que piensas.

Aquellas palabras que se veían tan sinceras le sirvieron a Regina para compensar tantos años de lo que ya parecía una distancia insalvable. Cogió a su marido por la cintura y lo atrajo hacia sí besándolo como lo habían hecho tantas veces a escondidas cuando eran novios. Por primera vez en su vida, Regina se olvidó de la gente que estaba alrededor y, sobre todo, se olvidó de que existía un tal Sergio en su imaginación.

—Es un aplauso muy merecido —continuó Salva— ¿a que sí, Nuno?

Las miradas se centraron en el fisioterapeuta que seguía debajo del magnolio, con

Pilar y con el abuelo Juan. Esta vez fue Mariana quien inició los aplausos levantando bien las manos y haciéndole a Nuno una reverencia desde la distancia. Todos la siguieron y Nuno agradeció con lentos movimientos de cabeza mientras mostraba la enorme sonrisa inmaculada que había cautivado a Pilar desde aquel día en el que había ido a recoger a Mariana a la clínica.

—Bueno, y por último...

A Salva le tembló levemente la voz. Se separó del micro y le dio un trago al Ribeiro como para coger fuerzas.

—Por último,... me complace mucho, pero mucho mucho, anunciaros que... ¡Mariana y yo vamos a casarnos!

Mientras los invitados aplaudían con entusiasmo, Mariana y Sergio se miraron con los ojos empañados y se fundieron en un abrazo apretado dejándose llorar, casi exprimiéndose las lágrimas el uno al otro. Algunos de los presentes pensaron que lloraban porque ella se iría a vivir con Salva y padre e hija tendrían que separarse ahora que estaban tan bien juntos. Pero no lloraban por eso, qué va. Francisco, a su lado, con las lágrimas contenidas porque si nunca había llorado en público, no lo iba a hacer ahora, los entendía bien. Aquello era el fin de una etapa de la que habían salido fortalecidos. Mariana había dejado de luchar contra sí misma y había encontrado su sitio y Sergio se había reconciliado con un pasado que le había pesado en el alma durante demasiados años. En ambos casos, eran lágrimas de alivio, el punto final de una etapa difícil.

Inmerso en aquel abrazo, Sergio se pasó el dorso de la mano por las mejillas y, al abrir los ojos, vio acercarse a Salva. Le dio a su hija un beso en la frente y se separó, cediéndole el abrazo de Mariana a quien pasaría a ser su yerno.

Los aplausos se intensificaron y empezaron los vítores de vivan los novios y el famoso que se besen, que se besen. Pero Salva y Mariana no escucharon nada. Cogidos de las manos, pasaron varios segundos mirándose el uno al otro, ajenos a la expectativa que estaban creando. Entonces Salva le soltó una mano para acariciarle el cuello y la atrajo suavemente hacia él entregándole todo su ser en un beso de película que fue coreado con un largo «¡ohhhh!» de todos los presentes, seguido de otro fuerte aplauso que, poco a poco, se fue apagando para dar paso a las conversaciones. El chungachunga volvió a sonar y Sergio quiso aprovechar para dejar solos a los «tortolitos»:

—Francisco, ¿me acompañas a recordarle al pinchadiscos ese que esto es un bautizo y no la discoteca de moda?

—Claro, ya está tardando en poner a la Jurado con la ola, ¿no papá? —respondió guiñándole el ojo a Mariana.

—Oye, pues a mí me encanta Rocío Jurado —comentó Salva desenfadado.

—Anda, ya, pelota, tú lo que quieres es meterte al suegro en el bolsillo —bromeó Francisco.

En ese momento se oyó el silbido del WhatsApp de Francisco, que seguía con el

móvil en la mano.

—Es Tania —comentó— dice que lleva un rato llamando al telefonillo pero que nadie le abre.

—¿Y qué haces ahí parado, hijo? ¡Vete a abrirle!

Francisco se dio media vuelta con cara de agobio y, sin decir nada, se encaminó hacia la puerta escribiendo algo en el móvil por el camino. Salva y Mariana, que esperaban ver alegría en la cara de Francisco, se quedaron boquiabiertos mientras lo veían alejarse medio apesadumbrado. Entonces, Sergio les explicó:

—Es que, por lo visto, Tania viene con su hijo y, Francisco, ahí donde lo ves, que parece tan seguro, Salva, pues,... mira tú, ahora resulta que le tiene miedo a un niño pequeño.

—Bueno, papá,... es normal —Mariana salió en defensa de su hermano—, no lo conoce, vete tú a saber,...

—¡Bah! Pamplinas, que diría Cecilia. Por cierto, ¿dónde está? Hace mucho que no la veo.

—¡Uy! No te preocupes —dijo Salva—, anda por ahí feliz dando órdenes a los camareros, a la pulpeira,..., y, si te descuidas, dentro de nada vendrá a darte órdenes a ti, porque seguro que se le ha subido a la cabeza eso que le dijiste de que lo dejabas todo en sus manos...

—¡Ah! ¿Sí? —dijo Sergio divertido.

—La última vez que la vi —comentó Salva entre risas—, estaba diciéndole al chico del jamón que llenase más los platos, que en esta casa no se escatimaba ni con el jamón ni con nada.

Entonces, vieron aproximarse a Francisco y a Tania. Entre ellos, con una mano cogida a cada uno, caminaba un niño de unos tres o cuatro años. Sergio seguía riéndose de imaginar a Cecilia en su salsa, dando órdenes y presumiendo toda crecida. Pero Salva y Mariana ya no se reían. Se acababan de quedar de piedra al ver al niño. En una décima de segundo, cruzaron las miradas y se dieron cuenta de que estaban pensando lo mismo. Mientras el trío se acercaba avanzando lentamente por el jardín, fueron alternando las miradas, al niño y entre ellos, comprobando cómo la perplejidad del otro también iba en aumento. Cuando ya estaban muy cerca y no había lugar a dudas, Mariana arqueó las cejas como preguntándole algo a Salva. Él le respondió todavía ojiplático, encogiendo los hombros en señal de ignorancia. Mariana avanzó un paso y empezó por saludar a quien le estaba regalando aquella sonrisa inconfundible.

—¡Hola, guapo!

—¡Hola, guapa! —respondió el niño con mucha simpatía.

—¿Cómo te llamas?

—Yo Lázaro, ¿Y tú?

\* \* \*

Con esto y un bizcocho...

# AGRADECIMIENTOS

Esta novela no habría visto nunca la luz sin la ayuda de tanta gente que me quiere y me apoya. A todos, mi más sincero agradecimiento.

A mis padres, por creer en mí, por no considerar esta aventura como «una amarada» más y, sobre todo, por sus esfuerzos constantes para allanarme el camino de la vida.

A Tecas y a Claudia, por ser mi Norte, mi orgullo y mi alegría de vivir.

A Tomás, por acompañarme cada día, en cada paso. A la tía y a Santa «Eduvigis», por cuidarlo mientras yo sigo por aquí escribiendo novelas.

A Javi, por su amor sin condiciones, por encargarse de TODO mientras yo pasaba más tiempo en la ficción que en la realidad. Él es mi refugio, mi butaca en la habitación, mi luz baja siempre encendida, él es la tinta de mi pluma, él es mi vida a bordo de un velero llamado Libertad. Ojalá algún día yo pueda ser su bastón de ébano.

A mi hermano Eduardo, por dejarme tanto espacio en su corazón de oro. Os preguntaréis si no le voy a agradecer las fotos y sí, también se las agradezco, claro, pero eso es solo un grano de arena en una playa de agradecimientos.

A mi hermana, mi Persona, que mantiene siempre encendida la vela de mi ilusión y que se sabe no solo cada letra de esta novela sino también cada milímetro de lo que me va en el alma.

A mi hermano Fernando, por quererme tanto y hacerme sentir tan protegida, porque es muy fácil escribir una novela cuando tienes un ángel de la guarda de carne y hueso.

A Migue, mi hermano, por su paciencia conmigo, siempre, no solo con lo de siluetear las fotos.

A mis cuñadas y cuñados, por sus consejos y por compartir mi ilusión como si fuese la suya propia.

A mi madrina Nuri, mi hada madrina, porque sé bien que, cada vez que hago funambulismo, ella corre a ponerme su red.

A mis amigas, porque este libro nació para ellas, porque sé que lo van a disfrutar y hacerles pasar un rato agradable me llena de satisfacción.

A mis profesores, por el poso que han dejado en mí, porque sin ellos nunca habría llegado a ser quien soy y esta novela habría sido otra novela. Y con el permiso de todos los demás, me gustaría hacer dos guiños especiales: a Maite Vázquez, que siempre creyó que llegaría este momento, y a Pedro Pablo Gutiérrez, por aquel taller literario del 92 en el que me hizo sentirme una más entre compañeros que me triplicaban la edad.

A Mincho, por su fe ciega, sus consejos inmejorables y su apoyo desde el minuto cero.

A Pío García, que supo valorar los textos que despertaron mi pluma adormilada.

A todos aquellos a quienes les cayó encima la difícil tarea de leer algún capítulo o alguna versión completa y corregir, comentar, opinar, valorar..., siguiendo un riguroso orden alfabético: Andrea, Aurora, Cristina, Cuno, Eva, José, Maripi, Marta, Miguel, Mónica, Paula y Sofía. Su cariño y sus comentarios fueron fundamentales para llegar a la versión final.

A Rafa Cáccamo, por hacerme la portada perfecta, por sus palabras de ánimo, por sus buenas ideas, por cuidar todos los detalles y por saber escucharme tan bien.

Al equipo editorial de Círculo Rojo, por su amabilidad y por estar siempre disponibles para ayudar.

A todos mis exalumnos, porque saben bien que he acabado cada clase de mi vida con la misma frase: «Con esto y un bizcocho...».

*Amara Castro Cid*



AMARA CASTRO CID nació en Vigo en 1975. Es licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Pontificia de Salamanca y Máster en Lenguas Aplicadas por la Universidad de Évora.

Su experiencia profesional conjuga la docencia, el periodismo y la traducción.

*Con esto y un bizcocho* es su primera novela.